LEON TROTSKI

colección fe popular

EL JOVEN LENIN

COLECCIÓN POPULAR

112

EL JOVEN LENIN

LEON TROTSKI

EL JOVEN LENIN

Libro liberado

COLECCION
POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en alemán, 1969
Primera edición en español, 1972
Primera reimpresión, 1974

Traducción de
ÁNGELA MULLER

Título original de esta obra
Der junge Lenin
© 1969 Verlag Fritz Molden, Viena

D. R. © 1972 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Avenida Universidad 975, México 12, D. F.

Impreso en México

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR ALEMÁN

CON IMPACIENCIA febril esperábamos los socialistas jóvenes de los años veintes cada número de la historia ilustrada de la revolución rusa, aparecida entonces por entregas, con Lenin y Trotski en la portada. Un día llegó el número correspondiente, pero su aspecto era distinto. A primera vista no nos dimos cuenta en qué consistía el cambio; pero después lo descubrimos: Trotski ya no figuraba en la portada. Y no sólo por esa vez, sino para siempre. Ayer se encontraba aún al lado de Lenin, como gran dirigente de la revolución y, de pronto, desaparecía en el vacío, para surgir más tarde, lentamente, en forma distinta y deformada, como terrible enemigo y traidor, cuyo nombre no pronuncia ningún buen comunista sin repugnancia, así como el cristiano creyente se santigua antes de hablar del señor de los ejércitos infernales.

El escritor checo Milan Kundera, en su gran novela *La broma*, nos dice hasta qué punto llegó el afán de ennegrecer la imagen de Trotski en los países dominados por los comunistas durante la vida de Stalin. El hecho de que Ludvik, el héroe de esta novela, enviara a una joven camarada una postal que terminaba diciendo, en broma, "Viva Trotski" bastó para arruinar su vida para siempre.

Pero ya Stalin murió, y durante la vigésima reunión del Partido Comunista de la URSS se dio un duro golpe al mito que lo engrandecía, y del cual apenas ha comenzado a recuperarse, lentamente y no sin contradicciones; no obstante, Trotski sigue siendo, para los comunistas ortodoxos, el enemigo

hereditario, monstruo que inspira horror, que no es objeto de discusión, sino solamente de condena.

Para convencerse de esto basta ver lo que dice el último tomo del Nuevo Diccionario Meyer (*Meyers Neuem Lexikon*) editado en la Alemania oriental en 1964, es decir, ocho años después del vigésimo aniversario del Partido Comunista de la Unión Soviética. En tanto que cualquier escritor ruso de tercera categoría pareció digno de ocupar toda una columna, en el caso de Trotski sólo se encuentran las siguientes líneas:

"Trotski: Lev Davidovitch, realmente Bronstein, nacido el 7 de noviembre de 1879 en Ivanovka, cerca de Yelisavetgrado; asesinado el 21 de agosto de 1940 en la ciudad de México. Luchó desde 1903 encarnizadamente contra los bolcheviques, enconado enemigo del leninismo. Durante la primera Guerra logró colocarse en una posición importante. En la IV reunión del Partido, en 1917 se le aceptó como miembro. Después de la Revolución de Octubre, repetidas veces se alzó contra la política leninista y posteriormente intensificó sus actividades antisoviéticas. En 1927 fue expulsado del partido y en 1929 desterrado de la Unión Soviética."

Enconado enemigo del leninismo... expulsado... desterrado... asesinado. Es todo. Ésta es la imagen de Trotski que acuñó Stalin y que aún se conserva como válida en la República Democrática Alemana y en otras partes.

No carece de interés, a este respecto, mencionar lo que escribió Lenin el 24 de diciembre de 1922 en su carta al Comité Central, carta que se ocultó al pueblo de la URSS hasta 1956 y que en el mundo entero es considerada como el testamento de Lenin. Ahí leemos: "...El camarada Stalin, desde que llegó a Secretario General, ha concentrado en sus ma-

nos un desmedido poder, y no estoy seguro de que sepa siempre servirse de él con prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, como lo demuestra su lucha contra el Comité Central en el asunto del comisariado popular para el Comercio, no sólo se ha distinguido por su extraordinaria capacidad, sino que personalmente lo considero como el hombre más hábil del Comité Central y al mismo tiempo como a un individuo con una exagerada conciencia de sí mismo y una preferencia especial por los procedimientos administrativos..."

Para evitar el peligro de la división que resultaría de la rivalidad entre Stalin y Trotski, propuso Lenin que se aumentara el número de miembros del Comité Central hasta 100. A fin de asegurar un control democrático, los nuevos miembros de este Comité deberían ser elegidos, ante todo, entre las filas de los trabajadores que no tuvieran una larga práctica en las funciones del partido, para que no formaran ya parte del aparato oficial. Además, en un complemento a su carta del 4 de enero de 1923, dirigida al Comité Central, propuso Lenin "pensar en la forma adecuada para retirar a Stalin..."

No se produjo el retiro de Stalin ni se logró el control democrático a través de obreros imparciales que no pertenecieran al "aparato"; por el contrario, se llegó a una irreconciliable lucha entre Stalin y Trotski, en la que el primero logró triunfar, afianzándose en el "aparato" y liquidando a su contrario. Como resultaba imposible, debido a la fama legendaria de Trotski, tanto en el interior del país como en el extranjero, borrarlo simplemente de la historia universal y de la conciencia de la humanidad, fue declarado en la URSS "Enemigo Nº 1", en tanto que en el "Occidente" no es raro que quienes carecen hasta del más remoto conocimiento del

apasionado marxista revolucionario que fue Trotski, se valgan de su nombre para hacer barata propaganda anticomunista.

No corresponde al propósito de este breve prólogo discutir las teorías de Trotski ni las prácticas de quienes actualmente se dicen trotskistas. Pero considero necesario presentar los hechos reales contra todos los rumores y mentiras que han surgido en torno a este revolucionario convencido, a quien Lenin apreciaba como el hombre más hábil del Comité Central.

Desde estudiante, se unió Trotski en Kiev a los círculos revolucionarios; en 1899 fue aprehendido y desterrado a Siberia. En 1902 huyó a Londres, donde conoció a Lenin, con quien tuvo diferencias de opinión sobre la forma de edificar la democracia social rusa, las cuales fueron causa de que, cuando se dividió el partido, se uniera a los mencheviques. En el año de la revolución de 1905 encontramos a Trotski como agitador en San Petersburgo donde, en 1906, es aprehendido nuevamente y deportado. Volvió a escaparse al extranjero. De 1907 a 1917 vivió en Viena, Zurich, París y los Estados Unidos, habiendo conservado siempre su contacto con Lenin. En 1917 volvió a Rusia, donde llegó a ser uno de los más importantes colaboradores de Lenin en la preparación y ejecución de la Revolución de Octubre; durante el primer gobierno soviético fue Comisario del Exterior y posteriormente Comisario de Guerra y Comandante del Ejército Rojo, creado por él, durante la guerra civil. Trotski no era de aquellos que renuncian a sus propias opiniones y se someten sin discusión. Por el contrario, como dijo Lenin, era "un hombre con una exagerada conciencia de sí mismo", por lo que no pocas veces tuvieron serias

diferencias que, sin embargo, nunca causaron un rompimiento, pues Lenin sabía apreciar el mérito de su tozudo colaborador. Al morir Lenin, en enero de 1924, Stalin, que se había colocado en una posición preponderante, liquidó rápidamente a su peligroso rival.

Entre las muchas obras que escribió Trotski en el exilio, se encuentran *La revolución traicionada*, su autobiografía titulada *Mi vida* y la *Historia de la revolución rusa.*

Sólo en los últimos tiempos se han empezado a dar a conocer al público sus trabajos biográficos sobre Lenin. El tema de este volumen es *Lenin, niñez y juventud.*

Lo que nos ofrece Trotski en este estudio biográfico es algo más que una relación de hechos, más que una discusión crítica de las leyendas creadas por los escritores de memorias y biógrafos oficiales, quienes, repetidas veces, presentan a Lenin como si hubiera salido del vientre materno ya como revolucionario completo, tal Palas Atenea de la cabeza de Zeus. En esta obra, no sólo conocemos el medio estrecho en que creció Lenin, sino que vivimos también el doloroso proceso del cambio social en el gigantesco imperio zarista en que ya se gestaba la Revolución.

Observamos cómo Volodia Ulianov, hijo del director —ennoblecido— de escuelas públicas de la provincia de Simbirsk, va siendo formado por dicho proceso en el que, posteriormente como Lenin, había de participar en forma decisiva. Y así llegamos a comprender cómo el desarrollo individual de un hombre genial va unido al desarrollo de su país.

Muy interesante y de gran actualidad es la exposición de la formación del marxismo ruso. Ya los *narodniki,* y entre ellos el hermano de Lenin, Ale-

jandro, conocían *El Capital* de Marx. Pero la doctrina económica del marxismo les resultaba extraña y no estaban en condiciones de cambiar fundamentalmente sus ideas políticas, porque no sabían cómo hacer concordar el marxismo con los problemas de la Rusia campesina. Sólo cuando se logró la unión, primero por obra de Plejanov y después totalmente de Lenin, de los métodos marxistas elaborados en el adelantado Occidente, con el análisis de las condiciones específicas rusas, se pudo crear el marxismo ruso, con las peculiaridades de la teoría revolucionaria condicionadas por las circunstancias nacionales y las formas correspondientes de organización y de acción revolucionarias.

Aun cuando no haya sido ésa la intención del autor, su exposición lleva al absurdo el axioma predicado actualmente por Moscú; a saber, el valor general e incondicional de la teoría conocida como leninismo y simplificada hasta el máximo por Stalin y sus herederos. Si Trotski demuestra que el marxismo sólo pudo convertirse en motor de la revolución rusa cuando llegó a ser un marxismo *ruso*, entonces este axioma puede aplicarse, según las condiciones, a todo país en que se esté gestando la revolución social.

No es menos interesante la investigación del ciclo de desarrollo regular de las generaciones de *narodniki* que siguieron. En una época de total pasividad de la masa del pueblo trabajador (identificada en gran parte con los mujiks o campesinos), la juventud intelectual y especialmente los estudiantes, habían adquirido una conciencia punzante de lo intolerable del orden establecido. El fracaso de todos los esfuerzos para vencer el letargo del pueblo con-

dujo, repetidamente, al camino desesperado del terrorismo individual.

Aunque todas las comparaciones históricas carecen de valor, saltan a la vista ciertas analogías con la época actual. No obstante que en la mayoría de los países desarrollados e industriales los obreros se encuentran integrados al sistema dominante y han tenido sus movimientos revolucionarios, es la juventud intelectual y especialmente los estudiantes quienes han adquirido una conciencia total de que el orden imperante es ya insoportable, de la contradicción que existe entre las enormes posibilidades del desarrollo humano, gracias a la revolución técnico-científica y su invalidación y perversión por un *Establishment* empecinado.

Las explosiones provocadas por las revueltas estudiantiles, también han sido expresión de la desesperación producida por el hecho de que hasta ahora, casi en ninguna parte se ha logrado empujar a las grandes masas trabajadoras hacia un movimiento revolucionario.

También algunos movimientos de la juventud y actos individuales desesperados en países del lado oriental, son expresiones de protesta contra el atraso demostrado por las condiciones sociales para ponerse a la altura de las exigencias de la época.

Repetidas veces, las rebeliones desesperadas y heroicas de los *narodniki* rusos no produjeron otra cosa que víctimas sangrientas y derrumbes aparentemente inútiles y sin esperanza. No obstante, no regaron inútilmente su semilla. Y Lenin se encuentra a la cabeza de quienes levantaron la cosecha de lo sembrado por ellos.

En las páginas de este libro sobre el joven Lenin y su tiempo, nos enseña Trotski a comprender mejor y más profundamente una parte decisiva de la his-

toria rusa y, junto con ella, algo más, cuya importancia no se circunscribe a la historia rusa. Es cierto que no siempre estamos de acuerdo con todo lo que dice el autor, pero ni aun ahí donde surgen contradicciones, podemos dejar de sentir gratitud hacia él.

Walter Fischer

I. LA CIUDAD NATAL

JUNTO con otras muchas cosas, la Revolución cambió la antigua división administrativa del país. Desaparecieron las gubernaturas o provincias establecidas por Catalina II que, en el curso de siglo y medio, se habían identificado de tal manera con el régimen político, el derecho y la literatura, que en cierta forma eran ya parte de la misma naturaleza. La gubernatura de Simbirsk, en la cual se desarrollaron la niñez y la primera juventud del que había de ser Lenin, formaba parte de esa gigantesca región que ha sido unificada y dominada por el Volga, rey de los ríos rusos. Quien ha crecido en las orillas del Volga, lleva grabada la imagen del río durante toda su vida. La peculiaridad y la hermosura del río se deben al contraste de sus riberas: la derecha se levanta como alta y montañosa barrera frente al Asia, en tanto que la izquierda se extiende en un valle hacia la inconmensurable región del oeste. Frente al espejo inquieto del río se levanta, hasta una altura de ciento cincuenta metros, la montaña sobre la que se extiende la ciudad de Simbirsk, con el verde de sus jardines: la más retrógrada y alejada de todas las de la región del Volga. La altura sobre la que se asienta constituye la división de cuencas entre el Volga y uno de los ríos secundarios del sistema, el Sviyaga; estas dos corrientes, paralelas durante cien kilómetros por un capricho de la formación orográfica, fluyen después en sentido opuesto una de otra: el Volga hacia el sur y el Sviyaga hacia el norte. Pero ante las alturas de Simbirsk, el Sviyaga se acerca tanto al Volga que la

ciudad queda en la margen derecha de ambos ríos.

En la época en que se inicia esta narración, cuando la familia Ulianov se instaló en Simbirsk (1869) la ciudad tenía ya cerca de 220 años de fundada. Los grandes rusos constantemente avanzaban hacia las ricas tierras del curso medio del Volga, que ya habían sido colonizadas por tchuvatchos, mordvinos y tártaros, quienes, habiendo empujado a los nómadas hacia el oriente, habían construido fuertes de madera en esa región.

En el mismo año en que Inglaterra realizó su "gran revolución" (1648) se fundó la ciudad de Simbirsk, en nombre del zar de Moscú, sobre la margen derecha del Volga, como centro administrativo de la región colonizada y como fuerte militar. La enorme cantidad de habitantes fronterizos, colonizadores y cosacos, no sólo constituía para el zarismo una barrera de defensa movible, sino también un peligro. Hacia allá, hacia los confines del imperio, huían siervos, campesinos, soldados y empleados públicos que se habían hecho acreedores a castigos y, en general, todos aquellos que tenían algún conflicto con las autoridades de Moscú y, posteriormente, de San Petersburgo, *rasgoliniki* y sacerdotes sectarios de todas clases, así como no pocos criminales. En la vasta extensión regada por el Volga merodeaban bandidos que inquietaban a los comerciantes, a los boyardos y voivodos; se unían en verdaderas bandas de jinetes, irrumpían en las ciudades, impedían el cobro de impuestos y, en agradecimiento por esto, el pueblo oprimido les perdonaba lo que le hacían y los celebraba en sus canciones.

Unos veinte años después de la fundación de Simbirsk, estalló en la región del Volga la famosa rebelión de Esteban Rasín, quien logró reunir un gran ejército de hombres armados, carentes de ho-

gar para acabar "con los voivodos y los boyardos". Durante cinco años hizo cundir el terror por la zona del Volga y del Mar Caspio, llenando a Moscú de un pánico mortal. Zarizyn, Saratov, Samara, una tras otra, las ciudades del Volga se entregaron a los rebeldes. Sólo Simbirsk se sostuvo. Los nobles y descendientes de los boyardos mantuvieron el sitio hasta que les llegó ayuda de Kazán. Ahí, ante Simbirsk, sufrieron los rebeldes en lucha con el ejército zarista, equipado a la europea, una terrible derrota. La ribera del Volga fue cubierta de patíbulos, y ochocientos hombres fueron ejecutados. El Atamán, seriamente herido, fue llevado prisionero a Moscú donde, según la costumbre, se le descuartizó. El recuerdo de Rasín aún vive en la región del Volga y en toda Rusia. Las colinas de Kamishin, donde los rebeldes levantaron su campamento, conservan el nombre de Colinas de Stienka Rasín. En la epopeya popular, Esteban Rasín es una de las figuras más amadas. La intelectualidad radical cantaba entusiasmada las canciones compuestas por sus poetas sobre Stienka.

Un poco más de cien años después, bajo Catalina, cuando Francia se acercaba a su gran revolución, volvió a surgir en esa zona un peligro amenazador: Emiliano Pougatchef se levantó a la cabeza de un gran ejército de descontentos y rebeldes de la región del Volga y tomó una ciudad tras otra. No tocó Simbirsk, pero por el sur llegó hasta Zarizyn, donde lo derrotaron las tropas regulares. Sus propios soldados lo entregaron y fue enviado en una jaula de hierro a Moscú, donde sufrió el mismo destino que Rasín.

Estas dos rebeliones de la zona del Volga constituyen la tradición específica de la revolución campesina de la antigua Rusia. A pesar de su enorme

fuerza, no procuró ningún alivio al pueblo. Una ley constante de la historia indica que una rebelión, limitada a sí misma, no puede desarrollarse hasta ser una verdadera revolución. Aun cuando su rebelión logre una victoria completa, el campesinado no puede hacer otra cosa que elevar una nueva dinastía al poder y formar nuevas castas feudales; de esto está llena la historia antigua de China. Solamente bajo la dirección de una clase revolucionaria urbana puede convertirse una lucha campesina en instrumento para la transformación de la sociedad. Pero las antiguas ciudades rusas estaban formadas por la nobleza rural, por la burocracia y sus familias y no poseían fuerzas progresistas de ninguna clase. Ésta también fue la causa de que, después de cada gran movimiento popular de los siglos XVII y XVIII en el Volga, la sangre derramada se perdiera en el Mar Caspio, y el yugo zarista y feudal se hiciera más insoportable que antes. El hecho de que durante las dos grandes rebeliones Simbirsk permaneciera firme se debe indudablemente a su carácter de fortaleza de los boyardos y de la nobleza rural. Hasta el último momento sostuvo esta ciudad del curso medio del Volga —donde Lenin vio la luz primera— su carácter reaccionario tanto en el periodo de la revolución de octubre, como después, durante la guerra civil.

Puede decirse que la antigua Rusia era toda como una aldea, y la gubernatura de Simbirsk era la esencia concentrada de la Rusia antigua. Aun a fines del siglo pasado, el porcentaje de la población urbana no pasaba del 7 %, y apenas se diferenciaba, en su composición, de la población campesina. En las estepas y en los bosques se manifestaban los contrastes sociales al desnudo, y con doble crudeza. Los campesinos de Simbirsk disponían de mucho

menos tierras que los del resto de la región del Volga; una tercera parte de las granjas carecían de caballos, sus propietarios pertenecían a grupos paupérrimos. La clase más oprimida, o sea la de los habitantes de origen extranjero, sufría doblemente. Las tierras más extensas y mejores se encontraban en manos de latifundistas, quienes ocupaban el 73 % de los terrenos. Peor aún era la situación en lo referente a la propiedad de los bosques, pues de más de millón y medio de hectáreas de bosque, más de la mitad pertenecía a la administración de haciendas, es decir, a la familia del zar, y una tercera parte a los terratenientes; para los campesinos, que constituían el 95 % de la población, no quedaba más que la quincuagésima parte del bosque. ¡Ciertamente, para odiar la barbarie feudal, había que haber nacido en Simbirsk!

Ya en su aspecto exterior la ciudad mostraba claramente la estructura social de la provincia y de toda la región. La antigua Simbirsk constaba de tres partes muy diferentes entre sí: la de la nobleza, la de los comerciantes y la de los pequeños burgueses. En la cúspide de la montaña, que era llamada la Corona, se encontraba el barrio aristocrático de la nobleza. Ahí estaban la catedral, las oficinas administrativas, las instituciones educativas, el bulevar. Había carteles que no solamente adornaban "el lugar de reunión de la nobleza" y la "oficina de la nobleza", sino también los "hoteles de paso de la nobleza" y hasta "los baños de la nobleza". En las calles amplias, con aceras de madera, se levantaban, en medio de jardines, libremente, las casas de los terratenientes, que más parecían mansiones de señores rurales. En el bulevar, a la orilla del río tocaba por las noches, para un público escogido, una orquesta militar. Así, esta parte del Volga, aun con

su miseria y sus epidemias, con sus campesinos esclavizados y con los trabajadores forzados del río, ofrecía, vista desde el bulevar, decenas de kilómetros río arriba y río abajo, con el brillo fascinador de las aguas, las pequeñas islas boscosas y en la lejanía la llanura, un espectáculo incomparable.

De la nobleza de Simbirsk provenían muchos comandantes y personajes que ostentaban altas condecoraciones, pero que no se habían distinguido en forma alguna. El orgullo de la Corona era el historiador oficial Karamsin que, según una irónica frase de Puchkin, sencilla y graciosa, "había probado la necesidad del absolutismo y la gracia del *knut*". Este adulador historiador de la época de Nicolás I después de su muerte, fue considerado digno de tener un monumento alegórico en su ciudad natal. La antigua musa de la historia, que tan mal armonizaba con el clima, la flora y la fauna de la zona del Volga, fue bautizada por el pueblo con el nombre de la "mujer de hierro". Y las campesinas que se reunían anualmente en Simbirsk para ir a saludar a la virgen de Kazán, rezaban fervorosamente a la pagana Clío a quien, en la sencillez de su alma, tomaban por la mártir Bárbara.

La ladera de la montaña estaba cubierta de huertas de árboles frutales, muchos de ellos plantados por sacerdotes sectarios proscritos. Del otro lado del pequeño río Simbirka, que atraviesa la ciudad, se extendían los comercios en que, en los días de mercado, se amontonaban y empolvaban alquitrán y granos, pescados secos y salados del Volga, panes, semillas de girasol y otras golosinas. En casas bien aseguradas, con fuertes rejas en las puertas, vivían los comerciantes en telas, granos y maderas, y los molineros. Algunos ya habían amasado capitales de cientos de miles y dirigían sus miradas hacia la

cima noble de la colina. Finalmente se extendían los pequeños burgueses, gentecilla insignificante y temerosa, que vivía en los bordes de la ciudad. Sus casitas o miserables chozas, con cuarteaduras en vez de ventanas, con palomares y cajas para estorninos, estaban dispersas, unas veces en zanjas y otras en elevaciones del terreno, ora solitarias, ora en grupos, ante calles estrechas y callejones, en medio de cercas derruidas y sucias. Cerdos gordos y lodosos y perros de pelambre hirsuta daban vida a este paisaje ingrato. Desde ahí comenzaba la aldea, tan pobre en el bosque como en la estepa de esta provincia.

Lamentable y cruel era el atrasado "gótico social" de Rusia, especialmente ahí, en el Volga, donde el bosque, cuna del estado ruso, chocaba contra la estepa nómada. Las relaciones sociales carecían de estabilidad y consistencia; se parecían a esas construcciones de madera, hechas sin ninguna regla, que levantaba el colonizador ruso, con la madera recién cortada, para albergarse. También llevaban el sello de lo provisional la mayoría de las ciudades rusas, hechas principalmente de madera, donde los incendios eran muy frecuentes, pero que se reconstruían a toda prisa. En 1864 un gigantesco incendio que duró nueve días consumió las tres cuartas partes de la ciudad de Simbirsk. Cientos de personas murieron entre las llamas. Pero en el curso del año siguiente, se levantó de sus cenizas este Fénix de madera, con todas sus 29 iglesias. Sin embargo, Simbirsk crecía muy lentamente; hacia 1870 no alcanzaba las 30,000 almas; la provincia siniestra y hambrienta, que arañaba la tierra con el arado de madera, no requería una ciudad mayor, que habría sobrepasado a sus fuerzas.

Sin embargo, en primavera, Simbirsk resultaba

hermosa; toda la montaña florecía con el lujo de sus jardines, el aroma de las flores, de los manzanos y cerezos llenaba la cima noble de la colina; en las esquinas podía verse rielar el Volga que innundaba las tierras en una anchura de dos a tres kilómetros; por las noches cantaban los ruiseñores en los parques. Así, como un paraíso perdido, recuerdan esta ciudad los antiguos habitantes de la Corona. Pero pasaba la fiesta de la naturaleza en primavera; el sol quemaba el verde de los jardines y la ciudad se mostraba entonces en todo su descuido, con el polvo de sus calles y callejones, que las lluvias de verano convertían en lodo y, en invierno, quedaba cubierta por una gruesa capa de nieve. "Ésta no es una ciudad, sino un cementerio como todas estas ciudades", dijo Gontcharov de su ciudad natal, Simbirsk.

En la parte alta de la población transcurría la vida ebria y ahíta, sin preocupaciones. Decididamente no había nada que valiera la pena de apresurarse. No fue casualidad el que Gontcharov, originario de esta ciudad y educado en ella, creara la figura de Oblomov, esa encarnación de la inmovilidad patronal, temeroso de todo esfuerzo, satisfecho de su ociosidad; el verdadero e inimitable tipo ruso antiguo, creado por el derecho feudal de la esclavitud, al que sobrevivió mucho tiempo y que hasta nuestros días no ha desaparecido por completo. A 1 500 km de distancia de San Petersburgo y a 900 de Moscú, Simbirsk no tenía, hasta fines del siglo XIX, línea propia de ferrocarril. El único periódico político era las "Noticias del Gobierno" (*Guberneskije Vjedpmosti*), que aparecía dos veces a la semana. Hacia fines del siglo pasado aún no se había instalado el teléfono en la ciudad. Verdaderamente, la capital ideal para el tipo Oblomov de la Rusia antigua.

Dos jerarquías unidas entre sí, y al mismo tiempo antagónicas, la burocracia y la nobleza, se repartían la influencia y dominaban la ciudad y toda la provincia. En la cúspide estaba el gobernador, el ojo de San Petersburgo, encarnación del poder, defensor del sueño de los terratenientes contra los fantasmas peligrosos, a la Pougatchef. La Iglesia tomaba la palabra en segundo lugar, aunque de hecho los popes quedaban detrás de los comerciantes. Solamente el obispo figuraba como representación reconocida del Olimpo, especie de gobernador espiritual con voz y voto. Entre los burócratas existía una lista particular de rangos, inmutable, en la cual, de una vez por todas, se había clasificado a las personas, según su importancia, en trece jerarquías.

Los nobles se regían por las distintas tonalidades de la sangre azul y se esforzaban por mirar hacia abajo a los burócratas con aspiraciones de ascenso social. Problemas tales como el lugar que le tocaba ocupar a cada uno en la catedral, el turno que debiera tomar para besar la santa cruz o la manecita de la esposa del gobernador, eran objeto de apasionadas y belicosas discusiones que inevitablemente terminaban con grandiosas borracheras y no pocas veces con golpes. Cuando se trataba del honor, especialmente en plena parranda, los caballeros de Simbirsk no cuidaban ni las mejillas ajenas ni las propias. Mientras tanto, en las casas de los nobles, florecían tiernas doncellas del tipo Turgueniev que, de acuerdo con la secuencia de las leyes naturales, habían de convertirse más tarde en avaras dueñas de tierras o en envidiosas esposas de burócratas.

A principios de 1860, cuando se puso de moda utilizar la literatura para desenmascarar los vicios, el poeta radical Minayev, aunque noble de la provincia de Simbirsk, cantó en San Petersburgo, en

versos satíricos, a su ciudad natal, "la patria de los peces secos, de la mugre y de la intriga", a los nobles más principales con su lujo insultante, sus bromas pesadas, sus poses orgullosas, sus harenes de siervas; al despilfarrador incomparable que a las cartas se jugaba a sus campesinos, a los liberales que "en honor del gato de nueve colas" endosaban largos discursos, a los supuestos santos, que destrozaban las mandíbulas de sus sirvientes, a los obispos, que dejaban a los acólitos llenos de moretones durante la misa, al director de la escuela superior, maldecido por toda la ciudad, al burócrata pillo... todo fue mencionado por Minayev en versos bien rimados, y sin perdonar a nadie. Eso causó que, cuando muchos años después, ya tranquilo y apaciguado, regresó a su ciudad natal, donde ya había crecido una nueva generación, ni uno solo de los nobles correspondió a su visita ni acudió a acompañar su ataúd cuando murió. ¡Bien sabía esa gente defender la honra de la tradición familiar!

Finalmente sonó la hora —aún faltaban cerca de diez años para el primer centenario de la rebelión de Pougatchef y para que se cumplieran 200 años de la de Rasín— y la esclavitud, ya profundamente minada por el desarrollo de la burguesía, tuvo que ser abolida desde arriba. El zar obligó al mujik no sólo a pagarle al señor feudal por su libertad personal, sino también por la tierra que había trabajado siempre y que, a través de la reforma, había sido adjudicada al señor. El acta de "Liberación" fue para los campesinos una gigantesca operación financiera, doblemente ruinosa. Además, los pagos por la liberación llevaron a la economía de los amos lo que siempre les había faltado: dinero en efectivo. Los señores terratenientes cerraron la edad de oro con fantásticos banquetes de difuntos, cada quien donde

pudo: en París o en la Riviera, en San Petersburgo o en Moscú y, los menos opulentos en sus propias haciendas o en Simbirsk, en ese terreno común de la señoría, que era el barrio noble de la ciudad. Pero los pagos se derritieron como la cera y no se pudo pensar siquiera en una repetición. Los buenos especuladores, que supieron seguir el ritmo del siglo, consiguieron un puesto en el *Zemtsvo* (consejo rural) o encontraron manera de ocuparse en la construcción de ferrocarriles; otros casaron a sus hijos con hijas de comerciantes o dieron a sus hijas en matrimonio a los herederos de los comerciantes. Pero la gran mayoría cayó víctima de la liquidación histórica; repetidas veces hipotecaron sus tierras, después vendieron sus casas de la ciudad y su residencia familiar en el campo, con todas sus construcciones adyacentes, el jardín sombreado, las musas de yeso y el campo de criquet. Ya arruinados, maldecían la reforma que había echado a perder al pueblo, había empobrecido la tierra, había hecho que en los bosques de Simbirsk murieran las martas y los armiños, y que hasta el Volga ya no produjera esturiones tan gordos como en los viejos tiempos. Los reaccionarios pedían otra vez el *knut* y enviaban escritos a San Petersburgo en que sostenían que resultaría muy adecuado reimplantar la servidumbre. Los liberales se enfurecían por la lentitud del progreso y secretamente daban dinero a la Cruz Roja revolucionaria. Pero los partidarios del *knut* eran incomparablemente más numerosos.

En el barrio de los comerciantes de Simbirsk, donde la inmovilidad conservadora tomaba formas mucho más burdas que en los círculos de la nobleza, la reforma dio por resultado que la codicia tradicional adquiriera un alcance hasta entonces desconocido. Precisamente de este círculo surgieron

con la mayor frecuencia los compradores de las fincas de los nobles y de sus casas de la ciudad. En el sagrado recinto del olimpo provincial se introdujeron comerciantes barbudos; ciertamente aún no se atrevían a cambiar las gorras forradas de algodón por el sombrero suave, ni las botas altas por los botines franceses; pero ya habían dejado la humildad en el hablar. Así comenzó a establecerse en la Corona de Simbirsk esta simbiosis poco armoniosa, pero no por eso menos efectiva, de nobleza, comerciantes y burocracia que, en diversas formas, determinó la fisonomía oficial de Rusia durante más de medio siglo, desde la abolición de la servidumbre, en 1861, hasta el derrumbe de la antigua sociedad rusa en 1917.

El progreso económico empujaba de occidente a oriente, y del centro a la periferia. La misma ruta tomaron las influencias políticas. La región del Volga, zona la más atrasada de un país atrasado, no podía sustraerse a las ideas ni a los intentos de acción que preparaban la transformación revolucionaria de Rusia. Durante el primer cuarto del siglo XIX, N. I. Turgueniev, ilustrado noble de Simbirsk y consejero de Estado, partidario de los enciclopedistas y enemigo de la servidumbre, entró a formar parte de una sociedad secreta en San Petersburgo, una de aquellas que prepararon el conocido levantamiento de los guardias el 14 de diciembre de 1825. La heroica y desesperada demanda constitucional de la juventud progresista de uniforme, en cuyas filas es indudable que se encontraba también la *élite* de las familias nobles de Simbirsk, fue acallada con metralla. Turgueniev, que logró salvarse huyendo al extranjero, fue condenado a muerte en ausencia; pronto sería conocido en toda Europa gracias a un libro sobre Rusia que publicó en Francia. La rebe-

lión de los Decembristas es considerada en la historia rusa como punto de división entre los levantamientos de guardias cortesanos, ocurridos en el siglo XVIII y la lucha de liberación posterior, a la que sirvió de dramática introducción.

Las tradiciones de los Decembristas sirvieron de escuela a la llamada generación de los años 40 que, según frase de otro Turgueniev, el famoso novelista, se unió bajo el "Juramento de Aníbal" contra la esclavitud. El publicista más notable de esta generación fue A. N. Herzen. En la extrema izquierda se levanta la monumental figura del eslavófilo, demócrata y posteriormente padre del anarquismo internacional, el noble ruso Bakunin. Simbirsk, excepcionalmente, no dio a la generación del 40 un hacendado liberal, sino un hijo de comerciante altamente conservador, Gontcharov, quien logró al crear la figura de Oblomov, pronunciar artísticamente la condena inapelable de la cultura feudal.

La guerra de Crimea (1853-1856) terminó de derrumbar el pretendido poder bélico del zarismo. El barco de vapor triunfó sobre el barco de vela y el capitalismo sobre la economía agrícola de los latifundistas. El sistema de oficiales fanfarrones de bigote engomado que se había levantado sobre los huesos de los Decembristas y sostenido durante treinta años, reventó expandiendo un olor a podrido. La misteriosa muerte del zar, a quien A. N. Herzen dio el nombre de "Nicolás del Látigo", abrió las compuertas al descontento general. La prensa comenzó a valerse de un lenguaje excepcionalmente audaz. Con la usurera liberación de los campesinos se estableció la época de las llamadas "Grandes Reformas". En la aldea, defraudada en sus esperanzas, dominaba una sorda rebeldía. En los círculos públicos adelantados se produjo una ruptura abierta;

y como contrapeso a los moderados surgieron los radicales. La contraposición entre estas dos corrientes políticas fue descrita por el sensitivo Turgueniev en su novela *Padres e hijos*, como una ruptura definitiva entre los hombres de los años cuarenta y los de los sesenta. Tratar de explicar el problema por el abismo entre generaciones es considerar solamente una parte de la verdad, que oscurece el conjunto. En el fondo, esta lucha tenía un carácter social. Los terratenientes ilustrados, que lamentaban la pérdida de sus privilegios de nobles, fueron desalojados por una nueva clase social, que nunca había tenido privilegios, y por lo tanto no tenía nada que lamentar. Desde luego, este nuevo grupo social carecía de una educación estética y de maneras refinadas, pero en cambio era más numeroso, más decidido y más dispuesto a sacrificarse. Estaba compuesto principalmente por hijos de sacerdotes, oficiales de segunda categoría, pequeños burócratas, comerciantes, nobles arruinados y también por un número reducido de pequeños burgueses y campesinos; por estudiantes, seminaristas, maestros de escuela elemental; en una palabra, los llamados *rasnotschinzen*, la intelectualidad que no pertenecía a ninguno de los grupos sociales existentes y a la que, justamente en esa época, se le había metido en la cabeza tomar en sus manos el destino del país. Repentinamente se colocó en primer término la juventud estudiosa con su protesta, y la palabra estudiante fue durante muchos años, para el pueblo, sinónimo de la palabra *nihilista*, acuñada por Turgueniev.

Al mismo tiempo, el derrumbe del dominio militar liberó a la generación anterior de su "Juramento de Aníbal" y, hasta cierto punto, la colocó políticamente en la reserva. Los partidarios del Occidente

liberal se esforzaban porque Rusia avanzara, aunque a pasos lentos, hacia la civilización europea. Por el contrario, los *rasnotschinzen* veían con toda claridad la perspectiva de un destino especial para el pueblo ruso, que tendría la posibilidad de evitar la esclavitud del capitalismo y de luchar directamente contra el opresor.

A pesar de su mezcla de utopismo, lo que pretendían los hombres del 60 resulta incomparablemente más valeroso que el superficial juramento de sus padres. Por ejemplo, hacia 1863, Turgueniev respondió en tono de desafío a ciertos consejos bien intencionados: "Nunca he escrito para el pueblo. Escribo para la clase de público a la que pertenezco..." En cambio, los hombres nuevos buscaban apasionadamente caminos para llegar al pueblo. En vez de dirigir prédicas humanitarias y contritas a la clase dominante, se dedicaban a predicar el odio entre los oprimidos. Como Gontcharov, Turgueniev se volvió contra los "hijos" a quienes llamó "retoños desencaminados". Turgueniev los atacó con su característica coquetería, Gontcharov con calumnias y dicterios. En la novela *La quiebra,* que tiene como escenario una finca de nobles en la región de Simbirsk, pinta Gontcharov, como vergonzoso ejemplo, el que el nihilista Mark Volochov se atreviera a sustituir a Dios por las leyes de la química, el que pidiera prestado a los nobles liberales dinero, que nunca devolvía, el que atrajera a los jóvenes al camino de la anarquía y que sedujera a las doncellas nobles. El colectivista Volochov no era, pues, un muchacho tímido, no le afligía la condena de los padres, sino que avanzaba decidido al ataque. Con los años sesenta comenzó la época de la lucha revolucionaria, ininterrumpida, y cada vez más despiadada.

No sólo la literatura, sino también la crónica histórica da testimonio de que Simbirsk conoció a los nihilistas desde temprana hora; algunos habían llegado allá desterrados, huyendo de la policía que los buscaba en ciudades más importantes, otros se habían formado allí mismo, bajo la influencia de los desterrados. Es digno de notar que, de esta región olvidada de todos, frecuentemente surgieran revolucionarios decisivos para aquella época. Por ejemplo, entre los estudiantes de izquierda ocuparon lugar importante los cosacos del Don y de Siberia, es decir, jóvenes que provenían de un medio de agricultores ricos y algunos de provincias con una nobleza rural, como la de Simbirsk.

La violencia del choque de las nuevas corrientes con el anquilosamiento de este rincón apartado del mundo produjo, entre los jóvenes más sensibles, la ruptura con las viejas creencias y vínculos, para después inmolarse al servicio de la revolución. Las regiones atrasadas, en determinado momento, suelen lanzarse en busca del progreso con una decisión destructora. Rusia ha demostrado esto en el curso de su historia.

El terrible incendio que tuvo lugar en Simbirsk en 1864, junto con otros varios incendios que estallaron en ese mismo año en San Petersburgo y en otras ciudades de provincia, tuvieron un misterioso origen político. El gobierno buscó a los culpables entre los polacos y los revolucionarios, pero no pudo encontrar a ninguno. Los partidarios de la servidumbre echaron la culpa a los nihilistas y con este pretexto pidieron la abolición de la reforma campesina. Para dar mayor fuerza a esta petición provocaban, por su parte, incendios. La investigación dirigida por el barón Wrangel, sobre las causas del incendio de Simbirsk no produjo ningún resultado.

Pero como se necesitaban chivos expiatorios, fueron condenados a muerte dos soldados. Se dice que el senador Shdanov, quien sustituyó a Wrangel, en el curso de dos años de investigaciones, reunió pruebas contundentes de la culpa de una banda reaccionaria; pero cuando iba camino de Petersburgo murió repentinamente y nunca se encontraron sus papeles. El tercer revisor, general Den, dejó en libertad a los sospechosos a quienes había encarcelado su antecesor y declaró que toda investigación resultaba imposible. Así, en 1869, cuando los Ulianov llegaron a Simbirsk, el senado decidió "echar todo el asunto al olvido", lo que se hizo para satisfacción general.

Al extremo del barrio noble de la ciudad, en el mismo sitio en que fuera destruido el ejército de Rasín según la tradición; en la tranquila y apartada calle de Streletzke, no lejos de la cárcel, en un edificio adyacente, vino al mundo, el 10 de abril de 1870, el tercer hijo del inspector de escuelas populares Ulianov. Hace ya mucho tiempo que no existe el edificio, pero puede suponerse que no se diferenciaba gran cosa de las demás construcciones de madera que hay en esta ciudad del Volga. En el bautizo se dio al niño el sonoro nombre eslavo de Vladímir, que significa, poco más o menos, dominador o señor del mundo. Tanto los padres como el sacerdote estaban muy lejos de considerar el nombre como profético, pero el niño nacido en las riberas del Volga estaba destinado a ser dirigente y dominador del pueblo. Simbirsk cambiaría su nombre por el de Ulianovsk. El edificio donde se reunía la nobleza de la ciudad se convertiría en la Casa del Libro, y llevaría el nombre de Lenin. La Rusia de los zares se transformaría en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

II. LA FAMILIA

TANTO los amigos como las demás personas, incluyendo a aquellos que posteriormente se convirtieron en sus más acérrimos enemigos, hablaban en términos elogiosos del carácter laborioso y de la armonía que reinaba en la familia Ulianov; de la pureza de sus relaciones internas, de la atmósfera llena de alegría de vivir que se observaba en el comedor, cuando todos estaban sentados a la mesa. La falta de una pobreza opresiva o de una abundancia desmoralizadora, el constante ejemplo viviente del padre, dominado por su conciencia del deber y su amor al trabajo; el cuidado activo y tierno de la madre, el interés común a todos por la literatura y por la música, todo el conjunto de estas circunstancias ejerció una provechosa influencia para la formación de un carácter sano y firme en los hijos.

Ilia Nicolaievitch Ulianov, el jefe de la familia, provenía de los círculos pequeñoburgueses de Astracán. En esta clase estaba encarnada toda la miseria cultural de la antigua Rusia. Los elementos activos que habían tenido éxito en este grupo social se apresuraban a hacerse comerciantes o, a través de la escuela, encontraban acomodo en la burocracia y servían a los nobles. Si se exceptúa a los trabajadores industriales, a quienes se asociaba con los campesinos y los pequeñoburgueses, aunque no eran ni una cosa ni otra, quedaba en la pequeña burguesía una multitud heterogénea de gente menuda, fragmentos sociales de otras clases, artesanos miserables, comerciantes en los límites

del pauperismo, cultivadores de legumbres, taberneros principiantes, gente sin ocupación definida, que se había instalado en los confines de la ciudad y que, mal que bien, se ganaban el pan en torno a los señores nobles, los empleados públicos o los comerciantes. No sabemos con exactitud en qué se ocupaba el pequeñoburgués Nicolás Ulianov, abuelo de Lenin; según algunas informaciones, era sastre y trabajaba en una casa comercial; de cualquier modo, no dejó ningún capital a la familia. Pero evidentemente se trataba de una familia pequeñoburguesa excepcional, caracterizada por un impulso extraordinario hacia la educación.

Sólo la temprana muerte del padre, que echó la carga de la familia sobre los hombros del hijo mayor, obligó a éste a entrar en el servicio particular. Su sueño dorado, estudiar, lo trasmitió a su hermano menor, Ilia, que entonces contaba siete años de edad. A costa de un trabajo tenaz y de constantes privaciones, pudo lograr el hermano mayor que Ilia terminara los estudios preparatorios en Astracán; después lo mantuvo durante sus años de universidad, hasta que pudo valerse por sí mismo. Ilia conservó durante toda su vida una devota gratitud hacia el hermano que había hecho por él tan grande sacrificio. La fidelidad, la conciencia del deber, la constancia para lograr sus objetivos deseados, son cualidades que no por casualidad encontramos en las primeras páginas que tratan de los antecesores de Lenin.

Ilia aprendió con ahínco y éxito. En 1850 se inscribió en la Facultad física matemática de la Universidad de Kazán y terminó sus estudios, "con buen éxito en las materias generales y con notas extraordinarias en las materias especializadas"; después de las pruebas correspondientes obtuvo el tí-

tulo de "profesor titular de enseñanza preparatoria en física y matemáticas". El curso de la vida del joven Ilia quedaba trazado. En cuanto salió de la Universidad entró como maestro en el Instituto de la Nobleza, en Pensa, de donde fue trasladado en 1863 a la preparatoria de Nishegorod. En Pensa conoció a su futura esposa, María Alejandrovna Blank, en casa de su colega Verechnikov, de quien era cuñada. La boda, celebrada en el verano de 1863, fue la base de una familia unida y feliz.

Los años de estudiante de Ilia Nicolaievitch coinciden con el fin del gobierno de Nicolás I. En esa época llegó el ajuste de cuentas para el odiado régimen. La derrota en la guerra fue motivo de júbilo hasta para los liberales moderados, y más aún para la intelectualidad radical. Los cambios producidos en la vida interna del país constituyeron para la generación joven una importante escuela política. En esos días, nadie podía desentenderse del problema campesino. Por primera vez se discutían abiertamente programas de transformación social. Se comparaba la potencialidad de Rusia con la de Europa occidental y la de los Estados Unidos. Todo el mundo estaba convencido de que ya no se podía detener el progreso; de que el pueblo, salido de su letargo, se liberaría de la oscuridad y la miseria y de que la intelectualidad cumpliría con honor su misión directiva. Con estas amplias y generosas ideas inició el joven pedagogo el curso de su vida.

De acuerdo con su origen social y con la época de despertar que le tocó vivir, Ilia Nicolaievitch fue un típico *rasnotschinze* de los años 60, aun cuando la coloración política de esta amplia y diversa capa social no era en manera alguna unifor-

me. Sólo una minoría se preocupaba por organizar, en un sistema claro y congruente, sus pensamientos sobre el destino del pueblo, y solamente el ala izquierda de dicha minoría prefería el camino de la acción revolucionaria. La gran mayoría de los *rasnotschinzen* se conformaba, en su juventud, con ideas generales de amor al pueblo, ideales que olvidaban totalmente en el curso posterior de su carrera. De no haber sido así, ¿de dónde habría sacado el gobierno a sus inspectores y procuradores, y la creciente burguesía a sus abogados e ingenieros? Resulta muy atinado el aforismo acuñado no se sabe por quien: *"Le russe est radical jusqu'a trente ans et après... canaille"*. Ilia Nicolaievitch no pertenecía al ala revolucionaria; no hay tampoco datos para suponer que se hubiera formulado un sistema más o menos completo de ideas sociales; no obstante, conservó firmemente durante toda su vida el pensamiento elemental de su deber hacia el pueblo, que concordaba con su origen y su carácter.

Dos o tres de sus alumnos de preparatoria, que posteriormente se hicieron notables, hablaron con estimación a la prensa del joven maestro de física y matemáticas de Nishegorod, totalmente entregado a su trabajo. Era muy exigente con sus alumnos, pero más aún consigo mismo. A los alumnos atrasados los citaba los domingos para darles clases especiales gratuitas, sacrificando su descanso. Compensaba la mediocridad del trabajo de un profesor de provincia con una energía apasionada y una devoción total a su labor, a las que no faltaba cierto elemento de heroísmo.

Trece años pasó dedicado a este trabajo, seis de los cuales corresponden a su vida matrimonial. Su hija Ana tenía cinco años y su hijo Alejandro tres

años y medio cuando se produjo un profundo cambio en la vida de esta familia, que correspondió a la transformación que se efectuaba en la vida del país. Las reformas introducidas por el nuevo zar se extendieron al campo de la educación. Se fundó toda una red de escuelas populares, en parte dependientes del ministerio, pero en su mayoría creadas por los *Zemstvos*. Sin embargo, faltaba a estas escuelas dirección y control por parte del gobierno. Se ofreció a Ilia Nicolaievitch el puesto de inspector de las escuelas de la gubernatura de Simbirsk, que contaba, poco más o menos, con un millón de habitantes. La aceptación de este nombramiento significaba despedirse de la física y las matemáticas, que él tanto amaba; significaba también renunciar a las relaciones habituales y a las amistades. En su nuevo trabajo le esperaba una actividad más administrativa que pedagógica, en un medio desconocido y en condiciones difíciles; en cambio, se ampliaba su campo de acción, que ya no se limitaría a tratar con los elegidos, como en la preparatoria, sino que llegaría hasta los hijos del "verdadero pueblo", es decir, de los campesinos. También era posible que su sueldo fuera mejor que el de un simple maestro. Ilia Nicolaievitch aceptó sin vacilar. En septiembre de 1869 se embarcó la familia para descender por el Volga, desde Nishegorod hasta Simbirsk, donde había de permanecer casi veinte años.

El *Zemstvo*, establecido cinco años antes, cayó en Simbirsk, más que en cualquier otra parte, bajo el dominio de los nobles. La administración de escuelas, como algo que no producía ninguna ventaja, generalmente se encargaba a algún liberal. En esta provincia miserable, sin caminos, con una población que tenía una gran mezcla asiática, aun

con la mejor voluntad resultaría difícil sacar de su estancamiento a la educación popular. El recién nombrado inspector inició su actividad frente a un desierto. La prensa radical de la época ponía el ejemplo de una región rusa con 180,000 habitantes, en la que sólo había dieciséis escuelas y en cambio trescientas tabernas. La estadística cultural de las regiones restantes del país no ofrecía un panorama mejor. No sin motivo, un joven publicista, Schelgunov, escribió a su esposa, en los primeros tiempos de la reforma, refiriéndose a una alejada provincia: "¡Qué rincón salvaje! No hay más que salvajismo, salvajismo, estancamiento y embrutecimiento. ¡Por Dios, esto es terrible!"

Los campesinos habían aprendido a temer todo lo que proviniera del Estado: cárceles, hospitales y escuelas. La gente instruida se servía del gobierno para oprimir al pueblo. Había maestros que cobraban a los campesinos a fin de no sacar a los niños del trabajo para llevarlos a la escuela. La primera tarea del nuevo inspector consistió en denunciar las mentiras oficiales y dar a conocer la situación real. Había que empezar casi desde el principio, construir nuevas escuelas, transformar las pocas existentes, buscar maestros, prepararlos, y reeducar a los otros. En la gubernatura no había ni ferrocarriles ni carreteras. Por lo tanto, el inspector casi siempre tenía que andar de viaje a través de las grandes distancias que separaban poblaciones situadas en el bosque o en la estepa, en carretas o trineos, metiéndose entre el lodo y el polvo y bajo las tormentas de nieve en invierno. Además, había que sostener interminables conversaciones con los funcionarios de los *Zemstvos*, con los maestros de escuela, con las comunidades campesinas y con los funcionarios de Estado, acalo-

rarse, convencer, frecuentemente adaptarse, a veces amenazar. En los diecisiete años que duró esta labor se construyeron en la provincia 450 escuelas nuevas, y el número de alumnos se duplicó. Estos resultados, aunque modestos, se lograron gracias a la incomparable habilidad de Ilia Nicolaievitch para tratar con personas de la más diversa condición y de diferentes niveles culturales. Esta misma habilidad, pero en proporciones imprevisibles, le fue trasmitida a su hijo Vladímir.

Las memorias que se han escrito acerca de la familia Ulianov cuando ya se había instalado el régimen soviético deben tomarse con reservas; un cierto autor, del que posteriormente se hablará con mayor detalle, llega a descubrir en los padres las características que corresponden a la figura del hijo. Por fortuna, poseemos información muy convincente, publicada en la época en que Lenin aun era niño, o joven o, posteriormente, revolucionario perseguido.

Un propietario noble de la provincia de Simbirsk, llamado Nasariev, colaborador de publicaciones liberales, de temperamento entusiasta, habló en la prensa del inspector Ulianov, como de una "figura excepcional" y describió con gran admiración sus recorridos por la provincia, desafiando tanto a los elementos como a la indiferencia de los habitantes:

"Una fuerza y una resistencia tan extraordinarias no pueden provenir más que de una devoción a su trabajo que raya en la abnegación." (*Viestnik Yevropy*, 1876.) El propio ministerio reconoció en un texto oficial que la energía del inspector de Simbirsk, "era digna de gran atención". Una investigación, sobre la historia de la educación popular, iniciada en 1906, reconoce que, entre las personas responsables de la educación en la provincia de

Simbirsk "el primer lugar correspondía, de acuerdo con la opinión unánime de los contemporáneos a Ilia Nicolaievitch Ulianov". Este testimonio imparcial no puede rebatirlo nadie.

La herencia de idealismo social que recibió Ilia Nicolaievitch en la época de su juventud encontró en su trabajo una aplicación pacífica, útil y agradable. Su equilibrio espiritual quedó asegurado. No tuvo necesidad de renunciar a nada. Por el contrario, cuando salía al campo, al aire libre, gustaba Ilia Nicolaievitch de entonar una canción de sus tiempos de estudiante, cuyo texto era obra del decembrista Ryleiev, ejecutado por Nicolás: el juramento de odio a los "azotes de la patria". El primer azote era la servidumbre, ya abolida. El segundo, la ignorancia del pueblo, contra la que luchaba con todas sus fuerzas. En cuanto al tercer azote, el absolutismo, el inspector de escuelas prefería no hablar y ni siquiera pensar en él. Era un empleado público de pensamientos progresistas, no un revolucionario.

En toda su persona, en sus costumbres y en sus maneras, Ilia Nicolaievitch estaba muy lejos del tipo de empleado público seco y de mal talante. Por el contrario, era extraordinariamente humano, sociable, atento y alegre. En sus interminables recorridos gustaba, al descansar en la finca de algún agricultor liberal, de explayarse hablando sobre la vida en la provincia y especialmente sobre los problemas de las escuelas. Llevaba a su casa anécdotas pedagógicas frescas, de las que abundaban en su vida. Las contaba con gusto en la mesa familiar, con su hablar ligeramente gangoso, reía mucho y a carcajadas, para lo cual echaba hacia atrás todo el cuerpo, hasta que se llenaban de lágrimas sus pequeños ojos de calmuco. Quien haya visto a

Lenin, quien lo haya oído hablar y reír, puede imaginar, por lo menos en esos rasgos característicos, la figura del padre: estatura reducida, gran vivacidad y elasticidad de movimientos, pómulos salientes, piel suave y calvicie prematura. Sólo la estructura corporal del hijo era evidentemente más sólida y vigorosa que la del padre.

En el año de 1874 Ilia Nicolaievitch fue nombrado director de las escuelas primarias. Varios inspectores dependían de él, que ya había escalado una posición importante en la provincia. La orden de San Vladimiro y la categoría de un verdadero consejero de Estado confirieron al antiguo pequeñoburgués un título de nobleza hereditario. Durante los interminables interrogatorios de la policía, sus hijos e hijas tendrían que agregar, al lado de su firma, el título de nobleza, hasta 1917. En su apariencia física no tenían, ni él ni su familia, ningún rasgo aristocrático: nariz ancha, pómulos salientes y manos de dedos cortos delataban claramente su origen plebeyo. No obstante, Ilia Nicolaievitch no tenía ni el más ligero punto en común con un "pequeñoburgués ennoblecido". Su naturaleza, orgánicamente democrática, el horror a toda ostentación y la sencillez en su trato con la gente eran sus mejores cualidades, que trasmitió completamente a sus hijos.

Su influencia sobre sus hijos fue profunda y provechosa. Cierto que se pasaba la mayor parte del tiempo viajando y con frecuencia la familia no lo veía durante semanas enteras; pero también su ausencia adquiría una significación especial, como una prédica constante de que el deber venía ante todo. Su entusiasmo nunca disminuido por su labor, en el fondo y no en la forma, su amor a la verdad y su carácter absolutamente abierto, puri-

ficaron la imagen del padre de todos los rasgos de burocratismo que los hijos conocieron tan bien desde que entraron en la escuela preparatoria. Sus narraciones en la mesa familiar, sobre la forma en que vencía los obstáculos que encontraba en el camino de la educación popular, eran ansiosamente captadas por la conciencia de los hijos. El padre era la encarnación de algo superior que se encontraba mucho más arriba de los intereses limitados del círculo familiar. "Su autoridad en la familia —escribe su hija mayor— y el amor que le teníamos sus hijos, eran muy grandes."

María Alejandrovna provenía de una familia más adinerada y cultivada que la de su marido. Su padre, médico y dueño de una finca en la provincia de Kazán, según informa la nieta, tenía, para su época, ideas muy avanzadas. Llevaba el apellido Blank, de origen evidentemente extranjero, aunque desgraciadamente no sabemos nada de su nacionalidad, y además, estaba casado con una alemana, que educó a sus hijos de acuerdo con las tradiciones de su país. La familia residía de fijo en el campo y el padre dedicaba gran atención a la educación física de sus hijos; la hija María tuvo una niñez muy sana y una juventud que no fue turbada por ningún conflicto; no conocía la nerviosidad y amaba su hogar en Kokuschkino. Pero con respecto a la instrucción, la cosa no andaba tan bien. Consideraciones pedagógicas y quizás también algunos prejuicios, impidieron que los padres enviaran a su hija a educarse a un internado. Los hijos mayores tuvieron un maestro que los educó en su casa; pero cuando María creció, la situación financiera de sus padres no era ya la de antes, y no hubo dinero para pagar al profesor, por lo que la hija menor recibió lo que podría considerarse como una

educación doméstica, como muchas otras señoritas provincianas de aquellos tiempos. Bajo la dirección de una tía alemana fue instruida en idiomas extranjeros y en música; en los otros aspectos, se le abandonó a sí misma. Posteriormente, al ver los estudios y éxitos de sus hijos, no era raro que comentara que ella no había tenido oportunidad de aprender nada.

María se casó a los 28 años; su marido era cuatro años mayor que ella. La posición social de Ilia Nicolaievitch era modesta, pero segura. La dote de la esposa consistió en la quinta parte de la finca familiar, que no era muy grande. La base del matrimonio fue, sin duda, una atracción mutua, si no un amor apasionado. La emancipación femenina, que ya se perfilaba hacia los años sesenta, había asestado un rudo golpe a la costumbre de que la voluntad de los padres se impusiera en los asuntos amorosos de sus hijos. Además, Ilia Nicolaievitch era independiente y el padre de María Alejandrovna también se inclinaba hacia las ideas avanzadas.

Los primeros años de la vida matrimonial en Nishegorod transcurrieron felizmente; la casa, contigua a la escuela, estaba muy bien arreglada para ser de una antigua provincia rusa; al lado vivían familias de los otros maestros, había amigas para la joven señora, con las que se podía reunir a leer, tocar música o conversar. Se recibían las nuevas revistas de San Petersburgo, en las que se apreciaba el latir del movimiento de liberación de la época. Ilia Nicolaievitch pasaba sus horas libres con su familia y por las noches leía a veces en voz alta; precisamente por esos días apareció, por entregas, *La Guerra y la Paz,* de Tolstoi.

Después de la mudanza a Simbirsk, adonde llegó

María Alejandrovna llevando ya en su seno al futuro Vladímir, las condiciones de su existencia se modificaron radicalmente. La ciudad estaba mucho más atrasada que Nishegorod que, a su vez, no brillaba por su cultura; tuvieron que alojarse en una casa situada en el extremo de la Corona, alejados de la sociedad, sin amigos y sin un "círculo propio". Era claro que este inspector, salido de la burguesía y con una esposa medio alemana, no podía ser recibido en la sociedad de los nobles por "derecho propio". Tampoco eran muy vastas sus relaciones en el pequeño mundo de la burocracia, en que la gente se adaptaba a disgusto a las consecuencias de las reformas. El medio pedagógico de Simbirsk probablemente era el más corrompido y estancado de la burocracia local. El celo mismo que ponía Ulianov para cumplir con su deber en la fundación de escuelas lo colocaba en un lugar aparte dentro del círculo de los intrigantes venenosos. Por la afabilidad y sencillez de sus maneras, se le había puesto el sobrenombre de "El Liberal", en que la malevolencia se combinaba con la ironía. El círculo de los comerciantes era demasiado grosero y no menos cerrado que el de la nobleza. Por otra parte, un funcionario del gobierno, padre de familia y ciudadano leal, no podía buscar relaciones en el medio dudoso de la intelectualidad radical.

El aislamiento de la familia fue un duro golpe para María Alejandrovna, tanto más cuanto que su marido con frecuencia se alejaba de la casa. La vida de la joven señora era monótona y tediosa, hasta que se consagró por entero a sus hijos y al cuidado de la casa. La familia crecía. Los modestos emolumentos del marido eran sus únicos recursos para sostenerse. No había verdadera pobreza,

pero era necesario cuidar cada *copec*. Los principios de economía doméstica que le inculcara su madre alemana le resultaron muy útiles. Ilia Nicolaievitch repitió más de una vez a sus hijos mayores que sólo gracias al espíritu ahorrativo de la madre pudo salir adelante la familia.

Los hijos mayores aprendieron con su madre los elementos de la lectura. Pero estos estudios constantemente eran interrumpidos por multitud de cuidados de otro tipo. En 1873, al nacer el quinto hijo, se contrató a un maestro, un tal Kalachnikov, que enseñaba en una escuela parroquial y que sobrevivió en muchos años a sus principales discípulos, Alejandro y Vladímir, sobre quienes publicó recuerdos vivos muy interesantes. Ilia Nicolaievitch, quien tenía en sus manos las decisiones en materia de educación, consideró indispensable enviar a sus hijos a la escuela superior, lo más pronto posible; como funcionario de instrucción pública no tenía que pagar en las escuelas del Estado; temiendo la influencia demasiado tierna de la familia, prefería una dirección masculina, un régimen de estudios en toda forma y una disciplina escolar.

En los recuerdos de Ana, llena de amor filial, se descubre que el padre no siempre prestaba atención a las particularidades individuales de los hijos y quizá cometía errores, exigiendo demasiado, sobre todo al hijo mayor, a pesar de que éste era ya, de por sí, demasiado exigente consigo mismo. Al carácter autoritario del padre se añadía el apoyo de la religión. Ilia Nicolaievitch, matemático y físico, que había escrito una tesis universitaria sobre la determinación de la órbita del cometa de Klinkerfum, según el procedimiento de Olbers, conservaba intacta la fe ortodoxa de los pequeñoburgueses de Astracán; iba a vísperas, ayunaba, comulgaba y no

sólo por obligación, como funcionario de Estado, sino por convicción íntima.

Sin embargo, no hay duda de que la influencia de la madre era la que predominaba sobre los hijos. En catorce años tuvo siete hijos, uno de los cuales murió al poco tiempo de nacido; pero los demás vivieron, y todos reclamaban cuidados y atención. Parece ser que la madre poseía una fuente inagotable de fuerzas vitales. En los embarazos, en los partos, en la lactancia, criando y llevando ya dentro una nueva vida, siempre trabajando, siempre de buen humor, alegre y acogedora, era la imagen viva de la madre continuadora y conservadora de la especie. Los dos hijos mayores no tuvieron otra nodriza, y también dio el pecho a todos los demás; fue la compañera de sus juegos, siempre presente en el momento oportuno, dispensadora de todos los bienes, fuente de todas las alegrías, vigilante de la justicia en el cuarto de los niños. La profundidad de su influencia no sólo estaba condicionada por su amor y cuidado, sino principalmente por la riqueza singular de su naturaleza.

Lo poco que sabemos de los padres de Lenin nos permite suponer que la madre tenía una formación espiritual más elevada que el padre. De ella partieron los rayos invisibles que dieron al corazón de sus hijos una reserva de calor para toda su existencia. No acariciaba a sus hijos efusivamente, no los colmaba de besos, pero nunca los rechazaba ni pesó sobre ellos como una carga. Desde los primeros días los rodeaba de un afecto sin límites; sin mimarlos demasiado, pero sin emplear rudezas. Muchas decenas de años después, cuando ya era una anciana, la hija mayor recordaría con profunda ternura la música de su madre y los viajes que hacían juntas en sillas, convertidas en trineos

en su imaginación, sobre una pista de nieve, igualmente imaginaria, entre pinos y abetos.

La regularidad del carácter de la madre no se basaba en una egoísta concentración en sí misma, como sucede a veces, sino, por el contrario, en una ferviente abnegación. Mujer de temperamento profundo, sentía apasionadamente tanto las raras alegrías como las frecuentes penas y aun los pequeños pesares cotidianos. Pero una austeridad peculiar de su naturaleza le hacía imposible expresar vivamente sus sentimientos. Se afligía por las crueldades de la vida, no sólo por sí misma, sino también por los demás, por su marido y por sus hijos, y esto le impedía irritarse, enojarse, hacer escenas, es decir, tratar de arrojar una parte de sus sufrimientos sobre quienes la rodeaban. Una fuente inagotable de fuerza moral, después de cada nuevo golpe —y no le faltaron— le ayudaba a recuperar su equilibrio interior y a sostener a quienes necesitaban ser sostenidos. La fuerza moral, desprovista de brillo secundario, no se advierte desde afuera, pues solamente se percibe a corta distancia. Pero si no existieran en el mundo estas generosas naturalezas femeninas, la vida no valdría la pena de ser vivida. María Alejandrovna sólo encontró expresión para sus fuerzas más íntimas a través de sus hijos. Murió poco menos de un año antes de la victoria histórica de su hijo.

Nacida y educada en una familia no ortodoxa, María Alejandrovna, aunque ya rusificada, no tenía, a diferencia de su marido, sólidas tradiciones religiosas, con excepción del árbol de Navidad alemán, y no se distinguía por su piedad religiosa.

Su hija dice que "frecuentaba tan poco la iglesia rusa como el templo alemán". Ni siquiera se ha aclarado si siguió siendo luterana o se hizo orto-

doxa al casarse. No obstante, nunca rompió con la religión, y en los momentos más duros recurría a ella con todo el ardor secreto de su naturaleza. Al estar en peligro la vida de su hijo mayor, gravemente enfermo, a la edad de cuatro años, la madre, devorada por la pena, enloquecida, murmuró a su hija de seis años: "Ruega por Sacha" y cayó de rodillas, desesperada, ante el icono. Por esa vez pasó el peligro, Sacha se salvó y la madre, ya serena, recomenzó a enseñar a caminar al pequeño convaleciente.

Diecisiete años después —¡cuántas angustias, penas y esperanzas!— la madre, a través de las rejas de la prisión de San Petersburgo, hizo la misma petición a su hija: "Ruega por Sacha". Pero esa vez no se trataba ya más que de la salud de su alma, pues la cuerda del zar había estrangulado al bien amado hijo mayor, orgullo y esperanza de la familia.

III. LA VÍA REVOLUCIONARIA DE LA INTELECTUALIDAD

INTELECTUAL de origen plebeyo, Ilia Nicolaievitch Ulianov ingresó a las filas de la burocracia, pero no se identificó con ella. Sus hijos no tuvieron ningún contacto con el medio burocrático; su profesión se determinó en la lucha revolucionaria. Antes de convertirse, hacia fines del siglo, en un movimiento de masas, el impulso de emancipación, en el curso de las primeras décadas, enriqueció la historia con experimentos de laboratorio. No se podría comprender el destino de la familia Ulianov sin haber captado antes la lógica particular del movimiento revolucionario de la *intelligentsia* rusa, y, al mismo tiempo, la lógica de su desastre.

Durante uno de los famosos procesos políticos de los años 70, conocido como el "asunto de los 193", el principal acusado expuso la teoría de que, después de la reforma del régimen agrario, se había formado fuera de la propia clase campesina "toda una fracción... dispuesta a responder al llamado del pueblo, que sirvió de núcleo al partido social revolucionario. Esta fracción era el proletariado intelectual". En estos términos describe Hipólito Mychkin, la escena misma del fenómeno, aunque no sepa valorarlo. La sociedad fundada sobre la servidumbre se descomponía más rápidamente de lo que se formaba la sociedad burguesa. La intelectualidad, producto de la disgregación de las antiguas castas, no encontraba ni suficientes ofertas de trabajo ni campo para su influencia política. Rompía con la nobleza, la burocracia, el clero,

con sus costumbres atrasadas y sus tradiciones esclavistas, pero no se acercaba a la burguesía, que aún era demasiado primitiva y burda. Se sentía socialmente independiente y, al mismo tiempo, sofocada bajo el yugo del zarismo. Así pues, el terreno en que florecieron las ideas revolucionarias después de la abolición de la servidumbre fue casi exclusivamente el de la intelectualidad; o mejor dicho, el de su nueva generación, formada por los elementos más pobres de la juventud que acudía a las escuelas: estudiantes, seminaristas, preparatorianos que, por sus condiciones de existencia, no se distinguían en su mayoría, del proletariado, sino que frecuentemente estaban por debajo de él. El Estado tenía necesidad de intelectuales y, muy a su pesar, los formaba en las escuelas. Pero la intelectualidad necesitaba un cambio de régimen y se declaraba enemiga del Estado. La vida política del país fue, durante mucho tiempo, un duelo entre la intelectualidad y la policía, con abstención casi absoluta de las clases fundamentales de la sociedad. Con sarcasmo, por no sin razón, el procurador general, en el proceso de Mychkin, señaló que "el medio más evolucionado", es decir, las clases privilegiadas y la generación mayor de la propia intelectualidad, así como los "medios desprovistos de instrucción", es decir, las masas populares, eran igualmente inaccesibles a la propaganda revolucionaria. En estas condiciones era fácil prever el conflicto. Pero la lucha se imponía al "proletariado intelectual", por lo especial de su situación, y esto exigía grandes ilusiones.

La intelectualidad, que apenas había tenido tiempo para arrancarse a las relaciones sociales y a las costumbres de la época medieval, creía naturalmente encontrar la fuerza en sus ideas. A partir

del año 60 se había asimilado la teoría según la cual el adelanto de la humanidad es el resultado del pensamiento crítico. Y ¿quién podría encargarse de ejercer ese pensamiento crítico, si no la propia intelectualidad? Atemorizada al verse aislada y poco numerosa, la intelectualidad se veía obligada a recurrir al mimetismo, arma de los débiles; se negaba a sí misma, para tener más derecho a hablar y actuar en nombre del pueblo; así procedió Mychkin en su famoso discurso. Pero "pueblo" significaba "campesinado". El escaso proletariado industrial no era más que una ramificación accidental y débil. La veneración consagrada por los *narodniki* (populistas) al campesinado y a su régimen comunal llegó a ser el reverso de la exagerada pretensión del "proletariado intelectual" de representar el papel del principal, si no del único promotor del progreso. Toda la historia de la intelectualidad rusa se desarrolla entre esos dos polos: la humillación voluntaria y la soberbia, reflejos deformados de su debilidad social.

Los elementos revolucionarios de la intelectualidad no sólo trataron de identificarse teóricamente con el pueblo, sino que se esforzaron por confundirse con él en la realidad; se vistieron la casaca del mujik, comieron su sopa de coles magras y aprendieron a manejar el arado y el hacha. No era esto una mascarada política, sino verdadero heroísmo, pero se basaba en un gran *quid pro puo*: la intelectualidad concebía al pueblo a su imagen y semejanza y este acto bíblico de creación le preparaba trágicas sorpresas, al pasar a la acción.

Ya los primeros grupos revolucionarios concibieron la tarea de preparar una insurrección campesina. ¿No estaba demostrada, por todo su pasado, la aptitud del mujik para rebelarse? Esteban Ra-

sín y Pougatchef deberían ser remplazados por el pensamiento crítico individual. Parece ser que estas esperanzas no eran del todo quiméricas. Durante los años de preparación y de aplicación de la reforma, el campesinado se agitó en diversas partes del país; aquí y allá el gobierno se vio obligado a emplear la fuerza armada, pero en la mayoría de los casos aplicó solamente el patriarcal castigo de los azotes. Las sublevaciones en los campos dieron origen en San Petersburgo, en 1860, al nacimiento de una organización clandestina poco numerosa, llamada "la Joven Rusia". Su objetivo inmediato era "una revolución sangrienta e implacable que debería transformar radicalmente todas las bases de la sociedad moderna". Pero la revolución tardaba en llegar. Sin modificar sus evaluaciones, la intelectualidad llegó a la conclusión de que sólo se trataba de una corta espera. Se formaron nuevos círculos para preparar la insurrección. El gobierno respondió con medidas de represión, cuya crueldad indica el alcance de su pánico. Por tratar de dirigir una proclama a los campesinos, el notable publicista Chernichevski, auténtico jefe de la joven generación, fue expuesto a la vergüenza pública y enviado a trabajos forzados. El zar pensaba, no sin razón, que con este golpe decapitaba el movimiento revolucionario, que quedaría acéfalo durante mucho tiempo. El 4 de abril de 1866, Dimitri Karakozov, joven de veinticinco años de edad, ex estudiante de la pequeña nobleza, tiró sobre el zar Alejandro II, quien salía del Jardín de Verano, una bala que no hirió al zar, pero que puso punto final al capítulo liberal de su reinado. Las persecuciones contra la prensa y las incursiones de la policía en los hogares de pacíficos ciudadanos intimidaron a los círculos liberales, no muy valientes

de por sí. Los elementos independientes de la burocracia se disciplinaron. Podemos pensar que, a partir de esa época, Ilia Nicolaievitch Ulianov cesó de entonar los cantos de su juventud. Con la ayuda de una enseñanza clásica esterilizada, sistema destinado a deformar los cerebros jóvenes, el conde Demetrio Tolstoi, ministro de instrucción pública, decidió sofocar el pensamiento libre en su mismo embrión. El monstruoso sistema tomó cuerpo. Por todas las torturas de un clasicismo policíaco, en el cual Atenas y Roma no eran más que los propileos del imperial San Petersburgo, tuvieron que pasar, más tarde, Alejandro y Vladímir Ulianov.

Entre la primera proclama y la primera agresión a mano armada contra el zar no pasaron siquiera seis años. Así fue como la intelectualidad, en el alba de su actuación revolucionaria, cerró su primer ciclo, de pequeñas dimensiones: descontada la posibilidad de una sublevación inmediata de los campesinos, a través de un ensayo de propaganda y agitación, se volvió hacia el terrorismo individual. Muchas experiencias, errores y decepciones deberían seguir a esto. Pero fue precisamente a partir de esa época de la abolición de la servidumbre cuando se inició una actividad única en la historia: la de los pioneros revolucionarios que, durante sesenta años, realizaron su labor de zapa, preparando las explosiones de 1905 y 1917.

Dos años después del asunto Karakozov, un modesto profesor de provincia, Netchaief, que enseñaba el catecismo en una escuela parroquial —una de las figuras más grandiosas en la galería de los revolucionarios rusos— trató de crear una asociación de conspiradores llamada "la venganza popular o del hacha". Netchiaef fijó la fecha de la insu-

rrección campesina para el noveno aniversario de la reforma, 19 de febrero de 1870, fecha en la cual las relaciones transitorias en la aldea deberían, según la ley, ser remplazadas por relaciones definitivas. El trabajo revolucionario preparatorio quedó meticulosamente repartido por calendario: hasta mayo de 1869, en la capital y en los centros universitarios; de mayo a septiembre, en los lugares clave de las provincias; a partir de octubre, "entre lo más denso de la masa popular"; en la primavera de 1870 debería estallar la lucha implacable contra los explotadores. Pero el levantamiento tampoco se produjo esta vez. Todo se redujo a la muerte de un estudiante, sospechoso de traición. Netchaief, que huyó al extranjero, fue entregado al zar por el gobierno suizo, y terminó sus días en la fortaleza de Pedro y Pablo. En el lenguaje de los círculos revolucionarios, la palabra *netchaievchtchina* ("lucha concebida a la manera de Netchaiev") tendrá siempre un duro significado de reprobación, como sinónimo de medios de acción arriesgados y condenables encaminados hacia fines revolucionarios. Cientos de veces, los adversarios de Lenin lo acusaron, en política, de emplear procedimientos de lucha a la Netchaief.

Los años 70 abrieron el segundo ciclo de la revolución, con una capacidad y una envergadura mucho más considerables, pero que reproducían, en su desarrollo, la sucesión de etapas que ya conocemos: partir de esperanzas fundadas sobre una sublevación popular y de tentativas para prepararla, pasar a través de un conflicto con la policía política sin la participación del pueblo, y llegar al terrorismo individual. El complot de Netchaief, edificado por completo sobre la dictadura de un solo individuo, provocó, en los círculos revolucio-

narios, una violenta reacción contra el centralismo y la disciplina ciega. El movimiento, que renació después de una breve calma, en 1873, tomó el carácter de una cruzada caótica de la masa intelectual dirigida al pueblo. Los jóvenes, principalmente estudiantes y ex estudiantes, en total cerca de un millar de personas, llevaron la propaganda socialista a todos los confines del país, particularmente a la región del bajo Volga, en busca de la herencia de Rasín y de Pougatchef. Este movimiento, notable por su amplitud y su joven idealismo, verdadera cuna de la revolución rusa, se distinguió, como sucede a la infancia, por la extrema ingenuidad de los procedimientos. Ni organización dirigente ni programa claro, ni buena técnica de conspiradores entre los propagandistas. Y, además, ¿para qué? Algún joven, que había roto con la familia y la escuela, sin profesión, sin relaciones ni obligaciones personales, sin temor a los poderes del cielo ni de la tierra, imaginaba ser la cristalización viviente del levantamiento popular. ¿Una constitución? ¿El parlamentarismo? ¿La libertad política? No, no se dejará engañar por esos embustes occidentales. Necesita una revolución total, sin restricciones ni etapas intermedias.

Por la teoría, las simpatías de la juventud se dividían entre Lavrov y Bakunin. Estos dominadores de espíritus habían salido ambos de la nobleza, habían sido educados ambos en la misma escuela de los *junkers* de San Petersburgo. Miguel Bakunin diez años antes que Pedro Lavrov. Ambos acabaron su vida en el destierro: Bakunin en 1876, cuando Vladímir Ulianov aún usaba zapatos de niño; Lavrov en 1900, fecha en la que Ulianov se transformó en Lenin. El ex oficial de artillería Bakunin pertenecía ya a la segunda emigración y había tenido

tiempo de pasar del paneslavismo democrático a la anarquía pura cuando Lavrov, profesor de la escuela de artillería, ecléctico de una erudición enciclopédica, desarrollaba en las revistas legales la teoría del "pensamiento crítico en el individuo", que en cierto modo fue el pasaporte filosófico del nihilista ruso. La doctrina del deber que se tenía que cumplir hacia el pueblo respondía perfectamente al mesianismo de la intelectualidad, cuya arrogancia teórica se combinaba prácticamente con una disposición constante al sacrificio. La debilidad del "lavrismo" consistía en que no indicaba los caminos de la acción y se contentaba con la propaganda abstracta de un Evangelio revelado de una vez por todas. Aun los más pacíficos trabajadores de la cultura, del género de Ilia Nicolaievitch Ulianov, podían considerarse sinceramente como discípulos de Lavrov; pero precisamente por eso no satisfacía a los elementos más activos y resueltos de la juventud. La doctrina de Bakunin era infinitamente más clara y sobre todo más audaz: definía al campesino ruso como "socialista por instinto y revolucionario por naturaleza"; consideraba que la tarea de la intelectualidad consistía en convocar a una inmediata destrucción general, de la que Rusia debería surgir hacia una federación de comunas libres. El propagandismo paciente tendría que quedar en segundo plano, ante el empuje del espíritu subversivo integral. Bajo la bandera del bakuninismo, que se convirtió en la doctrina dominante, la intelectualidad de los años 70 consideró natural que bastara reavivar las chispas del pensamiento crítico para que el bosque y la estepa quedaran envueltos en un inmenso incendio.

"Los movimientos de la intelectualidad —como lo demostró más tarde, ante el tribunal, Mychkin, a

quien ya conocemos— no se crean artificialmente, sino que son el eco de las tribulaciones populares." Esta idea, indiscutible en un amplio sentido histórico, no podía en forma alguna constituir un testimonio de una relación política directa entre el descontento popular y las actividades de los facciosos. Por un fatal conjunto de circunstancias, la aldea, que se había agitado durante casi todo el curso de la historia de Rusia, se calmó precisamente en el momento en que la ciudad comenzaba a interesarse por ella, y la calma duró mucho tiempo. La reforma campesina se convirtió en hecho consumado. La dependencia ostensible del mujik, esclavo del *barine*, ya no existía. Gracias a las buenas cosechas de trigo de los años 60, hubo un aumento de bienestar entre las capas superiores, las más emprendedoras del campesinado, que determinaban la opinión en el campo. En cuanto al carácter explotador de la reforma, los campesinos se inclinaban a atribuirlo a la resistencia opuesta por los nobles a la voluntad del zar. Las esperanzas para un porvenir mejor se fincaban en ese mismo zar; era el llamado a enmendar lo que habían destrozado los propietarios nobles y los funcionarios. Esta mentalidad no solamente hacía que los campesinos resultaran inaccesibles a la propaganda revolucionaria, sino que los incitaba a considerar a los enemigos del zar como sus propios enemigos. El impulso apasionado e impaciente de la intelectualidad hacia la clase campesina se estrelló contra el rechazo exacerbado de los medios rurales a todo lo que provenía de los amos, de los de la ciudad, de las personas instruidas, de los estudiantes. La aldea, lejos de abrir los brazos a los propagandistas, los rechazó con hostilidad, y este hecho condicionó el dramático curso del movimiento revolucionario

de los años 70, así como su trágico final. Sólo la nueva generación de la clase campesina, educada después de la reforma, fue la que percibió con nueva agudeza la insuficiencia de las tierras, el peso de los impuestos, la opresión de una casta y, entonces, ya bajo la influencia directa del movimiento obrero, se decidió a emprender el desalojamiento de los propietarios, escondidos en sus madrigueras. Pero para llegar a eso, aún hubo que esperar un cuarto de siglo.

La "marcha hacia el pueblo" fue, como quiera que sea, un fracaso completo. Ni el Volga, ni el Don, ni el Dnieper respondieron al llamado. El hecho de que los propagandistas no observaran las precauciones más indispensables al tratarse de un trabajo ilegal, dio por resultado que fueran descubiertos en su gran mayoría: en 1874 fueron arrestados más de 700. El gobierno instruyó dos grandes procesos que entraron para siempre en la historia de la revolución: "el asunto de los 50" y el "asunto de los 193". Las acusaciones lanzadas por los inculpados, por encima de sus jueces, contra el zarismo, hicieron vibrar los corazones de varias generaciones de jóvenes.

La experiencia, pagada a tan alto costo, había demostrado que unas incursiones cortas al campo eran insuficientes. Los propagandistas decidieron, entonces, ensayar el sistema de las instalaciones permanentes entre el pueblo, bajo la apariencia de grupos de artesanos, de comerciantes, de escribanos, de funcionarios de sanidad, de maestros de escuela, etc. Por su amplitud, este movimiento iniciado en 1876 fue mucho menos considerable que el impulso vago y caótico de 1873, ya que las decepciones y la represión habían tenido tiempo de operar una selección. Al adoptar un género de

vida sedentario, los propagandistas se veían obligados a diluir el vino fuerte del bakuninismo con una tisana: el espíritu sedicioso quedó reprimido por el trabajo cultural, en el cual la predicación socialista, aún individual, sólo excepcionalmente se realizaba.

De conformidad con la doctrina populista que negaba todo porvenir al capitalismo ruso, no se atribuía al proletariado ninguna función autónoma en la revolución. Pero sucedió naturalmente que la propaganda, calculada para actuar sobre la aldea, no encontró eco de simpatía más que en las ciudades. La escuela de la historia está llena de recursos pedagógicos. El movimiento de los años 70 resulta tan instructivo, sobre todo, quizás, por el hecho de que, en torno a un programa cuidadosamente preparado a la medida de una revolución campesina, se reunieron exclusivamente intelectuales y algunos obreros aislados de la industria. De esta manera se manifestó la inconsistencia del populismo y se prepararon los primeros elementos críticos para su revisión. Pero, antes de llegar a una doctrina realista, apoyada sobre las tendencias verdaderas de la sociedad, la intelectualidad revolucionaria tenía aún que pasar por el Gólgota de la lucha terrorista.

La perspectiva muy lejana y de ninguna manera garantizada del despertar de las masas populares no correspondía, en forma alguna, a las apasionadas esperanzas de los círculos revolucionarios urbanos. La feroz represión ejercida por el gobierno contra los propagandistas de la primera movilización —los años de detención preventiva, las decenas de años de trabajos forzados, los malos tratos, los casos de locura, los suicidios— suscitó un ardiente deseo de pasar de las palabras a los hechos.

Pero, ¿en qué se podía manifestar la acción inmediata de los pequeños círculos, si no en golpes asestados individualmente a los representantes más detestados del régimen? Las manifestaciones terroristas comenzaron a multiplicarse de día en día. El 24 de enero de 1878, una joven aislada disparó sobre el prefecto de policía de San Petersburgo, Trepov, quien poco antes había dado la orden de que el detenido Bogoliubov fuera sometido a un castigo corporal. El disparo de V. I. Zassulitch, mujer notable con la cual trabajó Lenin, después, durante más de veinte años, en la misma redacción en el extranjero, no fue más que un tributo espontáneo pagado a un sentimiento de indignación; pero este gesto fue la forma embrionaria de todo un sistema. Seis meses más tarde, Kravtchinsky, que manejaba tan bien el puñal como la pluma, mató en una calle de San Petersburgo al poderoso jefe de la gendarmería, Mezenzef. Ésta fue también una venganza por los compañeros de lucha que habían caído. Pero ya Kravtchinsky no estaba aislado; actuaba como miembro de una organización revolucionaria.

Las "colonias" dispersas entre la población necesitaban una guía. La experiencia de la lucha superó fácilmente los prejuicios contra el centralismo y la disciplina, que parecían teñidos con el espíritu de Netchaief. Los grupos provinciales se unieron rápidamente al centro en formación. Así fue como, con elementos seleccionados, se constituyó *Semlia i Volia* (Tierra y Libertad), organización del populismo revolucionario verdaderamente notable, por la composición y la cohesión de sus componentes. Pero ¡ay! un escepticismo cada vez más vivo marcaba la actitud de estos populistas frente al pueblo, tan indiferente ante los sangrientos sa-

crificios de los revolucionarios. Zassulitch y Kravtchinsky incitaban en cierta forma, con su ejemplo, a tomar inmediatamente las armas, sin esperar a las masas, para defenderse ellos y los suyos. Seis meses después de la muerte de Mezenzef, un joven aristócrata disparó, esta vez ya bajo la orden precisa del partido, sobre el nuevo jefe de la gendarmería, Drenteln. Pero falló. Hacia la misma época, en la primavera de 1879, un miembro muy notable del partido, en provincia, se presentó en la capital, ofreciéndose a matar al zar. Hijo de un pequeño funcionario, después de haber obtenido una beca del Estado, había sido profesor de distrito; se llamaba Alejandro Soloviev y había pasado por la seria escuela de las colonias revolucionarias en las aldeas de la región del Volga, antes de desesperarse de los resultados de la propaganda. Los dirigentes de *Semlia i Volia* vacilaban. El salto del terrorismo hacia lo desconocido los asustaba. El partido no se puso de acuerdo para dar su aprobación, pero ello no detuvo a Soloviev. El 2 de abril, en la plaza del palacio, disparó tres veces contra Alejandro II. El zar escapó también esta vez. Naturalmente, el gobierno desató una nueva ola de represalias contra la prensa y contra la juventud. El atentado de Soloviev es afín al movimiento de los años 70, a la marcha hacia el pueblo, así como el atentado de Karakosov se relaciona con las primeras tentativas de propaganda de la década anterior. La simetría salta a la vista. Pero el segundo ciclo revolucionario es infinitamente más considerable que el primero, por la cantidad de individuos que comprende, por su experiencia, su temple y su encarnizamiento en la lucha. El atentado de Soloviev, que *Semlia i Volia* no pudo dejar de reconocer, no fue ya un acto aislado como el disparo de

Karakosov. El terrorismo sistemático estaba ya a la orden del día. La guerra con Turquía, que favoreció el desarrollo económico y terminó con la capitulación de la diplomacia rusa, en el Congreso de Berlín (1870), produjo una gran sacudida en la sociedad; acabó con el prestigio del gobierno y, al despertar entre los revolucionarios esperanzas excesivas, los empujó a la vía de la lucha política directa. Después de romper, en junio de 1879, con el grupo de populistas de la vieja escuela que no querían desprenderse de la aldea, *Semlia i Volia* se renovó y se lanzó a la arena política como *Narodnaia Volia* (La Voluntad del Pueblo). Cierto es que en su declaración de programa, el nuevo partido no renuncia a la agitación entre las masas; por el contrario, se muestra decidido a dedicar a ello dos terceras partes de los recursos del partido, y la otra tercera al terrorismo. Pero esta decisión no es más que un tributo platónico al periodo anterior. Los químicos revolucionarios se enteraron sin trabajo de que la dinamita y el piroxileno, cuyo empleo se había generalizado durante la guerra ruso-japonesa, eran de una preparación relativamente fácil, que se podía realizar en laboratorios improvisados. La suerte estaba echada. Al tiempo que la propaganda, que defraudara tantas esperanzas, cedió definitivamente ante el terrorismo, el revólver, que ya había probado su poca eficacia, fue remplazado por la dinamita. Toda la organización se renueva de acuerdo con las necesidades de la lucha terrorista. Energías y recursos se emplean totalmente en la preparación de atentados. Los propagandistas de aldea se sienten olvidados en sus lejanos rincones. En vano tratan de crear una organización independiente: *Tchorny Perediel* (La subdivisión negra), que tuvo el destino de ser-

vir de puente al marxismo, pero careció de valor político autónomo. El viraje hacia el terrorismo es inevitable. Los revolucionarios rectifican las concepciones expuestas en sus programas, conforme a las necesidades del nuevo método de lucha. *Semlia i Volia* profesaba la doctrina de que una constitución sería perjudicial para el pueblo, ya que la libertad política debería lograrse como una de las consecuencias subsidiarias de la revolución social; *Narodnaia Volia* sostenía, en cambio, que la conquista de la libertad política debería ser la premisa indispensable de la revolución social. *Semlia i Volia* pretendía ver en el terror una simple señal de acción dada desde arriba a las masas oprimidas. *Narodnaia Volia* se asignaba la tarea de realizar la revolución "desorganizando" al gobierno mediante el terror. Lo que al principio fue un acto casi instintivo de venganza por los compañeros de lucha ultrajados, se transformó, en el curso de los acontecimientos, en un sistema perentorio de lucha política. Así, desligada del pueblo y, al mismo tiempo, empujada por la marcha de los acontecimientos a la primera fila de la historia, la intelectualidad se esforzó por dar a su debilidad social el apoyo de la fuerza explosiva de la dinamita. La química de la destrucción, entre sus manos, se transformó en alquimia política.

Como consecuencia de la modificación de tareas y de métodos, el centro de gravedad del trabajo quedó claramente desplazado; de las aldeas pasó a las ciudades y de las ciudades a la capital. Desde entonces, el estado mayor de la revolución se opuso al estado mayor del poder. Al mismo tiempo, se transformó la condición psíquica del revolucionario, tanto como su aspecto exterior. Con la desaparición de la ingenua fe en el pueblo, se perdió

también la imprudencia de antaño entre los conspiradores. El revolucionario se esconde, se hace más prudente, con visión más profunda, más resuelto. Cada día se encuentra en peligro de muerte. Para defenderse, lleva puñal en la cintura y un revólver en el bolsillo. La gente que, dos o tres años antes, aprendía oficios para mezclarse con el pueblo, se instruye ahora en el arte de construir bombas, de lanzarlas y de tirar sobre sus perseguidores en la huida. El apóstol fue sustituido por el guerrillero. Si el propagandista de la aldea se vestía con andrajos para parecerse en todo al pueblo, el revolucionario de la ciudad trata de distinguirse lo menos posible, por su apariencia, del ciudadano acomodado e instruido. Pero por notable que haya sido este cambio, que se produjo en muy pocos años, se puede reconocer fácilmente, por el contraste de los dos disfraces, a un solo y único "nihilista": vestido con un pobre blusón, no era pueblo, y ataviado como un perfecto caballero, no era burgués. Al margen de lo social, con el deseo de hacer saltar la vieja sociedad, se veía obligado a tomar el color mimético ya de uno, ya de otro, de estos dos polos opuestos.

La vía revolucionaria de la intelectualidad se nos va descubriendo poco a poco. Habiendo comenzado por deificarse teóricamente bajo el nombre de "pensamiento crítico", renunció después a disolverse en el pueblo y, a partir de este fracaso, volvió inmediatamente a su propia deificación práctica, en la persona del comité ejecutivo terrorista; el pensamiento crítico se albergó en un motor explosivo que tenía por objeto poner a la disposición de un puñado de socialistas los destinos del país. Por lo menos así era como se expresaba el programa oficial de *Narodnaia Volia*. Ahora bien, el hecho

de haber renunciado a la lucha de masas reducía las finalidades socialistas a una ilusión subjetiva. No subsistía otra cosa real más que la táctica de intimidar a la monarquía con bombas, con la única perspectiva de obtener libertades constitucionales. En su función objetiva, los anarquistas rebeldes de ayer, que no habían querido oír hablar de democracia burguesa, se convirtieron en destacamento de combate del liberalismo. La historia encuentra siempre el medio de poner en su sitio a los presuntuosos: lo que figuraba en su orden del día no era la anarquía, sino la libertad política.

La lucha revolucionaria se transformó en una competencia furiosa entre el comité ejecutivo y la policía. Los militantes de *Semlia i Volia* y después los de *Narodnaia Volia,* cometían sus atentados como francotiradores, y fracasaban en la mayor parte de los casos. La policía los capturaba y los colgaba, sin que escapara uno solo. De agosto de 1878 a diciembre de 1879, contra dos víctimas entre la gente del gobierno, se contaron 17 revolucionarios ahorcados. No quedaba más que renunciar a atacar a los dignatarios para concentrar todos los esfuerzos contra el zar. Aun en la actualidad, a una distancia de medio siglo, no puede dejarse de admirar la energía, el valor, el talento de organización de aquel puñado de militantes. El político y orador Kibaltchitch, el sabio e inventor Yeliabov, mujeres de una incomparable fuerza moral como Perovskaia y Figner, formaban la *élite* de la intelectualidad, la flor de su generación. Sabían subordinarse íntegramente al propósito libremente adoptado, y enseñaban a los demás a hacer lo mismo. En cierta forma, no había obstáculo insuperable para los héroes que habían hecho pacto con la muerte. Antes de aniquilarlos, el terror les daba

un temple sobrehumano. Abrieron una zanja bajo la vía férrea por la que pasaba el tren del zar; después otra en la calle por donde transitaría el cortejo imperial; el obrero Khalturine se deslizó con una carga de dinamita que hizo explotar en el palacio. Fracaso tras fracaso. "El todopoderoso protege al emancipador", decía la prensa liberal. Pero al final, la energía del comité ejecutivo pudo más que la vigilancia del todopoderoso. El 1º de marzo, después que el joven Ryssakov fracasó, Grinevitski, con una segunda bomba del sistema Kibaltchitch, mató, en una calle de la capital, a Alejandro II, matándose a sí mismo. Esta vez, el golpe fue contra el corazón del régimen. Pero pronto se descubrió que la propia *Narodnaia Volia* se había consumido en el fuego del éxito terrorista. La fuerza del partido se concentró, casi en su totalidad, en su comité ejecutivo. Fuera de él no quedaban más que grupos auxiliares, desprovistos de significación independiente. La lucha terrorista, junto con el trabajo técnico preparatorio, era conducida en todos los casos por miembros del estado mayor central. ¿Cuántos de estos combatientes había? Posteriormente se ha hecho un cálculo irrefutable. El primer efectivo del comité ejecutivo se componía de 28 personas. Hasta el 1º de marzo de 1881, el total de sus miembros —que por otra parte, nunca actuaron simultáneamente— era de 37. Todos ellos vivían en forma ilegal, es decir, habían roto todas sus relaciones sociales y hasta las familiares; este puñado de hombres no sólo tuvo en jaque a todas las fuerzas de la policía política sino que, durante algún tiempo, hicieron del nuevo zar, "el ermitaño de Gatchina". El mundo entero se estremeció ante el trueno del ataque titánico lanzado contra el despotismo de San Petersburgo. Parecía

como si el misterioso partido tuviera a su disposición legiones de combatientes, y el comité ejecutivo conservaba cuidadosamente la ilusión de esta potencia ilusoria. Pero las reservas se habían agotado con rapidez inesperada.

Según el pensamiento de la organización *Narodnaia Volia,* cada golpe dado con éxito contra el enemigo debería aumentar la autoridad del partido, reclutarle nuevos combatientes, aumentar el círculo de sus simpatizadores o, por lo menos, despertar inmediatamente a las masas populares, dar mayor consistencia a la oposición liberal. Pero todo lo relacionado con estos atentados era demasiado fantástico. Indudablemente, el heroísmo despertaba imitadores. Admitimos que no faltaron jóvenes, hombres y mujeres, listos a volar junto con las bombas que lanzaran. Pero ya no había nadie que los uniera y dirigiera. El partido se hundía. Por su misma naturaleza, el terror despilfarraba las fuerzas ya dispuestas que le habían llegado del periodo del propagandismo, con mucha mayor rapidez de la que empleaba en renovarlas. "Nos comemos nuestro capital" dijo el lider de la *Narodnaia Volia,* Yeliabov. Verdad es que el proceso de los regicidas despertó ecos ardientes en algunos corazones de la juventud. Si San Petersburgo rápidamente se encontró demasiado bien vigilado por la policía, los grupos de *Narodnaia Volia* continuaron formándose en diversos sitios de provincia, hasta 1885. No obstante, esto no condujo a una segunda oleada de terror. Después de haberse quemado los dedos, los intelectuales, en masa, retrocedieron ante el incendio revolucionario.

No iba mejor la cosa entre los liberales, hacia quienes los terroristas, después de haber dejado la clase campesina, volvían los ojos con esperanza

Es cierto que, bajo la influencia de los fracasos diplomáticos del gobierno y de las perturbaciones económicas, los miembros de los *zemstvos* intentaron, provisionalmente, una movilización de sus fuerzas. Pero fue una movilización de impotencia. Asustados ante el encarnizamiento redoblado de los campos beligerantes, los liberales se inclinaron a ver en la *Narodnaia Volia,* no una aliada, sino el obstáculo principal en la vía de las reformas constitucionales. Según las palabras del más izquierdista de los miembros de los *zemstvos,* I. I. Petrunkevitch, los actos de terrorismo servían únicamente "para espantar a la sociedad y exasperar al gobierno".

Así pues, en torno al comité ejecutivo, que había surgido de un movimiento relativamente amplio de la intelectualidad, se hizo el vacío más profundo, a medida que las explosiones de su dinamita se hacían más ensordecedoras. Ningún grupo puede sostenerse durante mucho tiempo en medio de una población hostil. Ningún grupo clandestino puede actuar sin un refugio de simpatías. El aislamiento político dejó definitivamente a los terroristas a merced de la policía que, cada vez con mayor éxito, acababa con los restos de antiguos grupos y con los embriones de los nuevos. La liquidación de la organización *Narodnaia Volia,* mediante una serie de detenciones y de procesos, se desarrolló sobre el fondo de la completa reacción social de los años 80. Posteriormente examinaremos más de cerca este sombrío periodo, a propósito de la acción terrorista de Alejandro Ulianov.

IV. EL HERMANO MAYOR

ALEJANDRO, tanto por su fisonomía como por su carácter, se parecía a su madre, sobre todo en sus primeros años: "La misma mezcla excepcional —escribe la hermana mayor— de firmeza extrema e igualdad de carácter, con una sorprendente sensibilidad, ternura y espíritu de justicia. Pero más austero y más concentrado, y mucho más viril." El preceptor de los hijos, Kalachnikov, afirma que, tras el rostro blanco lechoso de Alejandro, en su voz dulce y en sus movimientos tranquilos, desde su primera infancia se descubría una gran fuerza interior. El aislamiento de la familia en Simbirsk, en el primer periodo, la falta de camaradas para sus juegos infantiles y también, en parte, las exigencias del padre, no hicieron más que acentuar la naturaleza introvertida del muchacho. Impresiones terribles y brutales no le faltaron. Para comenzar, la casa habitada por los Ulianov en el viejo barrio situado en los límites de la Corona no se encontraba lejos de la prisión. La madre se ocupaba de los pequeños pero los mayores no eran vigilados y se iban a pasear solos a la plaza. En los días de fiesta, en la vieja Corona se agrupaba "el pueblo", mientras que en la "nueva Corona" se paseaba "el público". La plaza estaba llena de restos de semillas de girasol o de pescados secos y otros comestibles. Durante la fiesta de Pascua, la gente se divertía arrojando huevos duros pintados. Los trajes de colores vivos y las blusas rojas brillaban ante el tiovivo, mientras los acordeones hacían vibrar sus notas discordantes. Ya de noche

partían de la plaza canciones de ebrios, y se producían riñas feroces. Es cierto que durante los días de fiesta, no se permitía a los niños ir a la plaza, pero en los días comunes, mientras jugaban entre el polvo, contemplaban el Volga o escuchaban el canto de los pájaros en las huertas, más de una vez fueron interrumpidos en sus juegos por el sonido de las cadenas, por frases soeces o por injurias. Con una curiosidad punzante, el pequeño Alejandro sorprendía una mirada echada a través de las rejas de la prisión, y despertaba en él un sentimiento de piedad.

En Kokuchkino, propiedad del abuelo materno, en la provincia de Kazán, lo pasaban muy bien, cuando se reunían en vacaciones todas las hijas casadas con sus numerosos niños. Allí había diversiones animadas, paseos, canoas, y después cacerías a las que Alejandro se dedicaba con pasión. Pero en los alrededores reinaba la miseria de los campesinos, y todo el ambiente aún estaba profundamente impregnado de las costumbres de la época de la servidumbre. Un campesino del rumbo, llamado Karpei, cazador y pescador, contó a Ana y a Alejandro que había visto, con sus propios ojos, llevar corriendo, a través de la provincia de Kazán, a unos "pequeños judíos" a los que se mandaba a Siberia, muchachitos de unos diez años, arrancados con violencia a sus padres, a quienes se quería convertir en ortodoxos y servidores del zar. La narración de Karpei les causó un dolor más vivo y ardiente que los versos de Nekrassov. Más tarde, ya en la universidad, Alejandro leyó en un libro de Herzen publicado clandestinamente, cómo éste, camino de la deportación, había encontrado un convoy de niños judíos a quienes se enviaba a Siberia; había entre ellos chiquillos de ocho años,

que caían extenuados y morían en el camino. Herzen se enfermó en su trineo, lloró amargamente y maldijo a Nicolás y a su gobierno. Pero, ¿Alejandro lloró? Según cuenta su hermana, ni cuando era pequeño lloraba. Aunque no por eso dejaba de sentir vivamente la injusticia y el ardor de las lágrimas interiores.

Interrogado sobre cuáles eran los vicios más grandes, el chico respondió: "La mentira y la cobardía." Siempre tenía su opinión propia, con frecuencia callada, pero profundamente vivida, y en consecuencia firme. Este muchacho introvertido no habló nunca a su familia de haber perdido la fe religiosa, sino cuando su padre, creyente convencido, le preguntó con desconfianza: "¿Irás hoy a las vísperas?" Entonces Alejandro respondió: "No", con tal convicción que el padre no se atrevió a insistir.

Alejandro ingresó en el liceo en 1874. Aunque ya se había llegado a la época de las reformas, el gimnasio o liceo de entonces era una especie de correccional para los muchachos. El principal instrumento de suplicio era la enseñanza de los clásicos. "El conocimiento de las lenguas muertas —según explicaban quienes habían creado ese sistema de instrucción—, por la misma dificultad que presenta, es una lección de modestia y la modestia es el primer síntoma y la primera necesidad de una verdadera instrucción". La enseñanza de los clásicos estaba destinada a servir de freno de acero a la razón infantil. La asistencia a la iglesia era vigilada con suma atención, y echaba a perder los días de fiesta. Entre dos genuflexiones, el director echaba un ojo inquisidor a los alumnos de las clases superiores: ¿había entre ellos quien tuviera la audacia de permanecer de pie cuando él, el di-

rector, estaba prosternado ante Dios? El juego de cartas, la embriaguez y otras distracciones de este tipo eran consideradas como trivialidades en comparación con la participación en los círculos educativos independientes, la lectura de revistas liberales o la asistencia a teatros, y hasta el hecho de no cortarse el pelo de una manera suficientemente marcial. Un aire ensimismado o una actitud orgullosa eran considerados por los jefes, y no siempre sin razón, como síntomas de una protesta disimulada. Las relaciones, siempre tensas, producían en algunos liceos violentas explosiones y hasta conspiraciones contra los profesores particularmente odiados. Así fue como en 1880, el conde Loris-Melikov, quien durante algún tiempo desempeñó, al lado de Alejandro II, atemorizado, el papel de un dictador político liberal, comunicó al zar que la instrucción pública había logrado alzar contra ella "a los altos dignatarios, al clero, a la nobleza, a los universitarios, a los *zemstvos* y a las ciudades..." Inmediatamente se cesó al conde D. Tolstoi, creador del detestado sistema "clásico" y se le remplazó por el "liberal" ministro Saburov, pero esta nueva corriente fue sólo pasajera. Oscilando de un lado a otro, pero inclinándose más en el sentido de la reacción, este sistema escolar subsistió durante un cuarto de siglo, con ciertas mejoras, hasta los últimos días de la monarquía. El odio al liceo o la preparatoria se convirtió en una especie de tradición nacional. No fue por azar por lo que Peloiaiev, en su poema satírico del que ya se ha hablado, lanzó una de sus estrofas más virulentas contra el director del gimnasio de Simbirsk. Otro poeta, Nadson, de la misma generación que Alejandro Ulianov, escribió, respecto al periodo escolar de su existencia:

Lejana mocedad, hoy te maldigo:
pasaste sin amor, sin libertad ni amigo...

Para Alejandro, la rudeza y la crueldad del régimen escolar fueron mucho más penosos que para la mayor parte de los jóvenes de su edad. Pero, mordiéndose los labios, siguió estudiando. Cuando llegaba a su casa, Ilia Nicolaievitch se informaba cuidadosamente de los estudios de su hijo, exigiéndole un trabajo perfecto. La presión del padre coincidía con las cualidades innatas del joven que, muy bien dotado, trabajaba con ahínco. En esa familia todos trabajaban por igual.

Alejandro tenía cinco años de estudios cuando Vichievski, hombre anterior a la reforma, fue reemplazado por Kerenski, padre del futuro héroe de la revolución de febrero. El nuevo director alivió un poco el ambiente estancado, cuartelario y policíaco del liceo, pero las bases del régimen escolar siguieron siendo las mismas. El primero de marzo de 1881, cuando Alejandro estudiaba el sexto año, llegó de San Petersburgo una noticia abrumadora: los revolucionarios habían matado al zar. Toda la ciudad se llenó de rumores y de suposiciones. El director, Kerenski, pronunció un discurso sobre el acto infame cometido contra el zar emancipador. El sacerdote del liceo, al describir el martirio del ungido del Señor, dijo que los revolucionarios eran "monstruos de la raza humana". Pero la autoridad del buen cura, como la de los dirigentes del gimnasio, ya no pesaba mucho en el alma de Alejandro. En el hogar, su padre habló contra los terroristas, pues estaba alarmado como jefe de familia, ciudadano y funcionario. Ilia Nicolaievitch regresó muy angustiado de la catedral, donde se rezó por el reposo del alma del difunto zar. Sus años de estudio

habían transcurrido durante la época sombría que siguió a la fracasada revolución de 1848. El advenimiento de Alejandro II se había fijado en su conciencia, para siempre, como una era de libertad; en todo caso, para un trabajador intelectual había abierto posibilidades en las que no se hubiera podido soñar durante el reinado de Nicolás I. Por eso consideraba el asesinato del zar con amargura y más de una vez hizo notar la reacción que se había producido después del 1º de marzo y que, naturalmente, se hacía sentir en forma dolorosa sobre la educación. En las críticas de su padre no podía dejar de oír Alejandro la voz de un funcionario liberal aterrado por un gran drama. Pero el hecho era tan extraordinario, la presión de la indignación pública tan abrumadora, que Alejandro no encontraba palabras para expresar sus confusos pensamientos. En todo caso, su simpatía se inclinaba hacia los revolucionarios ejecutados, pero no lo decía en voz alta; primero, porque no estaba suficientemente seguro de sí mismo y, después, porque temía influir sobre sus hermanos menores, además de recibir una severa reprimenda de sus padres.

En el curso de sus nueve años de estudios, Alejandro no fue objeto de una sola reprensión o queja; era un magnífico alumno, que pasaba de una clase a otra siempre con el primer premio, nunca insolente ni grosero, no por falta de valor, sino porque sabía contenerse; el liceo no era para él más que el puente para llegar a la universidad y, sin alegría, pero con éxito, pasó ese puente, terminando sus estudios preparatorios con medalla de oro, en primer lugar, adelantando en un año, y a veces en dos, a los compañeros de su edad.

Los años preparatorios de Alejandro coincidieron

exactamente con el ciclo principal del movimiento revolucionario de la intelectualidad; había entrado en la clase preparatoria en 1874, cuando era más fuerte el movimiento populista, y terminó sus estudios secundarios en 1883, cuando la *Narodnaia Volia* aún parecía estar en el cénit de su poder. Simbirsk no permaneció al margen del movimiento, pues allá se enviaba a los sospechosos de los centros más importantes, se detenía allí a los deportados que regresaban de Siberia y, finalmente, pasaban por Simbirsk, en coches tirados por tres caballos galopantes, misteriosos personajes escoltados por gendarmes bigotudos. En 1877 y 1878, fueron implantadas en Simbirsk las ideas populistas por un maestro del gimnasio llamado Muratof, militante activo del *Tcherno peredel* (organización que pretendía una nueva repartición de las tierras), bajo cuya influencia se encontraron grupos de la juventud estudiosa y militar, y hasta cierto número de profesores. Aunque Muratof, después de año y medio de enseñanza, había sido alejado de Simbirsk, los círculos de la juventud no dejaron de existir durante los años siguientes. Pero Alejandro no tenía ninguna conexión con ellos. La atmósfera de la familia, en donde se vivía de los intereses de la instrucción pública, y donde se amaba a Nekrassov y a Chtchedrine, satisfizo durante un tiempo las necesidades ideológicas que despertaron en el chico, en el adolescente y en el joven. Durante los tres primeros años de su vida de estudiante, Alejandro continuó al margen de los círculos revolucionarios. La causa debe buscarse en el carácter de Alejandro, muy entero y de naturaleza hasta cierto punto lenta. Estaba alejado de todo diletantismo intelectual o moral, de toda aproximación o de toda ruptura fácil con la gente o con las ideas. No se

decidía fácilmente. Pero una vez decidido, no conocía temor ni vacilación.

Alejandro pasó el estío de 1882, sus vacaciones antes de su último año escolar, principalmente en la cocina de un pequeño pabellón, que había transformado en laboratorio de química. Era el último en ir a tomar el té, pues le costaba trabajo arrancarse a sus ocupaciones y frecuentemente se le tenía que llamar varias veces. Ilia Nicolaievitch bromeaba un poco con su hijo respecto a su afición a la química. Alejandro guardaba silencio y sonreía con "indulgencia". Participaba poco en la conversación general. Apenas había tomado el té, se retiraba a su laboratorio. Según cuenta Ana, la pasión de Alejandro por la química, desde fines de la preparatoria, comenzó a alejarlos uno del otro. En realidad, la causa de este alejamiento creciente no se encontraba sólo en las ciencias naturales, que ni siquiera ocupaban el primer plano. Alejandro había entrado en un periodo de revisión de valores, cuando los adolescentes y jóvenes pesan aquello que aún la víspera les era querido y que de repente les resulta extraño. Participaba cada vez menos en las distracciones de la familia, ya que prefería la caza o las conversaciones con una prima, por la cual sentía una simpatía que pronto se convirtió en un primer amor tímido.

En una novela de Chirikov, consagrada a la existencia en la ciudad de Simbirsk, muy conocida del autor, la pasión de Alejandro por el estudio de la química es representada como una preparación consciente para su actividad terrorista; ésta es una de las muchas exageraciones de un autor que comenzó por tener simpatías hacia los bolcheviques y que terminó como emigrado blanco. Alejandro amaba la química. Su mirada concentrada, medi-

tativa, un poco lenta, era la de un experimentador de las ciencias naturales por vocación. En 1883, dejó Simbirsk. En las recomendaciones que hizo a su hijo a su partida para San Petersburgo, Ilia Nicolaievitch le pidió que tuviera cuidado; los últimos rugidos del terrorismo aún resonaban en su recuerdo. El hijo pudo decir, sinceramente, palabras tranquilizadoras a su padre, pues su pensamiento aún estaba muy lejos de la lucha revolucionaria. Alejandro no sentía interés más que por la ciencia, su cerebro estaba lleno de las fórmulas de Mendeleiev. Para él, la capital era, ante todo, la Universidad.

Aún se trataba del viejo San Petersburgo que no llegaba al millón de habitantes. Alejandro alquiló una habitación en casa de una anciana que representaba admirablemente a la vieja Rusia, y donde, según cuenta la hermana "la calma y el bienestar, junto con el olor de las lámparas que ardían ante los iconos, dominaban el ambiente". La confusa sensación de descontento de todo el régimen que Alejandro llevaba consigo, no se reforzó ni se agravó durante sus primeros años universitarios; si no se debilitó, por lo menos quedó sumergida en las profundidades de su conciencia. La universidad abría a su joven espíritu nuevos horizontes; Alejandro estaba poseído por el demonio del conocimiento. Se lanzó de lleno a las ciencias naturales, y pronto llamó la atención de sus camaradas y profesores.

El padre había fijado a su hija y a su hijo una mensualidad de cuarenta rublos. Debe tenerse en cuenta que esta suma era dos o tres veces superior a los ingresos medios de un estudiante de esa época. Aunque Alejandro aseguró a su padre que le bastaba con treinta rublos, el padre siguió enviándole lo mismo que a su hija. Alejandro ya no

dijo nada al respecto. Pero al volver a Simbirsk para las vacaciones, devolvió a su padre ochenta rublos, correspondientes a los ocho meses que habían transcurrido. El rasgo más característico de este acto es que Alejandro, durante todo el invierno, no había dicho una palabra a su hermana de su manera de actuar, pues no quería ejercer presión sobre ella ni limitar su libertad de movimientos. Además, nunca estuvo muy ligado a ella. El padre quedó encantado de ver el espíritu ahorrativo del joven, a quien no faltaban tentaciones en la capital. Por otra parte, este mismo episodio demuestra hasta qué punto Alejandro estaba lejos, durante este primer periodo de su vida universitaria, no sólo de las organizaciones universitarias, sino, en general, de todas las agrupaciones de la juventud. De otra manera, no hay duda de que habría encontrado en qué gastar los diez rublos que le sobraban cada mes. Según lo dicho por el estudiante Govorukhin, cuya declaración es digna de todo crédito, Alejandro Ulianov, a fines de 1885, estando en tercer año, se negó a ingresar en los círculos de estudiantes. "Allí se habla demasiado y se aprende poco." Como un profano en medicina no puede participar en un tratamiento, según esa opinión no exenta de pedantería, un ignorante en cuestiones sociales sería un criminal si se metiera en la ruta revolucionaria. Son los mismos rasgos que se encuentran en este periodo de la vida de Alejandro, observados por otras personas y en particular por su hermana mayor, si se dejan a un lado ciertas frases convencionales.

No obstante, hay otros testimonios que acaso respondan mejor a la imagen abstracta que puede tenerse de un revolucionario nato, pero que difieren de la realidad. En un pequeño volumen consagrado a la memoria de I. N. Ulianov, la hija más

jóven, María, escribe que el "padre sabía, no podía dejar de conocer", las intenciones revolucionarias del hijo mayor. En realidad, el padre no podía conocerlas, toda vez que no existían; no pudieron formarse hasta el otoño de 1886, cuando el padre no se encontraba ya entre los vivos. Al morir Ilia Nicolaievitch, María contaba ocho años y no podía aún formarse juicios políticos. Por otra parte, no se refiere a recuerdos personales, sino a consideraciones psicológicas generales: "Era muy grande el afecto que sentían el uno por el otro, los unía una amistad demasiado estrecha"... Pero sin contar que el amor a sus padres ha obligado a más de un revolucionario a esconder, hasta el último momento, el peligro que lo amenazaba, en el caso presente el hijo no tenía nada que esconder; esto puede considerarse como algo sólidamente establecido. Además es dudoso que las relaciones entre Ilia Nicolaievitch y Alejandro puedan considerarse como "una estrecha amistad". La hermana mayor habla más de una vez del mutismo de Alejandro ante la familia, desde sus primeros años, y hace notar la influencia, sobre este espíritu reticente, de las exigencias exageradas del padre. Sabemos por ella que Alejandro no confió a su padre, buen creyente, sus dudas respecto a la religión. La primera vez que el hijo se negó a ir a vísperas, fue una sorpresa para Ilia Nicolaievitch; ambos evitaron buscar explicaciones. ¿Podría haber sido de otro modo tratándose de la política, en que el choque, de haberse producido en vida del padre, habría sido infinitamente más grave? María cita el testimonio de su hermano Dimitri que, a la edad de once años, presenció una larga conversación entre el padre y Alejandro, en una de las avenidas del jardín, seis meses antes de la muerte del padre y

un año y medio antes de la ejecución del hijo. El chico no comprendió lo que se trataba en esta conversación, pero conservó para toda la vida la impresión de algo de gran importancia y significación. "Actualmente, declara Dimitri, estoy completamente persuadido de que la conversación versaba sobre temas políticos, y de que no fue única ni casual". Esta suposición de Dimitri, hecha cuarenta años más tarde, sólo puede ser admitida a la luz de las instrucciones que trasmitía el padre por intermedio de Ana, que vivía en San Petersburgo: "Dile a Alejandro que tenga prudencia, aunque sólo sea por nosotros." En el momento de su última entrevista con su padre, en el verano de 1885, Alejandro se encontraba en un estado transitorio, como un joven que, en sus reuniones con los revolucionarios, piensa en defender su derecho a dedicarse a la ciencia y, al encontrarse con consejeros dotados de una gran experiencia de la vida, siente la necesidad de defender la actividad revolucionaria. En este plan pudieron realizarse las conversaciones entre padre e hijo, aunque es necesario agregar que Alejandro no podía sentir el deseo de abrir su alma a su padre de quien no podía esperar ninguna ayuda ideológica en las cuestiones relativas a la revolución. Pero, independientemente de las confesiones de Alejandro, el padre no podía dejar de inquietarse. Los ajusticiamientos y las condenas a destierro estaban constantemente ante los ojos de muchos padres y madres. Ilia Nicolaievitch seguramente más de una vez se preguntó si su amado hijo no sería arrastrado hacia una desgracia irremediable. En este sentido es posible que se desarrollaran las últimas entrevistas de las vacaciones, sobre todo en vísperas de la separación. ¡Cuántas amonestaciones de

este tipo fueron hechas en todos los rincones de Rusia por padres, conservadores o liberales, dirigidas a los hijos más radicales! Los unos trataban de salir de las crueldades del régimen y de sus mentiras; los otros mostraban las terribles consecuencias. El último argumento del padre: "Por lo menos ten piedad de tu madre y de mí", era muy doloroso, pero raras veces persuasivo.

Durante los tres años y medio de sus estudios universitarios, Alejandro no hizo más que estudiar. Parecía acopiar conocimientos para decenas de años. Pero no pudo escapar de su destino... La resistencia que Alejandro había opuesto, al principio, a las influencias revolucionarias, así como el carácter que tomó después su corta actividad en la revolución, fueron determinados por las profundas modificaciones producidas en la atmósfera política del país y particularmente en las opiniones de la intelectualidad. Ahí es donde hay que buscar la clave, la explicación del destino de Alejandro Ulianov.

V. LOS AÑOS OCHENTA

INMEDIATAMENTE después del 1º de marzo de 1881, el comité ejecutivo de la *Narodnaia Volia* ofreció, en una carta abierta dirigida al zar Alejandro III, terminar la lucha terrorista si él, como nuevo zar, convocaba a los representantes del pueblo. "La marcha de las cosas" no es una metáfora, es una realidad y sabe condenar a quienes no le comprenden. No hacía mucho tiempo que los populistas se habían reído de una constitución, considerándola una introducción preliminar al capitalismo. Sin embargo, ahora, a cambio de la constitución, prometían renunciar a la lucha terrorista y revolucionaria. El zar, espantado, lloró sobre el chaleco de su preceptor Pobiedonovtsef. No obstante, las vacilaciones en los círculos directivos no duraron mucho. El acto terrorista no había encontrado ningún eco en el país. Los campesinos consideraron el asesinato del zar como una venganza de la nobleza. Los obreros no se adherían al movimiento revolucionario, más que en raras unidades. Los liberales estaban agazapados. Nadie sostenía las reivindicaciones del *Zemski Sobor* (Asamblea campesina). El gobierno recobró el valor, convencido de que los terroristas no representaban nada ni nadie, aparte de su heroísmo personal. El 29 de abril, el zar promulgó un manifiesto declarando inquebrantable la autocracia. Al mismo tiempo, se organizó un movimiento de pogroms. Ahora ya se sabía a dónde ir. El procurador general del sínodo, Pobiedonovtsef, el ministro conde D. Tolstoi y el publicista moscovita Katkov fueron los inspirado-

res del nuevo reinado. ¿*Zemsky Sobor?* Pero, ¡si bastaba con echar una mirada sobre los "habladores" de los *zemtsvos* de provincia...! ¿Quiénes eran los dirigentes ahí? "Gente que no vale nada, inmorales que no viven con su familia, que se entregan a la crápula..." Éstos fueron los informes que dio Pobiedonovtsef al joven zar que pasaba por una buena cabeza de familia.

No les quedaba a los terroristas otro remedio que dedicarse a acechar al nuevo zar. En este sentido, uno de los representantes más considerados de la *Narodnaia Volia* formuló el programa de acción: "Un Alejandro después de otro." Pero esta fórmula quedó en el aire. El capital se había agotado y estaban muy lejos de poder renovar los efectivos. En 1883, el provocador Degaiev entregó a V. N. Figner, una de las figuras más notables del comité ejecutivo. En 1884, G. A. Lopatin, quien había tenido tiempo de familiarizarse en el extranjero con Marx y Engels, regresó a San Petersburgo para resucitar el terror en la capital. Pero no pudo hacer nada. Cuando la detención de Lopatin, la policía descubrió muchas direcciones que le permitieron liquidar todo lo que aún quedaba de la *Narodnaia Volia.* En este encadenamiento de reveses había una lógica fatal. El movimiento político de la intelectualidad aislada se había reducido a la técnica del regicidio, aislando hasta a los propios terroristas de la *intelligentsia.* En los primeros efectos del terror, lo imprevisto desempeñaba un gran papel. Pero cuando la policía estuvo alerta, sostenida por la provocación, el pequeño grupo de terroristas quedó estrangulado. La continuidad en la organización, fue definitivamente interrumpida, y sólo quedó la tradición cada vez más carcomida por las dudas. Las nuevas tentativas de actividad

revolucionaria, bajo la antigua bandera, tuvieron un carácter disperso, en cierta forma fortuito y no alcanzaron ni siquiera éxitos transitorios. No obstante, la inercia del temor en el palacio imperial no pasó rápidamente. Alejandro III no salía de Gatchina. Por temor a los atentados, la coronación se difirió hasta mayo de 1883. Pero ya no hubo atentados. El día de la coronación, el zar expuso ante los jefes de los distritos un programa claro: "Obedeced a vuestros mariscales de la nobleza y no déis crédito a rumores absurdos e insensatos sobre una nueva repartición de la tierra."

El brusco viraje de la nobleza, en el sentido de una reacción, que caracteriza a los años ochenta, se vio favorecido por las perturbaciones del mercado mundial. La naciente crisis agraria había aportado grandes cambios en el terreno de las ideas y los programas. La abolición de la servidumbre no había coincidido fortuitamente con el periodo de alza del precio del trigo. La agricultura capitalista, al reforzar la exportación, daba mayores ventajas a los terratenientes. En los primeros tiempos, después de las reformas, no se arruinaron más que los dominios de los nobles más ociosos y parásitos, que no salían de apuros ni siquiera con las indemnizaciones de rescate pagadas por los campesinos. La simpatía de los propietarios de espíritu avanzado hacia las medidas liberales que habían transformado a Rusia, de la servidumbre en un país de nobleza aburguesada, se mantuvo mientras duró el alza de los precios del trigo. La crisis agraria mundial de los años 80 dio un serio golpe al liberalismo de la nobleza. Los propietarios ya no podían contar más que con la ayuda de los subsidios directos del Estado y con el restablecimiento, aunque incompleto, de la explotación del trabajo

campesino. Desde 1882 se creó el Banco Campesino, que ayudó a la burguesía campesina a pagar, a los nobles arruinados, indemnizaciones excesivamente elevadas por sus tierras. Tres años después, el zar, en un manifiesto especial, confirmó, en provecho de la nobleza, el derecho de primacía en el Estado e instituyó, esta vez, el Banco de la Nobleza, destinado a ayudar directamente a la casta noble.

La baja de la exportación de trigo en Europa abrió, por otra parte, la posibilidad de una fuerte alza de impuestos de importación sobre las mercancías industriales que llegaban del exterior. Esto era, precisamente, lo que deseaba lograr la joven y voraz industria rusa. Las ideas del trabajo libre en la agricultura y del libre intercambio con el exterior se derrumbaron simultáneamente. Alejandro III restableció las relaciones de semiservidumbre en interés de los propietarios nobles, e impuso tarifas aduanales casi prohibitivas en interés de los industriales. El lema oficial del régimen "Rusia para los rusos" significaba: nada de ideas occidentales, sobre todo ninguna idea constitucional; las funciones del Estado pertenecen a la nobleza rusa, el mercado interior a la industria rusa, el ghetto a los judíos, la esclavitud a Polonia y Finlandia, en interés del funcionario ruso y del mercado ruso. Una semirestauración de la servidumbre y un impulso reforzado al capitalismo —aunque dos procesos en sentido opuesto— constituyeron, en su combinación, la política económica de Alejandro III. Los propietarios nobles y los industriales sacaban todo lo más que podían del pueblo, del trabajo barato, de los arrendamientos elevados, de los altos precios a las mercancías industriales, de los subsidios, de las asignaciones, de la protección del

Estado. Cuando los nobles habían dejado ya el pequeño juego del liberalismo, los comerciantes aún no lo iniciaban. La burocracia se vengaba de la época de las grandes reformas. La reacción gubernamental se desarrolló sin obstáculos durante todo el reinado. Las transformaciones efectuadas en la primavera del régimen anterior fueron sometidas a una revisión, de acuerdo con el espíritu de los privilegios de la nobleza, de las limitaciones nacionales y de la tutela policíaca. Frente al decenio de las grandes reformas (1861-1870) se estableció el decenio de las "contrarreformas" (1884-1894).

Ligado con las altas esferas, un liberal altamente conservador, Kaveline, escribió confidencialmente a un dignatario en desgracia, en 1882: "Por todas partes no se encuentra más que estupidez y cretinismo, la rutina más idiota o la corrupción... Con esta podredumbre, con esta carroña no puede construirse nada estable." La marcha de las cosas dio, a su modo, un mentís a Kaveline. Con la podredumbre y la carroña se construyó un reino de un estilo monumental. Después de los primeros años que necesitó para tranquilizarse, Alejandro III terminó por creer en sí mismo y en su vocación. Enorme, pletórico, burdo, inclinado al vodka, a las grandes comilonas y a los chistes groseros, no admitía siquiera la idea de que sus súbditos pudieran tener derechos. Gracias al antagonismo mortal entre Francia y Alemania, la situación internacional de Rusia parecía doblemente garantizada. La corte de San Petersburgo vivía en pleno acuerdo con la corte de Berlín. Al mismo tiempo, la amistad francesa abría al zarismo increíbles perspectivas financieras. Al mundo occidental con "ese teatro del parlamentarismo", lo trataba Alejandro *en canaille*. Un día de verano, en que se

negó a responder a un despacho diplomático urgente, dio esta explicación a su ministro: "Europa puede esperar cuando el zar de Rusia va de pesca". Con respecto a sus colegas coronados, el zar se expresaba sin gran comedimiento: de la reina Victoria decía que era una vieja intrigante, de Guillermo II que era un "ladronzuelo", del rey Milán de Servia, que era un bruto, del sultán de Turquía que era un viejo gorro de dormir. Cierto es que estos juicios no eran absolutamente falsos.

El zar no carecía de buen sentido. Kaveline le atribuía "una gran circunspección, una gran reserva, una gran desconfianza, y quizás algo de astucia". El fiel súbdito liberal se afligía al pensar que el zar no tenía "suficientes conocimientos ni educación". En cambio, Alejandro III estaba firmemente persuadido de que su vigoroso físico era de origen divino y que, en todas sus funciones, servía al bien de Rusia y a los fines de la providencia. A pesar de sus limitaciones, tenía carácter: se temía al zar. Los grandes duques calvos y canosos que, cuando estaban ebrios, se peleaban con actores franceses, ocultaban sus deslices como escolares atemorizados. Cuando el director de la policía, Durnovo, se dejó envolver torpemente en una historia sucia, el zar escribió "Que destituyan a ese cerdo", lo que no impidió que Durnovo, bajo Nicolás II, llegara a ser un ministro todopoderoso. Para justificar la bajeza de los dignatarios ante el grosero personaje que ocupaba el trono, el ministro de la guerra, Vanovsky, decía: "Es un nuevo Pedro I con su garrote." El ministro de asuntos extranjeros, Lamsdorf, anotó en su diario íntimo: "Nada más el garrote, pero no Pedro I:"

Los agentes policíacos dominaban todo, sin esfuerzos, con un movimiento de los dedos. Los sar-

gentos de la ciudad, con sus grandes mostachos y sus medallas, el famoso prefecto Gresser que recorría "su" ciudad en un coche tirado por dos caballos, el Consejo de Estado, el Santo Sínodo, Pobiedonovtsef, la torre inmutable de la fortaleza Pedro y Pablo, el viejo cañón que anunciaba el medio día, ¡qué conjunto! Sin pestañear siquiera, Gresser ordenó a la orquesta de la ópera que no tocara muy alto para no molestar al augusto auditorio. Y la orquesta obedeció, aunque se tratara de una partitura del propio Wagner. El ruido quedaba rigurosamente prohibido, tanto en literatura, como en la calle y aun en la música.

El espíritu de este régimen quedo encarnado, quizá involuntariamente, por el escultor ruso italiano Paolo Trubetskoi, en el famoso monumento a Alejandro III, tanto apoteosis como sátira. Un gigante adiposo oprime, con su enorme trasero, el lomo de un caballo que más parece un cerdo engordado. En este estilo de inamovible adiposidad porcina se presentaba toda la Rusia oficial. El balance del cuarto de siglo, que había comenzado con la emancipación de los campesinos y había terminado con la muerte de Alejandro II, al parecer había demostrado nuevamente la solidez de las bases nacionales: autocracia, ortodoxia, divisiones nacionales. ¿No había quedado comprobado por la experiencia que los fuertes de granito del zarismo no cedían ni ante la dinamita? Todo parecía haber sido cortado y armado a la medida de la eternidad.

El viejo maestro de la sátira rusa, Saltykov Tchechedrine, al acercarse a su fin, se quejaba biliosamente en su periódico: "La vida se ha vuelto aburrida y penosa... se siente uno como en un agujero en donde, además, se ha recibido un golpe en el cráneo..." En realidad, resulta difícil

imaginar el fervor que rodeaba, en los círculos de la intelectualidad izquierdista, a los *Anales de la Patria*, valiente revista mensual, cuyo espíritu era el más próximo al populismo revolucionario. "Se esperaba el folleto", cuenta uno de los contemporáneos, "como a un querido visitante que lo sabe todo, que explicará y contará todo..." No se trataba solamente de una publicación literaria, sino también de un centro ideológico; la agrupación de las tendencias de la sociedad rusa instruida se había realizado desde tiempo atrás, sobre todo a partir de la reforma campesina, en torno a lo que se llamaba "las grandes revistas". Pero la piadosa trinidad que había declarado la guerra al diablo de los años 60 —Pobiedonovtsef, D. Tolstoi y Katkov—, estaba lista para dar el golpe. El "golpe en el cráneo" no tardó mucho: en 1884 se prohibió la publicación de los *Anales de la Patria*; el mundo de la *intelligentsia* radical quedó sin eje. Al mismo tiempo, se retiraron de las bibliotecas las obras de Mill, de Bockle, de Spencer, sin hablar de las de Marx y de Chernichevski.

El último número de la revista *Narodnaia Volia* salió el 1º de octubre de 1885, cuando el propio partido ya no existía, y describía con sombríos colores el estado moral de la sociedad cultivada: "Completo desconcierto intelectual, un caos de opiniones opuestas sobre las cuestiones más elementales de la vida social; pesimismo individual y colectivo por una parte, misticismo religioso social, por la otra..." Los pocos militantes de los años 70 que habían sobrevivido y conservaban la libertad, miraban en torno suyo con estupor; todo les era ya extraño.

Cierto que los partidarios del terror eran relativamente numerosos. "Se puede hacer el silencio

sobre todo", repetían constantemente, "pero no sobre la explosión de una bomba". No obstante, los terroristas ya no eran los mismos. Después de renunciar a la idea utópica de apoderarse del gobierno, ya no esperaban conseguir, por medio de las bombas, más que concesiones liberales. Pero para incitar a la juventud a correr hacia la muerte, hacía falta un gran ideal, o por lo menos una gran ilusión, y eso se había perdido. Al convertirse en constitucionalistas de espíritu, los que predicaban el terror miraban esperanzados del lado de los liberales. Pero la oposición formada por los propietarios guardaba silencio. Así el terror se encontró minado por ambos extremos. Había quienes predicaran y defendieran el terror, pero no había terroristas. En los círculos revolucionarios que se formaban aquí y allá reinaba la postración. El canto preferido de la época no contenía más que un solo consuelo: "De nuestras osamentas surgirá el implacable vengador." Uno de los últimos militantes de *Narodnaia Volia,* Iakubovitch, en versos patéticos, estigmatizó a su generación como "maldita de Dios".

El populismo de los años 70 consistía en un odio revolucionario contra la sociedad de clases y en un programa utópico. Al correr de los años 80, la intransigencia revolucionaria se volatilizó, pero subsistió el espíritu utópico; sólo que, como carecía de envergadura, se diluyó en un programa de reformas en beneficio de los pequeños propietarios. Para realizar este programa no quedaba otro remedio a los epígonos del populismo que confiar en la buena voluntad de las clases dirigentes. "Nuestro tiempo no es de vastos problemas", decían, como los liberales, los populistas domesticados. Pero, en esta etapa, el proceso no se mantuvo más

que entre una pequeña minoría. En los grandes círculos de la intelectualidad, según la expresión alada de uno de los publicistas de la reacción, "se renunció completamente a la herencia de los años 60 y 70". En filosofía, esto significaba que se rompía con el materialismo y el ateísmo y en política, que se desligaban de la revolución. La apostasía sobre todos estos aspectos se diversificaba ampliamente. Los estratos más extensos de la intelectualidad declararon francamente que ya tenían bastante del mujik, y que era tiempo de vivir un poco para sí mismos. Las revistas caducas de radicales y liberales denunciaban una decadencia de la opinión social. Gleb Uspenski, el más notable de los escritores populistas, se quejaba de haber comprobado que en los trenes ya no se oían aquellas conversaciones antes generales y tan animadas sobre temas políticos; ya no había nada que decir. Pero la "vida para sí mismo" resultó extremadamente pobre de contenido. San Petersburgo, como lamentaba la prensa avanzada, no había sido nunca tan incoloro como entonces; el marasmo en el comercio y el completo marasmo intelectual casi se podían considerar como una postración. La situación era peor aún en provincia. Los sitios principales de la provincia sólo se diferenciaban en que en unos se bebía más y en otros se jugaba más a las cartas. El arte que se dirigía directamente al pueblo era cada vez más condenado como tendencioso. La intelectualidad reclamaba "un arte puro", que no pudiera inquietarla al recordarle los problemas no resueltos y las obligaciones no cumplidas.

El cantor de los círculos izquierdistas fue el joven poeta Nadson, con alas medio rotas, lira desafinada y pulmones tuberculosos. En sus versos lastimeros, que en poco tiempo fueron reproducidos

en varias ediciones, la nota principal es la duda. "No conocemos una finalidad" decía el poeta, llorando sobre su generación, que había perdido la fe en sus héroes y profetas de otro tiempo. La estrella de Anton Chéjov se elevaba lentamente en la literatura. Chéjov trató de reír, pero su risa pronto fue sofocada en una atmósfera de decadencia y ruina. Chéjov se reveló a sí mismo y a su época en sus *Narraciones crepusculares* y en sus *Historias aburridas*, en que los lamentos sobre la crueldad y la estupidez de la existencia se unen a vanas esperanzas de un mundo mejor, "dentro de trescientos años". En pintura, Chéjov se complementa con Levitane, que representaba paisajes rurales yermos y rodeados de cuervos, con caminos deslavados por las lluvias, a la luz muriente de los crepúsculos otoñales. El gris fue el fondo de toda la época.

Particularmente significativa para los años 80 fue la influencia del conde Leon Tolstoi, no del artista, justamente considerado ilustre, sino del predicador, del maestro. La evolución de Tolstoi chocó más de una vez con la órbita de la intelectualidad rusa, pero nunca coincidió con ella. Afirmado con todas sus raíces en la vida aristocrática, y atemorizado ante la perspectiva de su disolución, Tolstoi buscaba para sí mismo un nuevo eje moral. El liberalismo burgués le era odioso por su espíritu estrecho, su hipocresía y sus maneras de advenedizo, así como la intelectualidad radical, desprovista de base, nihilista y con modales de palurdo. Tolstoi buscaba calma y armonía, deseaba escapar de la angustia social y, al mismo tiempo, de un punzante y perpetuo temor a la muerte. En tanto que la intelectualidad radical se esforzaba por fertilizar la comuna rural con su "pensamiento críti-

co", para Tolstoi el atractivo del *mujik* consistía precisamente en su falta de crítica, y generalmente también de pensamiento personal. A fin de cuentas, Tolstoi era un aristócrata ruso arrepentido —un tipo que no era raro después de la época de los Decembristas—, sólo que su arrepentimiento no se orientaba al porvenir, sino al pasado. Había meditado en la forma de reconstruir el paraíso perdido de la armonía patriarcal, pero sin restricciones ni violencia. El artista se volvió moralista. El moralista llamó en su auxilio una religión esterilizada. El más crudo de los realistas se puso, de repente, a enseñar que el verdadero fin de la vida consiste en la preparación para la muerte. Como no admitía en nadie una actitud crítica de su revelación, se burló de la ciencia y del arte, anatematizó a sus sacerdotes y predicó la resignación con un entusiasmo magnífico. Si se despoja su pensamiento filosófico de la seducción con que lo envolvió el artista, que no aceptaba desaparecer, no queda otra cosa que un quietismo abrumador. Toda lucha contra el mal no sirve más que para aumentar el mal. Que cada quien busque el bien en sí mismo. El oprimido no debe impedir que el opresor renuncie por su propia voluntad a la opresión. Toda la predicación de Tolstoi es por necesidad, de un carácter negativo: "No te encolerices, no forniques, no jures, no luches." A todo esto se agregan algunas otras recomendaciones más prácticas: no fumes y no comas carne. El cristianismo, en el fondo, no es una doctrina para mejorar el mundo, es una profiláctica de salud individual, un arte de abstenerse de todos los pecados. Su ideal es la vida monástica, así como la finalidad más alta de la vida monástica es la vida del estilita. Por algo tenía el tolstoísmo afinidades con el budismo.

La prédica de la no resistencia encontró un terreno muy propicio en un campo preparado por el derrumbe de los propósitos y esperanzas de la *Narodnaia Volia*. Desde el momento en que la quintaesencia de la violencia revolucionaria se había revelado como inconsistente, era necesario sustituirla por la solución benéfica de la caridad cristiana. Si no se había logrado derrocar al zarismo, no quedaba más que condenarlo moralmente. "El reino de Dios está en ti." La idea de un perfeccionamiento moral espontáneo sustituyó al programa de transformaciones sociales. En los círculos de la intelectualidad, el tolstoísmo hacía conquistas devastadoras. Según el ejemplo del maestro, unos trataban de remendar botas viejas o de componer estufas inservibles. Otros renunciaban al tabaco y al amor carnal, aunque en la mayor parte de los casos, no por mucho tiempo. Otros más creaban colonias agrícolas en que el vino evangélico de la caridad pronto se convertía en el vinagre de la hostilidad recíproca. Cinco damiselas de Tiflis preguntaron a Tolstoi —y toda la prensa repitió la pregunta—: ¿cómo poder vivir santamente? Pero la vida en olor de santidad no triunfó. Por el contrario, cuanto más alto se buscaban las reglas de la moral individual, más se encenagaba uno en el estiércol de la existencia. El filósofo idealista Vladímir Soloiev, diez años después, trató de exponer el movimiento educador de Rusia mediante la siguiente fórmula: "El hombre no es más que una variedad del simio y por eso debemos... consagrarnos con todo nuestro corazón a nuestros hermanos inferiores." Esta paradoja había sido concebida con el fin de elevar el espíritu limitado del materialismo: en realidad, resultó una sátira de la hipocresía idealista. No en vano la época del materialis-

mo grosero y ateo, en que los hombres se dedicaban en cuerpo y alma a abrir la ruta a un porvenir mejor, fue reemplazada por una década de idealismo y de mística, en que todos se volvían la espalda, para tener mayor seguridad de salvar su alma.

El sentido político de estas metamorfosis ideológicas no presenta, sobre todo tratándose de una apreciación retrospectiva, nada de misterioso; la intelectualidad, que en su mayor parte provenía de un medio en que aún predominaban costumbres preburguesas y cuya ala izquierda había pasado por el periodo del sacrificio heroico por la causa del pueblo, después de los crueles reveses experimentados, se encaminó por una vía de regeneración burguesa. En los guerrilleros heroicos de la víspera comenzó a hablar el egocentrismo. Ante todo, había que deshacerse de la idea del "deber hacia el pueblo". Desde luego, la literatura y la filosofía se apresuraron a saludar y a alabar el tímido despertar del individualismo burgués. Las clases poseedoras hicieron todo lo posible por amansar a la intelectualidad que ya les había causado tantos disgustos. El proceso de acercamiento y de reconciliación entre la burguesía, que se civilizaba, y la intelectualidad, que se aburguesaba, resultaba realmente inevitable. No obstante, la barbarie de las condiciones políticas excluía desde el principio el desarrollo justo e ininterrumpido. Estaba escrito que el destino de la intelectualidad rusa era el de dar, en el futuro, aún más virajes.

Era indispensable conocer un poco más de cerca la situación de los años 80, durante los cuales entró en la lucha Alejandro Ulianov, mientras su hermano menor, Vladímir, continuaba sus estudios en el liceo de Simbirsk.

VI. EL 1º DE MARZO DE 1887

AUNQUE los reglamentos universitarios establecidos en 1884 prohibían cualquier organización de estudiantes, seguía habiendo en la capital unas veinte agrupaciones regionales que contaban con alrededor de 1,500 miembros. Las agrupaciones regionales eran absolutamente inofensivas y solamente se ocupaban de cajas de asistencia y de comedores. En vista de la indigencia de la mayor parte de los estudiantes, las organizaciones de este tipo tenían importancia vital. No obstante, el gobierno, no sin razón, las temía: los revolucionarios aprovechaban las organizaciones de todo género para reclutar partidarios y, en los momentos de agitación política, la agrupación regional más pacífica movilizaba a la juventud para la lucha. No obstante, después de la destrucción de la *Narodnaia Volia,* San Petersburgo podía considerarse completamente libre de revolucionarios; los pocos que se habían salvado se escondieron en la provincia. El ánimo del mundo estudiantil parecía tan calmado que las autoridades cerraban los ojos ante las agrupaciones regionales. La abrumadoya mayoría de los estudiantes, efectivamente, se había alejado de la política. Sobre el fondo grisáceo de la Universidad se destacaban claramente las siluetas de los jóvenes estudiosos, futuros funcionarios, que aun por la indumentaria y el peinado tenían un tipo absolutamente opuesto al del nihilista. Famélica y sometida por el régimen policíaco, la juventud seguía descontenta, pero no salía de su pasividad morosa.

No obstante, hasta entre la depresión general

persistían el flujo y el reflujo, principalmente en el estrecho cauce del mundo estudiantil. Hasta el tercer año de estudios en la Universidad no entró Alejandro en los círculos estudiantiles, biológicos, económicos, literarios. Pero no se trataba sino de elaborar puntos de vista científicos, y no de hacer política activa. En este terreno, Alejandro entró en relaciones más estrechas con los elementos radicales de las asociaciones regionales. Consagró más tiempo al estudio de los problemas sociales. En estos círculos surgió la idea de conmemorar el vigesimoquinto aniversario de la reforma campesina (19 de febrero de 1861) con un servicio fúnebre en el cementerio de Volkovo, por el descanso de quienes habían preparado la "emancipación". ¡Qué trastrueque de valores! El gran publicista Chernichevski vituperó la reforma como una expoliación y un engaño y pagó cara su opinión sana y audaz, que se convirtió en base del movimiento revolucionario de los veinte años siguientes. Cuando Alejandro II preguntó a Karakosov... "¿Por qué disparaste contra mí?", éste, entre las manos de la policía, respondió: "Porque prometiste a los campesinos tierra y libertad y los engañaste." El mismo juicio acerca del 19 de febrero formulaban Hipólito Mychkin y sus camaradas, y los populistas. Pero a medida que se intensificaba la reacción, las "grandes reformas" del zar anterior, celebradas por la prensa liberal, comenzaron a presentarse, aun a los estudiantes, bajo una luz más favorable. Detrás de la pesada figura de Alejandro III, la de Alejandro II adquiría contornos casi liberales. El aniversario de la reforma campesina fue tomando un carácter revolucionario y la policía prohibió la conmemoración. Se advirtió a la prensa que se abstuviera de publicar cualquier artículo al res-

pecto. Así, un servicio fúnebre en memoria de los promotores oficiales de la reforma se convirtió, sin más, en un acto de protesta. El pope del cementerio aceptó, temeroso, oficiar por el reposo del alma de los emancipadores, incluido desde luego Alejandro II, asesinado seis años antes por los hermanos mayores de los asistentes a la misa de difuntos de ahora. En este cambio de hincapié político apreciamos, más claramente, que en todas las persecuciones policíacas, la profundidad de la reacción en la sociedad. Es cierto que una parte de los manifestantes no dedicaba el servicio fúnebre a la memoria de los burócratas, sino a la de los escritores que habían combatido por la emancipación de los campesinos. Pero nada estaba claro, las líneas divisorias se confundían.

El cementerio de Volkovo fue el primer sitio de la actividad pública de Alejandro Ulianov, que había participado con gran celo en la preparación de las honras fúnebres. Los círculos liberales, a quienes habían convocado los iniciadores, no respondieron, según su costumbre. No fueron más que estudiantes, alrededor de 400 personas. Aparentemente la policía no se decidió a interrumpir un servicio religioso de oposición o simplemente lo pasó por alto, lo cual dio por resultado que la juventud se retirara con el sentimiento de haber logrado una victoria. Y los más resueltos decidieron que se podía continuar por la misma vía.

Los dirigentes del mundo estudiantil se unieron más estrechamente y, en los meses siguientes, crearon la Unión de Organizaciones Regionales. En los centros dirigentes se encontraba inscrito también Ulianov. Pero la actividad de la Unión, muy modesta en sí, pronto se vio interrumpida por las vacaciones, últimas que Alejandro pasó a la orilla del Volga,

con la familia, que ya había perdido al padre. A partir del otoño se reanudó la actividad de los círculos y las organizaciones regionales. Los dirigentes, los mismos en todas partes, aquí y allá, concibieron la idea de aprovechar el vigesimoquinto aniversario de la muerte del famoso crítico Dobroliubov, discípulo y compañero de lucha de Chernichevski, para organizar un nuevo servicio fúnebre. Esta vez, la reunión fue de 600 personas; según otras fuentes, de 1,000. Pero la gran puerta del cementerio Volkovo fue cerrada, la policía ya no se había dejado coger desprevenida. Cuando los representantes pidieron que se autorizara el servicio fúnebre, el prefecto de la ciudad, Gresser, respondió con una negativa. La multitud de estudiantes regresaba cuando se vio rodeada por los cosacos, quienes los retuvieron durante dos horas bajo la lluvia. Después, cuarenta de los manifestantes fueron expulsados de San Petersburgo. Este acontecimiento, insignificante en sí mismo, en el sentido propio del vocablo, trastornó y transformó a los iniciadores de la manifestación, sobre todo a Ulianov. Para él fue una experiencia personal y, de un solo golpe, reunió el conjunto de observaciones hechas anteriormente y las conclusiones que había sacado de los libros sobre la urgente necesidad de la acción. ¿Cómo responder a quienes imponían la violencia? Las discusiones fueron interminables, así como los planes audaces, pero no había suficientes fuerzas para ejecutarlos. Se dirigió una proclama a la "sociedad", es decir a los profesores, a los dirigentes de los *zemstvos*, a los abogados y a los escritores. La mayor parte de los sobres que contenían el manifiesto fue retirada de los buzones por la policía, sin que esto turbara el apacible sopor de los liberales. La agitación entre los estu-

diantes se calmó poco a poco. Pero en esos cálidos días se formó un grupo de los más resueltos que, de su indignación personal y de su impotencia política, sacaron una conclusión ya consagrada por el pasado: el *terrorismo*. Ulianov aún trató durante algún tiempo de permanecer en su antigua posición: no se puede emprender una obra revolucionaria sin haber elaborado principios justos. Se le respondió: mientras estás sentado ante tus libros, la violencia triunfa y se refuerza. El argumento fue tan persuasivo que Alejandro ya no trató de resistir. No podía echarse atrás. Como uno de los principales iniciadores de la manifestación por la cual otros habían pagado, como autor de la proclama "a la sociedad", a la que nadie había respondido, Alejandro se encontraba ya bajo el signo del imperativo terrorista. Después de breves discusiones en un estrecho círculo, se adhirió definitivamente a un pequeño grupo de tendencias terroristas. Dos o tres de los conspiradores disponían de cierta experiencia y modestas relaciones. Así fue como se llegó a la acción del primero de marzo de 1887.

Alejandro dividió el último periodo de su vida entre el laboratorio de la universidad, donde estudiaba la *Idothea entonon* (la araña del Báltico), y el laboratorio secreto de la conspiración, en donde se preparaba dinamita con magnesio. Mientras se disponía a jugarse la cabeza por el porvenir de la humanidad, continuaba estudiando, como investigador apasionado, las facultades visuales de los gusanos. La ciencia le atraía mucho, y con trabajo se desprendía de ella, como un guerrillero que debe separarse de su amada en vísperas del primero y último combate. Es característico de este joven que, en los días anteriores al atentado, cuando to-

das las fibras de su ser deberían encontrarse atrozmente excitadas, encontró en sí mismo bastante tranquilidad para escribir, con mano torpe, el programa que él mismo había redactado para la "fracción terrorista".

Del réquiem en memoria de quienes habían preparado la reforma campesina, al Réquiem por el escritor radical muerto prematuramente y de este réquiem, que no fue cantado, hasta la preparación de la muerte del zar, se extendió el camino, recorrido en algunos meses, por quienes participaron en el atentado. Más tarde, ante el tribunal, el principal abogado presentó con bastante exactitud a la juventud del complot: "Estos hombres —dijo— no siempre han sido terroristas; en agosto de 1886 simplemente eran descontentos; en noviembre, después de las honras fúnebres que les prohibieron celebrar ante la tumba de Dobroliubov, fueron protestantes, sólo fue en enero cuando nació en ellos la tendencia terrorista..." El abogado liberal no agregó que sólo pudo darse el paso de una misa de réquiem a una bomba debido a que bajo la agresión del nuevo zar se había acumulado suficiente descontento secreto, en los medios más democráticos de la intelectualidad, para no hablar siquiera del pueblo. Pero poco importaba... la audaz empresa de un pequeño grupo aislado estaba condenada de antemano al fracaso. Si la ofensiva revolucionaria de los años 1860-66, desde la primera proclama hasta el disparo lanzado por Karakozov se presentó, en la sucesión interna de las etapas, como bosquejo general del gran movimiento de la intelectualidad de los años 1873-1881, el episodio de los años 1886-87 no fue más que el eco retardado y el signo de la decadencia.

El primero de marzo, por la tarde, los agentes de

la policía detuvieron en la Perspectiva Nevsky a seis jóvenes. Uno de ellos llevaba un voluminoso libro en cuyo lomo se leía: *Diccionario de Medicina.* En realidad se trataba de la medicina política del terrorismo: el falso diccionario contenía dinamita y balas con estricnina. En manos de los demás terroristas se encontraron dos detonadores de forma cilíndrica. El proyectil estaba destinado a Alejandro III. Se inició una oleada de detenciones y cateos hasta entonces sin precedentes. Los participantes del audaz complot contra el todopoderoso amo de Rusia eran estudiantes; uno solo de ellos había llegado a los 26 años, otro tenía 23, los restantes cinco participantes directos tenían de veinte a veintiún años. La preparación de los proyectiles había estado a cargo de un estudiante de ciencias naturales al que aún le faltaban tres meses para llegar a la mayoría de edad. Su nombre era Alejandro Ulianov. Había sacado partido de las investigaciones de química realizadas en el pequeño pabellón de Simbirsk. El iniciador de toda la empresa era un estudiante enfermo, llamado Chevirev, de veintitrés años. Él fue quien organizó y distribuyó el trabajo. Su experiencia revolucionaria personal no era, ni podía ser, considerable. Entre el fogoso y optimista Chevirev y el meditabundo Ulianov, más de una vez hubo disputas sobre la participación de personas a quienes no se había "probado" lo suficiente. Pero no había mucho donde elegir. Dos estudiantes, fortuitamente introducidos en la conspiración, delataron inmediatamente a Ulianov. La organización sólo disponía de insignificantes recursos técnicos y financieros. Para conseguir el ácido nítrico y 150 rublos para cubrir los gastos, hubo necesidad de ir a Vilna; pero el ácido resultó muy débil y el dinero tardó en llegar. Para que uno de

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO

los organizadores pudiera ir al extranjero, Ulianov empeñó en 100 rublos la medalla de oro que había ganado en el liceo. La pistola browning que se le dio a Sueneralov, para darle la posibilidad de salvarse disparando sobre sus perseguidores, era inservible. Al mismo nivel se encontraban todos los procedimientos de la conspiración. La empresa no se sostenía más que de un hilo. Aun durante los preparativos para el primero de marzo de 1881, cuando actuaron revolucionarios incomparablemente más fogueados, la tensión terrible se transformó, a medida que se aproximaba la hora fatal, en fatiga y apatía. ¿Cómo hubiera sido posible que las dudas no minaran los corazones de Ulianov y de los otros jóvenes conspiradores, en esta ocasión? Corrió el rumor de que el gobierno estaba ya al corriente del atentado que se preparaba. Alguien del grupo propuso que se aplazara todo hasta el otoño. Pero esto creaba nuevos peligros. Según ciertas noticias, Alejandro había previsto el fracaso del atentado. Más exactamente, el estado de ánimo de un grupo de esforzados oscilaba entre el optimismo y la desesperación. Pero la voluntad se impuso sobre las dudas. Los preparativos no se interrumpieron. Se prepararon proyectiles, se distribuyeron las funciones, se fijaron los sitios; no quedaba más que matar y, en todo caso, perecer.

En realidad, el gobierno no sospechaba nada. Los años de tranquilidad transcurridos habían desacostumbrado a la policía de preocuparse por los terroristas. Cuando no hay provocadores, la policía generalmente es incapaz de descubrir las conspiraciones. Y no había provocador entre los jóvenes conspiradores. Pero encontraron la forma de entregarse ellos mismos; por juventud, por ingenuidad, por el aturdimiento de uno de ellos. Sólo

después de la revolución, al hojear los archivos de la policía, se ha podido descubrir la causa del fracaso. El estudiante Andreiushkin, que había sido designado para arrojar la bomba, escribió seis semanas antes, a un estudiante amigo suyo en Khrakov una carta que contenía una especie de himno en honor del terrorismo. La carta firmada ilegiblemente, fue confiscada. El destinatario en Khrakov, citado por la policía, delató a su amigo de San Petersburgo. Las pesquisas policíacas duran mucho, y en Khrakov no se veía motivo alguno para apresurarse. Finalmente, la policía de San Petersburgo recibió el nombre y la dirección del autor de la carta y lo puso bajo vigilancia; eso sucedió el 28 de febrero, justamente la víspera del atentado. Andreiuschkin y otros fueron observados en la Perspectiva Nevsky, desde el medio día hasta las cinco de la tarde, llevando objetos pesados. La policía no podía figurar que se tratara de bombas. Solamente se buscaba al autor de la carta sospechosa. Al día siguiente, "los mismos individuos en número de seis, nuevamente fueron vistos en la Perspectiva Nevsky, en las mismas condiciones". Sólo entonces se les detuvo.

No tuvo límites la sorpresa de la policía al percatarse entonces de que había caído sobre un grupo de terroristas. Naturalmente, el descubrimiento al punto fue comunicado a Alejandro III. El zar escribió sobre el informe: "Por esta vez, Dios nos ha salvado, pero, ¿por cuánto tiempo?" Como no estaba muy seguro del socorro divino, el zar agregó unas palabras de elogio para su guardia terrestre: "Gracias a todos los funcionarios y agentes de la policía por haber vigilado tan bien y actuado tan eficazmente". En realidad, ni los funcionarios ni los agentes merecían mayores agrade-

cimientos: habían sido favorecidos por el azar. Por otra parte, nadie sabe cómo hubiera resultado el atentado sin intervención de la policía y de la casualidad. Por lo que respecta a la calidad de las bombas, este problema nunca se aclaró. Cuando Osipanof a quien, en el momento de detenerlo en la calle, no se pensó siquiera en quitarle la bomba, la arrojó sobre el comisario de policía para terminar ahí, junto con sus captores, la bomba no hizo explosión. No hay razón para pensar que las otras fueran mejores. Un general de artillería, como experto, reconoció que "la fabricación de las bombas era imperfecta". Todo había sido imperfecto en esta empresa trágica: las ideas, el personal, la conspiración, la técnica de la fabricación de las bombas.

El procurador describió así la situación social de los inculpados: nueve estudiantes, uno licenciado de una academia eclesiástica, un alumno de farmacia, un pequeñoburgués, dos parteras, una maestra de primaria. En el banquillo de los acusados estaba representada la capa inferior, la más democrática de la intelectualidad; además, exclusivamente representada por la generación más joven. "Los acusados no han alcanzado todos su mayoría civil", tuvo que reconocer el procurador, lo cual no le impidió considerarlos suficientemente maduros para la ejecución. Los abogados liberales no se distinguieron gran cosa, en sus alegatos, del procurador general. Como "verdaderos rusos" no podían creer que un crimen tan grande fuese obra de la juventud rusa; detrás de ella buscaban "una conjuración maligna de los extranjeros contra la santa Rusia". La mayoría de los acusados no supieron comportarse debidamente durante la instrucción ni ante el tribunal. Hubo entre ellos pusiláni-

mes que entregaron a los otros. Pero también los valientes hablaron demasiado y favorecieron a la acusación contra sí mismos y contra los demás. Entre los inculpados se encontraba Bronislav Pilsudski, hijo de un rico propietario, que había puesto a la disposición de Ulianov su cuarto de estudiante para la impresión del programa. El hermano de Bronislav, Josef Pilsudski, fue llevado a la prisión en calidad de testigo. Bronislav se portó cobardemente y negó tener simpatía alguna por la *Narodnaia Volia,* alegando falta de carácter y aturdimiento. Josef declaró con gran circunspección, pero se le comprobó haber enviado telegramas desde Vilna en una "jerga revolucionaria convencional." Más tarde, Josef Pilsudski, dictador de Polonia, cambió la "jerga revolucionaria" por la de los fascistas.

Los debates en el tribunal demostraron de una manera indudable que, si la dirección general no había estado en manos de Alejandro Ulianov, de todos modos él era la figura más importante de la conspiración. Y, en los días más difíciles, cuando el organizador y el iniciador, de acuerdo con el plan fijado con anterioridad, desaparecieron de San Petersburgo, Ulianov, según la justa apreciación del procurador, "pagó con su persona por los otros dos dirigentes". Sin haber desempeñado ningún papel en la calle, en el último acto, fue aprehendido en la habitación del estudiante Kantcher, donde cayó en una trampa de la policía. Fue por Kantcher, quien dijo todo lo que sabía, por quien las autoridades descubrieron el verdadero papel de Ulianov. A partir de ese momento, el acusado Lukachevitch leyó en los ojos de su colaborador en la fabricación de bombas "la resolución inquebrantable de morir". "Si les ayuda, pongan todo sobre mi cuen-

ta", susurró durante el juicio Ulianov al propio Lukachevitch. La acusada Ana declaró muchos años después a su hija: "Se hubiera dejado ahorcar veinte veces si así hubiera podido aligerar la suerte de los demás."

La conducta de Ulianov durante la investigación y ante el tribunal nos da la medida cabal de lo que era aquel joven: deseaba inculparse lo más posible con tal de salvar a sus camaradas; al mismo tiempo, temía declarar cuál había sido su verdadera función de dirigente, para no menoscabar la dignidad de los otros. Pretende asumir exclusivamente la responsabilidad, pero no adjudicarse solo el honor. "Tengo plena confianza —dijo el procurador— en las declaraciones del acusado Ulianov, cuya confesión, si en algo falla, es en tratar de echarse más culpa de lo que en realidad hizo". Este tributo de estimación del procurador garantizaba más aún el suplicio de Ulianov.

Además de los jueces, del procurador, de los defensores y de los acusados, había en este proceso otro personaje, invisible, pero muy activo: el zar. En cierto sentido, el proceso fue un duelo entre dos personalidades: Alejandro Romanov y Alejandro Ulianov. El zar tenía entonces treinta y dos años. No se inclinaba sobre el microscopio, ni se quebraba la cabeza estudiando a Marx. Pero en cambio, creía en los iconos y en las reliquias; se consideraba como un zar "verdaderamente ruso", aunque no era capaz de redactar correctamente en ruso (ni en ningún otro idioma) una sola frase. Sobre el programa elaborado por Ulianov, el zar escribió de su puño y letra: "Esto no es obra de un loco, sino de un mero idiota". Sobre las afirmaciones del programa en las cuales se declaraba que, con el régimen político existente, resultaba

casi imposible actuar para elevar el nivel del pueblo, Romanov escribió: "Esto es consolador." Finalmente, en los márgenes de la parte práctica del programa que comprendía, con un régimen democrático, la exigencia de la nacionalización de la tierra, las fábricas y todos los medios de producción, el zar anotó: "La comuna más pura." Su atención se fijó especialmente en las palabras escritas por Ulianov el 21 de marzo: "Por lo que se refiere a mi participación moral e intelectual en este asunto, ha sido total, es decir, he dado todo lo que me permitían mi capacidad y la fuerza de mis conocimientos y mis convicciones." El zar escribió al margen: "¡Esta franqueza es conmovedora!" Lo que no impidió que el zar, tan conmovido, hiciera colgar a cinco de los acusados que, entre todos apenas reunían ciento diez años.

Los terroristas de los años 70 habían pasado por la escuela preparatoria de la propaganda y de la organización revolucionaria; así aumentaban su madurez y su experiencia. Antes de subir al cadalso Cheliabov, Kibaltchitch y Perovskaia habían tenido tiempo de llegar a una madurez política y a un gran temple revolucionario. Salida del intento de organizar un movimiento de masas, la *Narodnaia Volia* se asignaba, por lo menos en el papel, el objetivo de provocar la insurrección en el pueblo, asegurándose por anticipado la colaboración de los obreros y la simpatía de una parte de las tropas. En realidad, como ya sabemos, el comité ejecutivo se veía obligado a concentrar todas sus fuerzas en el tiranicidio. El grupo de 1887 comenzó en un punto en que el comité ejecutivo ya se había roto la cabeza. La mentalidad decadente de la intelectualidad había cerrado, desde luego, las vías que podían llevar hacia las masas. La conspiración de

Chevirev-Ulianov no trató siquiera de salir de los límites del círculo estudiantil. No hubo intentos de propaganda, llamados a los obreros, organización de la imprenta, publicación de un periódico. Los incitadores del atentado terrorista no contaban con el apoyo del pueblo ni con el sostén de los liberales. No se denominan partido, sino fracción, es decir, segmento de un conjunto que ya no existe. Renuncian a la centralización, no tienen nada ni nadie a quien centralizar. Quieren creer que en el país se encontrarán otros grupos dispuestos a actuar espontáneamente, y que esto bastará para triunfar.

En su discurso ante el tribunal, Ulianov dio una viva explicación, si no de la lucha terrorista, por lo menos de las causas de su fe en ella. "No tenemos —dijo— clases bien organizadas que pudieran retener el gobierno..." Y agregó "Nuestra intelectualidad es tan débil físicamente y tan mal organizada, que actualmente no puede lanzarse a una lucha abierta..." De esta apreciación pesimista de las fuerzas sociales tenía que derivarse una desesperanza política, de acuerdo con la mentalidad dominante en los años 80. Pero ya se sabe que la desesperación extrema frecuentemente se vuelve fuente de esperanzas quiméricas. "La débil intelectualidad, apenas compenetrada con los intereses de las masas —concluyó Ulianov— ...no puede defender su derecho a pensar más que en la forma del terrorismo". Éstas son las fuentes psicológicas del asunto del primero de marzo de 1887, de esta asombrosa tentativa de una decena de adolescentes que no se apoyaban en nadie y que no obstante intentaban cambiar la dirección de la vida política de la sociedad.

En la elaboración del programa del grupo participaron seis personas: tres de ellas, entre las que

se encontraba Ulianov, se consideraban miembros de la *Narodnaia Volia* y otras tres se denominaban socialdemócratas. Pero la diferencia entre unos y otros solamente era convencional. Los que se designaban como socialdemócratas comenzaban a reconocer la posibilidad de aplicar el marxismo, no sólo en Occidente, sino también en Rusia. Sin embargo, en lo referente a la lucha política, tenían una fe inquebrantable en el terror. Si un movimiento revolucionario de masas —pensaban— no se produce más que en función del desarrollo ulterior del capitalismo, la intelectualidad revolucionaria no tiene otra cosa que hacer, por el momento, que apoderarse del arma que ha caído de las manos de la *Narodnaia Volia*. En este punto estaban de acuerdo quienes divergían en otros muchos aspectos. El terrorismo, como problema decisivo, dejaba fatalmente en segundo plano todos los demás problemas. No es de asombrar que las dos tendencias hayan funcionado bajo la denominación de "Fracción terrorista de la *Narodnaia Volia*"; ni unos ni otros miraban hacia adelante, sino hacia atrás. Su espíritu estaba poseído totalmente por el ejemplo deslumbrante del primero de marzo de 1881. Si el terror del comité ejecutivo no había producido el resultado apetecido, había sido porque no se le había llevado hasta el extremo. "Yo no tengo fe en el terrorismo —decía Alejandro Ulianov, que se consideraba como militante de un nuevo estilo de la *Narodnaia Volia*—, creo en un terror sistemático."

Alejandro había leído concienzudamente a Marx y otros libros de economía y de sociología. Se puede afirmar sin la menor duda que, gracias a su gran aplicación, logró reunir en el último año de su vida una gran cantidad de conocimientos en un terreno nuevo para él. Pero no se trataba más que

de conocimientos. No se había elaborado una suma de representaciones del mundo, ni un método. De la teoría del marxismo no había sacado los hilos indispensables para unirla con la realidad rusa y reconocía, en la intimidad, que aún era un profano en lo referente a la comuna rural y al desarrollo del capitalismo. Había escrito un programa relacionado con el hecho consumado de la conspiración terrorista. De ahí su esfuerzo por atenuar la importancia de los desacuerdos que, durante los años 80, comenzaron a dividir el movimiento revolucionario en dos campos, más tarde irreconciliables. El fondo de la discusión se refería principalmente a esta alternativa: ¿la lucha de clases del proletariado, o bien el estudiante con su bomba? Es cierto que el programa de Ulianov reconocía la necesidad de "la organización y la educación de la clase obrera". Pero este problema era diferido en el programa a un porvenir indeterminado; el documento declaraba que la actividad revolucionaria en las masas "con el régimen político existente, resultaba casi imposible". Esta manera de exponer el problema sencillamente dejaba a un lado el fondo mismo de la discusión. En el desarrollo de la lucha de la clase obrera, los verdaderos marxistas, como Plejanov y sus amigos, veían la fuerza esencial para la destrucción de la autocracia. Por el contrario, la fracción terrorista estimaba que la intelectualidad "físicamente débil", debía antes que nada acabar con la autocracia, por medio del terror, a fin de que la clase obrera pudiera lanzarse a la arena política. De ahí la deducción inevitable de que resultaba por lo menos prematuro crear organizaciones socialdemócratas. Para juzgar las relaciones subjetivas de los participantes con la perspectiva marxista, contamos con un documento humano

de un interés psicológico de primer orden. Designado para lanzar una bomba, el estudiante Andreiushkin, que también había aceptado, "en su conjunto y para todo" la doctrina de Marx, escribió a un amigo en la malhadada carta causante de que se descubriera toda la conspiración: "No enumeraré las cualidades ni las ventajas del terror rojo, pues tardaría en ello hasta el fin del siglo, ya que es mi obsesión y de ahí procede, sin duda, mi aversión a los socialdemócratas." El expansivo Andreiushkin tenía razón, a su manera. Si la esperanza de una transición directa de la economía rural, basada sobre la comuna, hacia el socialismo podía, mal que bien, ser colocada en el brumoso terreno de la "teoría", el dogma del "valor independiente de la intelectualidad" adquiría una enorme significación práctica. Un revolucionario que tenía la intención de convertirse en bomba humana no podía admitir a su lado ya no digamos la negación, ni siquiera la menor duda sobre el valor irremplazable y salvador de la dinamita.

Las tentativas de los historiadores soviéticos oficiales para presentar la "fracción terrorista" como una especie de puente entre el movimiento precedente y la democracia social, para poder presentar a Alejandro Ulianov como un eslabón entre Cheliabov y Lenin no se justifican en manera alguna por el análisis de los hechos y las ideas. En la esfera de la teoría, el grupo de Ulianov vivía de consideraciones eclécticas, características de los años 80, como periodo de decadencia. Prácticamente, este grupo debe ligarse a los epígonos de la *Narodnaia Volia,* cuyos métodos llevó hasta el absurdo.

La empresa del primero de marzo de 1887 no contenía ningún embrión del porvenir, sino que

era la última convulsión, verdaderamente trágica, de las pretensiones ya condenadas de "la personalidad que piensa críticamente", en un papel histórico independiente. En esto radica, precisamente su enseñanza, pagada a tan alto precio.

VII. INFANCIA Y AÑOS ESCOLARES

En el término de catorce años (1864-1878), los Ulianov tuvieron siete hijos. Si se exceptúa al quinto, Nicolás, que sólo vivió algunos días, basándonos sobre todos los datos que poseemos, podremos llegar a una deducción edificante: los más notables, por el carácter y el talento, de los hijos de esta familia, Alejandro, Vladímir y Olga, forman el grupo de en medio, con Vladímir en el centro mismo. La hija mayor, Ana, y dos de los menores de la familia, Dimitri y María, a pesar de todas sus respetables cualidades, sólo se elevan muy poco por encima del nivel medio. Al nacer Vladímir el padre tenía 39 años y la madre 35 —la edad de la plenitud de las fuerzas físicas y morales— y si los otros hijos, con excepción de la menor, María, nacieron con un año o dos de separación, antes del nacimiento de Vladímir, la madre había tenido un descanso de cuatro años.

Seguramente resultaría muy instructivo remontar la línea de los antepasados de Lenin a través de varias generaciones. Pero hasta el presente, en el sentido de la genealogía, no se ha podido hacer casi nada. Probablemente no será fácil establecer la línea de los antecesores del lado paterno, por no decir imposible, a causa del origen plebeyo del abuelo, pequeñoburgués de Astracán. Los registros del estado civil de los pequeñoburgueses y de los campesinos no se llevaban adecuadamente, además de que los libros se quemaban periódicamente, en este reino de construcciones de madera. No obstante, es posible establecer una particularidad ge-

nealógica con mucha mayor seguridad que si se consultaran los documentos más fidedignos: los rasgos de Ilia Nicolaievitch, particularmente los pómulos salientes y los ojos oblicuos, son prueba indudable de una mezcla de sangre mongola. El rostro de Lenin demuestra lo mismo. Y no es extraño, pues una gran parte de la población de Astracán se componía, desde tiempo atrás, de tártaros, entre los cuales, según las observaciones de la escuela biológica de Mendel, el ojo mongol se encuentra con mayor frecuencia que el ojo europeo. Lo que resulta menos explicable es que hasta el presente casi no se haya publicado nada sobre la ascendencia materna de Lenin. Se sabe que María Alejandrovna era hija de un médico apellidado Blank, casado con una alemana. Por lo que se refiere a esta abuela de Lenin, se puede suponer, sin temor a equivocarse, que provenía de una de las colonias alemanas del Volga, entre las que se contaba un número considerable de familias acomodadas y relativamente cultas. Pero, ¿qué era Blank? María Ulianov declara que el abuelo era de origen pequeñoburgués, de espíritu avanzado e independiente y que, precisamente por esta razón, se retiró pronto y se dedicó a la explotación agrícola. Por lo que se refiere a su nacionalidad, no se nos dice nada. Sin embargo, este apellido, Blank, llevado por un hombre de la pequeña burguesía, indica, indudablemente, un origen no ruso. ¿No será esta circunstancia la que explique esas extrañas reticencias? Pues los historiadores oficiales son capaces de pensar que cualquier detalle genealógico puede hacer disminuir o crecer la figura de Lenin. Pero aun dejando a un lado el problema del origen de los Blank, está probado que por las venas de Lenin corría sangre, por lo menos, de tres "razas"; gran

rusa, alemana y tártara. Si algo falla aquí, será el culto de la "raza pura". Sobre la infancia de Vladímir tenemos menos noticias que sobre la de Alejandro, lo cual se explica por el escalonamiento de los nacimientos en la familia. Los hijos mayores crecieron en parejas; Ana, la más observadora y más fecunda memorista de la familia, que vio más de cerca el crecimiento y la evolución de Alejandro, tenía seis años más que Vladímir. María era casi ocho años menor que él. La diferencia, en ambos casos, es demasiado grande para permitir observaciones exactas y recuerdos precisos. Quien compartió más de cerca los años de la infancia de Vladímir, su hermana Olga, murió a la edad de diecinueve años. La figura del niño y del adolescente se nos presenta a través de diversos episodios que quedaron en la memoria de la hermana mayor, quien no se interesó mucho por Vladímir hasta que éste llegó a la adolescencia. No hay cartas de la infancia de Vladímir, y es muy probable que nunca las haya escrito, ya que toda la familia vivía unida. Tampoco nos han quedado diarios íntimos y, por otra parte, no es probable que Vladímir los haya escrito, ya que desde niño vivió demasiado intensamente para ponerse a registrar sus sensaciones.

Vladímir aprendió muy tarde a caminar, casi al mismo tiempo que su hermanita Olga, dieciocho meses menor que él. Sus primeras aventuras en el terreno de la locomoción no fueron felices: el niño caía con frecuencia, pesadamente, y se golpeaba la cabeza, de suerte que los vecinos de abajo siempre se enteraban de sus caídas por la fuerza de sus gritos. "Probablemente su cabeza pesaba más que el resto del cuerpo", escribe la hermana. Cada vez que caía, Volodia (diminutivo de Vladímir) gritaba con tal fuerza que la casa parecía temblar; de he-

cho, en sus primeros años no perdía ocasión de desarrollar sus cuerdas vocales. "La pasión de la destrucción —dijo Bakunin, que murió en el exilio cuando Lenin aún no cumplía seis años— es una pasión constructiva." Volodia era un partidario apasionado de esta fórmula; rompía los juguetes antes de empezar a jugar con ellos. Su nodriza le regaló un trineo tirado por tres caballos de papel maché; el niño comenzó por esconderse detrás de una puerta para librarse de la molesta vigilancia de los adultos de la casa y se puso a retorcer las patas de los caballitos hasta que se las arrancó.

La independencia y el ardor apasionado de su carácter aparecieron desde sus primeros años. Los adultos frecuentemente se veían obligados a llamar al orden a aquel niño arrebatado y bullicioso. No le daba miedo mostrarse en público tal como era. "No se grita así en un vapor", le dijo la madre en el momento de partir en vacaciones hacia la región de Kazán. "¡Pues el vapor grita bien fuerte!", respondió Volodia sin bajar la voz. La madre actuaba sobre sus hijos sobre todo por persuasión y perseverancia; pero cuando estos recursos pedagógicos no bastaban, encerraba a Volodia en el gabinete de su padre y lo sentaba en "el sillón negro". El niño se resignaba y se callaba, a veces por la impresión recibida, y, quizá por el olor del cuero, se quedaba dormido...

Aquel chico, que había comenzado a caminar tarde, era muy inquieto. A causa de su figura rechoncha, le pusieron en la familia el sobrenombre de "Barrilito". Si se mostraba indiferente respecto a los juguetes, en cambio en los juegos que exigían movimiento, agilidad, fuerza, se empeñaba, con éxito en ocupar el primer lugar. Los juegos de esconderse, de deslizarse, más tarde el croquet y el

patinaje lo apasionaron sucesiva o simultáneamente. Alejandro tenía inventiva para los juegos, pero aun en los más violentos se sabía dominar; Volodia invariablemente quería pasar y sobrepasar, para lo cual estaba siempre dispuesto a emplear los codos. En muchas otras características, Volodia, desde su primera infancia, difería de su hermano mayor. Sacha era aplicado, le gustaba coleccionar, trabajar la madera con sierra; de esta manera, el futuro naturalista ejercitaba su aplicación y su paciencia. Volodia no tenía ningún gusto por los trabajos meticulosos. En una época, Sacha coleccionó carteles teatrales que colocaba cuidadosamente en el suelo. El pequeño Volodia saltó una vez sobre las preciosas hojas de colores, las enredó con los pies, las arrugó y rompió algunas. Sacha no pudo comprender aquel vandalismo y lo miró con ojos asombrados, pero no le pegó, no lo regañó ni le reclamó; eso no entraba en sus costumbres; guardaba para sí sus penas, pequeñas o grandes. Pero cualquiera que fuese la diferencia de temperamento entre Volodia y Sacha, el primero hacía todo lo posible por imitar al otro. Cuando se le preguntaba si tomaría su *kacha* con mantequilla o con leche, respondía: "Como Sacha." Y, como Alejandro, bajó más tarde en patines una pendiente escarpada. La fuerza moral y el carácter firme del hermano se imponían al "Barrilito". Y al mismo tiempo la emulación lo empujaba a colocarse al nivel de su hermano mayor. La fórmula "como Sacha" que se oía frecuentemente en la casa, tenía un doble sentido: la confesión de la superioridad del hermano y la voluntad de "pasar y sobrepasar".

Sacha tenía una franqueza orgánica casi enfermiza: engañar y mentir era para él tan imposible como decir groserías o regañar; en los casos difí-

ciles, guardaba silencio. Pero en la sana franqueza de Volodia había un elemento de malicia. Aun con su naturaleza excesivamente expansiva, era incapaz de renunciar a la mentira defensiva; no podía gozar de una mermelada de manzana si no la había robado de la cocina en ausencia de la madre vigilante; era incapaz de arrancarle las patas a sus caballos de papel, sin haberse escondido antes detrás de la puerta y ¿pudo acaso confesar a una tía poco conocida que había sido precisamente él, Volodia, quien, en ocasión de una visita a su casa, le había roto una jarra por estar correteando? Sin embargo, tres meses después, antes de dormirse, el niño estalló en llanto en su cama y reveló a su madre no sólo que había roto la jarra, sino que le había mentido a su tía. Vemos en esto que el imperativo categórico de la moral no era tan extraño a Vladímir como afirmarían después los innumerables enemigos de Lenin.

Quizá convenga hacer notar que Vladímir no era, en modo alguno, un "niño prodigio" y que más bien podría aplicarse este elogio a su hermana menor, Olga. Él creció como un niño normal, sano, quizás un poco retardado en los primeros años. Según lo que cuenta Yelisarova, aprendió a leer enseñado por su madre, a la edad de cinco años, al mismo tiempo que su hermana menor, Olga. De esto se desprende que la pequeña comenzó a leer demasiado pronto. Quizá habría que agregar por lo menos, un año o seis meses. Como especialista de la pedagogía, Ilia Nicolaievitch recibía muchos libros destinados a la infancia. Pero era Olga la más apasionada por la lectura y la recitación de poesías; estaba estrechamente ligada con Volodia por su desarrollo intelectual, pero, por su carácter, se acercaba más a Sacha. Volodia leía de corrido,

pero abandonaba con gusto los libros infantiles por las carreras y otros juegos. Amaba la vida principalmente a través del movimiento. En el gabinete de su padre aparecían, de vez en cuando, nuevos aparatos de física y otro material, con cuya ayuda los niños, en sus momentos de ocio, iban conociendo los misterios de la ciencia. Volodia, sin duda alguna, sabía captar lo esencial con dos palabras. Se desarrollaba y maduraba su juicio con gran rapidez.

A diferencia de Alejandro, muy atento respecto a sus hermanos más jóvenes, Vladímir gustaba, en diferentes ocasiones, de probar su superioridad sobre ellos. Cuando los niños, acompañados al piano por la madre, cantaban la canción del cabrito atacado por el lobo gris, Dimitri, muy sentimental, generalmente derramaba lágrimas. Trataban de hacerle comprender que no había por qué tomar tan al pie de la letra la historia de un cabrito desconocido. Dimitri hacía esfuerzos por contenerse, pero no le era posible. Parecía como si el lobo gris atacara al propio Dimitri. Cuando la canción llegaba al pasaje crítico, Volodia, con gestos y entonaciones tristes cantaba la estrofa final: "No le quedaban a la abuela más que cuernos y pezuñas", con lo que el pobre Dimitri no podía dejar de sollozar.

Gracias a la madre, la música generalmente era muy apreciada en la familia. Los niños cantaban con gusto, o más bien gritaban, como decía la vieja criada, acompañados por su madre. Según la tradición, Volodia, en esos casos, no solamente mostraba interés, sino un buen oído. No obstante, las facultades musicales del niño, si es que las tuvo, no se desarrollaron más. Pero el amor a la música lo acompañó durante toda su vida.

El preceptor Kalachnikov y después la institutriz

Kachkadamova prepararon a Vladímir para presentar sus exámenes a fin de entrar en el liceo. Kalachnikov recuerda a un chico de constitución fuerte, con una cabellera rojiza y rizada sobre una frente amplia, muy poco semejante, en su apariencia, a los otros hijos de la familia; muy activo, entendía rápidamente y se inclinaba a las burlas. Kalachnikov que, con frecuencia, en la escuela comunal, trataba con hijos de extranjeros, había tomado la costumbre de pronunciar lentamente y modulando las palabras, por lo cual el impaciente Volodia, que no tenía necesidad de este sistema, imitaba sin ceremonias a su preceptor. Este curioso rasgo muestra que el sentimiento del respeto no se había desarrollado en el chico y que había comenzado muy pronto a ensayar sus garras en otras partes, además de sus hermanos menores.

En 1878, cuando Volodia tenía ocho años, los Ulianov se mudaron a una casa propia, una casa de madera muy modesta, pero con un huerto que llegó a ser objeto de los cuidados de toda la familia. Volodia era quizá el más ágil y el más entusiasmado para correr, con la regadera en la mano, a los trabajos del jardín; debemos pensar también que no era el último en aprovechar los frutos. A este respecto se había establecido un curioso régimen en la familia; se había indicado exactamente a los niños los arbustos y los árboles que les correspondían, los que se guardaban para las provisiones de invierno o para el santo del padre, y todos observaban rigurosamente la disciplina en este aspecto. Una niña que fue de visita mordió por travesura una manzana que aún estaba en el árbol y que colgaba justamente ante ella y echó a correr. Medio siglo después de esta catástrofe, A. Yelisarova aún la recuerda: "Para nosotros, esa conducta de gra-

nuja [!] resultaba extraña e incomprensible." Este juicio, de una sorprendente pedantería, explica el espíritu patriarcal de la familia, donde la disciplina se mantenía de diferentes maneras, pero con todo éxito, tanto por la madre, como por el padre. El espíritu de economía, cuidado y orden, el respeto por el trabajo y sus frutos, fueron asimilados, desde la más temprana edad, por el futuro gran destructor. Si no era capaz, desde luego, de considerar como conducta de granuja una inocente broma infantil, en todo caso la negligencia y la prodigalidad entre los adultos le fueron siempre profundamente antipáticas.

A la edad de 13 años Alejandro discurrió publicar una revista hebdomadaria familiar; como no se sentía con facultades de escritor, se encargó tan sólo de la secretaría de redacción, además de aportar charadas, jeroglíficos e ilustraciones. Volodia, que sólo tenía nueve años de edad, fue el principal colaborador de la publicación, bajo el seudónimo de *Kubichkin* ("Barrilito"). Hasta la pequeña Olga, de siete años, enriqueció la revista con sus garabatos. La publicación se hacía cada sábado y llevaba un título adecuado: *Subbotnik* ("Periódico sabatino"). Ana, que a la edad de quince años, conocía ya las obras del célebre crítico Belinsky, abrumó con artículos sarcásticos una novela del joven escritor *Kubichkin*. Volodia escuchaba todas las críticas sin mostrarse ofendido; aprendía y tomaba nota. También el padre y la madre participaban en estos debates literarios. Sus rostros brillaban de alegría al mirar a sus hijos. "Aquellas tardes —escribe Yelisarova— marcaron el punto culminante de nuestra vida familiar, la intimidad de los cuatro hijos mayores con sus padres. ¡Qué recuerdo tan brillante y alegre nos ha quedado de ellas!"

A los nueve años y medio, Volodia fue inscrito en la clase elemental del liceo. Ahora llevaba un uniforme "como Sacha" y se encontraba bajo las órdenes de los mismos maestros, vestidos con libreas en cuyos botones de metal estaba grabada el águila bicéfala. Pero, gracias a su carácter, Volodia soportaba con mayor facilidad que Alejandro el régimen del liceo, con su opresión y su falsedad. Ni siquiera los estudios clásicos le parecieron pesados; el futuro escritor y orador pronto tomó el gusto de los antiguos maestros de la palabra. Vladímir aprendía con una facilidad extraordinaria. Aquel muchacho inquieto y bullicioso, cuyo espíritu abarcaba un amplio horizonte intelectual, poseía en alto grado el don de la atención concentrada. Sentado inmóvil ante su pupitre, captaba y se impregnaba de todas las explicaciones de los maestros; así, tan pronto como se le señalaba una lección, la aprendía y resolvía inmediatamente. De regreso en su casa, rápidamente hacía sus tareas para el día siguiente. En tanto que los dos mayores se instalaban para trabajar en la gran mesa del comedor, Vladímir iniciaba al punto su vida bulliciosa, hacía ruido, charlaba, embromaba a los menores. Los hermanos mayores protestaban. La autoridad de la madre no siempre bastaba. Volodia andaba en cuatro patas. A veces el padre, cuando se encontraba en casa, llevaba al pequeño turbulento a su gabinete para ver si ya había aprendido sus lecciones. Pero Volodia respondía sin vacilar. El padre tomaba sus cuadernos y examinaba los conocimientos del niño sobre todo lo que abarcaba el programa. También ahí Volodia respondía sin pestañear; las palabras latinas se fijaban sólidamente en su memoria. El padre no sabía si debía alegrarse o preocuparse; el muchacho se despren-

día con demasiada facilidad de sus estudios y era posible que la aplicación al trabajo no llegara a desarrollarse en él...

Al volver de la escuela, Volodia contaba a sus padres los incidentes del día; hablaba sobre todo de las preguntas que se le habían hecho en las diferentes materias y de las respuestas que había dado. Como sus éxitos tenían un carácter bastante uniforme, pasaba rápidamente ante el gabinete de su padre y presentaba su informe en dos palabras: "Griego, muy bien; alemán muy bien". Al día siguiente, o a los dos días, la misma cosa: "Latín muy bien, álgebra muy bien". El padre y la madre cambiaban discretas sonrisas de satisfacción. Ilia Nicolaievitch no gustaba de alabar abiertamente a sus hijos, especialmente a aquel muchacho presuntuoso que aprendía todo con demasiada facilidad. Pero era claro que el éxito de los hijos ponía una nota de alegría en la vida de la familia. Por la tarde, todos se reunían, contentos, ante la gran mesa donde se tomaba el té. Ilia Nicolaievitch no había perdido el gusto a las bromas ni a las anécdotas escolares. Reían mucho, y el director de las escuelas primarias frecuentemente era el primero en hacerlo. "Se siente uno reconfortado y a gusto en esta familia tan unida —cuenta la institutriz Kachkadamova—. El más hablantín es Vladímir, lo mismo que su hermana Olga. Sus voces alegres y sus risas comunicativas vibran en toda la casa."

Hay que reconocer que la voz de Volodia a veces era demasiado vibrante. Tomando en cuenta que en el liceo el muchacho era muy disciplinado, la tensión nerviosa acumulada se desataba inevitablemente en la casa y no siempre en favor de la tranquilidad de los suyos. Además, su conducta en el seno de la familia era muy variable, según

que el padre se encontrara o no en casa. Es evidente que Volodia temía a su padre, que no sólo era capaz de jugar como niño con sus hijos, sino de manifestar, de ser necesario, cierto rigor. Yelisarova piensa que el padre, cargado de trabajo, no siempre tomaba en cuenta suficientemente la individualidad de los hijos, particularmente de Alejandro, pero que su sistema pedagógico de todos modos era "completamente justo" con respecto a Vladímir, como contrapeso a su "gran presunción y a su seguridad en sí mismo". Con gratitud recogemos estos preciosos datos y solamente lamentamos que sean tan pocos. ¿Formaba parte del sistema de Ilia Nicolaievitch el abstenerse de elogios, lo mismo que de castigos? En su calidad de inspector de escuelas primarias, escribía ya en 1872: "Los maestros competentes no tienen necesidad de recurrir a castigos..." Pero en su familia, ¿aplicaba el padre sus propios preceptos pedagógicos? No tenemos, a este respecto, ningún testimonio directo. Los recuerdos de familia, como siempre, sin suavizar ni cambiar nada, insisten sin la menor reticencia sobre la invariabilidad del carácter y la firmeza de la madre; es muy natural pensar que el padre fuera distinto. El carácter autoritario de Ilia Nicolaievitch, capaz de ceder a los accesos de ira, no deja de confirmar esta hipótesis. Toda familia tiene su reverso. Y, ¿podría ser de otro modo, teniendo en cuenta que está cargada de obligaciones que la abruman? Una buena familia no significa una familia irreprochable, sino solamente una familia que va mejor que las demás, colocada en las mismas condiciones. La familia Ulianov era una buena familia, de espíritu conservador, una familia provinciana, con intereses serios y una atmósfera sana. Los padres vivían en perfecto acuer-

do y los hijos no estuvieron nunca expuestos a la influencia desmoralizadora de las disputas o de los conflictos entre padre y madre. La presencia de los hijos mayores, sobre todo de Alejandro, fue propicia para el desarrollo de los menores. Aunque Volodia cayó enfermo durante sus primeros años de escuela, su organismo era suficientemente sólido y se desarrollaba bien. Tomando en cuenta su capacidad, no podría pensarse en una tensión excesiva de sus fuerzas. Crecía como un joven roble, alimentado por profundas raíces, nutriéndose abundantemente de aire y de humedad. Cómo no habríamos de decir: una infancia feliz. Los veranos en Kokuschkino, lugar de nacimiento de la madre, eran, como para todos los niños más o menos privilegiados, la mejor temporada del año. Allí se reunían, después de una larga separación, numerosos primos y primas, se organizaban interminables juegos, largos paseos y se formaban amistades infantiles o tímidos amoríos. Volodia era el más fogoso en los juegos, sobre todo en las competencias de cualquier género. En Kokuschkino pudo ver de cerca el mundo de los campesinos, y algunas veces hasta se le permitía ir con los pastorcillos a cuidar las ovejas por la noche. El literato *Kubichkin* estaba lejos de pensar que dichos contactos con el pueblo serían interpretados medio siglo después, como la fuente de la idea de la unión obrera y campesina. Pero queda fuera de duda que en esta cabeza de niño, particularmente receptiva, los encuentros pasajeros de las vacaciones acumularon una preciosa reserva de sensaciones, que más tarde deberían dar frutos.

Al ser asesinado Alejandro II, Vladímir se encontraba en su segundo año de estudios y aún no cumplía once años. Es cierto que a esa edad, su

hermano Alejandro ya leía a Nekrassov y meditaba, a su manera, sobre la suerte de los oprimidos. Pero el padre no alentaba a sus hijos menores a que leyeran literatura radical. Ya se sentía en la atmósfera una corriente de reacción, cuyo soplo se advertía, no solamente en el liceo, sino en la propia familia. Se puede decir con seguridad que el interés por las cosas políticas no se despertó en Volodia antes de terminar sus estudios en el liceo. El acontecimiento del 1º de marzo de 1881, con los servicios fúnebres y los discursos que siguieron, no le produjo más que una excitación, parecida a la que podría producirle un incendio o una catástrofe ferrocarrilera. El hijo del director de las escuelas primarias, educado en la disciplina y en la fe ortodoxa, no había comenzado aún a dudar de las cosas tal como parecían. Es muy interesante notar que su futuro compañero de lucha, Julio Cederbaum (Martov) que después se convirtió en líder de los mencheviques y en su enemigo irreconciliable, educado en Odesa, en el seno de una familia israelita liberal, reaccionó a los ocho años, sin duda alguna, de una manera más viva que Vladímir, ante los sucesos del 1º de marzo. En la cocina oyó decir que los nobles habían asesinado al "emancipador", mientras en los salones escuchaba hablar de insensatos que soñaban con conquistar la libertad arrojando bombas. Los pogroms antisemitas que marcaron el inicio del nuevo régimen, fijaron desde muy temprano la línea del desarrollo político de Julio, niño impresionable y bien dotado. Vladímir, por el contrario, con su carácter alegre y su actividad, rápidamente debió de liberarse de la impresión que le causara el extraordinario acontecimiento acaecido a alturas inaccesibles y que no le atañía en nada personalmente, ni tampoco a sus

familiares. Siguió pasando simplemente el informe diario: "Aritmética, muy bien, latín, muy bien..."

El padre no tenía razón para inquietarse, Volodia no presumía demasiado de sí mismo; por el contrario, cuanto más avanzaba, mejor se controlaba. Durante cierto tiempo, gustó mucho de patinar, pero, como después de ese deporte al aire glacial se sentía dominado por el sueño, renunció a los patines en interés de sus estudios. Al narrar este episodio, contado por el propio Lenin, Krupskaia agrega: "Vladímir Ilitch, desde su primera juventud, aprendió a desprenderse de todo lo que le estorbaba." Su atención, dispersa entre diversas materias, como ya sabemos, era capaz de concentrarse y al fin de cuentas tomaba una dirección utilitaria. Observaba muy bien a los demás, no sólo las debilidades y los rasgos cómicos, sino las características de carácter de que él carecía. Posiblemente no mencionaría estas características en voz alta, pues había aprendido de su padre, muy temprano, a no apresurarse a dispensar elogios, lo que no le impedía asimilar los rasgos positivos de otro, con verdadero ardor. En su familia los demás trabajaban con mayor asiduidad y más metódicamente que él, sobre todo Alejandro. El ejemplo del hermano mayor no se apartaba jamás de su horizonte. Desde que Ilia Nicolaievitch compró casa, los dos hermanos tenían dormitorios vecinos, en el entresuelo, separados de los demás. Sumido en sus reflexiones, es muy posible que Alejandro pasara frecuentemente sin detenerse ante su hermano menor, demasiado bullicioso y desenvuelto. Pero Volodia observaba atentamente a Alejandro, lo tomaba como ejemplo, y trataba de seguir sus pasos. Así fue hasta que el mayor partió rumbo a la universidad, mientras el menor entraba en su

quinto año de estudios. Esta vecindad sin duda alguna ejerció una influencia benéfica sobre Vladímir, pues le enseñó a multiplicar su capacidad mediante la asiduidad. Más aún, en tanto que Alejandro se atraía la simpatía de todos por su dulce reserva, Vladímir, lo mismo que su padre, se distinguía por una gran irritabilidad que había de causarle bastantes dificultades. Al llegar a la adolescencia se esforzó, también en este aspecto, por ser "como Sacha". No le era fácil, pues en sus explosiones de ira se traducía un indomable temperamento. Cuando la hermana mayor escribe: "En sus años de madurez más avanzada ya no observamos, o casi ya no hubo, accesos de ira de su parte", no deja de exagerar un poco. Pero no hay duda de que Vladímir aprendió con éxito a disciplinarse.

En la casa había un juego de ajedrez, cuyas piezas habían sido hechas por el padre en Nijni Novgorod y que poco a poco se había convertido en una especie de reliquia. Del lado masculino, empezando por el padre, todos se dedicaban con pasión a la casuística desinteresada de este juego antiguo en el cual la superioridad de ciertas facultades intelectuales, desde luego no de las más elevadas, encuentra su expresión más inmediata y su satisfacción. Los hijos se apresuraban siempre a responder al llamado del padre, cuando los invitaba a jugar una partida, pero las fuerzas iban siendo cada vez más favorables a la generación joven. Sacha había conseguido un manual de ajedrez y, con la calma perseverante que lo caracterizaba, había profundizado en la teoría del juego. Al cabo de cierto tiempo, Vladímir siguió su ejemplo. Es evidente que los hermanos habían logrado éxitos brillantes pues, una tarde, al subir la escalera, Volodia encontró a su padre, que venía de buscar el

manual en el entresuelo, con el propósito claro de armarse mejor para los encuentros futuros.

Pero si había horas de diversión, el trabajo exigía la mayor parte del tiempo. En las etapas del programa del liceo, Volodia progresaba sin dificultad, y siempre recibía premios. Sólo en el séptimo año se presentó un conflicto entre él y el profesor de francés, individuo ignaro y torpe, al que Vladímir había hecho objeto de sus burlas. Esta imprudencia fue castigada con una mala nota en conducta en el trimestre de francés. Ilia Nicolaievitch se enfureció y Vladímir le prometió firmemente poner término a las experiencias arriesgadas. El incidente no tuvo consecuencias. Ante una insolencia contra un maestro no respetado, la dirección pedagógica no trató de ver la manifestación de un estado de espíritu reprensible. Y, en esta ocasión, no se equivocó.

En los anales del liceo de Simbirsk, Vladímir Ulianov eclipsó claramente a Alejandro. En el terreno de los gustos y de las predilecciones intelectuales, se observaba entre los hermanos notables e interesantes diferencias. Las disertaciones no eran el fuerte de Alejandro, que las redactaba cortas y secas. Los frenos interiores que hacían su carácter tan seductor, le impedían explayarse. Odiaba la fraseología y todo lo que, en una conversación, sobrepasaba los límites de lo indispensable, le molestaba. Su pensamiento, honrado hasta la timidez, estaba desprovisto de sutilezas. Y como, aunque poseía un notable sentido crítico, carecía de don literario, reducía sus disertaciones a un mínimo ascético.

Vladímir, en cambio, se había distinguido en la clase como "literato", aunque tampoco tenía predilección por la literatura en sí. Por el contrario, el

cuidado del ornamento artificial le era, en literatura, tan extraño como en su vestuario. Su sano apetito intelectual no tenía necesidad de condimentos. Pero la sequedad literaria de Alejandro no se encontraba en Vladímir. La fuerte y agresiva confianza en sí mismo, que alarmaba al padre y no podía dejar de serle repulsiva algunas veces al hermano mayor, no le fallaba a Volodia en la creación literaria. Cuando se ponía a escribir una composición, no en el último momento, sino con tiempo suficiente, sabía de antemano que diría todo lo que había que decir y cómo decirlo. Con un lápiz de punta dura, muy afilada a fin de que los caracteres se destacaran bien delineados sobre el papel, bosquejaba, ante todo, su plan, para estar seguro de que iba a desarrollar plenamente su pensamiento. En torno al esquema establecido se agrupaban después anotaciones y citas, sacadas no solamente de los manuales escolares, sino también de otros libros. Cuando había terminado el trabajo preparatorio y había numerado las anotaciones, cuando había fijado el tema y la conclusión, la composición se desarrollaba casi sola sobre el papel; solamente le faltaba pasar en limpio su trabajo, con todo cuidado. El profesor de letras, Kerenski, que era también el director del gimnasio, aprobaba entusiastamente a aquel vigoroso prosista de cabellos rojizos, ponía sus composiciones como ejemplo y le concedía la nota más alta. En sus entrevistas con los padres —y las relaciones entre Kerenski y los Ulianov eran muy amistosas— el director del liceo no perdía ocasión de elogiar a su discípulo. Con respecto a las ciencias naturales, Vladímir, en el periodo del liceo, se mostró bastante frío; no corría tras las mariposas como su hermano mayor ni iba de pesca; tampoco colocaba trampas para

los pájaros, y no acompañaba a Alejandro en canoa durante el verano. El amor a la naturaleza sólo se le desarrolló visiblemente en su vida posterior. En su naturaleza había dones y posibilidades que no cesaban de desenvolverse, absorbiendo demasiado su atención, en aquellos años de despertar espiritual. Se interesaba más por la literatura, la historia y los clásicos latinos, es decir por la esfera de conocimientos que tocan directamente al hombre y a lo humano. No obstante, sería inexacto definir el carácter general de sus intereses como humanistas. En esta palabra hay demasiado diletantismo, lugares comunes y bellas citas. En cambio, el pensamiento de Vladímir se encontraba orgánicamente penetrado, desde sus primeros años, de un profundo realismo. Sabía observar, captar, casi espiar la vida en sus diversas manifestaciones, tenía un gusto demasiado vivo por el hecho, en toda su materialidad, y buscaba con desconfianza el fondo de las apariencias engañosas, así como en sus años de infancia había tratado de encontrar el misterio más íntimo de los juguetes. La preferencia que demostró en el liceo por el terreno de la ciencia no caracterizaba tanto la tendencia esencial de su intelecto, cuanto una determinada etapa de su desarrollo. Ni la literatura ni la historia, y menos aún la filosofía clásica entraron en su vida posterior dentro del círculo inmediato de sus intereses intelectuales. Poco después de terminar sus estudios en el liceo, cambió su interés hacia el estudio de la anatomía de la sociedad; es decir, hacia la economía política. Hasta ahora no hemos dicho nada sobre la actitud de Vladímir con respecto a la religión. Y esto no ha sido por casualidad; pues la cuestión de la ortodoxia y de la iglesia no se presentó ante su conciencia de una manera crí-

tica sino hasta el último periodo de sus estudios secundarios. Esta circunstancia es muy explicable en razón del medio, de la época y de su carácter personal; no obstante, por increíble que parezca, los biógrafos oficiales la consideran vergonzosa. Si queremos ahora descubrir la verdad, tenemos que abrirnos paso a través de todos los obstáculos que se han acumulado. En cambio, el ejemplo de la forma en que se cuenta la ruptura del joven Lenin con la leyenda del cristianismo puede ayudarnos a ver claramente la manera en que surgió y se desarrolló la leyenda leninista.

Una conocida personalidad soviética, el ingeniero Krichyanowski, escribió sus recuerdos sobre Lenin, con quien estuvo ligado en su juventud por su actividad revolucionaria, la prisión y la deportación, poco más o menos treinta años después de la conversación a la cual se refiere. ¿Es exacto que la crisis de conciencia se haya producido en Vladímir en su quinto año de estudios, es cierto que después de eso haya aventado "a la basura" su pequeña cruz, o bien empleó Lenin en esta conversación una de las violentas metáforas a las que era tan aficionado? Para resolver estas dudas, el testimonio tardío de Krichyanowski debe ser, como se verá, seriamente verificado; pues al cabo de tanto tiempo, la memoria no sólo deforma la experiencia vivida por otro, sino aun la vivida por uno mismo. Mucho más asombrosa es la versión basada sobre el testimonio de Krichyanowski, de otro viejo bolchevique, uno de los dirigentes de la historiografía del partido; según este autor, cuando Vladímir llegó a la conclusión de que "no existe ningún dios", se arrancó la cruz del cuello, escupió con desprecio sobre la santa reliquia y la arrojó al suelo. Podrían darse aún otras variantes: descri-

bir cómo Vladímir no sólo aventó la cruz al suelo, sino también la pisoteó. Los motivos pedagógicos de la libre interpretación del texto fundamental han sido claramente formulados por Lepechinski en una revista destinada a la juventud: "que los jóvenes comunistas [*komsomols*] aprendieran cómo el joven Lenin se desembarazó de los prejuicios religiosos, a su manera, *como un verdadero Ilitch*, revolucionariamente..." Otros memorialistas y comentadores nos muestran no tanto a Lenin en sus años juveniles sino, desgraciadamente, a ellos mismos al final de sus vidas.

Krupskaia, que encontró por primera vez a Lenin en la misma época que Krichyanowski y Lepechinski, no nos dice nada, en sus recuerdos, sobre la cuestión de la religión y de la iglesia. Sólo de paso y atenuado, evoca lo narrado por Krichyanowski: "Lo nocivo de la religión —escribe en sus bien conocidas *Memorias*— fue comprendida por Ilitch desde la edad de quince años. Se desprendió de su cruz y dejó de frecuentar las iglesias, lo que entonces no era tan fácil como ahora." Como para justificar a Lenin por haber roto demasiado tarde con la religión ortodoxa, Krupskaia comete un error respecto a la edad: si esto sucedió en el curso del quinto año de estudios, Vladímir no tenía quince años, sino sólo catorce. Todas estas versiones, que no concuerdan entre sí, han sido reproducidas muchas veces. Ahora bien, sobre la cuestión que nos ocupa, existe un testimonio que no sólo es incomparablemente convincente, sino que es también un documento absolutamente auténtico.

A. Yelisarova es la única de los testigos vivos que puede hablar de la evolución de Vladímir, no basándose en una frase fugaz o en una conversación sostenida en una época más o menos reciente,

sino según sus propias observaciones, vividas en las mismas circunstancias del pasado de la familia y, en consecuencia, con garantías de autenticidad infinitamente mayores sobre los hechos y la psicología. Realmente sólo se necesita escuchar. Durante el invierno de 1886, más unidos por la pérdida del padre, hermana y hermano frecuentemente se paseaban juntos, y Ana observó que Vladímir "estaba en una disposición de espíritu muy hostil a la dirección y a la enseñanza del gimnasio, lo mismo que respecto a la religión". Con respecto a la pequeña cruz que se dice arrojó a la basura, su hermano no le dijo nada. El testimonio de Yelisarova nos será nuevamente necesario más adelante, para definir la evolución política de Lenin. Por el momento, basta con hacer notar que sólo cuando Vladímir estaba por cumplir los diecisiete años, su hermana encontró algo nuevo en él, una actitud negativa hacia la religión que, ella opina, coincide con su rebelión contra las autoridades del liceo. Como para disculpar este desarrollo tardío en comparación con los nuevos tiempos, Yelisarova escribe: "En aquella época, la juventud, sobre todo en una provincia lejana, extraña a la vida social, no adquiría pronto una actitud política." Independientemente de este testimonio inapreciable de Yelisarova sobre los recuerdos en que se funda y que pueden considerarse tanto más auténticos cuanto que, después de varios meses de separación, los cambios ocurridos en el estado de ánimo de su hermano y en sus concepciones debían saltarle a la vista, tenemos otro testimonio, esta vez absolutamente indiscutible: el del propio Lenin. En la hoja de encuesta del partido, llenada meticulosamente por su propia mano, a la pregunta: "¿Cuándo dejó Ud. de creer en la religión?", él respondió: "A los dieci-

séis años." Lenin sabía ser exacto. Pero su declaración, que concuerda perfectamente con lo dicho por su hermana mayor, no ha sido bien recibida, pues no se considera lo suficientemente edificante para la educación de los *komsomols*.

Lo que dice Yelisarova sobre el carácter tardío del desarrollo político de la juventud en una provincia aislada sólo es cierto en parte y, de todas maneras, es insuficiente. Según lo que ella misma cuenta, Alejandro se alejó de la iglesia más joven. No hay nada enigmático en esta diferencia entre los dos hermanos. Cuando Alejandro pasó por el liceo, el ateísmo combativo dominaba totalmente a la intelectualidad avanzada y llegaba, no obstante, hasta abrirse camino entre el personal de enseñanza del liceo.

En los años 80, por el contrario, "la enseñanza religiosa y moral" que imponía desde arriba Pobiedonovtsef, era bien recibida por la reacción ideológica, aun en los medios más cultivados. Pero, sobre todo, no hay que perder de vista la diferencia de carácter entre los dos hermanos. Replegado sobre sí mismo y extremadamente sensible ante cualquier mentira, Alejandro podía y debía despertar más rápidamente al espíritu de crítica y descontento. En cuanto al jovial Vladímir, su fogosidad le impidió, por un tiempo al menos, prestar oídos a la duda. En la actitud religiosa de Vladímir no se hubiera podido descubrir la menor profundidad mística. Sus relaciones con la iglesia eran simplemente un elemento de la vida familiar y escolar, en la que nadaba como un pez en el agua, mediante los éxitos, las bromas y los juegos. En cierto sentido, no tenía tiempo de arreglar cuentas con la tradición religiosa. Fue necesario un fuerte impulso exterior para que se exteriorizara

bruscamente el trabajo interno de crítica que ya había reunido un buen número de observaciones inconscientes. Este impulso lo dio la muerte del padre, la primera que veía de cerca y, àdemás, de un familiar querido.

VIII. LOS GOLPES DEL DESTINO CAEN SOBRE LA FAMILIA

"Todas las familias felices se asemejan —dice Tolstoi—, pero cada familia desdichada lo es a su propia manera." La familia Ulianov durante casi veintitrés años llevó una vida feliz y se pareció a todas las familias donde reinan el buen entendimiento y la prosperidad. En 1886 recibió el primer golpe, la muerte del padre. Pero una desgracia nunca llega sola. La primera pronto fue seguida por otras: la ejecución de Alejandro, la detención de Ana. Y habían de seguir muchas otras desgracias. A partir de entonces, tanto los próximos como los extraños comenzaron a considerar a la familia Ulianov como una familia desdichada. Y efectivamente, se volvió desdichada, pero a su manera...

Cuando Ilia Nicolaievitch cumplió veinticinco años de servicios, el ministerio no le concedió más que un año suplementario de funciones y no cinco, como se concedía a la mayor parte de los altos funcionarios. Así, Ilia Nicolaievitch vio con amargura que no se recompensaban sus méritos. Yelisarova, que presenta la hipótesis de que su padre sufrió una injusticia, o más exactamente, que estuvo a punto de sufrirla, por el celo excesivo que demostró en relación con la instrucción pública, se adelanta demasiado al tiempo; pues el ministro que se negó a conservar a Ulianov cinco años más, fue precisamente el liberal Saburov, que en 1880 representó "la dictadura del corazón" en el campo de la instrucción pública. Es posible que Saburov deseara renovar su personal, comenzando por elimi-

nar a los rutinarios eméritos y que Ilia Nicolaievitch se haya encontrado, por un error ministerial, dentro de esta categoría. No obstante, el propio Saburov pronto se vio obligado a renunciar, así como su jefe Loris Melikov; y el sucesor de Saburov, después de examinar el expediente de Ulianov, decidió conservarlo en sus funciones durante cinco años más. En todo caso, queda fuera de duda que Ilia Nicolaievitch soportó mal estas dificultades inesperadas. La amenaza de su retiro prematuro no sólo significaba la pérdida de sus actividades acostumbradas, sino que causaría dificultades materiales a la familia.

El cambio de orientación del gobierno en materia educativa se produjo, en realidad, después del retiro de Ulianov. El *zemstsvo* cayó en desgracia y con él, sus escuelas. Al tiempo que se establecían nuevos estatutos universitarios, se promulgaron en 1884 los decretos sobre las escuelas parroquiales. Ilia Nicolaievitch no sentía simpatías por esta reforma; no por hostilidad hacia la iglesia —por el contrario, ponía mucho interés en que el catecismo se enseñara regularmente en las escuelas de los *zemstsvos*— sino por devoción a su tarea de educador. A medida que el viento de la reacción soplaba con más fuerza, el director de las escuelas primarias de Simbirsk, a causa del mismo celo con que se dedicaba a la instrucción popular, se encontró, involuntariamente, en oposición a la nueva corriente. Lo que al principio había constituido su mérito, después pareció que se le reprochaba. Se vio obligado a retroceder y a adaptarse. Toda la obra de su vida quedaba destruida. Aprovechando la ocasión, Ilia Nicolaievitch no dejaba de indicar a sus hijos mayores las consecuencias funestas de la lucha revolucionaria que había producido la

reacción en lugar del progreso. Ese mismo era el pensamiento de la mayoría de los trabajadores culturales pacíficos de aquella época. Un propietario noble de Simbirsk, Nazarev, envió al redactor en jefe de la revista liberal *Vestnik Europy* (El Mensajero de Europa) su correspondencia habitual, agregando confidencialmente con respecto a Ulianov: "No disfruta de atenciones del ministerio, y su posición no es envidiable." Ilia Nicolaievitch soportaba mal, aunque con resignación, los ataques del gobierno a las escuelas populares. Su alegría de antaño desapareció. Los últimos años de su vida fueron amargados por la incertidumbre y la ansiedad. Cayó enfermo repentinamente, en enero de 1886, en el momento en que redactaba su informe anual. Alejandro se encontraba en San Petersburgo, dedicado enteramente a una disertación sobre zoología. Vladímir, al que sólo le faltaban dieciocho meses para dejar el liceo, pensaba ya en la universidad. Ana había ido a la casa para pasar las vacaciones navideñas. Nadie de la familia y tampoco el médico, consideraron seria la enfermedad de Ilia Nicolaievitch. Continuó trabajando en su informe; su hija le leía los papeles cuando, súbitamente, se dio cuenta de que su padre había comenzado a delirar. A la mañana siguiente, el día 12, el enfermo no fue al comedor, solamente se acercó a la puerta y miró. "Como si hubiera venido a despedirse", escribió más tarde en sus recuerdos María Alejandrovna. Hacia las cinco de la tarde, la madre, inquieta, llamó a Ana y a Vladímir. Ilia Nicolaievitch, recostado sobre el diván que le servía de lecho, agonizaba. Los hijos vieron a su padre temblar dos veces, y después cerrar los ojos para siempre. El médico determinó, como causa de la muerte, "hipotéticamente, pero con la mayor verosimilitud", una

hemorragia cerebral. Éste fue el primer golpe que cayó sobre la familia Ulianov.

"Los funerales del padre demostraron la gran popularidad que gozaba en Simbirsk", cuenta Yelisarova. En los discursos se enumeraron como es costumbre, sus grandes méritos en el campo de la instrucción. Los recuerdos más cariñosos eran de los maestros de escuela de Simbirsk. El director había sido exigente con ellos, a veces también rígido, pero no había escatimado esfuerzos para mejorar su situación material. "No habrá otro Ilia Nicolaievitch", decían al alejarse después de los funerales.

Ana se quedó algún tiempo en Simbirsk, para acompañar a su madre. Durante esa época invernal fue cuando se produjo el acercamiento de que ya hablamos entre la hermana mayor y Vladímir; paseaban juntos y conversaban largamente, y en el curso de estas conversaciones Ana descubrió que su hermano era un inconforme, poseído por un espíritu de negación, pero que aún no se rebelaba más que "contra los dirigentes y la enseñanza del liceo, y contra la religión". Durante las vacaciones del verano anterior, aún no tenía esa mentalidad.

La muerte del padre rompió bruscamente el curso tranquilo de la vida familiar, hasta entonces tan feliz. ¿Cómo no suponer que fue precisamente ese golpe el que dio una nueva dirección crítica a los pensamientos de Vladímir? Las respuestas del catecismo a los problemas relacionados con la vida y la muerte debieron parecerle miserables y mezquinas frente la rigurosa verdad de la naturaleza. Ya sea que efectivamente haya arrojado su pequeña cruz a la basura o que la memoria de Kriyanowski haya transformado una metáfora en un gesto físico, hay algo que queda fuera de duda: Vladímir rom-

pió con la religión bruscamente, sin largas vacilaciones, sin tentativas de conciliación ecléctica entre la verdad y la mentira, con una audacia juvenil que, por primera vez, le dio alas.

Alejandro pasaba sus noches estudiando cuando le llegó la noticia inesperada de la muerte de su padre: "Durante varios días lo dejó todo —cuenta uno de sus compañeros de la universidad—; iba y venía de un rincón al otro de su cuarto como un herido." Pero, obedeciendo después al espíritu de esta familia, en que los sentimientos más profundos iban regidos por la disciplina, Alejandro no abandonó la universidad, no se precipitó hacia Simbirsk, sino que volvió a sus estudios. Pocas semanas después recibió su madre una carta suya, breve como siempre: "He obtenido la medalla de oro por mi estudio zoológico sobre los gusanos anillados." María Alejandrovna lloró, uniendo la alegría que le procuraba su hijo con la aflicción causada por la muerte de su marido.

A partir de entonces no quedó para vivir más que la pensión de la madre y quizás algunas pequeñas economías que hubiera dejado el padre. Se redujeron los gastos, se tomaron huéspedes, pero la organización de la existencia siguió siendo la misma. María Alejandrovna cuidaba a los menores y esperaba que el mayor terminara sus estudios universitarios. Todo el mundo trabajaba. Vladímir aportaba satisfacciones con sus éxitos escolares, pero inquietud con su presunción. Así pasó el año de luto. La vida se encauzaba de nuevo por una senda más estrecha, cuando sobre la familia cayó otro golpe, absolutamente imprevisto y de doble peso: el hijo y la hija mayores acusados de formar parte de una conspiración contra el zar. Hasta el pronunciar estas palabras resultaba espantoso.

Ana fue detenida el 1º de marzo, en la habitación de su hermano, al llegar allí, precisamente en el momento de la investigación. Llena de terrible incertidumbre, la joven fue aprehendida por un asunto en el que no había participado en forma alguna. ¡Aquello era, pues, de lo que se ocupaba Alejandro! Habían crecido codo con codo, se habían divertido en el gabinete del padre con un magneto y un trozo de lacre, frecuentemente se habían adormecido escuchando la música de su madre; habían estudiado juntos en San Petersburgo, ¡y ella apenas lo conocía! Al crecer Alejandro, se había desligado de su hermana. Ana recordaba con amargura que Alejandro, al ir ella a visitarlo, dejaba su libro con visible disgusto. No le confiaba sus pensamientos. Con cada nueva información sobre los actos infames de las autoridades zaristas, él se ensombrecía y se encerraba más en sí mismo. "Desde entonces, un observador perspicaz hubiera podido predecir su camino..." Pero Ana no era una observadora perspicaz. En el último año Alejandro ya no quiso vivir con ella, explicando a un camarada que no quería comprometer a su hermana, que no manifestaba disposiciones para la acción social. En invierno, Ana sorprendió a Alejandro con extraños objetos en las manos. Pero no se le ocurrió pensar en explosivos. Pronto encontró en la habitación de su hermano una reunión de conspiradores. Pero los amigos de él no eran sus amigos. No se le inició en nada. Uno de los últimos días, el 26 de febrero, con el alma oprimida por una mortal angustia, Alejandro llegó de improviso a casa de su hermana, se sentó, reflexionó y esperó, como si pensara en el milagro de un reacercamiento. Pero ella no comprendió el estado de ánimo de su hermano y trató de charlar con él de cosas frívolas. El milagro no

se produjo, y Alejandro se fue, ensimismado, extraño, condenado. Y ella se quedó mezquinamente ofendida al darse cuenta de que él le ocultaba algo. Hasta que estuvo incomunicada en la prisión comprendió que su hermano había ido a verla para dirigirle un llamamiento final y que ella no le había dado lo que él esperaba. Desde la infancia se había acostumbrado a buscar en la mirada de Alejandro la aprobación o el reproche. Ahora sentía claramente que no tendría su aprobación y que esta vez sería para siempre. Escribió a su hermano, de una prisión a otra: "No hay nadie mejor que tú, más noble que tú, sobre la tierra." Pero el gemido tardío de esta confesión no llegó a su destino.

Después de la detención de Alejandro y de Ana, un pariente de los Ulianov que vivía en San Petersburgo escribió a la antigua institutriz de los chicos, pidiéndole advertir, con precaución, a la madre.

Con las cejas fruncidas, el joven Vladímir guardó silencio durante mucho tiempo, considerando la carta de San Petersburgo. Un relámpago había iluminado para él con un nuevo resplandor la figura de Alejandro. "Es un asunto serio —comentó—, puede resultar mal para Sacha." Evidentemente, no dudaba de la inocencia de Ana. Le tocó a él preparar a su madre para recibir la noticia. Pero ella, que había adivinado una desgracia desde las primeras palabras, exigió que se le diera la carta e inmediatamente comenzó sus preparativos de viaje. Aún no había vía férrea desde Simbirsk, y era necesario ir en coche hasta Syzrane. Tanto como medida de seguridad como por economía, Vladímir buscó un compañero de viaje para su madre. Pero la noticia de los hechos ya había corrido por toda la ciudad; todo el mundo se separaba de ellos, temeroso, y nadie quería viajar con la madre de un

terrorista. Vladímir tomó nota de esta lección. Esos días influyeron mucho en la formación de su carácter y de sus inclinaciones. El joven se volvió taciturno y callado, y con frecuencia se encerraba en su recámara, mientras cuidaba de los hermanos menores que le habían sido confiados. ¡He ahí, tal como era, ese infatigable químico, ese observador de los gusanos anillados, ese hermano silencioso, tan próximo y tan desconocido! Cuando tuvo que hablar de la catástrofe con Kachkadamova, Vladímir repitió: "Bueno, es que Alejandro no pudo actuar de otro modo." La madre hacía cortas visitas a sus hijos encarcelados y esperaba que se condenara a Alejandro a la cadena perpetua. "Partiré contigo; los hijos mayores ya crecieron y me llevaré a los pequeños." Ya no soñaba para su hijo con una cátedra ni con honores de sabio, sino que se conformaba con el destierro y las cadenas.

María Alejandrovna sólo logró una entrevista con su hijo el 30 de marzo, un mes después de su aprehensión. Alejandro lloró, se abrazó a sus rodillas y le suplicó que lo perdonara, y se justificó diciendo que, además de sus deberes de familia, tenía otro deber para con la patria y se esforzó por dar resignación a su madre para la suerte que le esperaba. "Hay que resignarse, mamá", le decía. Pero la madre no quería resignarse. Al dejar a su hijo, fue a ver a su hija, y al dejar a su hija fue a ver a las autoridades y a los personajes influyentes. Su aflicción era inconmensurable, pero su valor estaba a la altura de su aflicción. No se rendía, tocaba a todas las puertas, se esforzaba en reanimar la esperanza en su hijo y en dar fuerzas a su hija. Fue admitida en la sesión del tribunal. En un mes y medio de detención, Alejandro había adquirido virilidad y aun su voz tenía una autoridad im-

presionante, completamente nueva. El adolescente se había hecho hombre. "¡Qué bien habló Alejandro, en una forma tan persuasiva y elocuente!" Pero la madre no pudo permanecer en la sala hasta el final del discurso, pues esa elocuencia le rompía el corazón. La víspera de la ejecución, con esperanzas aún, repetía a su hijo, a través de las rejas de la sala de visitas: "Valor". El 5 de mayo, al dirigirse a la otra cárcel para ver a su hija, se enteró por una hoja que se vendía en la calle de que Alejandro estaba muerto. Nadie conoció los sentimientos que la infortunada madre llevaba en el corazón cuando llegó a la cárcel en la que se encontraba Ana. María Alejandrovna no se inclinó, no se derrumbó, no dijo nada a su hija. Cuando ella le pidió noticias de su hermano, la madre respondió: "Ruega por Sacha." Ana no supo adivinar la desesperación detrás del valor. Con qué respeto los funcionarios de la administración penitenciaria, que ya se habían enterado de la ejecución de Alejandro, dejaron pasar ante ellos a aquella mujer austera, vestida de negro. Su hija aún no sabía que el luto por el padre se había convertido en luto por su hermano. Simbirsk estaba lleno del perfume de las flores de sus jardines cuando llegó de la capital la noticia de la ejecución de Alejandro Ulianov. La familia del consejero de estado, aún ayer respetada por todos, se había convertido en la familia de un criminal, ajusticiado por el gobierno. Conocidos y amigos, todos sin excepción, se alejaron de la casa de la calle Moscú. Hasta el buen viejo maestro de escuela que había ido innumerables veces a jugar ajedrez con Ilia Nicolaievitch, dejó de asomar la nariz. Vladímir veía con ojo penetrante lo que le rodeaba, flaqueza y felonía. Encontró allí lecciones irremplazables de realismo político.

Ana quedó en libertad unos cuantos días después de la ejecución de su hermano; en lugar de enviarla a Siberia, las autoridades consintieron en mandarla, bajo vigilancia policiaca, a Kokuchkino, lugar natal de la madre. Para María Alejandrovna se abría una nueva etapa de la existencia. No sólo tenía que modificar sus relaciones con el exterior, sino también modificarse a sí misma. El movimiento lento y riguroso de la revolución rusa, al pasar sobre las cabezas de las nuevas generaciones de la intelectualidad, cambió la educación de más de una madre conservadora. Mujeres de la nobleza, de la burguesía o de los medios pequeñoburgueses se veían obligadas a dejar sus hogares para pasar largas horas en las antesalas de la policía, en gabinetes de los procuradores o en salas de espera de las prisiones. No se hacían revolucionarias pero, por defender a sus hijos, emprendían una lucha especial contra el régimen, en la retaguardia del frente revolucionario. Hacían más odiosa a la autoridad por las quejas que elevaban contra sus venganzas y sus crueldades. La función maternal llegó a ser una función revolucionaria. De este medio surgieron figuras verdaderamente heroicas, de un vigor espiritual más elevado que el de la *mater dolorosa* evangélica, que no sabía más que prosternarse ante la autocracia de los cielos. Durante los treinta años que le quedaron de vida, María Alejandrovna formó parte del grupo de las madres afligidas y militantes.

Precisamente durante las semanas en que se decidía en la capital la suerte de su hermano, Vladímir tuvo que prepararse para los exámenes de fin de cursos del liceo. Como Alejandro, después de la muerte de su padre, Vladímir también interrumpió sólo durante unos cuantos días, al saber la ejecu-

ción de su hermano, su trabajo intensivo. El consejo pedagógico caracterizó perfectamente al alumno del octavo año Ulianov: "Estudia con afán todas las materias, particularmente las lenguas antiguas." En diez de las materias del programa, Ulianov obtuvo calificación de muy bien y solamente en lógica sacó bien. ¿No sería porque Hegel, su futuro maestro, llamara a la lógica escolar *dies tote Gebein*, "ese miembro muerto" y comparaba con desprecio los silogismos a un juego de paciencia para niños? ¿O sería que la lógica del futuro revolucionario había comenzado ya a desviarse un poco de la lógica oficial? A pesar de la reprensión que acaba de recibir de San Petersburgo por haber otorgado la medalla de oro y el diploma más elogioso al futuro criminal de estado Alejandro Ulianov, el Consejo pedagógico no pudo negar la medalla de oro al hermano menor; en los últimos exámenes, Vladímir obtuvo en todas las materias la nota más alta. Al dejar el liceo, tenía diecisiete años y dos meses.

En los *zemstsvos* y en la prensa de la época se elevaban quejas contra los estudios clásicos que "daban al país hombres de pecho débil, nerviosos, con la columna dorsal deformada y espíritu apocado". No era de sorprender; todo el sistema tenía por objeto deformar los espíritus y las espinas dorsales. No obstante, Vladímir Ulianov salió del liceo sano y salvo; aunque el "barrilito" adelgazó bastante, tenía el tórax bien desarrollado, los nervios en buen estado, el espíritu, como la columna vertebral, sólido y recto. Sin embargo, no se habría podido decir de aquel adolescente que fuera hermoso; tenía un cutis grisáceo, ojos oblicuos de mongol, pómulos salientes, rasgos fuertes y sin embargo mal definidos, y cabellos rojizos sobre un cráneo sólido. Pero los pequeños ojos cafés bri-

llaban de perspicacia y audacia bajo las cejas oscuras y el juego de la fisonomía reflejaba fielmente la música de las fuerzas interiores. En un grupo de alumnos del liceo retratados rígidamente, Vladímir no podía llamar la atención en forma alguna. En cambio, en una conversación animada, en las diversiones y sobre todo en el trabajo, inevitablemente se encontraba en el primer lugar, con gran ventaja.

La apreciación oficial de Kerenski, director del liceo, sobre Vladímir Ulianov, vale la pena de ser reproducida íntegramente: "Muy bien dotado, siempre aplicado y cuidadoso, Ulianov ha estado siempre a la cabeza de su grupo y, al final de los estudios, se le ha recompensado con la medalla de oro, a la que se hizo acreedor por sus éxitos, su desenvolvimiento y su conducta. Ni en el liceo ni en el exterior se ha tenido una sola queja contra Ulianov, ya que ni de palabra ni de obra suscitó nunca un juicio desfavorable por parte de los jefes y profesores del liceo. La instrucción y el desarrollo moral de Ulianov siempre fueron atentamente vigilados por sus padres y a partir de 1886, después de la muerte del padre, sólo por la madre, que consagró todos sus cuidados a la educación de sus hijos. Esta educación se basó en la religión y en una disciplina razonable. Los felices frutos de la educación familiar se advirtieron en la excelente conducta de Ulianov. Observando de cerca el género de vida familiar y el carácter de Ulianov, no he podido dejar de advertir en él una reserva excesiva y un aire distante, aun ante personas bien conocidas y, fuera del liceo, ante camaradas que eran el honor de sus escuelas; en general, era muy reservado. La madre de Ulianov no tiene la intención de perder de vista a su hijo durante sus estudios en la

universidad." El propio Kerenski, a juzgar por sus informes anuales, fundaba la educación "en el desarrollo de los sentimientos religiosos, la deferencia a las personas mayores, la sumisión a las autoridades y el respeto a la propiedad ajena". A la luz de estos principios irreprochables, no es fácil creer que los envidiables informes que había dado sobre Ulianov se refirieran precisamente a quien más tarde debería abolir la religión, destruir las autoridades y la propiedad. La verdad es que el director del gimnasio era un amigo íntimo de la familia Ulianov y, según dice Yelisarova, con su informe favorable deseaba ayudar a Vladímir a vencer las dificultades que lo amenazaban en su carrera a causa de los antecedentes de su hermano mayor. Pero cualesquiera que hayan sido los motivos de Kerenski, nunca se hubiera atrevido, ante la mirada de todo el Consejo pedagógico, a conceder a su alumno un informe tan favorable de no estar seguro de que correspondía a la realidad. El honorable director actuaba con tal seguridad, precisamente porque su amistad con los Ulianov, que no había sido fortuita, le había permitido completar las observaciones hechas sobre Vladímir en la escuela.

La indicación de que la base de la educación familiar residía en "la religión y una disciplina razonable" queda confirmada por Yelisarova en los términos siguientes: "Ilia Nicolaievitch era un creyente profundamente sincero, y educó a sus hijos con este espíritu", exigiendo de ellos, al mismo tiempo "una subordinación, llevada hasta la pedantería". Hasta los dieciséis años, Vladímir fue creyente. Y, de acuerdo con las condiciones propias del desarrollo de la opinión rusa, así como por los rasgos distintivos de su carácter entero, si conservaba sus con-

vicciones religiosas, no podía alimentar al mismo tiempo ideas destructoras en el terreno de la política. Hay que aceptar este hecho tal como es, a pesar de lo que piensen los exégetas de la revolución: el núcleo de la personalidad de Vladímir, mientras se empapaba de los jugos vitales, se disimuló durante cierto tiempo, bajo la coraza protectora de la tradición. Vladímir había aprendido a poner freno a su mordacidad natural, cuando era necesario, sobre todo, después de su aventura con el "francés". No buscaba las aventuras, ni gustaba de armar ruido sin motivo. Sin renunciar a su individualidad, sabía adaptarse al régimen del liceo, oponiéndole su resistencia moral, su ingenio y su buen humor.

Es cierto que cerca de un año antes, Vladímir había vuelto la espalda a la religión, iniciando así su revisión general de todas las concepciones tradicionales. Pero este proceso aún se realizaba oscuramente. Vladímir apenas comenzaba a ser una personalidad "dotada de pensamiento crítico". Y, al mismo tiempo, la prudencia adquirida por su experiencia de diecisiete años le enseñó a disimular el cambio que se había operado en él, ante el maestro que lo observaba de cerca. Por lo tanto, no hay razón alguna para reprochar al digno director el haber alterado en nada, en nombre de su amistad personal, sus sentimientos de súbdito leal.

Pueden surgir algunas dudas, no a causa de los pasajes elogiosos, sino justamente a causa de la crítica que se desprende de este informe. Un estado de depresión pasajera, provocado por las desgracias familiares, no bastaba para considerar al joven bromista y hablantín dentro de la categoría de los seres ensimismados e inabordables. Sólo podemos suponer que Kerenski padre era tan mal

psicólogo como lo fue después su hijo si, bajo el adjetivo preciso de "timidez" no se ocultaba alguna otra característica que hubiera notado el director, pero que no hubiera comprendido bien y a la que no hubiera podido dar un nombre adecuado. Por otro lado, el problema no era de los más fáciles. Detrás de la compostura y el espíritu disciplinado de Vladímir, se presentía una especie de elemento psíquico insólito. También se notaba lo mismo en sus relaciones con los jóvenes de su edad. Todo parecía ir bien y, sin embargo, las cosas no eran totalmente normales. Vladímir compartía ampliamente sus conocimientos con sus compañeros, y enseñó con éxito el latín a su hermana mayor. Durante dos años trabajó sin cobrar con un profesor tchuvaco a fin de prepararlo para los exámenes secundarios. Redactaba con gusto disertaciones para los demás, esforzándose por adaptarse a su estilo. Pero nunca llevaba a nadie a su casa. Vladímir Ulianov estaba separado de los jóvenes de su edad, aun de quienes eran "el honor de la escuela", por una especie de muro invisible que excluía toda intimidad y familiaridad. Tenía excelentes relaciones con muchas personas, pero no era amigo de nadie. "Mi hermano —escribe Yelisarova— se burlaba frecuentemente de sus compañeros y aun de los maestros." Hay que considerar que las bromas tocaban en vivo y no siempre dejaban de herir el amor propio de los demás; pero, lo que es aún más grave, abrían una separación entre bromista y víctima. "Nunca tuvo grandes amigos, ni siquiera después de salir del liceo", escribe Yelisarova. La jactancia y la arrogancia fueron absolutamente extrañas al niño y después al adolescente; las dimensiones mismas de su personalidad excluían desde el principio tales defectos. Pero la enorme supe-

rioridad personal del futuro pescador de hombres le impedía establecer relaciones que exigieran, si no igualdad, por lo menos cierta paridad. A pesar de su sociabilidad, Vladímir estuvo siempre al margen. Hasta donde pudo comprenderlo, el director presintió esta característica que después valdría a su alumno tantos reproches e injurias, hasta que terminó por imponerse. Quizá lo más acertado sea ver en esto una manifestación del genio. Vladímir Ulianov, en el liceo, fue el embrión de Lenin.

Por lo que se refiere a la intención de la madre de "no dejar partir solo a Vladímir", Kerenski no hablaba a la ligera. El director del departamento de policía, durante las interminables visitas de María Alejandrovna en favor de Alejandro, le dio el consejo de poner a su hijo menor lo más lejos posible del foco de contagio de la capital, en una de las universidades más tranquilas de la provincia. Por lo tanto, se decidió que Vladímir estudiara en Kazán. María Alejandrovna decidió instalarse allí con toda su familia; pensaba que, bajo su vigilancia, Vladímir no se dejaría arrastrar tan fácilmente hacia un camino funesto. Y además, ya era intolerable permanecer en Simbirsk: todo recordaba allí un pasado reciente. Los amigos de ayer, con su cobarde hostilidad, expulsaron, en cierta manera, de su viejo nido, a la familia. María Alejandrovna se apresuró a vender la casa y, algunas semanas después, se puso en camino con los hijos que aún le quedaban para reunirse con Vladímir en Kazán. En su nuevo hogar, la familia se encontró de nuevo aislada, como durante el primer periodo de su vida en Simbirsk, y además, ahora, bajo la negra nube de la desgracia. La ciudad, que contaba cerca de cien mil habitantes, llamada "la capital del Volga" conservaba, pese a su universidad, el

carácter de una provincia muy atrasada. Las ideas y las esperanzas que agitaran a la sociedad cultivada veinte años antes, se habían marchitado y deshojado. "El tedio que corroe la vida de Kazán —escribe un periodista en una revista de la época— ha penetrado e ntodas partes y ha infundido a las instituciones públicas de la ciudad, a la Duma y a los *zemstsvos* una especie de apatía." Fundada a principios del siglo XIX, la Universidad de Kazán tuvo una historia dramática. Cuando la Santa Alianza desplegó sobre Europa sus negras alas, la ciencia universitaria en Rusia, por atrasada que se encontrara, cayó bajo las sospechas de los "beatos" de la corte. El inspector general Magnitski descubrió con horror que los profesores de Kazán deducían el derecho natural de la razón y no del Evangelio, y propuso cerrar la universidad y derribar el edificio. Alejandro I persiguió el mismo objetivo, pero de otra manera: nombró rector de la universidad al inspector general. Magnitski estableció, para todas las ciencias, reglamentos muy severos, redactados por un sargento y completados por un monje ebrio. A partir de entonces, las parábolas se desarrollaban en nombre de la Santísima Trinidad y las reacciones químicas se producían con la aprobación del Espíritu Santo. Reducida durante mucho tiempo a un estado de humillación completa, la universidad conoció después cierta renovación, durante el rectorado, que duró veinte años, del célebre Lobatchevski, creador de una geometría no euclidiana llamada "hipotética". Ulianov padre había sido discípulo de Lobatchevski, pero, a decir verdad, durante los años en que se produjo una nueva decadencia en las universidades rusas, provocada por el terror que experimentó Nicolás I ante la revolución de 1848. Cuando enseñaba en

Penza, Ilia Nicolaievitch, por recomendación de Lobatchevski, dirigió durante varios años la estación meteorológica, laboriosamente y con bastante éxito. Vladímir ingresó en la universidad de Kazán treinta y siete años después que su padre, pero no en la facultad de ciencias, sino en la de derecho. El director del liceo de Simbirsk se sintió ofendido por esta elección, pues esperaba que su mejor alumno estudiara para filólogo. Pero la carrera de la enseñanza reducía poco a Vladímir; él deseaba ser abogado. Podría decirse que el medio estudiantil de Kazán era más democrático que el de otras universidades. Pero la vida de los centros de enseñanza superior se encontraba en esos días poseída por el pánico, pues apenas habían pasado tres meses desde la ejecución de Alejandro Ulianov y sus camaradas. El gobierno, que disponía de una policía poderosa y de un millón de soldados, no dejaba de temer a los estudiantes, cuyo número apenas llegaba a quince mil. El estatuto de 1884 entró entonces totalmente en vigor. Los profesores liberales fueron cesados, los inofensivos grupos regionales, disueltos, los estudiantes sospechosos, expulsados y los que quedaban se vieron obligados a llevar un uniforme detestado. El ministro de instrucción pública, conde Delianov, pérfida nulidad, prohibió mediante una circular especial, la admisión a los liceos de los "hijos de cocineras". Leónidas Krasin, de la misma edad de Lenin y que posteriormente militó en sus filas, cuenta en sus recuerdos: "Durante el otoño de 1887, cuando fui por primera vez a San Petersburgo para presentar mis exámenes en el instituto tecnológico, la capital padecía la más sombría de las reacciones." En Kazán, en todo caso, no era mejor la situación.

No obstante, el medio estudiantil encontró, en sí

mismo, fuerzas para rebelarse. Las primeras voces de protesta habían sonado dentro de los muros de la universidad de San Petersburgo en la primavera, cuando el rector Andreievski pronunció, en relación con la conjuración de Ulianov y de sus camaradas, una arenga cuyo espíritu caracterizaba muy bien a los héroes de la cátedra profesional, con sus patéticas expresiones: "¿Por qué estos desgraciados se han hecho abrir las puertas de nuestra universidad? Han entrado en nuestra privilegiada familia universitaria para deshonrarla...", etc. Al día siguiente, una proclama de la Unión de agrupaciones regionales declaró deshonrada a una universidad que "había caído servilmente detrás de su rector, a los pies del despotismo"... La ejecución de cinco estudiantes había llenado a la universidad de horror. Las vacaciones atenuaron en parte este estado de ánimo. Pero, a partir del otoño, los estudiantes se sintieron oprimidos por el medio. La atmósfera, en los anfiteatros y en los corredores, se hizo pesada. En noviembre se levantó una oleada de "desórdenes". Iniciada en Moscú, llegó en diciembre hasta el Volga.

Los estudiantes de la Universidad de Kazán se reunieron por propia iniciativa en una asamblea el 4 de diciembre, hicieron llamar al inspector, tumultuosamente le presentaron sus reclamaciones, y se negaron a dispersarse. El inspector notó, en las primeras filas, a un joven estudiante que, a la salida, mostró su tarjeta de inscripción con el nombre de Ulianov. Esa misma noche fue detenido en su alojamiento. ¿Se había señalado por su conducta en la protesta o se le había incluido en la lista de cuarenta estudiantes aprehendidos a causa de la mala reputación de su nombre? No es fácil responder a esta pregunta. En todo caso, la fun-

ción de dirigente no podía estar en manos de un novicio; los organizadores de los desórdenes siempre eran estudiantes de los cursos superiores, más experimentados, que actuaban de acuerdo y tenían ligas con otros centros universitarios. No obstante, los documentos oficiales de la época tratan de explicar en otra forma la conducta del joven estudiante. El rector de la academia dice en su informe que, según el inspector, Vladímir Ulianov, durante su corta estancia en la universidad, ya se había distinguido "por su disimulo, su descuido y hasta su descortesía". Dos días antes de la asamblea, según ese informe, había llamado la atención de los vigilantes, ya que conversaba en el fumador con "los estudiantes más sospechosos", salía y volvía a entrar, llevaba diferentes objetos; el 4 de diciembre se reunió en la sala de fiestas con el primer grupo, y se precipitó por los corredores gritando y "haciendo grandes gestos, como para incitar a los demás a hacer lo mismo". En todo este pintoresco bosquejo hay un hecho que se destaca con claridad: desde el primer momento de su estancia en la universidad, Vladímir quedó bajo la lupa vigilante de la policía, que inmediatamente descubrió en él tres vicios: "Disimulo, descuido y hasta descortesía." Se puede perfectamente creer en un testimonio impreso según el cual Lenin, como él mismo explicó más tarde, "no había desempeñado ninguna función importante en los desórdenes". Pero el inspector no se había equivocado cuando, al dirigir sobre Ulianov su lente de aumento, lo encontró "en el grupo que encabezaba el movimiento". Y quizá el ojo experimentado del policía haya sabido descubrir un odio ardiente en la mirada de este adolescente que llevaba un nombre marcado. "Tomando en cuenta las circunstancias excepcionales

en que se encuentra la familia Ulianov —agrega el rector de la academia en su informe—, esta actitud de Ulianov en la Asamblea ha dado motivos a los inspectores para juzgarlo capaz de manifestaciones ilegales y criminales de todo género." Por lo tanto, la detención había sido solamente de carácter preventivo. En el hecho de que Ulianov, al salir de la reunión haya entregado al inspector su credencial de estudiante, Yelisarova y otros ven un nuevo acto de desafío. En realidad, no se ha esclarecido la significación de este gesto. Es posible que estudiantes más experimentados lograran evitar la presentación de sus credenciales y que Ulianov haya sido tomado de improviso. Pero tampoco es imposible que, en un estado de extrema excitación, haya puesto bajo la nariz del inspector, como tarjeta de visita de un protestante, su credencial. El comisario de policía que llevó a Ulianov a la comisaría trató de hacerlo hablar durante el camino: "¿Por qué te rebelas, joven? Tienes ante ti una muralla..." "Es cierto que hay una muralla, pero cuarteada, y no tardará en derrumbarse", replicó rápidamente el detenido. Esta respuesta inmediata era demasiado optimista. Un solo empujón a la muralla no era bastante; pero el rebelde no tenía más que diecisiete años. Con el tiempo, aprendió a considerar los problemas de una manera más realista. Después de varios días de detención, Vladímir fue expulsado de la universidad, donde no había pasado siquiera cuatro meses, y expulsado también de Kazán. Así, seis meses después de la ejecución de Alejandro, un nuevo golpe cayó sobre la familia, aunque menos trágico, pero siempre penoso: la carrera del hijo menor parecía truncada.

Apenas en la primavera anterior el director del liceo había declarado solemnemente: "Nunca se ha

dado el caso de que Vladímir Ulianov, de palabra o de obra, haya suscitado un juicio desfavorable". Y no obstante, aún no se cubrían de nieve las calles de Kazán cuando Ulianov intentaba ya socavar las bases de la sociedad: se escondía en el fumador, conversaba con estudiantes sospechosos, gesticulaba y exhortaba a los demás a actuar. ¿Fue tan brusco el cambio, o es que tanto las notas de las autoridades del liceo como las de la universidad daban del joven una imagen absolutamente alejada de la realidad? Cierto que tenían algunas deformaciones, pero eso no es lo esencial. En el curso de los meses transcurridos Vladímir había conocido el más profundo trastorno íntimo de su vida: el zar había hecho ahorcar a su hermano.

IX. EL PADRE Y LOS DOS HIJOS

ACTUALMENTE, es casi regla en la literatura soviética presentar la tendencia revolucionaria de los hermanos Ulianov como resultado de la influencia de su padre. Esta leyenda tiene el siguiente mecanismo: cualquiera que en el pasado haya tenido relaciones con la familia del director de escuelas primarias, ha considerado su deber, en los últimos años, exponer ante la prensa, en retrospectiva, sus ideas sobre el carácter revolucionario de la familia. Así como en la literatura cristiana no sólo los santos, sino también sus antecesores, son adornados con atributos de la mayor piedad, así los evangelistas moscovita-bizantinos de los últimos tiempos consideran imposible ver en el padre de Lenin otra cosa que lo que fue en realidad: un funcionario dedicado totalmente a la instrucción pública. ¿Y por qué? Nadie pide que el padre de un poeta haya tenido dones poéticos, y ni el padre de un revolucionario está obligado a ser un conspirador. Ya es bastante que los padres no impidan a los hijos el desarrollo de sus dotes naturales. Por lo general, el biógrafo no debe exigir nada a los padres. Debe representarlos tal como fueron. ¿Qué enseñanzas pueden derivarse de una biografía si peca por la base en lo que se refiere a los hechos? "Ilia Nicolaievitch consideraba con gran simpatía el movimiento revolucionario"; "la casa de los Ulianov en la calle Moscú era una especie de club político; en los debates sobre temas revolucionarios, Alejandro era quien daba el tono"; "pero también Vladímir (¿cómo podría ser de otra manera?) participaba

con frecuencia en las discusiones, y con gran éxito". Un escritor tan autorizado como el difunto Lunatcharski declara que Ilia Nicolaievitch "simpatizaba con los revolucionarios y educaba a sus hijos en el espíritu de la revolución". Un paso más y encontraremos que Lenin "se encontraba ligado, a través de su padre y de su hermano con la revolución anterior, la *Narodnaia Volia*". Con asombro nos enteramos por la hermana menor, M. Ulianova, de que Ilia Nicolaievitch "había formado las listas de profesores de primaria, con el espíritu de los años 60 y 70". Queda fuera de duda que la enseñanza que difundía contribuyó a extender las ideas progresistas. Pero en la historia del pensamiento social ruso se tiene la costumbre de entender que esto se refiere a las ideas del populismo revolucionario, a saber, la ruptura con la Iglesia, el reconocimiento de las doctrinas del materialismo y la guerra implacable contra las clases explotadoras y contra el zarismo. No podría siquiera pensarse en una educación de este tipo en las escuelas primarias oficiales, ni siquiera si el organizador en persona profesara "las mejores ideas de los años 70". Además, no las profesaba en forma alguna. Por su misma naturaleza, Ilia Nicolaievitch se consagraba con todo su celo a la instrucción, lo que no excluía su fe en la eucaristía. Esto no puede explicarse por vagas referencias a la "época": los espíritus avanzados, no solamente de los años 60, sino también de los años 40, eran ateos y socialistas utópicos. Ilia Nicolaievitch no se relacionaba con ellos, ni por el carácter de su actividad, ni por su manera de pensar. Basta hacer notar que desde el principio de sus funciones como inspector, tuvo mucho cuidado en llamar la atención de sus superiores sobre la falta de celo de los sacerdotes en la enseñanza del

catecismo. Los maestros que pasaron por los cursos de Ulianov, según testimonios dignos de toda fe, fueron los mejores de la provincia; pero no desempeñaron ningún papel en la historia del movimiento revolucionario. Las ideas de Ilia Nicolaievitch y de sus discípulos eran muy distintas de las ideas revolucionarias de Tchernichewsky, de Bakunin y de Yeliabov; en cambio se relacionaban con las ideas moderadamente liberales de los pedagogos difusores de la cultura, como Pirogov, Uchinsky y el barón Korf. Sin embargo, en esos años, se encontraban también entre las filas de los maestros algunos revolucionarios, y en los primeros años de su labor como profesor Ilia Nicolaievitch tuvo estrechas relaciones de trabajo con algunos de ellos. Pero ninguno de estos revolucionarios conservó su puesto: todos fueron excluidos de la enseñanza. Lo mismo sucedió con uno de los profesores del Instituto noble de Penza, que, en la ceremonia anual de 1860, se permitió pronunciar un discurso de oposición. Ilia Nicolaievitch nunca padeció estas "divagaciones". Ya en el año de 1859 recibió "por sus excelentes servicios y su celo" ciento cincuenta rublos de gratificación. Un senador, encargado de realizar una encuesta, lo mencionó poco después, como un hombre que "cumplía celosamente con sus funciones". Tres años después, un nuevo inspector, altamente calificado, que expresó una opinión desfavorable sobre varios otros maestros, elogió a Ulianov. Al año siguiente, en 1863 cuando, a causa de la insurrección polaca, el general edecán Ogarov buscó, entre los maestros de las provincias del Volga, ligas con la sedición, llegó a la conclusión de que "el espíritu de negación e incredulidad", se albergaba en la Universidad de Kazán; pero Ilia Nicolaievitch, aunque alumno

del *Alma Mater* contaminada, quedó, como anteriormente, limpio de toda culpa. Otros tres años después, en el asunto de Karakozov se vio envuelto uno de los antiguos colegas y amigo de Ulianov. Pero en cuanto a él, no fue objeto de la menor sospecha; su mentalidad religiosa garantizaba, con justicia, a los ojos de las autoridades, una sólida barrera entre él y el mundo de los sediciosos. Así, desde los principios de su actividad, durante su juventud y en sus años de soltería, Ilia Nicolaievitch siempre se mantuvo dentro de los límites de sus funciones de pedagogo. En ninguna parte ni en ningún aspecto se mostró inclinado a la senda prohibida.

El establecimiento de una oficina de inspectores de las escuelas primarias fue, en sí, una medida causada por la reacción burocrática, dirigida contra la autonomía de los *zemstsvos* en materia de instrucción. Un pedagogo sobre cuya moralidad política recayera la más ligera sospecha en ningún caso hubiera podido ser nombrado para un puesto de alta confianza. Al relatar la historia de la lucha gubernamental contra los *zemstsvos*, Lenin, en un artículo publicado en 1901, subraya particularmente dos fechas: 1869 y 1874, cuando la burocracia redujo las administraciones locales autónomas y se adjudicó definitivamente la administración de la instrucción popular. Estas dos fechas no sólo tienen un interés histórico, sino también biográfico: en 1869, el padre de Lenin fue nombrado inspector, y en 1874, director de las escuelas primarias. Ilia Nicolaievitch, bien visto en el ministerio, ascendió regularmente por el escalafón jerárquico; con el tiempo recibió el título de "Excelencia" y la condecoración de San Vladimiro, acompañada de un ennoblecimiento hereditario. No, este *curriculum vitae* no tiene nin-

gún punto de semejanza con la carrera de un revolucionario, ni siquiera con la de un pacífico ciudadano de la oposición. Podemos creer a la hija mayor cuando dice que "su padre no fue jamás revolucionario". Si Yelisarova, obligada como todos los demás a aportar su tributo a la leyenda oficial, escribe en sus ensayos más recientes que, en sus convicciones, Ilia Nicolaievitch era un "populista", esta denominación debe tomarse en su sentido más amplio; las tendencias populistas no sólo se manifestaban en la ideología de los liberales, sino también en la de los ultraconservadores. Bajo la influencia de la fuerza adquirida por la lucha revolucionaria en la segunda mitad de los 70, Ilia Nicolaievitch, como la mayoría de los liberales, no se inclinó hacia la izquierda, sino hacia la derecha en sus opiniones ya de por sí bastante moderadas. A los hijos mayores les regaló una colección de las poesías de Nekrassov, y Sacha se embriagó con aquellas estrofas, quemantes como la ortiga, de poesía plebeya. Pero, tres o cuatro años después, cuando Vladímir llegaba a la adolescencia, el padre, lejos de empujar a los menores, se esforzaba por retener a los mayores. Pronto se encerró definitivamente en su coraza de personaje oficial. Cuando una sobrina se quejó ante él, con indignación, del injusto cese de una profesora de primaria, cuya actividad no había tenido nada de antigubernamental, Ilia Nicolaievitch escuchó sin pronunciar palabra "concentrado en sí mismo y con la cabeza baja". A las preguntas de su hija de catorce años, opuso el silencio. Este episodio, tomado de su vida, esclarece la figura del padre y todo el ambiente familiar. En cuanto a los debates revolucionarios en los "que Alejandro daba el tono" resultan inconcebibles. "Nuestro padre, que jamás

fue un revolucionario", continúa Yelisarova, "que tenía ya más de cuarenta años y estaba cargado de familia, deseaba, en esa época, protegernos a los jóvenes". Con estas sencillas palabras se pone término de una vez por todas a la leyenda de la influencia revolucionaria del padre. Pero justamente, los testimonios irrefutables de la hija mayor son los que con más frecuencia se dejan a un lado.

Julio Cederbaum, el futuro Martov, cuenta que, en 1887, uno de los abogados jóvenes llevó clandestinamente a casa de su padre la requisitoria de la acusación en el asunto Lopatin y que él, chico de catorce años, conteniendo la respiración y con todas las fuerzas de su entendimiento, escuchó por la noche la lectura de los informes del procurador sobre los atentados, las evasiones y las rebeliones a mano armada. La familia de Cederbaum era una pacífica familia liberal, no ligada en forma alguna con los círculos revolucionarios. No obstante, la lectura de un documento secreto de ese tipo, sobre un asunto de terrorismo hubiera sido absolutamente inconcebible en casa de Su Excelencia el consejero de estado Ulianov. Si durante los primeros años de sus funciones en Simbirsk, Ilia Nicolaievitch, en calidad de extranjero en el medio y de "liberal", se encontró aislado en el pequeño mundo de los dirigentes de la provincia, terminó por ser, según la opinión general, "una personalidad muy popular, querido y respetado en la ciudad"; es decir, que había hecho amistades entre la burocracia. No por casualidad el director del gimnasio, Kerenski, conservador firme, que fundaba su método pedagógico sobre "el santo Evangelio y el culto divino" sintió tan gran simpatía por la familia Ulianov. En lo que respecta a los últimos años de la vida de Ilia Nicolaievitch, que transcurrieron

bajo el reinado de Alejandro III, es posible que las opiniones de Delarov, antiguo diputado por Simbirsk a la II Duma del Imperio, sean las que más se acerquen a la verdad: "I. N. Ulianov era un hombre de ideas conservadoras, pero ni retrógrado ni conservador a la antigua; tenía sus objetivos especiales en la vida... celo en servir para el bien del pueblo."

Si se habla de la influencia ejercida por Ilia Nicolaievitch sobre la elección de la carrera de sus hijos, dicha influencia solamente se ejerció, durante algún tiempo, sobre la hija mayor: su primer deseo consciente fue estudiar para maestra, y durante cerca de dos años antes de partir hacia la escuela superior, trabajó en una escuela primaria. Pero precisamente en esta hermana mayor fue en quien Alejandro no encontró preocupaciones revolucionarias. En cuanto a los hijos, durante los años que estudiaron en el liceo, bajo la influencia directa de su padre, ni Alejandro ni Vladímir se adhirieron a ninguno de los círculos clandestinos donde, mediante la lectura de libros tendenciosos, se formaron los futuros revolucionarios. Es muy probable que nadie tratara de arrastrar a una senda prohibida a los hijos de un alto funcionario, que siempre eran los mejores alumnos de su clase y observaban una impecable conducta en la escuela. Pero había otra causa más profunda. En la familia de un propietario esclavista, de un funcionario corrompido o de un sacerdote rapaz, los hijos, en el momento en que se vieran arrastrados por las corrientes nuevas, debían romper rápida y brutalmente con sus padres, para buscar otro ambiente, lejos de su familia. Pero los hijos de Ulianov siempre encontraron respuesta a sus necesidades espirituales en la casa paterna. Además, inclinados por su naturaleza a

tomarlo todo en serio, debían considerar con desconfianza la solución que ofrecían, muy a la ligera, para los grandes problemas, los jóvenes de su generación que con frecuencia fracasaban en sus estudios. No obstante, el conflicto entre las dos generaciones se presentó también en esta familia: los hijos llegaron a meditar y a formular conclusiones ante las cuales vacilaban los padres. El conflicto inevitable con sus hijos en el terreno político sólo le fue evitado a Ilia Nicolaievitch por su muerte prematura.

"¿Quién no conoce —escribió Lenin, once años después de la muerte de su padre— la facilidad con que en la santa Rusia se realiza la transformación de un intelectual radical o un intelectual socialista, en funcionario del gobierno imperial, que se consuela pensando que es de 'utilidad' dentro de los límites de la rutina oficinesca, y que justifica con esta 'utilidad' su apatía política, y su servilismo ante el gobierno del *knut* y del látigo?" Sería injusto aplicar sin reservas estas duras palabras a Ilia Nicolaievitch Ulianov, aunque sólo sea porque en su juventud nunca fue socialista ni radical en el verdadero sentido de la palabra. Pero es indudable que durante toda su vida fue un funcionario sometido a la autocracia. Los admiradores exagerados que, a causa del hijo, se esfuerzan por dar un nuevo cariz a la fisonomía política del padre, manifiestan un exceso de veneración a los lazos sanguíneos de Lenin y una falta de respeto a sus verdaderas ideas.

La opinión generalmente admitida, según la cual Vladímir recibió sus primeros impulsos revolucionarios de su hermano terrorista, parece tan absolutamente verificada por todas las circunstancias de su vida que no resulta necesario demostrarla.

Pero, en realidad, esta hipótesis también es falsa. Alejandro no introdujo a ninguno de los miembros de su familia en su mundo íntimo y a Vladímir menos que a nadie. Según dice Yelisarova, "Eran individualidades muy brillantes, cada una en su género, pero absolutamente distintas". Un paralelo entre los dos hermanos se impone aquí para el curso de nuestra narración, aunque corramos el riesgo de anticiparnos en la evolución del hermano menor. Un publicista radical, Vodovosov, que había conocido a Alejandro en San Petersburgo y que después frecuentó a los Ulianov en Samara, escribió muchos años después, cuando ya había emigrado, por ser contrario a los *soviets*, que la familia Ulianov, "de una especial simpatía", tenía "dos tipos diferentes, bien separados": uno, representado perfectamente por Alejandro, era de rostro ovalado y pálido, con ojos meditabundos y penetrantes, que cautivaba por su frescura juvenil y su espiritualidad; el otro, detestable para Vodovosov, encontraba su representación completa en Vladímir: "Todo el rostro se distinguía por una mezcla de espiritualidad y grosería, diría casi de animalidad. Sorprendía aquella frente inteligente, pero huidiza, hacia atrás; la nariz era carnosa; Vladímir Ilitch estaba ya casi completamente calvo a los 21 o 22 años de edad". Este contraste, inspirado visiblemente en las imágenes de Ormuz y Arimán, no era propiedad exclusiva de Vodovosov. Kerenski hijo, quien, por otra parte, no conoció personalmente a ninguno de los dos hermanos, pues sólo tenía seis años cuando Vladímir terminó sus estudios en el liceo, los llama "los antípodas morales". "Al encanto brillante" de Alejandro se opone, según él, "el insuperable cinismo de Vladímir". Poco más o menos los mismos tonos emplea, entre otros, Chirikov, escri-

tor de Simbirsk: la simpatía sincera o ficticia hacia el hermano mayor aumentaba la aversión hacia el menor. Pero este contraste no es pura invención: no es difícil descubrir el reflejo, deformado ciertamente por el odio, de un verdadero contraste.

"La diferencia natural de los dos hermanos —escribe Yelisarova— apareció desde la infancia, y nunca hubo intimidad entre ellos." Vladímir sentía por Alejandro "un respeto sin límites", pero seguramente no gozaba de las simpatías de Sacha. (Yelisarova se expresa bastante discretamente en este punto: "Entre los menores, la que disfrutaba de la mayor simpatía de Sacha era Olga".) Basándose en antiguas narraciones fragmentarias de su marido, apenas recordadas, la Krupskaia trata de esclarecer en algunas líneas las relaciones de los dos hermanos en su juventud: "Tenían muchos gustos en común: tanto uno como otro sentían frecuentemente la necesidad de estar solos durante mucho tiempo... dormían generalmente juntos... y cuando alguno de los numerosos chicos que los rodeaban iba a verlos a su cuarto, los muchachos le decían: 'Háganos el favor de irse'." Esta "frase favorita" mencionada por la Krupskaia demuestra claramente que ella no comprendió bien el carácter de Alejandro ni las relaciones entre los hermanos. "Háganos el favor de irse", podía ser una expresión utilizada por Volodia. Pero Alejandro, que no toleraba las expresiones sarcásticas, no hubiera podido más que hacer un mohín de disgusto.

Tanto en la fisonomía como en el carácter, Alejandro se parecía a su madre. En el rostro y en la psicología de Vladímir predominaban los rasgos del padre. Aunque muy importante para el fondo, este contraste es demasiado elemental para dilucidar la cuestión. El valor y la virilidad —en ruso esta pa-

labra se reserva exclusivamente al sexo masculino— eran rasgos característicos de María Alejandrovna. Pero era el valor de una madre que se da, toda entera y hasta el límite, a la familia y a sus hijos. Y la virilidad de Alejandro fue ante todo, el valor de ir hacia el sacrificio. El autoritarismo, la irascibilidad, el sarcasmo, el lenguaje hiriente, la calvicie precoz y la muerte prematura fueron rasgos que Vladímir heredó de Ilia Nicolaievitch. Pero si el mayor no era un doble de la madre, el menor tampoco era una réplica del padre. Cada uno de ellos recibió de sus padres y, a través de su sangre, de sus antepasados más lejanos, ciertos cromosomas que produjeron estos dos seres humanos, excepcionales, pero completamente diferentes.

Es indiscutible que los hermanos tenían algunos rasgos en común: grandes aptitudes, aunque distintas, amor al trabajo, capacidad de entregarse totalmente a la acción y un espíritu de economía asombroso en hombres jóvenes. Finalmente, *last but not least,* ambos fueron revolucionarios. Los autores de tendencia reaccionaria no se cansan de representar a los revolucionarios rusos como ignorantes y desprovistos de todo talento. En el fondo, Turgueniev, lo mismo que Gontcharov, no están lejos de compartir la misma opinión. Sin embargo no fueron en forma alguna los atrasados quienes determinaron la fisonomía general de las filas revolucionarias. Los hermanos Ulianov —tanto Alejandro como Vladímir— como antes que ellos los dirigentes decembristas, los grupos de educadores, los *narodniki* o populistas, los miembros de la *Narodnaia Volia,* representaban la flor y nata de la intelectualidad rusa.

"En toda mi vida, que es ya bastante larga —escribe Vodovosov— apenas puedo contar unas cuan-

tas personas que me hayan producido una impresión tan encantadora, en el sentido completo de la palabra, como Alejandro Ilitch Ulianov." Los que conocieron al hermano mayor están de acuerdo en reconocer la seductora armonía de su naturaleza, exenta de "la menor pose o afectación", de su franqueza orgánica y de su delicadeza ante la personalidad de los demás, aun en los más pequeños detalles. No es difícil pensar que en las relaciones personales, Alejandro poseía una seducción infinitamente superior a la de Vladímir. Es cierto que, en cuanto a estar exento de falsedad y de pose, y en su desprecio por las apariencias, Vladímir no se quedaba atrás. Lo mismo puede decirse de su entereza de carácter; solamente su naturaleza era completamente diferente y no se inclinaba hacia las relaciones personales. Cada uno de los hermanos estaba hecho de una sola pieza, pero los elementos eran diferentes. Y cuando Lunatcharsky afirma con benevolencia que "Alejandro en cuanto a genialidad, no se quedaba atrás de Vladímir", no podemos dejar de pensar que esa gente mide la genialidad con una medida muy estrecha. Ciertamente, ese epíteto enfático aplicado a Alejandro no es en realidad más que un reflejo retrospectivo de la figura histórica de Vladímir.

El mayor, desde sus años de liceo, leía a Dostievski con placer y emoción, pues la investigación psicológica atormentada de su obra respondía al mundo interior de aquel muchacho concentrado y profundamente sensible, herido ya por la realidad del medio ambiente. Para Vladímir, el autor de *Crimen y castigo* fue siempre un extraño, aun en sus años de madurez. En cambio, releía ávidamente a Turgueniev, a quien Dostoievski detestaba, y después a Tolstoi, el más vigoroso de los realistas

rusos. En la antítesis de Tolstoi y de Dostoievski, que no por casualidad fue uno de los temas favoritos de la antigua crítica literaria rusa, hay muchos aspectos diversos, pero el más importante es el contraste entre una trágica introspección y una radiante asimilación del mundo exterior. Sería demasiado simplista transportar íntegramente esta antítesis a los dos hermanos, pero no es en forma alguna indiferente para la comprensión de sus respectivos caracteres.

Alejandro era de temperamento melancólico. Ilia Nicolaievitch consideraba que Vladímir tenía un temperamento "colérico". Ana nos pinta al hermano mayor como encerrado en sí mismo, frecuentemente hosco en su ternura inexpresada. "Nunca lo vi ruidosamente alegre —escribe uno de sus compañeros de conspiración—; siempre estaba melancólico y meditabundo." Esto era absolutamente lo contrario de Vladímir, cuya caracterización más notable era una jovialidad siempre desbordante, expresión de una fuerza segura de sí misma. Al hablar de Alejandro como de un organizador reflexivo, otro de los conspiradores dice discretamente: "Quizás era un poco lento." En cambio, Vladímir se distinguía ante todo, y no sólo en sus años juveniles, por la impetuosidad de su carácter y su rapidez en el trabajo, cualidades alimentadas por la riqueza, la diversidad y la velocidad de las asociaciones subconscientes; y, ¿no es éste uno de los principales recursos del genio?

Yelisarova dice que una de las características esenciales de Alejandro es que no sabía mentir. Si no quería decir alguna cosa, se callaba. Esta cualidad se manifestó brillantemente en el tribunal. Siente uno deseos de agregar: ¡Qué lástima! En una lucha social implacable, este tipo de mentalidad

queda sin defensa en la política. Por mucho que filosofen los moralistas austeros, mentirosos de oficio, la mentira es el reflejo de las contradicciones sociales y también, a veces, un medio de lucha contra ellas. No es posible, por un esfuerzo individual, escapar de la red de las mentiras sociales. Por su tipo, Alejandro se parecía más a un caballero que a un político. Y esto establecía una muralla psíquica entre él y su hermano menor, mucho más resistente, más oportunista en cuestiones de moral individual, mejor armado para la lucha, pero en todo caso, no menos intransigente respecto a la injusticia social.

Turgueniev decía del hermano de León Tolstoi, Nicolás, observador y psicólogo sutil, que no le faltaban más que algunos defectos para convertirse en notable escritor. El propio León Tolstoi consideraba muy justa esta paradójica apreciación. Quizá indirectamente encontraba en ella una justificación de los rasgos de su carácter que le impedían tener buenas relaciones con los miembros de su familia. Las palabras de Turgueniev significan que para cumplir una función pública es necesario poseer cualidades suplementarias que están lejos de hermosear la vida individual. Si esta observación es justa cuando se refiere al escritor, lo es más aún cuando se aplica al hombre político y, en un grado mucho mayor, al dirigente. Pero del juicio de Turgueniev no se desprende en forma alguna que, en la balanza de la moral, si es que existe una balanza para los imponderables, León Tolstoi haya pesado menos que su hermano Nicolás. La influencia de Alejandro sobre el círculo de personas que lo rodeaban era grande. Pero es improbable que hubiera podido pasar de dicho círculo. Alejandro no tenía voluntad de dominar, ni la aptitud de utilizar para

la causa no solamente las cualidades, sino también los defectos de los demás, ni podía pasar por alto a las personas en caso de necesidad. Era demasiado egocentrista, demasiado poseído por sus propias impresiones, y se inclinaba demasiado a considerar un problema como resuelto, cuando lo había solucionado para sí mismo. El espíritu de ofensiva infatigable y de proselitismo no formaba parte de su naturaleza. Y justamente el hecho de que su hermano menor tuviera rasgos que caracterizaban al futuro hombre público, al escritor, orador, agitador, tribuno, hacían que fuera un extraño y hasta poco simpático a los ojos de Alejandro.

Vladímir en todas las circunstancias actúa como iniciador, reformador, conductor de las masas humanas. En cuanto a Alejandro, si hubiera vivido en condiciones culturales más adelantadas, es posible imaginarlo como pacífico sabio y padre de familia. Arrastrado a la revolución por la marcha de los acontecimientos, recibió el método consagrado por la tradición del terrorismo, fabricó bombas según el modelo de Kibaltchich y, cubriendo con su cuerpo a los demás, marchó hacia la muerte. Alejandro ofrece la imagen de un mártir, en tanto que Vladímir en todo momento se revela como jefe. Uno entró en la historia de la revolución como la más trágica de las figuras del fracaso, el otro, como la más grande de las figuras de la victoria.

L. Kamenev, que al principio fue el redactor en jefe de las *Obras Completas* de Lenin, escribe prudentemente: "Es posible que, precisamente por boca de su hermano mayor, Vladímir Ilitch haya oído hablar por primera vez de Marx y de las ideas y tendencias que ocupaban a la intelectualidad de esa época." Otro notable publicista soviético, antiguo jefe de redacción de *Isvestia,* Steklov, se expresa en

forma más categórica: "Justamente poco tiempo antes de su aprehensión, el mayor envió a su hermano menor... el primer tomo del *Capital*. Así, Alejandro Ulianov lo nombraba no sólo su sucesor, sino también heredero y continuador de Carlos Marx." Esta versión se ha difundido por todo el mundo; pero está en completa contradicción con los hechos y con las circunstancias psicológicas. "Nunca, en presencia de los menores —cuenta Ana— Alejandro discutía ni negaba nada." Y a su hermana mayor, que vivía muy cerca de él en San Petersburgo, no le hizo ninguna confidencia sobre aquello que para él era lo más importante. Entre los hermanos no existió nunca esa esfera íntima de intereses y conversaciones —sobre Dios, el amor, la revolución— que en otras familias liga estrechamente a mayores y menores. Ya hemos visto que Ana nos dice: "La diferencia de naturaleza entre los dos hermanos se manifestó desde la infancia, y nunca hubo intimidad entre ellos". Durante el verano de 1886, último que los hermanos pasaron juntos, estuvieron más alejados entre sí que nunca. Vladímir, que se recuperó relativamente pronto del dolor de la muerte de su padre, se sentía convertido en jefe de la familia. Su reciente emancipación de las ideas religiosas debió de elevar de golpe la opinión que tenía de sí mismo. Como sucede con frecuencia entre los jóvenes con una fuerte voluntad, la necesidad de una cierta autonomía se manifestaba en él a costa de la personalidad de los demás y especialmente de la autoridad de la madre. "La ironía era una característica constante del carácter de Volodia, particularmente en esta edad de transición." Podemos conceder completo crédito a estas palabras, ya que la hermana mayor, según lo manifiesta en sus escritos, parece no haber olvi-

dado las burlas e ironías de que fue víctima. Por lo que se refiere a Alejandro, admitía con dificultad las burlas a costa de terceras personas: en cuanto a él, a nadie se le hubiera ocurrido hacerle burla. En esa ocasión reanudó Alejandro el contacto con su familia, cuando el padre ya no estaba. Su tierno afecto por su madre, aumentado por la separación y por la pérdida común, se manifestó con intensidad particular. Independientemente de la profunda diferencia de sus caracteres, los hermanos estaban orientados en sentidos diversos. A la infantil adoración de la época en que Volodia quería hacer todo "como Sacha", siguió la lucha por su independencia personal, e inevitablemente comenzó a alejarse de su hermano mayor; a la concentración de Alejandro, a sus atenciones hacia los demás, a su temor de hacer gala de superioridad, Vladímir oponía una brillante agresividad, ironía y su pasión orgánica por ser el primero. Todo el verano pasóse en equívocos.

Escuchemos a Yelisarova: "La brusquedad y la agresividad de Vladímir se manifestaron particularmente... después de la muerte del padre, cuya presencia tuvo siempre una acción moderadora sobre los hijos." A veces respondía Vladímir a su madre con "una brusquedad que no se hubiera permitido manifestar cuando vivía su padre". Notemos de paso que al parecer en las insolencias de Vladímir podía encontrarse una protesta retardada contra la férula del padre. La madre recordaba después apenada, que Alejandro tuvo que intervenir algunas veces en su favor en ese último estío. Un día en que jugaba al ajedrez, Vladímir respondió con gesto negligente a su madre, cuando ésta le recordó algo que tenía que hacer y, cuando María Alejandrovna insistió con irritación, él contestó con una broma

desenfadada. Entonces intervino Alejandro: "O vas a hacer inmediatamente lo que te dice mamá o no vuelvo a jugar contigo." Este ultimátum fue dicho con calma, pero con tanta energía que Vladímir obedeció inmediatamente. Ana, aunque según dice, resentía "las burlas, la insolencia y la arrogancia de Volodia" no dejaba de ceder a su atractivo y sostenía con gusto conversaciones con él en que se sucedían las bromas y las risas. Alejandro no solamente no participaba en estas conversaciones, sino que las toleraba difícilmente; él tenía su tipo especial de sentimientos, y Ana le sorprendió más de una vez una mirada de desaprobación. Durante el otoño, en San Petersburgo, se animó a preguntarle a Alejandro: "¿Qué te parece nuestro Volodia?" Alejandro respondió: "No hay duda de que es muy capaz, pero no nos entendemos." Quizá haya dicho: "No nos entendemos absolutamente" agrega Yelisarova, corrigiéndose a sí misma. En todo caso, su hermano se expresó resuelta y claramente "¿Por qué?", preguntó la hermana estupefacta. Pero Alejandro eludió la respuesta, subrayando así la profundidad del desacuerdo. El hermano mayor no trataba al menor de arriba abajo, diciendo que era "un muchacho capaz", sino como a un igual, como a "un hombre capaz", y todo hace pensar que la memoria de Ana conservó fielmente este matiz. Pero al mismo tiempo, lo que llamó la atención de la hermana fue la distancia moral a que se colocaba de su hermano. La falta de parentesco espiritual le bastaba a Alejandro para excluir la posibilidad de conversaciones con Vladímir sobre temas íntimos. Pero existía otra causa no menos profunda. Durante el verano de 1886, Alejandro aún no había decidido nada por sí mismo. Leía a Marx, pero no tenía una idea de la aplicación prác-

tica que podría dar a esas lecturas. Aun en el otoño, en San Petersburgo, trataba de rechazar las deducciones revolucionarias a las que había llegado. ¿Podía confiar sus vacilaciones y dudas a un hermano menor con el cual, además, "no se entendía absolutamente"?

Por lo tanto, no puede hablarse de una influencia política directa de Alejandro sobre Vladímir. Pero la influencia moral, aun cuando no directa, pudo encontrar una expresión política. Al sugerir a su hermano, con toda su naturaleza, las exigencias más elevadas de sí mismo, como de los demás, Alejandro, sin buscarlo, aproximaba el conflicto, que en verdad era inevitable, entre Vladímir y el medio que lo rodeaba. Ana recuerda que Alejandro, que había ido a pasar unas vacaciones en su casa, estrechó la mano del viejo servidor de su padre de una manera "amistosamente sencilla", lo que provocó comentarios por ser algo "desacostumbrado". Este episodio interesante, que no por casualidad quedó en la memoria de la hermana mayor, proyecta una luz especial sobre las costumbres de la burocracia burguesa de entonces, aun dentro de una de las mejores familias. La atmósfera general aún estaba saturada hasta la asfixia de los vapores del derecho de servidumbre. Queda fuera de duda que los gestos sinceramente "democráticos" de Alejandro tuvieron una importancia para la formación de la personalidad de Vladímir, muy superior a la que hubieran podido tener breves conversaciones sobre la *Narodnaia Volia* o sobre Marx. Además, nunca sostuvieron este tipo de conversaciones.

¿Cuáles eran las ideas y el estado de ánimo de Vladímir durante el verano de 1886, cuando estaba por terminar sus estudios en el liceo? Desde el

invierno anterior, según dice Yelisarova, había entrado en el periodo "en que se rechazan las autoridades, en ese periodo en que, a través de una actitud negativa, se forma por primera vez la personalidad". Pero su crítica, a pesar de su vehemencia, sólo tenía un radio de acción muy limitado: se dirigía contra el liceo y los maestros, parcialmente también contra la religión. "No había nada de especialmente político en nuestras conversaciones". A su hermana, recién llegada de la capital, no le hizo Vladímir ninguna pregunta sobre las organizaciones revolucionarias, las publicaciones ilegales o las agrupaciones políticas estudiantiles. Ana agrega: "Estoy persuadida de que, por las relaciones que existían entonces entre nosotros, Vladímir no me hubiera ocultado dichas preocupaciones", si las hubiera tenido. Lo de las discusiones políticas que se dice tuvieron lugar en casa de los Ulianov, desde que vivía el padre, de la función dirigente de Alejandro en estos debates y de las atinadas réplicas de Vladímir, todo ha sido inventado, de principio a fin. Cierto que entre los alumnos del liceo de Simbirsk, como lo prueban los descubrimientos hechos recientemente en los archivos de la gendarmería, existían, aun en el periodo más sombrío de los años 80, círculos clandestinos y pequeñas bibliotecas seleccionadas tendenciosamente; pero Vladímir, seis meses después de la muerte de su padre, aún no había sido afectado en forma alguna por la política y no manifestaba el menor interés por los folletos económicos que llenaban el librero de Alejandro en la habitación común de los dos hermanos. El nombre de Marx no decía absolutamente nada al adolescente que dedicaba casi exclusivamente su interés a las bellas letras. Se interesaba apasionadamente por todo lo relacionado con la literatura.

Durante días enteros absorbía las novelas de Turgueniev, página tras página, acostado en la cama y dejándose llevar por la imaginación hacia el reino de "la gente superflua" y de las jóvenes idealizadas bajo los tilos de las avenidas señoriales. Después de terminar un libro lo recomenzaba, pues su avidez era insaciable.

Así, a pesar de su estrecha proximidad física, cada uno de los hermanos pasó ese verano en su propio universo. Alejandro, del alba al crepúsculo, inclinado sobre el microscopio. A este respecto, la Krupskaia pone en boca de Lenin la siguiente frase: "No, mi hermano nunca será un revolucionario, pensé entonces, un revolucionario no puede consagrar tanto tiempo al estudio de los gusanos anillados." ¡Evidente anacronismo! El Vladímir de entonces, ajeno a la política, no podía concebir que su hermano tuviera esos pensamientos, ya que toda la familia lo consideraba como un futuro científico. En cambio, después del arresto y de la ejecución de Alejandro, Vladímir tuvo que repetirse "¿Quién hubiera podido creer que mi hermano reemplazara un día el microscopio por la bomba?"

Al salir en libertad Ana, para no herir a Vladímir, no le comunicó lo que el hermano ejecutado había dicho de él. Pero Vladímir no era sordo ni ciego. En la actitud de Alejandro hacia él no podía dejar de sentir un alejamiento, mezclado con una secreta irritación si no con aversión. Nada irreparable, todo eso era temporal y cambiante, pensaba para consolarse, el acercamiento será inevitable más tarde; él, Volodia, demostraría lo que vale y Alejandro se vería obligado a reconocerlo; todavía hay una vida por delante, es decir, una eternidad. Pero, por el momento, seguía hundido en el mundo maravilloso de Turgueniev. Y sin embargo, en ese momento

surgió la fortaleza de Pedro y Pablo, y la ejecución de Sacha.

Algunos años después, el socialdemócrata Lalayanz interrogó a Lenin sobre los acontecimientos del 1º de marzo. "Para todos nosotros, la participación de Alejandro en un acto terrorista resultó totalmente inesperada. Quizá mi hermana supiera algo, pero yo no sabía nada." En realidad, la hermana tampoco sabía nada. El testimonio de Lalayanz confirma enteramente la narración de Ana y coincide con lo que dice la Krupskaia en sus *Recuerdos*, basándose en lo que le contara Lenin. Para explicar este hecho que destruye completamente su propia versión sobre la intimidad de los hermanos, la Krupskaia alega la diferencia de edades; pero este pretexto, bastante insuficiente, no cambia en nada los hechos. La aflicción que le produjo la muerte de su hermano iba acompañada, para Vladímir, por la amargura de pensar que Alejandro le había ocultado lo más importante y más profundo de sí mismo y por el descontento consigo mismo por no haber concedido suficiente atención a su hermano, por haber insistido, de una manera provocadora, en su independencia. La veneración que de niño tuvo por Alejandro se duplicó, agudizada por el sentimiento de culpa hacia él y por la conciencia de la imposibilidad de reparar su falta. "Ante mí ya no se encontraba el muchacho turbulento y jovial", escribe más tarde su antigua institutriz, que fue quien le entregó la carta fatal de San Petersburgo, "sino un hombre maduro, que reflexionaba profundamente". Apretando los dientes, pasó Vladímir las últimas pruebas del liceo. Se ha conservado su fotografía, hecha probablemente para el examen de egreso: sobre un rostro de rasgos aún inciertos, pero en el que se lee ya una fuerte

concentración, con el labio superior fruncido de manera provocadora, se extiende una sombra de sufrimiento y del primer odio profundo... Así, este nuevo periodo de la vida de Vladímir se inició con dos muertes. El final fisiológicamente natural del padre favoreció su actitud crítica hacia la iglesia y el mito religioso. El suplicio del hermano despertó un odio ardiente hacia los verdugos. En el carácter del adolescente se encontraba ya en potencia el futuro revolucionario, así como en las condiciones sociales que lo rodeaban. Pero le faltaba el primer impulso, que le dio la ejecución inesperada de su hermano. Los primeros pensamientos políticos de Vladímir debían proceder inevitablemente de una doble necesidad: vengar a Alejandro y desmentir la desconfianza de Sacha a través de su acción. ¿Por qué, en este caso, se encaminó Vladímir por la senda del marxismo y no por la del terror?, preguntan los biógrafos oficiales, y todos responden alegando superficialmente su "genialidad". En realidad, no solamente la respuesta, sino la pregunta misma tienen un carácter ficticio; pues, según se verá, Vladímir no se encaminó por la senda del marxismo sino algunos años después como resultado de un profundo trabajo de reflexión y, además, durante mucho tiempo había sido partidario del terrorismo. Estos grandes anacronismos proceden inevitablemente de la negativa a considerar al hombre viviente en su evolución vital. La propia Krupskaia cayó víctima de una representación de Lenin marxista en 1887. Trata de explicar por qué la ejecución de Alejandro no despertó en Vladímir "la resolución y el anhelo de seguir el camino de su hermano" formulando una hipótesis absolutamente desprovista de fundamento, según la cual Vladímir "en esa época tenía ya

sus ideas propias sobre muchas cosas y había resuelto, a su manera, el problema de la necesidad de la lucha revolucionaria". Más lejos aún, en el mismo sentido, se expresa la menor de los Ulianov, María, que en la ceremonia de la conmemoración de Lenin el 7 de febrero de 1924, cuenta que al enterarse de la ejecución de su hermano, Vladímir exclamó: "¡No, nosotros no seguiremos el mismo camino! No es por ahí por donde hay que avazar." Podría dejarse a un lado la evidente falta de sentido de la narración de María Ulianov que, en el momento de los acontecimientos que narra, aún no tenía nueve años, si la frase imprudentemente lanzada por ella a la circulación no hubiera sido literalmente consagrada, como prueba de la profundidad del pensamiento político del alumno del liceo de Simbirsk, quien apenas la víspera se había desembarazado del cascarón de la religión, aún no conocía el nombre de Marx, no había leído ningún folleto ilegal, no conocía y no podía conocer nada de la historia del movimiento revolucionario ruso y que ni aún había descubierto en sí mismo, interés alguno por la política. En esas condiciones ¿qué significado podrían tener las palabras que le atribuye su hermana menor? En todo caso, desde luego no significaban una oposición entre la lucha revolucionaria de las masas y el terror practicado por los intelectuales. Si se admite por un instante que la frase haya sido pronunciada realmente, desde luego no se refería a un programa, sino que era, simplemente, una expresión de desesperación. ¡No, Sacha no debería haber ido por ese camino! ¿Por qué no se había dedicado a la ciencia, por qué había buscado su perdición?

A diferencia de las monedas, las narraciones imaginarias, como ya se sabe, no se desgastan con la

circulación, sino, por el contrario, crecen. El viejo bolchevique Chelgunov cuenta: "Cuando leyó el telegrama anunciando la ejecución de Alejandro, Vladímir Ilitch se frotó la frente y dijo: 'Bueno, buscaremos un camino más eficaz'." Todas las leyes de la psicología humana quedan aquí pisoteadas. Vladímir no cayó en la desesperación al saber la terrible noticia, ni se afligió ante la pérdida irreparable, sino que "se frotó la frente" y anunció la necesidad de "seguir un camino más eficaz". ¿A quién se dirigían esas palabras? La madre se encontraba en San Petersburgo, Ana estaba aún en la cárcel. ¡Evidentemente, Vladímir confiaba sus revelaciones de futuro táctico a Dimitri, que tenía trece años y a María, que tenía nueve!

Estos discípulos devotos pasan con tanta facilidad sobre los hechos y sobre la lógica porque no están satisfechos con el maestro tal como era. Quieren un Lenin mejor. Le atribuyen en su primera juventud la fuerza intelectual que sólo pudo adquirir al precio de un trabajo titánico. Por exceso de celo, lo despojan de las cualidades suplementarias. Así crean otro Lenin, un Lenin perfecto. Pero a nosotros nos basta con el que existió en realidad.

Según la Krupskaia, si el joven Vladímir no hubiera tenido ya sus propias ideas revolucionarias, después de la ejecución de su hermano, hubiera seguido sus pasos. Pero, en resumen, ¡eso fue lo que hizo! No se dirigió hacia la aldea, ni hacia los campesinos, ni hacia la fábrica, ni hacia los obreros sino, como Alejandro, hacia la universidad. Allí encontró ese ambiente de la juventud democrática que comenzó por luchar para tener el derecho de organizar sus refectorios y sus salas de lectura y terminó con las conspiraciones terroristas. Después de ser expulsado por una protesta de tipo

exclusivamente universitario, Vladímir se afirmó en la idea del terrorismo. Si no participó prácticamente en ningún complot, no fue por consideraciones de principio, sino porque después de la catástrofe del 1º de marzo de 1887, los atentados resultaron, durante mucho tiempo, psicológica y físicamente imposibles. Las unidades revolucionarias, sin experiencia ni perspectivas, estaban tan aisladas del medio social y aun del estudiantil, tan desunidas, que nadie tenía el valor de alzar el brazo para realizar una acción práctica. El viejo sendero de la intelectualidad se cerró definitivamente sobre la tumba de cinco estudiantes. No se abría ninguna otra ruta. En ninguna parte se oía llamado alguno a la lucha. Vladímir no sabía cómo ejercer su venganza. El acentuado carácter de la reacción y la decadencia política de la intelectualidad impusieron al joven un compás de espera. Veremos que supo emplearlo muy bien.

X. LA PREPARACIÓN

Los ESTUDIANTES expulsados como medida de higiene política podían ser enviados, desde los centros universitarios, hasta su localidad natal. Pero en Simbirsk, donde Vladímir había vivido más de diecisiete años, no le quedaba ningún pariente. Graciosamente se le permitió que viviera en las tierras del abuelo materno Blank, cuya quinta parte correspondía en herencia a María Alejandrovna. En diciembre, Ulianov partió para Kokuschkino, situado a cuarenta verstas de Kazán. Ahí tenía que vivir bajo la discreta vigilancia de la policía, hasta el otoño del año siguiente. Un poco después, llegaron de Kazán la madre, María Alejandrovna y los hijos menores. La familia vivió en una parte fría y mal amueblada de la casa que era propiedad de una de las tías. Los vecinos no podían tener muchos deseos de tratar a los Ulianov. De vez en cuando, el señor capitán de la gendarmería se presentaba en la casa para saber si el elemento criminal seguía en su lugar. Las tías, alarmadas, agasajaban, como era costumbre, al capitán de la gendarmería con té y pasteles, y quizá también con licor de cereza, y ahí terminaba todo. A veces iba también de visita un primo que no se distinguía en nada. El invierno en Kokuschkino pasó tranquilamente. Los vientos rugían y las tempestades de nieve azotaban la casa. La madre suspiraba moviendo la cabeza, y entonces las tías adquirían un aire de reproche. ¿Por qué tenía Vladímir que haber echado a perder su vida? ¿No era suficiente lo que había sucedido a Alejandro? Además, siem-

pre se evitaba pronunciar el nombre de Alejandro.

Vladímir había llegado a la edad de la madurez, era más atento con su madre que, igual que siempre, tenía para sus hijos inagotables recursos de amor y cuidado. Ana, que se distinguía en general por su carácter inestable, se encontraba más nerviosa que de costumbre, después de su permanencia en la cárcel. La familia vivía oprimida, día tras día, sin saber qué esperar del futuro. Por fortuna, en un ala del edificio se encontraba un estante lleno de libros de un difunto tío que, en su época, había tenido reputación de erudito. Tíos de este tipo, frecuentemente de la especie de *Gente superflua* de Turgueniev, se encontraban en muchas familias de propietarios nobles; cuando se iban al panteón, dejaban a sus sobrinos una o dos centenas de libros deshojados o colecciones de antiguas revistas rusas. Vladímir se arrojó sobre el estante del tío. Su primer acceso a la lectura "seria" tuvo que producirse con cierto desorden; elegía los libros al azar; no había nadie que lo guiara, y la mirada del joven se detenía ávidamente aquí o allá.

Al comenzar a conocer las revistas progresistas de antaño, Vladímir, por primera vez, se dio cuenta del sentido de la lucha que oponía las diversas tendencias sobre el destino económico de Rusia. El conocimiento de las publicaciones de los años 60 y 70, que siguió completando constantemente, más tarde habría de serle de gran utilidad en sus debates con los populistas y en sus primeros trabajos literarios. Pero el estante de la casa no le era suficiente, y tuvo que recurrir a la biblioteca de Kazán. Al mismo tiempo, se abonó a una revista, probablemente la *Rousskia Vedomosti* (Informaciones rusas) de Moscú, que proyectaba un tenue matiz de liberalismo sobre el crepúsculo de los años 80.

Posiblemente durante su estancia de diez meses en Kokuschkino fue cuando Vladímir aprendió por primera vez a leer un periódico diario, arte complicado en el que llegó a ser un virtuoso. Se esperaban las ocasiones felices en que se podían tener relaciones con el mundo exterior. La llegada del paquete con libros, revistas o cartas era un verdadero acontecimiento. Además, Vladímir no sostenía correspondencia con nadie. Sólo una vez intentó poner al corriente a uno de sus antiguos camaradas del liceo, de las recientes diferencias con las autoridades universitarias, abrumando a sus adversarios en su carta, con acerbas críticas; pero su hermana mayor, inclinada a la prudencia, lo convenció de que no era razonable enviar la carta, exponiéndose él mismo y exponiendo al destinatario; y Vladímir, aunque reacio a ceder ante los argumentos de otra persona, renunció a enviar la carta que había escrito con tanto esmero.

Entre el estante del tío y los paquetes del correo de Kazán transcurría la vida en Kokuschkino, bajo la vigilancia de la policía. Imperceptiblemente se iban cicatrizando las heridas de la familia, muy rápidamente en los niños y lentamente en la madre. Vladímir daba lecciones a su hermano menor Dimitri, practicaba el esquí, y perseguía las liebres con el fusil en la mano, aunque sin resultado. Respecto a los fracasos cinegéticos de Vladímir, escribe Ana: "En el fondo de su alma, lo mismo que mis otros dos hermanos, no fue nunca cazador". Es difícil estar de acuerdo sobre este punto. En realidad, Lenin era un cazador apasionado, pero demasiado fogoso; en este terreno no se sometía a ninguna disciplina. Su excesivo entusiasmo le impidió llegar a ser un buen cazador aunque, en la época de su deportación, logró algunos éxitos.

Llegó la primavera, la primera que Vladímir veía en el campo; tenía 18 años cumplidos, la edad primaveral. Entonces quizá comprendió mejor por qué Alejandro amaba tanto la naturaleza y el aislamiento que encontraba en ella. En el verano llegaron primos y primas; la familia se había repuesto de los golpes del destino. Kokuschkino se animó, había paseos en grupo, partidas de ajedrez, cantos, cacerías. Entre estos visitantes estivales no había ninguno con quien valiera la pena intercambiar ideas sobre problemas desconcertantes; pero en cambio se podía zaherir impunemente a los primos, aunque fueran de más edad; pues: "eran claramente impotentes ante las palabras bien aplicadas y las maliciosas sonrisas de Vladímir". En mayo, cinco meses después de su expulsión, Vladímir trató de que se le abrieran nuevamente las puertas de la universidad. El jefe de la sección escolar de Kazán sometió al ministerio un informe según el cual, el ex estudiante Ulianov "a pesar de su notable capacidad y de los informes excelentes sobre sus conocimientos, no podía considerarse, por el momento, como persona digna de confianza en el terreno moral ni desde el punto de vista político". Una fórmula breve, "por el momento" indicaba que el jefe no perdía la esperanza. El director del departamento de instrucción pública, sin haber leído el informe hasta el final, escribió al margen: "¿No será hermano del otro Ulianov, no es también de Simbirsk?" Después de haber comprobado, en la última parte del documento, "que el solicitante era el hermano del Ulianov que había sido condenado a muerte", agregó: "No conviene en forma alguna reintegrarlo". El ministro de instrucción pública era el conde Delianov. Witte lo caracteriza como "un hombre bueno y gentil" y, al mismo tiempo,

como un hombre que siempre andaba con rodeos. Pero resultaba absolutamente inútil andarse con rodeos con un Ulianov: el ministro lo rechazó pura y simplemente.

Dos meses después, María Alejandrovna dirigió una súplica a Delianov, esta vez, firmada por ella misma. Antes de recibir la negativa, segura por anticipado, de la actitud del "hombre bueno y gentil", Vladímir envió al ministerio del interior una petición de autorización para salir al extranjero a fin de continuar sus estudios. La respuesta negativa del director del departamento de policía a esta petición de un pasaporte para ir al extranjero fue comunicada a Vladímir por la policía de Kazán, en vista de que las autoridades, ante las reiteradas instancias de la madre infatigable, acababan de acceder a que se instalara de nuevo en Kazán. La familia se dirigió hacia allá en el otoño de 1888, con excepción de Ana, que no obtuvo permiso para salir de Kokuschkino sino algún tiempo después.

A partir de la muerte de Ilia Nicolaievitch, los Ulianov vivían de una pensión. Eran mil doscientos rublos al año, que el tesoro del estado concedía a la viuda y a los hijos, y que en provincia representaban una suma considerable. El dinero proveniente de la venta de la casa de Simbirsk constituía una reserva. María Alejandrovna alquiló en las afueras de la ciudad una casita con terraza y huerta en una loma. En la parte de abajo, por alguna razón desconocida, había dos cocinas. Una de éstas sobraba y fue ocupada por Vladímir que, en una relativa soledad, se abismaba en la lectura. Comenzaron para él los años de preparación. Si se cuenta a partir de su expulsión de la universidad, duraron hasta su partida a San Petersburgo y la iniciación de sus actividades revolucionarias, casi seis años.

Fue precisamente ahí, sobre el Volga, en Kokuschkino, en Kazán y más tarde en la provincia de Samara, donde se formó el futuro Lenin. Para el biógrafo, estos años críticos, de 1888 a 1893, son muy interesantes, pero, al mismo tiempo, los más difíciles de estudiar.

El menor movimiento del joven Ulianov era objeto de informes secretos por parte de la policía. Estos informes, que pueden considerarse como banderolas de señalamiento sobre el mapa biográfico, marcan su ruta exterior y facilitan el trabajo de investigación. Pero, en cuanto a la ruta interna de Vladímir, en este periodo de preparación, cuando no era escritor, esas banderolas no existen aún. Hay testimonios dispersos, no desprovistos de interés, desde luego, pero sin forma definida y algunos francamente apócrifos. No había cerca de él ninguna otra persona madura en política que le sirviera de guía o que, por lo menos, pudiera ser un observador atento. Aparte de su hermana mayor, que nos ha comunicado todo lo que sabía sobre la evolución de su hermano, Vladímir no tenía relaciones más que con jóvenes de su edad que no eran más que escolares que, en su mayor parte, desaparecieron de la escena, sin dejar *memorias*. Vladímir no se reveló como escritor hasta 1893; no se ha conservado ningún documento referente a su evolución, ninguno de sus escritos tan pulcros, nada, ni siquiera una correspondencia personal.

A las frecuentes recriminaciones sobre la escasez de material referente a los años cruciales de Lenin, Yelisarova contesta: "No se puede hablar mucho de eso. El leía, estudiaba, discutía". Cierto matiz de irritación en estas palabras muestra con mayor claridad que Yelisarova observaba la vida espiritual de Lenin únicamente desde el exterior. Para ella

no existía el problema de saber qué había leído, qué había estudiado o sobre qué había discutido, cuál podría ser su actitud ante el populismo y la *Narodnaia Volia,* cómo se modificó esta actitud bajo la influencia de Marx, los choques con la realidad, los encuentros y las influencias personales. En una palabra, cómo, siendo aún extraño a la política, después de haber roto con la Iglesia ortodoxa, el estudiante de Simbirsk que, sin preocupaciones se embriagaba de Turgueniev, se convirtió, en una provincia perdida del Volga, en un perfecto marxista, un revolucionario inflexible y dirigente del futuro. "No recuerdo cómo se llamaban sus conocidos", escribe Ana, que no se interesaba absolutamente por la vida interior de Vladímir, como no había entrado antes en la esfera de intereses de Alejandro. De ahí la pobreza del contenido y la poca solidez de sus notas sobre la evolución ideológica de su hermano menor, cuando ella fue el testigo más próximo en el periodo crítico de su preparación.

Es cierto que la línea general de la evolución de Vladímir no constituyó ninguna excepción; a principios de los años 90, la nueva generación de la intelectualidad, en su conjunto, se encaminó resueltamente hacia el marxismo. Las causas históricas de este cambio tampoco son ningún misterio: fueron provocadas por la transformación capitalista de Rusia; el despertar del proletariado y el estancamiento en que se encontraba la marcha revolucionaria independiente de la intelectualidad. Pero no se puede hacer que una biografía se fusione y desaparezca en la historia. Hay que demostrar cómo, de manera general, las fuerzas y tendencias históricas se cristalizan en el individuo, con todas sus características individuales y sus particularidades

personales. Buen número de jóvenes estudiaron a Marx durante esos años, en las riberas del Volga. Pero uno solo de todos ellos logró asimilar hasta el fondo esa doctrina, subordinándole sus pensamientos tanto como sus sentimientos hasta tal punto que supo elevarse por encima de dicha doctrina, convertirse en maestro y usarla como un instrumento. Y este ser único fue Vladímir Ulianov. Aunque tuviéramos datos sobre el proceso de su formación, durante los años de preparación, la situación del biógrafo no sería menos desesperada. Existe un determinado número de puntos importantes que permiten determinar con precisión su órbita espiritual. Por lo que se refiere a las lagunas, es necesario formular hipótesis psicológicas, proporcionando al lector los datos indispensables para su verificación.

En Kazán, la familia permaneció bastante aislada, aunque probablemente menos que en los últimos meses pasados en Simbirsk. María Alejandrovna se había desprendido de su medio y, por el momento, aún no encontraba otro donde acomodarse. Ana vivía, espiritualmente, fuera de la familia; se preparaba para casarse con Yelisarov. Vladímir no era un extraño en Kazán. Buscó a algunos de sus antiguos conocidos y, a través de ellos, hizo nuevas amistades. Probablemente Vladímir no llevaba a nadie a su casa; nunca lo hizo cuando estudiaba en el liceo y, después de su expulsión, evitaba cuidadosamente a los suyos visitas indeseables y posibles trastornos. Por otra parte, la juventud radical seguramente evitaba a la familia de Alejandro Ulianov para no llamar más aún la atención de la policía.

Entre los nuevos conocidos de Vladímir se menciona a un antiguo miembro de la *Narodnaia Volia*, Tchetvergova, a quien el joven consideraba, según

dicen algunos críticos, "con gran simpatía". Yelisarova recuerda a este respecto que Lenin no renunciaba a "la herencia" de la antigua *Narodnaia Volia;* pero es evidente que en este punto cae en uno de sus anacronismos habituales: cierto es que cuando Lenin examinó críticamente los elementos del pasado revolucionario, adoptó, efectivamente, parte de la herencia de los populistas, a saber, una lucha implacable contra el zarismo, el centralismo, la conspiración; pero, si en 1888 no se sacudió el espíritu de la *Narodnaia Volia,* fue solamente porque aún no había tenido tiempo de contemplarla críticamente. Las ideas y las tendencias aún no habían logrado una demarcación precisa en su cabeza. Tanto para los demás como para sí mismo, seguía siendo el hermano menor de Alejandro Ulianov, héroe y mártir. Consideraba a Tchetvergova como un centinela de cuartel puede considerar a un veterano cubierto de cicatrices.

¿Cuándo y cómo encontró Vladímir por vez primera a su futuro maestro Marx? Alejandro había leído *El Capital* en sus últimas vacaciones. Por su relación con la suerte de su hermano, el nombre de Marx salió para Vladímir, de un solo golpe, de la esfera de la indiferencia en donde quedan tantos nombres. Uno de sus compañeros del liceo escribe que ambos habían tratado de traducir del alemán *El Capital,* después de la ejecución de Alejandro. Si este recuerdo, que la hermana mayor pone en duda, no es un simple error de memoria, la tentativa no pudo tener, en todo caso, más que un carácter episódico y no fue llevada más allá de las primeras páginas: "¿Cómo dos jóvenes alumnos del liceo", comenta justamente Yelisarova, "hubieran podido realizar semejante empresa?"

Otro testimonio, más seguro, a pesar de los erro-

res de hecho que contiene, coloca poco más o menos un año después el encuentro con Marx. Fundándose en sus conversaciones con Lenin durante la emigración y durante la guerra imperialista, Radek cuenta que: "Siendo aún alumno del liceo (?) Ilitch entró en el círculo de la *Narodnaia Volia.* Ahí fue donde, por vez primera, oyó hablar de Marx. El estudiante Mandelstamm, futuro *cadete,* dio una plática en que desarrolló... las ideas del Grupo de Emancipación del Trabajo... Como a través de una niebla percibió Ilitch la potente teoría revolucionaria. Y consiguió el primer tomo de *El Capital,* que le reveló el mundo exterior". Esto no sucedió en Simbirsk, sino en Kazán y Vladímir no era ya alumno del liceo, sino un estudiante expulsado. Por lo demás, la narración, aunque estilizada, no da motivo para tomarla con serias reservas. En cuanto a Mandelstamm, futuro abogado liberal, que en su juventud tuvo cierto cariz marxista, es la primera vez que encontramos en su vida este detalle interesante que Radek sólo pudo conocer a través del propio Lenin. La referencia al círculo de la *Narodnaia Volia* confirma que el hermano del terrorista participaba en las reuniones de dicho círculo.

Pero no se debe imaginar que este círculo de Kazán haya sido una organización de conspiradores ni de terroristas. Sencillamente, un determinado número de jóvenes se reunían en torno a algún individuo vigilado por la policía, quizá la propia Tchetvergova. Si se toma al pie de la letra lo que dice Radek cuando pretende que Lenin oyó esa noche, por primera vez, pronunciar el nombre de Marx, será necesario considerar no solamente apócrifa la narración de la tentativa hecha en Simbirsk de traducir *El Capital* del alemán, sino admitir también que, durante el estío de 1886, Vladímir

no se interesó absolutamente en el gran volumen sobre el cual Alejandro pasaba noches enteras, cosa que no es del todo imposible. Mientras leía a Turgueniev y jugaba al ajedrez, el alumno del liceo podía, con una rápida ojeada, recorrer un volumen, sin recordar después ni el nombre del autor.

De la primera edición rusa de *El Capital,* la ciudad universitaria de Kazán apenas recibió una docena de ejemplares; la mayor parte de la edición fue prohibida en las bibliotecas y confiscada en los cateos domiciliarios. Desde hacía mucho tiempo, la obra era ya un libro raro. No sabemos si Vladímir logró conseguir ese tesoro en el estante secreto de algún liberal ilustrado, o mediante los deportados populistas, o bien por medio de los estudiantes de ese tema. Es posible que precisamente su búsqueda de la obra lo haya llevado, por medio de Mandelstamm, o por otros caminos, a entrar en contacto con los primeros círculos marxistas.

Comoquiera que haya sido, excluido de la universidad imperial, el estudiante se afilió a la universidad clandestina de Marx. ¡Y qué estudiante! ¡Qué no daría el biógrafo por poder contemplar al joven Lenin, en un rincón de la cocina de la casita de Kazán, concentrado en el primer capítulo de *El Capital!* Cuando por la tarde, caía su mirada sobre Ana, la elegía inmediatamente como público. Vladímir no podía guardarse sus pensamientos para sí mismo, como lo había hecho Alejandro. Lo poseían, lo sometían a ellos y exigían que los expusiera a otros. Sentado sobre el horno de la cocina cubierto de periódicos viejos, gesticulando locamente, reveló a su hermana mayor los misterios de la plusvalía y de la explotación.

Poseemos muy poca información sobre el círculo de Kazán al que se adhirió Vladímir. Yelisarova

escribe, simplemente por suposición: "No había ningún dirigente autorizado en ese círculo." Determinado número de estudiantes leían juntos buenas obras y después intercambiaban opiniones sobre lo que habían leído. Hacia la primavera de 1889, parece que estos estudios adquirieron un carácter más sistemático. Vladímir se ausentaba por la tarde con mayor frecuencia. Durante estos meses había logrado progresar en el estudio de *El Capital* y, en todo, había madurado; se puede suponer, con bastante seguridad, que en dicho círculo llegó a ser el primero entre iguales y que se encargó de las obligaciones de dirigente, aunque no oficial, seria y conscientemente. Pero aún no se trataba más que de buscar su camino.

En la ciudad universitaria existían varios círculos de este tipo. El más serio era el círculo de Fedoseyev, que desempeñó un papel central. El dirigente, nacido en 1869 y que murió trágicamente a los veintinueve años, era un personaje verdaderamente notable. A causa de su influencia revolucionaria sobre sus camaradas, ya había sido expulsado de la clase superior del liceo. Pero esta lección no lo había corregido; por el contrario, lo movió a ampliar su radio de acción. "Fedoseyev —según el informe de un oficial de gendarmería de la ciudad— gozaba desde muy joven, de una considerable autoridad desde el punto de vista revolucionario, en el medio de la juventud estudiosa de Kazán..." El círculo de Fedoseyev, que poseía una pequeña biblioteca ilegal, tenía además sus propias ediciones clandestinas. En esta época de profunda reacción, eso constituía un acto muy audaz que, a decir verdad, no tuvo un gran desarrollo.

Vladímir, que no perteñecía al círculo central, había oído hablar de sus proyectos, sin participar

en ellos. Quería estudiar. Cierto que el destino de Alejandro lo empujaba hacia el sendero revolucionario, pero también le advertía de sus peligros. Lanzarse de cabeza, sacrificarse inútilmente, es algo que no se le ocurrió nunca, ni siquiera en sus años juveniles. Ya se había despertado en él la conciencia de su valor personal. Se preparaba sin precipitación ni aturdimientos febriles. Desde luego, no porque le faltara pasión. Pero la facultad de disciplinar la pasión fue una de sus mayores cualidades, y fue esa aptitud precisamente la que hizo de él un conductor de los demás.

Yelisarova, sin proporcionarnos ningún indicio concreto, dice que en el invierno de 1888-89 fue "cuando se inició en Vladímir Ilitch la elaboración de las convicciones socialdemócratas". La prudente fórmula "inicio de la elaboración" no dice casi nada. Pero en todo caso, está muy lejos de la afirmación de la hermana menor, según la cual la elección de la ruta socialdemócrata ocurrió desde 1887. Además, también la hermana mayor anticipa los acontecimientos. En esos años no se trataba más que del estudio de la teoría económica de Marx, con la cual también los populistas se declaraban de acuerdo, a su manera. Vladímir estudió esta teoría más seriamente que los otros, pero aún estaba muy lejos de hacer las indispensables deducciones políticas. De esto se tiene la prueba, aunque indirecta, en su actitud hacia Fedoseyev. Yelisarova considera "que no hay motivo para hablar de la influencia del uno sobre el otro", tomando en cuenta que se trata "de fuerzas aproximadamente iguales". Respecto a la cuestión que nos ocupa, no hay para qué comparar el peso específico de cada uno de estos jóvenes, de los cuales Fedoseyev era mayor un año. Se trata de saber cuáles fueron las etapas

de la evolución hacia la socialdemocracia. Según todo lo que se sabe de Fedoseyev, es obvio que estaba considerablemente más adelantado que Ulianov. De acuerdo con la afirmación de Máximo Gorki, quien en esos años vivió a las orillas del Volga y frecuentaba los círculos radicales, Fedoseyev, desde 1887, declaró su solidaridad a los miembros del círculo *Nuestras diferencias*, de Plejanov. Aun cuando la memoria de Gorki, cuando se trata de ideas y datos, no es muy digna de crédito, su testimonio queda indirectamente confirmado por otros contemporáneos. "Fedoseyev era ya (1888) un marxista en formación", escribe el antiguo estudiante de Kazán, Lalayanz. En respuesta a una pregunta que le hicieron, el propio Lenin escribió algunos años después de la muerte de Fedoseyev: "N. E. Fedoseyev fue uno de los primeros que proclamaron su adhesión a la corriente marxista". Bajo la influencia del viejo socialdemócrata P. Skvortzov, Fedoseyev rechazó el terrorismo de los populistas, cosa que no se acostumbraba en manera alguna en los círculos marxistas de esa época. Precisamente eso debió de ser un obstáculo para el hermano de Alejandro Ulianov.

Hay muchos motivos para suponer que, en la periferia de la propaganda de Fedoseyev, Vladímir se encontró por primera vez dentro de la esfera de los intereses marxistas; y probablemente fueron esos mismos círculos los que le consiguieron el precioso tomo de *El Capital*. Sin embargo, Vladímir no conoció a Fedoseyev y no lo vio ni una sola vez hasta su salida de Kazán, a pesar de que tenía contactos estrechos con miembros menos distinguidos del mismo grupo. Este hecho, al cual no han concedido atención los autores de memorias ni sus biógrafos, requiere una explicación. El propio Le-

nin, en la nota mencionada anteriormente, hace este comentario: "Oí hablar de Fedoseyev cuando vivía en Kazán, pero nunca lo conocí personalmente". Más tarde veremos que Lenin siempre buscaba amigos y relaciones entre quienes compartían su modo de pensar. Poco tiempo después, inició con Fedoseyev un intercambio epistolar sobre los problemas teóricos del marxismo y emprendió especialmente un viaje para tratar de conocerlo personalmente. Entonces, ¿por qué en Kazán, donde hubiera sido tan sencillo encontrarse, Ulianov no buscó a Fedoseyev, y por qué podría decirse que prácticamente lo evitó? La hipótesis según la cual Fedoseyev, quien ocupaba un sitio central en la vida "clandestina" de los marxistas de entonces, evitó el encuentro, por razones de seguridad, nos parece completamente inverosímil; el nombre de Fedoseyev, según dice Grigoriev, que vivía en Kazán, era pronunciado frecuentemente entre la juventud y "no de una manera totalmente clandestina"; por otra parte, Vladímir, expulsado de la universidad, era hermano de un terrorista a quien se había ahorcado; esa recomendación era muy significativa. Es mucho más probable que fuera el propio Vladímir quien evitara el encuentro. Aun cuando se había dedicado al estudio de *El Capital* no estaba dispuesto en manera alguna a desligarse de la tradición de los populistas. Al mismo tiempo no podía sentirse lo suficientemente fuerte para defender dicha tradición contra la crítica de un socialdemócrata que rechazaba el terrorismo. Si se agrega que no gustaba de darse por vencido ante los argumentos de otro, sobre todo de un hombre de su edad, se comprenderá por qué Vladímir prefirió no exponerse prematuramente a los ataques del adversario. A través de los otros miembros del círculo, se encon-

traba suficientemente al corriente de los pensamientos y de los argumentos de Fedoseyev para considerarlos en sus estudios. Estos métodos de investigación prudente, fueron empleados por Lenin más de una vez en el futuro, lo que expresa, ante todo, un formidable dominio de sí mismo y la cualidad indicada por las palabras "estar en guardia". Estas deducciones psicológicas son tan convincentes que permiten formular la hipótesis, a la que pronto se encuentra una serie de confirmaciones, de que por lo menos durante cuatro años (de 1887 a 1891) las tendencias revolucionarias de Vladímir no habían sido aún marcadas por la socialdemocracia y de que el estudio del marxismo no significaba para él la ruptura con la bandera que había seguido su hermano mayor.

Antes de conocer las obras de Plejanov, Vladímir no podía ni siquiera presentarse seriamente el problema de la elección entre la socialdemocracia y la corriente populista. Cierto que Kamenev, primer editor de las obras de Lenin, afirma con seguridad que la literatura del Grupo de la Emancipación del Trabajo que circulaba entonces entre los círculos radicales de Kazán, "indudablemente fue conocida por Vladímir Ilitch". Pero no estamos seguros de ello. Vladímir pasó en total siete meses en Kazán; el nombre de Plejanov todavía no le decía nada. Aun cuando las publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo circularan clandestinamente, no había más que un solo ejemplar de cada una. Además, Vladímir estaba suficientemente absorbido por *El Capital*. Y finalmente, aunque la publicación *Nuestras diferencias* le haya caído en las manos durante esa época, como no conocía ni el ABC de la economía política ni de la historia del movimiento revolucionario ruso, no es probable que

haya podido sacar gran cosa de un libro de polémica que no había sido escrito para principiantes.

En cuanto a saber cuándo comenzó Vladímir a conocer la literatura socialdemócrata rusa, si dejamos a un lado la hipótesis de Kamenev, no tenemos más que un solo testimonio positivo: el de Radek. Lenin le contó, en el curso de un paseo, que ya había estudiado, no solamente *El Capital*, sino también el *Anti-Dühring* de Engels antes de haber podido conseguir las publicaciones del Grupo de Emancipación del Trabajo. Puede considerarse seguro que Vladímir no consiguió el *Anti-Dühring* en San Petersburgo antes del otoño de 1890; el conocimiento de las obras de Plejanov, sin el cual no puede conocerse la socialdemocracia, se sitúa, así, en 1891. Si no se eliminan los anacronismos entusiastas, no es posible fijar las señales reales que marcan las etapas del desarrollo de Vladímir y mostrar, aunque sólo sea aproximadamente, cómo este joven que a la edad de 19 años comenzó apenas a estudiar las ciencias sociales, se lanzó a la batalla cuatro años después, como guerrero armado de pies a cabeza. Los datos que acabamos de indicar se enriquecen para nosotros posteriormente con un contenido vivo. Por el momento, nos contentaremos con repetir aquí: no tenía Lenin ninguna precipitación, su genio era orgánico, obstinado, en algunas fases hasta dilatorio, pues era profundo. No podemos dejar de aconsejar de nuevo a los memorialistas y a los biógrafos, a los admiradores y a las hermanas: no empujen a Lenin con látigos de niño, déjenlo caminar a su paso, encontrará el camino y, ¡estén seguros, llegará a la hora oportuna!

El invierno pasado en Kazán fue una época de gran apasionamiento por el ajedrez. Dos circuns-

tancias favorecieron esta fiebre: la edad del adolescente que siente la necesidad de todo tipo de gimnasia, de un gasto desinteresado de fuerzas físicas e intelectuales y la incertidumbre de la situación: Vladímir era un estudiante expulsado y no sabía a dónde dirigirse. Desde sus tiempos del liceo había obtenido en el ajedrez notables éxitos para un aficionado, sobrepasando en mucho a su padre. Durante las últimas vacaciones de Alejandro, los hermanos se desafiaban todas las tardes, obstinada y silenciosamente, con espíritu concentrado. Cuando jugaba con Dimitri, su hermano menor, y en general cuando tenía adversarios más débiles, Vladímir no conocía la magnanimidad debilitante que permite al adversario retirar un movimiento torpe, con la que se desmoralizan ambos jugadores. La observación de las reglas era, para él, elemento constitutivo del placer mismo del juego. La falta de inteligencia y la negligencia debían ser castigadas, no premiadas. El juego es una repetición de la lucha; y en la lucha nadie permite que el otro se corrija. Vladímir frecuentaba regularmente el club de ajedrez de Kazán y ensayaba sus fuerzas en la casa, sin mirar el tablero. En ese invierno, Yelisarov le organizó una partida por correspondencia con el abogado Chardin, distinguido aficionado de Samara. El duelo mediante tarjetas postales llegó a un punto crítico. Vladímir pensaba que, con un último golpe, colocaría a su adversario en una situación sin salida. Mientras esperaba la respuesta, movía constantemente las figuras y se convencía más de que el adversario no tenía salvación. Chardin respondió con un golpe tan inesperado que Vladímir quedó estupefacto y, después de un cuidadoso análisis, su estupor se expresó en una exclamación respetuosa: "¡Ah, eso es un juga-

dor, una potencia infernal!" Siempre descubría la fuerza de los demás, aunque fueran adversarios, con cierta satisfacción estética. Tres años después, el abogado Chardin fue el jefe del empleado de bufete Vladímir Ulianov.

Durante el periodo de Kazán tuvo lugar un curioso episodio narrado por la hermana. Vladímir comenzó a fumar, probablemente inducido por sus camaradas del círculo, donde los confusos debates sobre el capitalismo estaban envueltos siempre en densas nubes de humo. La madre se inquietó por eso, como todas las madres. Los argumentos sobre el daño que el tabaco haría a su salud fueron vanos, y entonces María Alejandrovna alegó que como él no ganaba ni un centavo, no podía causar a la familia gastos inútiles. Parece ser que Vladímir resintió profundamente el reproche que se ocultaba en las palabras de la madre, sobre esperanzas que no habían resultado justificadas. Renunció a fumar y de manera definitiva, pues nunca volvió a hacerlo.

El temor de que Vladímir se dejara "atrapar" llevó a la madre, según dice Ana, a adquirir "una pequeña granja en la provincia de Samara y a pedir permiso para ir allí a pasar el verano". La narración de Ana tiene el defecto de no ser completa. "La pequeña granja", según informó inmediatamente el gobernador Sverbeyev al departamento de policía, comprendía un lote de terreno de noventa hectáreas con un molino; solamente para pasar el verano eso era, desde luego, demasiado. En realidad, María Alejandrovna perseguía finalidades económicas, pues había que pensar en los medios de existencia para la familia. El padre de María Alejandrovna, aunque médico de profesión, se ocupaba en Kokuschkino de agricultura, y

su madre pertenecía a una familia de colonos alemanes de la región del Volga, modelo de cultivadores. La propia María Alejandrovna tuvo a su cargo durante mucho tiempo el cuidado del jardín y de la huerta. Por lo tanto, no es sorprendente que se le haya ocurrido comprar un terreno e instalarse ahí definitivamente. Hacer de Vladímir un propietario de tierras y un agricultor hubiera tenido una ventaja suplementaria: la de preservarlo de los compromisos y peligros de la política.

Mientras tanto, Ana se disponía a casarse con un compañero de universidad de Alejandro, el estudiante petersburgués Yelisarov. Él fue quien se encargó de buscar una propiedad en Samara, su región natal. Con la ayuda de su hermano, un kulak, cumplió Yelisarov muy bien el encargo, aprovechando la ocasión de comprar una granja que pertenecía a Sibiriakov, propietario de minas de oro. De una naturaleza generosa a la rusa, dispuesto siempre a compartir sus conocimientos, liberal de izquierda, Sibiriakov había tenido anteriormente la intención de introducir en la gubernatura de Samara los métodos de explotación modernos en las granjas y escuelas modelo. No salió nada de todas sus iniciativas, y tuvo que vender en pedazos su inmensa heredad. Por un lote de noventa hectáreas que contenía un molino y una casa, situado a unos cincuenta kilómetros de Samara, pagaron siete mil quinientos rublos. Para esa época no era poco dinero; la suma se había obtenido de la venta de la casa de Simbirsk y quizá se completó con la parte que le correspondía a María Alejandrovna de la hacienda de Kokuschkino. Así fue como los Ulianov se hicieron pequeños propietarios en la estepa.

El silencio que guarda Yelisarova sobre la parte económica de la operación evidentemente tiene por

objeto proteger a Vladímir de todo contacto con la prosaica existencia cotidiana. En realidad lo que hace es desprender del curso de su vida una etapa muy interesante. Por fortuna, la Krupskaia nos trasmite a este respecto un comentario fugaz, pero precioso, hecho por el propio Lenin: "Mi madre quería que yo me ocupara de los trabajos del campo. Hice lo posible, pero me di cuenta de que no tendría éxito; las relaciones con los mujiks se hicieron anormales". No sabemos nada más sobre este episodio. Sólo a través de cartas posteriores escritas por Vladímir a su madre puede verse que las relaciones y dificultades económicas de Alakayevka no le eran completamente extrañas. Le estamos doblemente agradecidos a la Krupskaia por las dos líneas escasas, a través de las cuales nos enteramos de que Vladímir prácticamente aceptó desarrollar los planes económicos de su madre, pero que por su propia experiencia se convenció de que "las relaciones con los mujiks se hicieron anormales". Este episodio es mucho más importante que aquél que se canta en prosa o en verso, sobre las visitas hechas a los pastorcillos y sobre las conversaciones del estudiante de liceo con los mujiks de Kokuschkino, durante sus paseos de verano. Los esfuerzos de Vladímir para dedicarse a la agricultura solamente duraron el primer verano, ya que en la primavera de 1890 recibió autorización para presentar sus exámenes y los proyectos agrícolas, naturalmente, se abandonaron. Pero no pasaron sin dejar huella sobre la formación de la personalidad de Vladímir. Durante un determinado tiempo, aunque muy corto, no solamente observó a los campesinos, sino que tuvo con ellos relaciones de trabajo sobre el terreno. ¡Y eso no es, desde luego, lo mismo!

Como no se tenía material de trabajo en la granja ni trabajadores permanentes, el cultivo de la tierra solamente podía realizarse por medio de transacciones con los campesinos de Alakayevka, la aldea vecina, verdaderamente miserable e indigente. De ochenta y cuatro jefes de familia que había en dicha aldea, nueve no poseían ni caballos ni vacas, cuatro no tenían ni siquiera isba propia, las parcelas eran miserables y en cambio, a falta de escuela, había un cabaret; en la población de doscientas almas, solamente cuatro muchachos se dedicaban a estudios vagamente definidos, y el resto no sabía ni leer ni escribir. Sobre esta indigencia reinaban algunas casas de kulaks, cierto que bastante miserables, pero que dominaban la aldea. No era posible lograr ganancias más que aliándose con los kulaks y explotando implacablemente a los pobres. Si después Lenin demostró una perspicacia totalmente excepcional para descubrir todas las formas de explotación y dependencia en el terreno de las relaciones agrarias, puede pensarse que el contacto que tuvo en forma concreta con los campesinos de Alakayevka desempeñó en eso un papel importante.

Hubo que renunciar a administrar personalmente la granja que se tuvo que arrendar, y la casa sirvió a la familia para pasar los cuatro o cinco meses del verano. La vida al aire libre y la calma de la estepa, el viejo jardín inculto, el camino que descendía hasta un arroyo, el estanque donde se podían bañar a gusto y no lejos el bosque, donde se recogían frambuesas, eran cosas que convenían maravillosamente a los Ulianov. En el jardín cada quien tenía su rincón preferido para la lectura o el estudio. La familia vivía menos aislada que en Kokuschkino, pues el temor de acercarse a los Ulianov ya se había perdido, aunque, al principio, los visi-

tantes no llegaron con frecuencia. María recuerda la molestia que experimentaban sus hermanos y hermanas y especialmente Vladímir que, cuando llegaban de visita personas poco conocidas, saltaba por la ventana para esconderse en el jardín. Ya se sabe que la prevención contra los desconocidos, lo mismo que la tendencia a saltar por la ventana son en general, particularidades de la juventud, sobre todo en el campo, en donde las visitas son raras y las ventanas están cerca del suelo. Pero quizás el vello de la timidez aún no había abandonado a este joven presuntuoso; en todo caso, en esa misma timidez se afirmaba la tendencia a no perder su tiempo tratando a gente que no valía la pena.

En la región de Alakayevka, los populistas, hacia fines de los años 70, habían tratado de hacer propaganda y durante los años 80 habían creado comunas agrícolas en tierras adquiridas al mismo Sibiriakov; después de preocuparse por salvar a los campesinos por medio de la revolución, ahora se preocupaban por salvarse a sí mismos, con el trabajo de los agricultores. El gobierno consideraba con gran desconfianza esas iniciativas; pero las comunas y los grupos de intelectuales, que habían surgido en diferentes puntos del país, se portaban tan pacíficamente que no daban motivo para una represión policiaca. Algunas iniciativas se transformaron, por la marcha de las cosas, en empresas capitalistas, pero la mayoría se desmoronó después de los primeros pasos. Eso sucedió con la comunidad cercana a Alakayevka; los que formaban parte de ella no tardaron en dispersarse en todas direcciones, con excepción del organizador, Preobrajensky. Vladímir lo conoció y, a través de él, a otros representantes del movimiento populista de provincia. Sostenía largas conversaciones con Preo-

brajensky, a veces hasta muy entrada la noche, yendo y viniendo por el camino que iba de la granja a la comuna. Vladímir escuchaba y observaba. No, esos hombres resignados, que trabajaban mal la tierra, ya fuera en nombre del comunismo o por la salvación de su alma, no podían atraerlo a su lado.

Desde luego, Alakayevka no dejaba de ser observada por las autoridades policiacas. El jefe de la gendarmería de Samara, en un informe, anunció al departamento de policía la llegada a la granja de la familia Ulianov, especialmente la de Ana, que estaba bajo severa vigilancia, y la de Vladímir que era vigilado sencillamente, así como la del antiguo estudiante Yelisarov "sospechoso desde el punto de vista político". El ministerio de Instrucción Pública recibía, a través del encargado del departamento escolar, Maslennikov, en todos los casos necesarios, informes detallados sobre la familia Ulianov. Dentro del círculo de observaciones se encontraba también Dimitri, apenas estudiante del liceo, de quien se enviaban informes mensuales al administrador. El asunto se complicaba por el hecho de que los Ulianov vivían en una de las antiguas granjas de Sibiriakov, amigo de los deportados políticos y protector de las comunas agrícolas. "Las circunstancias se han complicado —comunicó a San Petersburgo Malennikov— por el hecho de que las cuestiones relativas a las granjas de Samara y las que se refieren a la familia Ulianov, están estrechamente relacionadas." En una palabra, los observadores eran bastantes y, según las palabras del administrador, "la vigilancia no pasaba inadvertida a los vigilados". Sin embargo, los resultados fueron modestos: "No se ha notado nada reprensible", escribió melancólicamente la policía de Samara. Hubiera sido muy difícil encontrar algo reprensible,

ya que los procesos de este tipo aún no se desarrollaban más que en las circunvoluciones secretas del cerebro. ¡Pero eran procesos muy peligrosos! Aunque Vladímir no se metió a propietario agricultor, la estancia en Alakayevka lo preservó de una detención prematura, en compañía de sus amigos de Kazán, en julio de 1889, cuando no sólo se aprehendió a quienes formaban parte del círculo principal de Fedoseyev, sino también a los miembros del círculo auxiliar del que formaba parte Vladímir. Él mismo escribió, muchos años después: "Pienso que me habrían aprehendido, de haberme quedado en Kazán ese verano." A este respecto, los cálculos de la madre resultaron justificados, por lo menos durante algún tiempo. La noticia de las detenciones efectuadas en Kazán produjo en Vladímir una fuerte impresión; no sirvió más que para confirmarlo en este pensamiento: no hay que caer en manos del enemigo aturdidamente, por pequeñeces, hay que realizar el trabajo adecuadamente para causar al adversario el mayor daño posible; pero para esto, es indispensable prepararse.

En el jardín, a la sombra de los tilos, Vladímir tenía su rincón habitual, protegido del sol por la vegetación, con una mesa y una banca fijadas en la tierra; era allí donde pasaba sus horas de estudio. "Durante cinco años, de 1889 a 1893 —escribe Dimitri Ulianov— aquél fue el verdadero gabinete de trabajo de Vladímir." Cerca de allí se había fijado, sobre dos postes, una barra transversal para los ejercicios de gimnasia que se llamaban, a la alemana, *Reck*. El hermano menor miraba con asombro toda la energía y la pasión que desplegaba Vladímir para aprender a elevarse sobre el *Reck*, no sobre el pecho, sino sobre la espalda.

Durante mucho tiempo no pudo hacerlo. Finalmente, un día llamó a Dimitri para que presenciara su triunfo. "¡Por fin he logrado balancearme, mira!" Iluminado por la alegría, se había sentado en el *Reck*. Vencer las dificultades, disciplinar sus propios esfuerzos, levantarse y sentarse sobre el *Reck*, balancearse, ¡no había nada mejor! Sentía la necesidad de mostrar a Dimitri un nuevo movimiento de gimnasia, como al descubrir a Ana los misterios de la plusvalía.

Vladímir se bañaba con frecuencia en el estanque de Alakayevka y nadaba muy bien; iba de cacería, sobre todo cuando ésta ofrecía un hermoso paseo, por ejemplo, hacia los bosques vecinos, persiguiendo aves, pero no podía soportar quedarse inmóvil con una caña de pescar. El deporte no era visto con buenos ojos en esa época por la intelectualidad democrática. Pero Vladímir tenía la particularidad de buscar infatigablemente la manera de sostener un equilibrio activo entre las fuerzas espirituales y las fuerzas físicas. En los ejercicios sobre el *Reck*, en la natación, en las caminatas, en el canto, manifestaba una fogosidad incansable, y al mismo tiempo disciplinada. Como en su primera infancia, tomaba la vida, ante todo, como movimiento, con la diferencia entonces de que colocaba en primer término el movimiento del pensamiento.

Ayudaba en sus estudios a su hermana menor, María; le enseñó a unir un cuaderno con hilo blanco y no negro, le enseñó a hacer cuadrícula en el papel para trazar un mapa; y se dedicaba a estos menudos trabajos con la atención que lo distinguía en todo, y que se grabó para toda la vida en la memoria de María. Después de comer, en el mismo rincón del jardín, Vladímir se dedicaba a lec-

turas más fáciles, y a veces a la literatura; frecuentemente se le unía Olga, quien se preparaba para seguir los cursos superiores en San Petersburgo, y leían juntos a Gleb Uspensky, el artista del movimiento populista.

Un espacio cubierto hacía las veces de terraza: allí era donde se tomaba el té y donde se leía por la tarde para no atraer, con la luz, los mosquitos a las piezas; allí también se cenaba con una sencillez casi bíblica; se subía del sótano un gran recipiente con leche, y los niños la tomaban acompañada con pan de trigo gris. Con frecuencia por las noches, se dedicaban también al canto y a la música. Cantaban en coro; Yelisarov, el marido de la hermana mayor, hacía de solista, acompañado por Olga. Muchas veces también Vladímir tenía su parte solo; en su repertorio figuraba en primer lugar una romanza que empieza:

Tienes hermosos ojitos...

y cuando se llegaba a la estrofa patética: *yo estoy perdido...* la voz del cantante se rompía siempre en la nota alta; Vladímir hacía un gesto desesperado con la mano y gritaba en medio de las risas: *perdido, perdido...*

Ya hemos dicho que tan pronto como estuvo instalado en Alakayevka, Vladímir solicitó por segunda vez autorización para ir al extranjero, "para curarse", pero en realidad para ingresar en una de las universidades extranjeras. Pero el departamento de policía pensó que era posible curarse donde estaba, en el Cáucaso, y no le concedió el pasaporte. Claro que esta negativa era vergonzosa, pero la desgracia no fue tan grande. Los dos años y medio que Fedoseyev pasó en la cárcel, Vladímir los pasó al lado de su madre en condiciones muy favorables para su salud física como moral. Evidentemente, el destino

protegía a este joven, al que había elegido con anticipación para fines especiales. Pero el joven supo muy bien sacar partido de la benevolencia del destino. Probablemente había entre ellos un acuerdo secreto de reciprocidad.

XI. A LA SOMBRA DE LA REACCIÓN

El régimen de Alejandro III llegaba a su apogeo. La ley promulgada en 1889 sobre la jefatura de los *zemstsvos* restableció en las provincias el poder administrativo y judicial de la nobleza sobre los campesinos. Como los propietarios nobles de antes de la reforma, los nuevos jefes tenían derecho a someter al mujik a su antojo, y no solamente a detenerlo, sino también a hacerle azotar. La contrarreforma de 1890 puso definitivamente la administración autónoma de las localidades en manos de los nobles. A decir verdad, ya el estatuto de los *zemstsvos* de 1864 aseguraba suficientemente el dominio de los propietarios nobles sobre las administraciones autónomas, gracias al censo de tierras. Pero como la tierra se escapaba de manos de la nobleza, había que reforzar el censo de la propiedad, con el de la casta. La burocracia adquirió una fuerza tan grande, como la que tuviera en la época del "padrecito" Nicolás del Látigo, de santa memoria. Aunque la propaganda revolucionaria, que cada vez se hacía más rara, era castigada entonces menos severamente que bajo el gobierno del "zar emancipador", generalmente sólo con algunos años de deportación o de prisión, ya que los trabajos forzados y la horca únicamente se aplicaban contra los terroristas, en cambio, para la deportación se escogían precisamente las localidades malsanas, y las peores torturas, infligidas a los revolucionarios detenidos por pequeños actos de protesta, eran aprobadas personalmente por el zar. En marzo de 1889, treinta y cinco deportados que se habían encerrado en

una de las casas de Yakustsk fueron tiroteados en masa; murieron seis, nueve quedaron heridos, tres fueron ejecutados y el resto fueron enviados a trabajos forzados. En noviembre de ese mismo año, una prisionera, castigada con cien azotes con vara por haber insultado al jefe de la prisión, murió al día siguiente; treinta forzados más, como protesta, se envenenaron; de ellos cinco murieron inmediatamente. Pero era tal la desintegración de los círculos revolucionarios, sumidos en un océano de indiferencia, que la represión sangrienta no sólo dejaba de provocar ninguna resistencia activa, sino que pasó inadvertida durante mucho tiempo. Por ejemplo, es dudoso que el rumor de los trágicos sucesos de Yakustsk y de lo ocurrido en Kara haya llegado a Vladímir Ulianov antes de un año, y él vivía en Samara.

Después de aplacadas las universidades, el espíritu de la juventud estudiantil revolucionaria llegó a su punto más bajo. No se hizo una sola tentativa para responder con el terror a la violencia gubernamental. El asunto del 1º de marzo de 1887 fue la última convulsión del periodo dominado por la *Narodnaia Volia*. "El valor de personas como Ulianov y sus compañeros —escribió Plejanov en el extranjero— evoca para mí la actitud de los antiguos estoicos. Su muerte prematura sirvió para sacar a luz la impotencia y caducidad de la sociedad que los rodeaba... Su valor era el que da la desesperación..."

El año de 1888 fue el más sombrío de este periodo siniestro. "El atentado de 1887 —escribe Brusnev, estudiante de San Petersburgo— aplastó hasta los menores vestigios de libertad de pensamiento entre los estudiantes... Tenían miedo unos de otros, y cada uno desconfiaba de todos." "La

reacción social había llegado a su punto extremo", dice en sus recuerdos un estudiante de Moscú, Mickievicz. "Ni antes ni después ha habido un año tan sombrío... En Moscú no encontré ni una sola publicación ilegal." Las traiciones, los actos de felonía y de deserción se sucedían de manera vergonzosa. El dirigente y teórico de la *Narodnaia Volia,* Leon Tijomirov, quien cinco años antes predicaba el asalto al poder mediante una inmediata revolución socialista, a principios de 1888 se declaró partidario de la autocracia zarista y publicó en el exilio un folleto titulado: *Por qué he dejado de ser revolucionario.* Un desaliento general empujaba a cientos y miles de antiguos inconformes a ligarse, ya no con el pueblo, sino con las clases poseedoras y la burocracia. Una estrofa de Nadson, escrita poco antes de su muerte: "No, ya no creo en vuestro ideal", resonó como la confesión de toda una generación. Los menos "adaptables" se ahorcaron o se mataron de un tiro. Chejov escribió al publicista Grigorovitch sobre el suicidio de esos jóvenes: "Por un lado... una sed apasionada de vida y de justicia, el sueño de una actividad tan inmensa como la estepa... por otra parte, la llanura inconmensurable, un clima riguroso, un pueblo ignorante y grosero con su historia dura y fría, el yugo tártaro, la burocracia, la miseria, la vida inculta... La existencia oprime al hombre ruso... como una piedra de varias toneladas de peso"

Al principio de esta oscura decena de reacción se produjo, sin embargo, un acontecimiento político de gran importancia; nació la socialdemocracia rusa. A decir verdad, en sus primeros años, vegetó casi exclusivamente en Ginebra y en Zurich; era una secta de emigrados sin punto de apoyo, cuyos miembros podían contarse con los dedos de la mano.

Pero al estudiar su génesis veremos que la socialdemocracia era un producto orgánico del desarrollo de Rusia y que no por casualidad, a principios de los años 90, Valdímir Ulianov ligó su vida a la del partido.

Hipólito Mychkin, el principal acusado en el "Proceso de los 193" declaró que los actos revolucionarios de la intelectualidad eran la expresión —aunque hubiera sido más adecuado decir el reflejo indirecto— de las dificultades del campesinado. Efectivamente, si en la vieja Rusia no hubiera habido problemas revolucionarios de origen campesino que periódicamente causaban hambres y epidemias, o revueltas espontáneas, tampoco habría existido una intelectualidad revolucionaria con su heroísmo y sus programas utópicos. El régimen zarista llevaba en sí mismo la gestación de una revolución, cuya base social estaba constituida por la contradicción entre las supervivencias del feudalismo y las necesidades del desarrollo capitalista; las conspiraciones y atentados de la intelectualidad sólo fueron los primeros dolores de parto de una revolución burguesa. Pero si la tarea inmediata de ésta era la emancipación de la clase campesina, el proletariado fue el que le dio su fuerza decisiva. Desde los primeros pasos de la historia revolucionaria de Rusia, se puede establecer ya la dependencia inmediata y evidente que relacionaba los actos revolucionarios de la intelectualidad con los movimientos que se producían entre los obreros de la industria.

El trastorno general que produjo en el país la reforma campesina de 1861 se tradujo, en las ciudades, en huelgas obreras que confirmaron el descontento del "pueblo" y dieron valor a los primeros círculos revolucionarios. El año en que nació Lenin

se caracterizó por las primeras huelgas importantes en San Petersburgo. Pero no hay que buscar en esta coincidencia presagios místicos. No obstante, adquieren un matiz particular, a este respecto, las palabras del manifiesto de Marx dirigidas a los miembros de la sección rusa de la Primera Internacional, celebrada ese mismo año de 1870: "También vuestro país comienza a participar en el movimiento general de nuestro siglo." Hacia mediados de los años 70, centenas de obreros participaban ya en el movimiento revolucionario. A decir verdad, según la teoría predominante, se esforzaban por considerarse como miembros de la comuna rural que temporalmente habían abandonado el campo. Pero haciéndose eco activo de la prédica campesinófila a la cual permanecían sordos los propios campesinos, los obreros avanzados le daban la interpretación que correspondía a su propia situación social, con lo cual alarmaban frecuentemente a sus tutores de las filas intelectuales. Los hijos pródigos del populismo crearon en las ciudades, del norte y del sur, las primeras organizaciones proletarias, formulando reivindicaciones que se referían a la libertad de huelga, de asociación, de reunión, de convocar representantes del pueblo, y poniendo el sello de su influencia sobre las rebeliones espontáneas de los obreros de la industria.

Las huelgas de 1878 y 1879 en San Petersburgo que, según Plejanov, testigo ocular que participó en esos acontecimientos, "llegaron a ser el asunto más importante, en el cual se interesó todo el San Petersburgo cultivado y pensante", caldearon la temperatura de los círculos revolucionarios y precedieron directamente la entrada de los populistas en la vía de la lucha terrorista. A su vez, los hombres de la *Narodnaia Volia* en busca de combatientes

dispuestos a tomar el relevo, se ocupaban de hacer propaganda entre los obreros. Los movimientos revolucionarios de dos medios sociales, el intelectual y el proletario, aunque se desarrollaban en relación estrecha, poseían cada uno su lógica particular. Mientras la *Narodnaia Volia* se encontraba casi totalmente liquidada, los círculos obreros creados por sus miembros seguían existiendo, especialmente en la provincia. No obstante, las ideas inculcadas por el populismo, aunque pasadas a través del tamiz del pensamiento obrero, durante mucho tiempo les impidieron encaminarse por el camino adecuado.

La lucha que libraban los marxistas contra esas ideas resultaba aún más difícil por el hecho de que los populistas no se mostraban favorables a Marx. A causa de un equívoco teórico que tenía raíces históricas, lo contaban sinceramente entre sus maestros. La traducción de *El Capital*, comenzada por Bakunin y continuada por el populista Danielson, apareció en 1872; encontró una acogida muy favorable en los círculos radicales y fue distribuida inmediatamente, en sus tres mil ejemplares. La segunda edición fue confiscada por la censura. De hecho, el éxito aparente del libro se explicaba por la falta de éxito interno de la doctrina. El análisis científico del capitalismo era considerado por la intelectualidad —tanto por los bakuninistas como por los lavristas— como la denuncia de los graves errores de la Europa occidental y como una advertencia a guardarse de tomar la ruta equivocada. El comité ejecutivo de la *Narodnaia Volia* escribió a Marx en 1880: "Ciudadano, la clase intelectual y progresista de Rusia... ha recibido con entusiasmo la publicación de sus trabajos científicos, en los cuales, en nombre de la ciencia, se reconoce el va-

lor de los mejores principios de la vida rusa." No fue difícil para Marx adivinar la contradicción: los revolucionarios rusos no habían descubierto en *El Capital* lo que realmente contenía, es decir, el análisis científico del sistema capitalista, sino una condenación moral de la explotación; por lo tanto, creyeron reconocer puntos de vista científicos relacionados con "los mejores principios de la vida rusa": el sistema de la vida comunal y el sistema cooperativo (*artel*). El propio Marx no veía en la comuna rural del sistema ruso un principio socialista, sino un sistema histórico de esclavización de los campesinos y el fundamento material del zarismo. No economizó los sarcasmos dirigidos a Herzen que, como otros muchos, había descubierto "el comunismo ruso" en la obra de un prusiano, viajero y conservador, el barón Haksthausen. El libro de este último apareció en idioma ruso dos años antes que *El Capital* y la "clase intelectual y progresista rusa" trataba tercamente de conciliar a Marx con Haktshausen. Esto no tiene nada de extraño: combinar un objetivo socialista con la idealización de las bases de la servidumbre constituía, en efecto, el sistema teórico del populismo.

En 1879, como recordaremos, *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad) se dividió en dos organizaciones: la *Narodnaia Volia*, que seguía la tendencia democrático-política y reagrupaba a los elementos más combativos del movimiento anterior, y el *Tchorny Perediel* (La Subdivisión Negra) que se esforzaba por conservar los principios puramente populistas de una revolución campesina socialista. El *Tchorny Perediel*, que se oponía a la lucha política provocada por toda la marcha del movimiento, perdió su fuerza de atracción. "Desde los primeros días de su creación, esa organización no tuvo la menor

perspectiva", declara con pena en sus memorias Deutch, uno de sus fundadores. Los mejores obreros, como Kalturin, se dirigieron hacia la *Narodnaia Volia*. En el mismo sentido se orientó la juventud estudiantil. Peor aún era la situación del campesinado. "De esa parte no teníamos absolutamente nada." El *Tchorny Perediel* no representó ningún papel revolucionario. En cambio, sirvió de puente entre el movimiento populista y la socialdemocracia.

Los dirigentes de la organización —Plejanov, Zassulitch, Deutch y Axelrod— se vieron obligados, por la corriente de los años 1880-81, a emigrar, uno después de otro. Estos populistas obstinados, que no habían querido disolverse en la lucha por una constitución liberal, fueron precisamente los que se dedicaron a buscar con un celo muy particular una parte del pueblo en que pudieran sostenerse. Su propia experiencia, a pesar de sus intenciones, demostró sin lugar a dudas que sólo los obreros de la industria eran accesibles a la propaganda socialista. Al mismo tiempo, la literatura populista, tanto artística como científica, había llegado, a pesar de su tendencia, a socavar eficientemente las ideas concebidas *a priori* sobre una "producción popular" armoniosa que, de hecho, no era más que una etapa primitiva del capitalismo. Sólo faltaba sacar las inevitables conclusiones. Pero esta labor suponía toda una revolución ideológica. Por una parte, el trabajo de revisión de las concepciones tradicionales y de iniciación en la nueva orientación fue muy bien realizado por Jorge Valentinovitch Plejanov, dirigente del *Tchorny Perediel*. Más de una vez volveremos a encontrarlo, primero como maestro, después como nuestro predecesor en la acción y, finalmente, como adversario irreconciliable de Lenin.

Rusia ya se había encaminado por la vía del desarrollo capitalista. Y la intelectualidad no pudo desviarla de esa ruta. Las relaciones de la burguesía con la autocracia llegaron a una oposición cada vez mayor y, al mismo tiempo, crearon nuevas fuerzas para la lucha contra esta última. La conquista de la libertad política llegó a ser condición indispensable para una lucha ulterior del proletariado por el socialismo. Los obreros rusos tuvieron que sostener a la sociedad liberal y a la intelectualidad en sus esfuerzos para obtener una constitución, y a la clase campesina en su levantamiento contra los vestigios de la esclavitud. Por su parte, la intelectualidad revolucionaria, para lograr un aliado poderoso, debía colocarse, en teoría, sobre el terreno del marxismo y dedicar sus fuerzas a la propaganda entre los obreros.

Esa era, a grandes rasgos, la nueva concepción revolucionaria. Actualmente, puede parecer un encadenamiento de lugares comunes. Pero en 1883 tenía la resonancia profunda del más insolente desafío a los prejuicios más sagrados. La situación de los innovadores se complicó extraordinariamente por el hecho de que, aun cuando anunciaban teóricamente el advenimiento del proletariado, se veían obligados, en los primeros tiempos, a dirigirse directamente a la misma clase social a la cual pertenecían. Entre los pioneros del marxismo y los obreros que despertaban se levantaba la barrera intermedia, tradicional, de la intelectualidad. Las opiniones antiguas, en este medio, estaban tan fuertemente implantadas que Plejanov y sus camaradas decidieron evitar hasta la denominación de socialdemocracia y eligieron el nombre de Grupo de la Emancipación del Trabajo. Así fue como surgió, en la pequeña Suiza, la célula de un futuro gran par-

tido, la socialdemocracia rusa de la cual debía surgir después el bolchevismo, creador de la República de los Soviets. El mundo carece hasta tal punto de visión del futuro que, cuando brotan los grandes acontecimientos históricos, los heraldos no tocan las trompetas y los astros celestes no envían presagios. El nacimiento del marxismo ruso, y sus primeros ocho o diez años, pareció un episodio poco digno de atención.

Por temor a desalentar a los pocos intelectuales de izquierda, el Grupo de la Emancipación del Trabajo, durante varios años, no tocó el dogma del terrorismo. Consideraba que el error de la *Narodnaia Volia* consistía solamente en no completar su actividad terrorista con "la formación de elementos para el futuro partido obrero socialista de Rusia". Plejanov se esforzaba, y no sin razón, por oponer a los terroristas, en política, el populismo clásico que había rechazado la lucha política. "La *Narodnaia Volia*", escribió en 1883, "no puede encontrar justificación, y tampoco tiene que buscarla, fuera del socialismo científico moderno". Pero las concesiones hechas al terrorismo quedaron sin efecto, y la condena teórica del mismo no encontró eco.

En la segunda mitad de los ochentas, la decadencia del movimiento revolucionario se extendió a todas las corrientes y, al producir una inercia espiritual, obstaculizó la difusión de las ideas marxistas. Cuanto más desertaba la intelectualidad, en conjunto, del campo de batalla, más obstinados se mostraban los elementos que habían permanecido fieles a la revolución, en su adhesión a las tradiciones consagradas por un pasado heroico. La asimilación de las ideas marxistas podría haber sido facilitada por la lucha revolucionaria del proleta-

riado europeo. Pero en el Occidente, los ochenta también fueron de reacción. En Francia aún no cicatrizaban las heridas de la Comuna. La unión de los obreros alemanes había sido lanzada por Bismarck a la clandestinidad. El sindicalismo británico estaba profundamente penetrado de conformismo conservador. Bajo la influencia de causas temporales sobre las que hablaremos más adelante, el movimiento de huelgas en Rusia también se había estancado. Por lo tanto, no es de sorprender que el grupo de Plejanov se haya encontrado totalmente aislado. Se le acusaba de crear una discordia artificial entre las clases, en lugar de buscar la unión indispensable de todas las "fuerzas vivas" contra el absolutismo.

Cierto es que el programa de la fracción terrorista, redactado precipitadamente por Alejandro Ulianov, mientras se dedicaba a la fabricación de ácido azótico y a la preparación de balas de estricnina, declaraba que sus diferencias con los socialdemócratas eran "poco profundas", y se conformaba con formular la esperanza de que "la economía pública evolucionara hacia una forma superior", evitando la etapa capitalista de la evolución y reconociendo "el gran valor independiente de la intelectualidad y su aptitud para dirigir inmediatamente la lucha política contra el gobierno". Prácticamente, el grupo de Alejandro Ulianov se encontraba más alejado de los obreros que los terroristas de la generación anterior.

Las relaciones del Grupo de Emancipación del Trabajo con Rusia eran fortuitas e inseguras. "No nos llegaron más que rumores vagos de la formación del Grupo de Emancipación del Trabajo de Plejanov en 1883", relata Mickiewicz. En los círculos hostiles de la emigración se contaba, con satis-

facción, que un grupo de radicales había quemado solemnemente en Odesa el folleto de Plejanov, *Nuestras diferencias,* y dichos rumores se recibían con confianza, pues respondían, si no a los hechos, por lo menos al estado de ánimo general. Los pocos partidarios del grupo, entre la juventud rusa, que vivían en el extranjero, se quedaban muy atrás, en cuanto a amplitud de miras y valor personal, de los miembros de la década precedente; algunos se decían marxistas sólo porque esperaban así librarse de sus obligaciones revolucionarias. Plejanov, que no respetaba a nadie cuando lanzaba sus ataques, llamaba a esos partidarios de pensamiento oscilante "inválidos que jamás se habían encontrado sobre el campo de batalla". A principio de los años 90, los dirigentes del grupo pudieron, definitivamente, desengañarse, es decir, perdieron sus esperanzas de conquistar a la intelectualidad. La incapacidad de esta última para asimilar las ideas del marxismo fue interpretada por Axelrod como una deformación burguesa. Esta explicación, que es exacta de acuerdo con los hechos históricos y que queda confirmada por la secuencia de los acontecimientos, se adelantaba demasiado: era necesario aun que la intelectualidad rusa pasara por la fase de entusiasmo casi unánime por el marxismo, y ese momento estaba ya próximo.

Sin esperar a que su existencia fuera reconocida por la teoría, el capitalismo realizaba eficazmente, durante esa época, a la sombra de la reacción, su labor de zapa. Las consecuencias de las medidas esclavistas y capitalistas tomadas por el gobierno no lograron unirse en un todo completo. A pesar del gran apoyo financiero del estado, la nobleza terrateniente se arruinaba rápidamente. En los treinta años que siguieron a la reforma, la casta

dirigente abandonó más del 35 % de sus tierras y debe notarse que precisamente durante el reinado de Alejandro III, época de la restauración de la nobleza, fue cuando su ruina alcanzó su punto máximo. Desde luego, la arruinada fue la nobleza pequeña y media. En lo que se refiere a la industria, cuyas ganancias, gracias a los elevados impuestos con que se gravaba la importación, eran del 60 %, no cesaba de progresar, sobre todo a fines de la década. Así, a pesar de las contrarreformas destinadas a proteger a los nobles, se realizaba la transformación capitalista de la economía nacional. La política gubernamental, que apretaba cada vez más los nudos del régimen medieval, sobre todo en el campo, contribuía, por otra parte, a aumentar las fuerzas de las ciudades que estaban llamadas a romper esos nudos. El régimen reaccionario de Alejandro III se convirtió en el invernadero donde incubó la revolución rusa.

Al cuadro general de los años 80, que ya hemos presentado en uno de los capítulos anteriores, conviene ahora hacer una importante rectificación: la postración política afectaba a diferentes capas de la sociedad culta, funcionarios liberales de los *zemstsvos,* intelectuales radicales, círculos revolucionarios; pero, al mismo tiempo, a la sombra de la reacción, se realizaba, en las profundidades del país, el despertar de los obreros de la industria; se producían huelgas tumultuosas, a veces se saqueaban las fábricas, había choques con la policía, aún sin una clara visión revolucionaria, pero ya con víctimas inmoladas a la revolución. Junto con las reivindicaciones, despertaba la solidaridad; se formaba una personalidad de la masa, aquí y allá aparecían dirigentes. En la historia del proletariado ruso, los años 80 fueron el principio de la rebelión.

El movimiento huelguista que se había iniciado en los últimos años del reinado de Alejandro II, y que llegó a su apogeo en el curso de los años 1884-1886, hizo alarmarse a la prensa de diferentes tendencias, y reconocer el nacimiento en Rusia de un "problema obrero" particular. Para hacer justicia a la administración zarista, hay que decir que comprendió mejor que los intelectuales de izquierda la importancia revolucionaria del proletariado. Los documentos oficiales secretos de fines de los 70 comienzan a subrayar el papel de los obreros de la industria, como clase muy poco segura, en tanto que las publicaciones de los populistas aún continúan buscando al proletariado en la clase campesina.

En 1882, al mismo tiempo que se ejerce sobre los huelguistas una cruel represión, comienza a elaborarse rápidamente una legislación concerniente a las fábricas: se prohibe el trabajo a los niños, se crea la inspección de fábricas, se establece una reglamentación incipiente para el trabajo de las mujeres y los adolescentes. La ley del 3 de junio de 1886, que siguió inmediatamente a las grandes huelgas de la industria textil, establece la obligación para los patrones de pagar en efectivo los salarios en fechas fijas, abriendo así la primera brecha en la muralla del arbitraje patriarcal. Sucedió así que el gobierno zarista, aunque presenciaba con satisfacción la capitulación de todos los grupos de la oposición de la sociedad cultivada, tuvo que empezar a capitular ante una clase obrera que iba despertando. Si no se considera este hecho con exactitud no es posible comprender toda la historia ulterior de Rusia, incluso la Revolución de Octubre.

A pesar de la continuación y aun el empeoramien to de la crisis agraria, la crisis industrial, no obs-

tante todas las teorías populistas, se alivió a fines de los años 80. El número de obreros aumentó rápidamente. La nueva legislación sobre las fábricas y los precios base para los artículos de consumo corriente, mejoraron la condición de los obreros habituados a la miseria de las aldeas. Por algún tiempo cesaron las huelgas. Precisamente en este periodo fue cuando el movimiento revolucionario cayó al más bajo nivel alcanzado en los 30 años precedentes. El estudio concreto del zigzagueante movimiento político de la intelectualidad rusa constituye un capítulo altamente instructivo para la sociología: el "libre pensamiento" crítico se encuentra a cada paso supeditado a causas materiales ignoradas por él. Si una ligera pluma que el más leve soplo de viento se lleva pudiera tener conciencia de sí misma, se consideraría como el ser más libre de la tierra.

En los movimientos de huelga, a principios de 1880, el papel dirigente estuvo en manos de los obreros educados en el movimiento revolucionario de la década anterior. A su vez, las huelgas dieron impulso a los obreros más conscientes de la nueva generación. Es cierto que las actitudes místicas de la época penetraron también en los medios obreros. Pero, si para la intelectualidad el tolstoísmo significaba la renuncia a la lucha activa, para los obreros era con frecuencia la primera forma, aún vaga, de protesta contra la injusticia social. Así es como ideas idénticas con frecuencia realizan funciones opuestas en los diversos medios sociales. Los ecos del bakuninismo, las tradiciones de la *Narodnaia Volia*, las primeras palabras del marxismo, se combinan, entre los obreros avanzados, con su propia experiencia de las huelgas y adquieren inevitablemente el cariz de la lucha de clases. Jus-

tamente en 1887, León Tolstoi se entregaba a tristes reflexiones sobre el resultado de la lucha revolucionaria en los veinte años anteriores. "¡Cuántas aspiraciones verdaderas al bien, cuántas disposiciones para el sacrificio han sido desperdiciadas por nuestra juventud intelectual para implantar la justicia...! ¿Y qué se ha logrado?, ¡Nada, menos que nada!" El gran artista se equivocó también esta vez en política. Las aniquiladas fuerzas morales de la intelectualidad se habían incrustado más profundamente en la tierra, y pronto resurgirían como primeros brotes de la conciencia de masas.

Abandonados por sus dirigentes intelectuales, los círculos obreros continuaban buscando independientemente su propia ruta; leían mucho, buscaban en las revistas antiguas y nuevas artículos sobre las condiciones de vida de los obreros de la Europa occidental, establecían comparaciones con su propia existencia. Uno de los primeros obreros marxistas, Chelgunov, recuerda que durante los años de 1887-88, es decir, en el periodo maldito entre todos, "los círculos obreros seguían desarrollándose... los obreros progresaban... los obreros avanzados buscaban libros viejos para instruirse, y los compraban". Sin duda esos libros de segunda mano habían sido vendidos por una intelectualidad desilusionada. Un tomo de *El Capital*, entre los libreros de segunda mano, valía de cuarenta a cincuenta rublos. Y, no obstante, los obreros de San Petersburgo se las arreglaban para comprar este libro de sabiduría. "Yo mismo —escribe Chelgunov— me vi a veces obligado a deshojar *El Capital* en capítulos, para que pudieran leerlo simultáneamente en cuatro o cinco círculos". El obrero Moisenko, organizador de una formidable huelga textil, después de haber leído *El Capital*, estudiaba con sus cama-

radas en el exilio, las obras de Lassalle. La semilla no caía en tierra estéril.

En un homenaje dedicado al viejo publicista Chelgunov (que no debe confundirse con el obrero mencionado anteriormente, su homónimo), poco antes de su muerte, acaecida en 1891, un grupo de obreros de San Petersburgo le agradeció particularmente el haber indicado, a través de sus artículos sobre la lucha del proletariado en Francia y en Inglaterra, el camino adecuado que deberían seguir los obreros rusos. Los artículos de Chelgunov estaban escritos por intelectuales; pero en manos de los obreros se convirtieron en fuentes de deducciones que iban mucho más allá del pensamiento del autor. Asombrado por la visita de una delegación obrera, el viejo se llevó a la tumba la imagen de una fuerza que despertaba. El más notable de los escritores populistas, G. I. Uspensky, antes de caer en la locura, pudo darse cuenta de que los obreros avanzados lo apreciaban y lo amaban y felicitó públicamente a los escritores rusos "Por sus nuevos lectores del futuro." Los oradores obreros en San Petersburgo, que celebraron clandestinamente el 1º de mayo de 1891, evocaron con gratitud la lucha realizada hasta entonces por los intelectuales, y al mismo tiempo expresaron de una manera bastante clara su intención de ocupar, en adelante, su lugar. "La juventud de hoy —dijo uno de estos oradores— no piensa en el pueblo. Esta juventud no es otra cosa que un elemento parasitario de la sociedad." El pueblo comprenderá mejor la propaganda de los obreros "porque nosotros estamos más cerca de él que los intelectuales".

No obstante, al cabo de dos décadas, nuevos alientos recorrieron, aunque lentamente, los medios in-

telectuales. Los estudiantes entraron en contacto con los obreros y se contagiaron de su valor. Entonces aparecieron los socialdemócratas que, en su mayoría, eran gente muy joven, cuya voz apenas estaba cambiando, así como su respeto a las antiguas autoridades. Un joven de esa época, Grigoriev, que vivía en Kazán, escribe en sus recuerdos: "En 1888, entre los jóvenes de Kazán se manifestaba cada vez más interés por el nombre de Marx." En el centro de los primeros círculos marxistas de Kazán se encuentra el joven revolucionario Fedoseyev. Según Brusnev, a partir del invierno de 1888-1889 en San Petersburgo "el interés por los libros que trataban problemas sociales y políticos había aumentado considerablemente. Se pedían por doquier publicaciones ilegales." Se leían los periódicos de manera diferente. Los *Russkia Vedomosti* (Informaciones Rusas) órgano central del liberalismo de los *zemstsvos,* publicó en el curso de sus años de vida, largos informes de Berlín, con amplias citas de los discursos de Bebel y de otros dirigentes socialdemócratas. El periódico liberal quería expresar así al zar y a sus consejeros que la libertad no era peligrosa; el emperador de Alemania permanecía sólidamente sentado en su trono, la propiedad y el orden estaban ahí sólidamente garantizados. Pero los estudiantes revolucionarios encontraron otra cosa en dichos discursos. Los propagandistas soñaban con educar a los obreros para convertirlos en Bebels rusos. Las nuevas ideas habían sido introducidas por estudiantes polacos; el movimiento obrero en Polonia se había desarrollado más rápidamente que en Rusia. Según Brusnev —quien en los meses siguientes se encontró en el centro de un golpe socialdemócrata en San Petersburgo— en los círculos de los estudiantes de

tecnología de 1889 predominaba ya la corriente marxista; los futuros ingenieros que se preparaban para servir al capitalismo encontraban difícil conservar la fe en la existencia de rutas originales propias de Rusia. Los estudiantes técnicos realizaban una propaganda bastante activa en los círculos obreros. La animación llegó también a los antiguos círculos, casi muertos. De regreso de la deportación, los miembros de la *Narodnaia Volia* se esforzaban, aunque sin resultados de momento, por reconstruir el partido terrorista.

Leónidas Krasin, que apareció entonces en el campo de lucha de San Petersburgo, de regreso de la lejana Siberia, con su hermano Hermann, describió más tarde, con cierta gracia, sus comienzos en el marxismo. "La falta de conocimientos se suplía con el ardor de la juventud y la fuerza de las voces... Hacia fines de 1889, las cualidades combativas de nuestro círculo ya se consideraban sólidamente establecidas." ¡Leónidas tenía entonces diecinueve años! Mickiewicz observó también en la vida de los estudiantes de Moscú un cambio de su estado de ánimo; ya no había la desesperación de antaño; se formaba un número cada vez mayor de espontáneos círculos de cultura, aumentaba el interés por el estudio de Marx. En la primavera de 1890, después de un intercambio de tres años, estallaron graves desórdenes entre los estudiantes. El resultado fue que los hermanos Krasin, estudiantes de tecnología, fueron enviados de San Petersburgo a Nijni Novgorod. Por su boca supo por primera vez Mickiewicz, deportado en el mismo lugar, que se realizaba una animada predicación del marxismo, y se lanzó sobre la publicación de Plejanov *Nuestras diferencias*. "Un nuevo mundo se abre ante mí; se ha encontrado la clave para

comprender la realidad circundante." El *Manifiesto del Partido Comunista,* que leyó en seguida, produjo sobre Mickiewicz una enorme impresión: "Comprendí las bases de la gran teoría histórico-filosófica de Marx. Me convertí entonces en marxista para toda la vida." Durante esa época, Leónidas Krasin obtuvo autorización para regresar a la capital, y allí realizó propaganda entre los obreros textiles. Nevzorova, estudiante de principios de los años 90, cuenta cómo las publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo, constituyeron una verdadera revelación para la juventud de la época: "Recuerdo aún ahora la profunda agitación producida por el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels." Krasin, Mickiewicz, Nevzorova y sus amigos constituyen el marco de formación del futuro bolchevismo.

El nuevo estado de ánimo de la intelectualidad rusa se debía también a los acontecimientos de Occidente, donde el movimiento obrero salía de su marasmo. La famosa huelga de los estibadores ingleses dirigida por el futuro renegado John Burns abrió el camino a un nuevo sindicalismo combativo. En Francia, los obreros se recuperaban de la catástrofe, y entonces fue cuando se oyeron las palabras de los marxistas Guesde y Lafargue. Durante el otoño de 1889, tuvo lugar en París el congreso constitutivo de la nueva internacional. Plejanov pronunció en ese congreso su declaración profética: "La revolución rusa solamente podrá triunfar como revolución obrera; no hay otro camino y no puede haberlo." Estas palabras, que sonaron en la sala del congreso sin ser apenas notadas, despertaron un eco en Rusia, en los corazones de varias generaciones de revolucionarios. Finalmente, en Alemania, en las elecciones de 1890, la socialdemocra-

cia ilegal logró casi millón y medio de votos. La ley de exclusión de los socialistas que había durado doce años, se desmoronaba vergonzosamente.

¡Cuán ingenua es la creencia en el nacimiento espontáneo de las ideas! Fue necesaria toda una serie de circunstancias objetivas y materiales, en un determinado encadenamiento y en una relación determinada, para que el marxismo pudiera penetrar en el espíritu de los revolucionarios rusos. El capitalismo debía realizar grandes progresos, la intelectualidad debía agotar todos los demás caminos, el bakuninismo, el lavrismo, la propaganda entre los campesinos, las estancias en el campo, el terrorismo, la acción cultural pacífica, el tolstoísmo; los obreros debían organizar huelgas; el movimiento socialdemócrata en Occidente debía tomar un carácter más activo; finalmente, la formidable y catastrófica hambre de 1891 debía poner al descubierto todas las úlceras de la economía pública de Rusia, y solamente entonces las ideas marxistas, que habían sido formuladas teóricamente casi cincuenta años antes y anunciadas en Rusia por Plejanov en 1883, empezarían a ser aceptadas sobre la tierra rusa. Y, sin embargo, aún no se había dicho todo. Después de ser ampliamente difundidas en los medios intelectuales, fueron deformadas sobre el terreno, conforme a la naturaleza social de dichos medios. Sólo cuando apareció una vanguardia proletaria consciente, el marxismo ruso adquirió definitiva forma. ¿Significa esto que las ideas no son ni esenciales ni activas? No, sólo significa que las ideas están socialmente condicionadas; antes de convertirse en causa de los hechos y de los acontecimientos, aparecen como su consecuencia. Más exactamente, la idea no se eleva por encima del hecho como esencia superior, pues la propia idea

es un hecho que entra como eslabón indispensable en la cadena de otros hechos.

El desarrollo particular de Vladímir Ulianov se realizó en estrecha relación con la evolución de la intelectualidad revolucionaria y con la formación de una reducida clase de obreros avanzados. En este punto, la biografía se liga orgánicamente con la historia. El proceso subjetivo de la formación intelectual coincide con el proceso objetivo del crecimiento de la crisis revolucionaria en el país. Al tiempo que surgen los primeros grupos marxistas y los primeros círculos socialdemócratas, se prepara y madura, a la sombra de la reacción, el futuro dirigente del pueblo revolucionario.

XII. EL PERÍODO DE SAMARA

En el otoño, la familia Ulianov se mudó a la ciudad en donde, con los Yelisarov, ocupaban la mitad de un piso de una casa de madera de seis o siete pisos. Así vivieron los Ulianov en Samara, durante casi cuatro años y medio. En la vida de Lenin, el periodo de Samara constituye algo especialmente interesante. Más tarde, a mediados de los años 90, Samara, bajo su dirección, se convirtió, en cierta forma, en la capital marxista de la región del Volga. Por lo tanto, es indispensable echar, por lo menos, una rápida ojeada a la fisonomía de esta ciudad.

La historia administrativa de Samara se asemeja mucho a la de Simbirsk: la misma lucha contra los nómadas, la misma época de fundación de la "ciudad", es decir de construcción de las fortificaciones de madera, la misma lucha contra Rasin y Pougatchef. Pero la fisonomía social de Samara es muy diferente. Simbirsk fue siempre un sólido baluarte de la nobleza. Situada más adentro de la estepa, Samara comenzó a desarrollarse mucho después, ya abolido el derecho de servidumbre, como centro de comercio de cereales. El hecho de que la calle principal de la ciudad se llamara Calle de la Nobleza sólo se debía al afán de imitación. En realidad, el régimen de servidumbre apenas había llegado a las estepas de Samara, la cual carecía de antepasados y de tradiciones. No tenía universidad como Kazán y, en consecuencia, tampoco había casta universitaria ni medio estudiantil. Por lo tanto, se sentían dueños de la situación, con absoluta seguridad, los ganaderos, los agricultores,

los comerciantes de granos y los molineros, que fueron en realidad los pioneros del capitalismo agrario. Como no sólo eran indiferentes a la estética, sino también a la comodidad personal, no se construyeron residencias señoriales con columnas ni estatuas de yeso. Lo que necesitaban eran embarcaderos, granjas, molinos, tiendas, puertas cocheras con rejas de hierro, pesadas cadenas. No se interesaban por los perros de caza, sino por los perros guardianes. Hasta que habían logrado amasar una sólida fortuna, no construían casas de piedra.

En torno de la burguesía que comerciaba en cereales por el Volga y en torno de sus embarcaderos y sus almacenes, se movía un enjambre de vagabundos y de semivagabundos. Los primeros habitantes de los alrededores de Samara habían tratado una vez, siguiendo el ejemplo de los alemanes —menonitas de Sarepta— de cultivar una planta que produjera buenas ganancias, como la mostaza, pero el hombre ruso careció de capacidad y de paciencia. El fracaso de las plantaciones de mostaza dejó llenos de amargura a los pequeños burgueses de Samara que, además de su desilusión, tuvieron que cargar con el sobrenombre irónico de los "mostaceros". Cuando se enfurecían, sobre todo después de haber bebido un poco, los habitantes de las afueras de Samara, como los boteros del Volga, causaban bastantes molestias a las autoridades. Pero sus revueltas carecían de sentido y de objetivo, como toda su existencia perdida.

El viejo Chelgunov, el mismo a quien posteriormente los obreros de San Petersburgo rindieron homenaje, nos ofrece una interesante descripción de Samara, ciudad de pioneros, escrita en 1887: "Al lado de los palacios se extienden terrenos bal-

díos o cercas, o surgen las chimeneas de casas quemadas desde hace quince años, que nunca serán reconstruidas, como tampoco se levantará el pionero que fue más allá de sus posibilidades y se arruinó. Más lejos aún, después de las cercas, de los terrenos baldíos y de las casas derruidas, se extienden los barrios de las afueras de la ciudad, donde se aprietan, una junto a otra, miserables chozas de tres o cuatro ventanas. Son de los aldeanos que han abandonado la estepa y se han radicado en la ciudad a fin de trabajar para el pionero..."

En Samara casi no había industria y, por lo tanto, no había obreros industriales. Y como tampoco había inquietud universitaria, Samara se encontraba entre el número de ciudades que no causaban problemas, en donde las autoridades toleraban la estancia de revolucionarios que habían terminado su periodo de deportación en Siberia, además de que a veces se le enviaban también sospechosos aprehendidos en las capitales y en los centros universitarios, bajo la vigilancia de la policía. Este conglomerado nómada que, hasta principios de los años 90 conservaba aún la tendencia populista, era el centro en torno al cual se agrupaba la izquierda de la juventud local. No sólo los representantes de los *zemstsvos* y los comerciantes, sino, a veces, también los funcionarios, se permitían jugar impunemente a los liberales en esta provincia en que la nobleza no ejercía ningún control y donde casi no había disturbios entre estudiantes ni entre obreros. Las sombrías revueltas de los trabajadores del puerto no eran registradas siquiera en el libro de la policía. Entre los individuos que estaban bajo vigilancia se podían encontrar siempre hombres inteligentes y honrados, que eran funcionarios de los *zemstsvos*, administradores o secretarios, aunque se-

gún la ley, estas ocupaciones exigieran una garantía oficial de lealtad al gobierno. Según los informes de la policía de Samara, Vladímir Ulianov se ocupaba en 1889 de dar lecciones particulares. La administración de Samara cerraba los ojos ante los pequeños favores que se concedían a los sospechosos.

Los antiguos deportados, los individuos bajo vigilancia y, junto con ellos, los pequeños círculos de estudiantes de preparatoria, de seminaristas, de muchachas educadas en las escuelas de salud de los *zemstsvos* y, finalmente, de estudiantes que iban a Samara a pasar el verano, constituían, por decirlo así, la vanguardia de la provincia. De este pequeño mundo partían los hilos en dirección de los liberales colocados en los *zemstsvos*, en la abogacía, el comercio o la administración. Los dos grupos se alimentaban del periódico liberal populista *Russkie Vedomosti* (*Informaciones Rusas*); el ala más importante se interesaba sobre todo por los editoriales ligeramente insidiosos y por lo relacionado con la agricultura; la juventud radical devoraba las noticias del extranjero. De todas las revistas mensuales, la izquierda absorbía ávidamente cada número acabado de salir de la *Russkoie Bogatstvo* (*La Riqueza Rusa*), sobre todo los artículos del talentoso publicista Mijailovsky, infatigable predicador de la "sociología subjetiva". El público más moderado prefería el *Vestnik Europy* (*El Mensajero de Europa*) o bien la *Russkaia Mysl* (*El pensamiento ruso*), órganos de un constitucionalismo disfrazado. En Samara, la propaganda no iba más allá de los límites del mundo intelectual. El nivel cultural de los obreros, que eran pocos, resultaba muy bajo. Algunos ferrocarrileros se adhirieron, es cierto, a los círculos populistas, no con el fin

de realizar propaganda entre los medios obreros, sino para elevar su propio nivel cultural.

Los individuos bajo vigilancia visitaban sin preocupación a la familia Ulianov que, por su parte, había ido perdiendo poco a poco, todo motivo para evitar la amistad de los enemigos del zar y de la patria. La viuda del alto consejero de estado había entrado en contacto con un mundo que probablemente no hubiera pensado en tratar en vida de su marido. En esa época, su sociedad ya no se componía de funcionarios de provincia con sus esposas, sino de viejos radicales rusos, que habían pasado años en prisión o en la deportación y evocaban a sus amigos muertos al resistir a mano armada, en un atentado terrorista o perecidos en los trabajos forzados; en una palabra, eran personas de ese mundo al que Alejandro se había entregado para no volver más. Tenían opiniones insólitas sobre muchas cosas, sus maneras no eran siempre distinguidas, y algunos se hacían notar por extravagancias adquiridas durante sus largos años de prisión, pero no eran mala gente; por el contrario, María Alejandrovna pudo convencerse de ello; eran valientes, desinteresados, fieles en la amistad, audaces. No podía dejar de mirárseles con simpatía y, al mismo tiempo, era imposible no tenerles miedo; ¿no arrastrarían también al otro hijo al camino fatal?

Entre los revolucionarios que residían en Samara bajo la vigilancia de la policía, se distinguían Dolgov, que había participado en el famoso asunto Netchaev y el matrimonio Livanov; el marido había estado complicado en el proceso de los 193, y la mujer, comprometida en Odesa en el asunto Kovalsky, había intentado resistir a mano armada para no dejarse detener. Las conversaciones con

esta gente, sobre todo con los Livanov, de quienes dice Yelisarova que eran "populistas típicos, totalmente idealistas" fueron para Vladímir una verdadera escuela práctica de revolución. Captaba con avidez sus narraciones, hacía pregunta tras pregunta, y pedía siempre nuevos detalles para animar en su imaginación el curso de las luchas del pasado. Ante Vladímir se levantaba, con vívidas figuras humanas, una gran época revolucionaria que aún no había sido estudiada y ni siquiera narrada en los escritos y que, además, había sido aislada de la nueva generación por una fase reaccionaria. Este joven poseía el más raro de los dones: saber escuchar. Todo lo que se refería a la lucha revolucionaria le interesaba; las ideas, la gente, los procedimientos de conspiración, la técnica de la acción clandestina, los pasaportes falsos, el régimen penitenciario, los procesos en los tribunales, las condiciones de la deportación y las evasiones.

Uno de los lugares de reunión de la intelectualidad radical de los *zemstsvos* de Samara era la casa del juez de paz Samailov. Allá iba con frecuencia Yelisarov, que un día tuvo la feliz idea de llevar consigo a su cuñado. Esta visita permitió a Samoilov hijo, muchos años después, reconstruir la figura del joven Ulianov, con algunos rasgos bien trazados: "Cuando fui a saludar a los invitados —cuenta Samoilov—, me llamó desde luego la atención una nueva cara; sentado a la mesa, muy desenvuelto, se encontraba un joven muy delgado, con las mejillas de un rojo vivo en un rostro que tenía algo de kalmuko, una barba rala y rojiza, que evidentemente aún no había conocido la navaja y una mirada socarrona en sus ojos vivos y brillantes. Hablaba poco, pero eso no se debía en forma alguna a que se sintiera intimidado en un medio desco-

nocido; no, era evidente que esta circunstancia no le molestaba en absoluto. Por el contrario, me di cuenta de que M. T. Yelisarov, quien generalmente se encontraba a gusto entre nosotros, esta vez se mostraba, si no molesto, sí intimidado, ante el nuevo huésped. La conversación era insignificante y se refería, si recuerdo bien, al movimiento estudiantil en Kazán, a causa del cual Vladímir Ilitch (pues él era) se había visto obligado a salir de la universidad de Kazán... No parecía dispuesto a tomar el caso por el lado trágico... A media conversación, después de haber formulado una conclusión que le pareció particularmente adecuada, estalló en una risa característicamente rusa. Se veía claro que se le acababa de ocurrir un pensamiento agudo, que ya antes había buscado. Esta risita sana y no desprovista de malicia, subrayada por pequeñas arrugas igualmente maliciosas en el extremo de los párpados, se me grabó en la memoria. Todos rieron, pero él ya se había tranquilizado, y de nuevo puso atención a la conversación general, mirando atentamente a los interlocutores con su mirada irónica." Cuando el visitante hubo salido, el anfitrión, de naturaleza expansiva, resumió la impresión que le había producido con estas palabras exaltadas: "¡Qué gran cabeza!" La exclamación del padre resonó para siempre en la memoria del hijo, aunada a la imagen del joven Lenin, con aquel reflejo irónico en la mirada y su risita "muy a la rusa". Es cierto que de la misma manera lo presenta, tres años más tarde, Lalayanz, quien estaba muy cerca de Vladímir: "De pequeña estatura, pero muy sólidamente formado." Esta descripción responde mucho mejor a lo que sabemos de Vladímir en esos años: amigo de hacer grandes caminatas, cazador, maestro en la natación y el patinaje, acró-

bata que hacía ejercicios sobre el *Reck* y, además, aficionado al canto, con un registro elevado que a veces estiraba hasta producir notas falsas. Es posible que quien llegó a Samara siendo un adolescente delgaducho, se haya fortalecido allá, gracias a la vida en la amplitud de la estepa.

Queda absolutamente fuera de duda que fue precisamente durante el periodo de Samara cuando Vladímir Ulianov se hizo marxista y socialdemócrata. Pero la estancia en Samara duró casi cuatro años y medio. ¿Cómo se registró durante este largo periodo la evolución del joven? Los biógrafos oficiales se han librado de dificultades de una vez por todas gracias a una teoría salvadora, según la cual Lenin era revolucionario por herencia y marxista de nacimiento. Pero no fue así. Cierto que no tenemos documentos que prueben que Vladímir compartiera, durante los primeros años del periodo de Samara, las opiniones de la *Narodnaia Volia;* pero los datos de los años siguientes casi no dejan duda sobre este punto. Más tarde escucharemos los testimonios, dignos de crédito de Lalayanz, de Kriyanowsky y de otros, sobre el hecho de que Vladímir, durante los años de 1893-95, es decir, cuando ya era un marxista bien formado, aún conservaba sobre el terrorismo ideas insólitas en el medio socialdemócrata, que eran consideradas por todos como supervivencia de la etapa anterior de su evolución. Pero aun cuando no poseyéramos esta confirmación absoluta *a posteriori,* de todos modos estaríamos obligados a preguntarnos: ¿sería posible que esa etapa no hubiera existido?

La sombra política de Alejandro siguió a Vladímir durante muchos años. "¿No es el hermano de ese Ulianov?" escribió al margen de un documento oficial un burócrata de alta categoría. Y todos quienes

lo rodeaban lo consideraban desde el mismo ángulo. "El hermano de Ulianov, que fue ahorcado", decía de él con respeto, la juventud radical. *El muerto se apodera del vivo.* El propio Vladímir no mencionaba nunca a su hermano, a menos que se viera obligado por una pregunta directa; más tarde no lo citó ni una sola vez en la prensa, aunque las ocasiones de hacerlo se presentaran con frecuencia. Pero precisamente este silencio obstinado probaba la profundidad de la herida causada por la muerte de Alejandro. Para romper con la tradición de la *Narodnaia Volia,* Vladímir necesitaba motivos infinitamente más convincentes que cualquier otra persona.

No obstante, la prolongada persistencia de sus simpatías terroristas, que lanzaron un reflejo retrospectivo sobre el periodo de su evolución, matizada con las ideas de la *Narodnaia Volia,* no sólo tenía raíces personales. Vladímir evolucionaba de acuerdo con toda una generación y toda una época. Ni siquiera los primeros trabajos del Grupo de la Emancipación del Trabajo, admitiendo que Vladímir hubiera tenido tiempo de conocerlos, lo empujaban a romper de golpe con la bandera de su hermano mayor. Al desarrollar la perspectiva de la evolución capitalista en Rusia, Plejanov no oponía aún la futura socialdemocracia a la *Narodnaia Volia,* sino que pedía únicamente a los partidarios de esta última que asimilaran el marxismo. Un poco antes, el Grupo de Emancipación del Trabajo había realizado una tentativa práctica para unirse, en el extranjero, con los representantes de la *Narodnaia Volia.* Si a principios de esa decena se presentaban así las cosas, y eso en la emigración, donde actuaban teóricos combativos, de una u otra tendencia, en Rusia la diferenciación entre los partidarios de

la *Narodnaia Volia* y los socialdemócratas era, para fines de los años 80, más vaga aún. Axelrod tiene razón cuando dice en sus recuerdos que "la principal línea divisoria entre los miembros de la *Narodnaia Volia* y los socialdemócratas no se encontraba, a fines de los años 80, en la oposición marxismo-populismo, sino en el dilema: lucha política directa, que entonces era sinónimo de terrorismo, o propaganda". En aquellos casos en que los marxistas aceptaban el terrorismo, la línea de demarcación desaparecía por completo. Así fue como Alejandro, quien tuvo tiempo de leer *Nuestras diferencias*, consideró que prácticamente no existía diferencia entre los miembros de la *Narodnaia Volia* y los socialdemócratas; y que Plejanov había hecho mal en dar un carácter polémico a su obra contra Tijomirov. En la conspiración del 1º de marzo de 1887, los representantes de las dos tendencias actuaron bajo la bandera de la *Narodnaia Volia.*

El acercamiento de las dos tendencias que, más tarde, deberían alejarse irrevocablemente, tenía en realidad un carácter ilusorio que se explicaba por su debilidad y por el tono crepuscular de la política de la época. Pero fue precisamente en medio de este crepúsculo cuando Vladímir emprendió el estudio de la teoría marxista. Al mismo tiempo conoció, a través de las narraciones de los "viejos", la práctica de las luchas recientes, que habían llegado a su punto final con la conspiración de Alejandro. En Samara, donde aún no existía movimiento obrero, ni siquiera embrionario, las agrupaciones se formaban tardíamente en los medios intelectuales, y se desarrollaban despacio. Aún no había socialdemócratas. En estas condiciones, Vladímir podía avanzar mucho en el estudio de los clásicos marxistas sin verse obligado a elegir definitivamente

entre el marxismo y la *Narodnaia Volia*. Tanto su voluntad como su inteligencia buscaban ante todo la claridad y la perfección. Pero el sentido de responsabilidad era también de gran importancia para él. El destino de Alejandro había transportado brutalmente las ideas de la "lucha por la libertad" de la esfera de los sueños rosados de la adolescencia al reino de la dura realidad. En estas condiciones, elegir significaba estudiar, comprender, verificar, convencerse, y eso exigía tiempo.

Entre los primeros amigos que tuvo Vladímir en Samara se encuentra un tal Skliarenko, de su misma edad. Expulsado de la sexta clase del liceo y detenido en 1887, había ya pasado un año en la prisión de Kresty en San Petersburgo y, desde su regreso a Samara, había reanudado su propaganda entre la juventud. Gracias a sus esfuerzos, se había creado una pequeña biblioteca, medio legal y medio ilegal, para los autodidactos. De los viejos periódicos mensuales se desprendían los artículos más instructivos, de acuerdo con un catálogo especial de propaganda, y era frecuente tener que copiar a mano la primera y la última páginas. Estos recortes de artículos se encuadernaban y, junto con unos cien o doscientos libros elegidos, prohibidos en su mayor parte, formaban la biblioteca de los alumnos del liceo de Samara, a la que Vladímir tuvo que recurrir más de una vez durante los años que pasó en dicha provincia. Junto con su amigo Semenov, Skliarenko publicó, con una máquina copiadora, una bibliografía, acorde con el espíritu de la *Narodnaia Volia*, que predominaba a su alrededor. Si Ulianov se hubiera considerado como socialdemócrata desde los dos primeros años de su estancia en Samara, habría tenido acaloradas discusiones con Skliarenko, Semenov y sus amigos, y, en

el caso de una resistencia tenaz por parte de sus adversarios, estos debates hubieran llevado inevitablemente a una rápida ruptura. Pero no hubo nada de eso; sus relaciones siguieron siendo cordiales. Por otra parte, las relaciones amistosas de Vladímir con los jóvenes partidarios de la *Narodnaia Volia* no le hicieron participar en sus labores clandestinas. Las iniciativas revolucionarias de esos jóvenes inexpertos no podían atraerle, después de lo que sucediera a Alejandro. Quería, ante todo, instruirse, y pronto arrastró por ese camino a Skliarenko y a Semenov.

Vladímir pasó cuatro inviernos en Samara. Durante esos años se desarrolló y evolucionó, dirigiéndose progresivamente por el camino de la socialdemocracia. Pero aquellos que lo observaban y sentían su influencia también cambiaron. Los límites entre las diferentes etapas se han borrado de las memorias... Los resultados de la evolución, que se ven con claridad en 1892, generalmente quedan repartidos por todo el periodo de Samara. Esto se nota particularmente en los recuerdos de la hermana mayor, quien dice que Vladímir "se exasperaba cada vez más" y disputaba con los antiguos miembros de la *Narodnaia Volia* sobre sus opiniones fundamentales. Sin duda, así sucedió la cosa. Pero, ¿a partir de cuándo comenzaron las disputas y cuándo adquirieron un tono exasperado? Ana, que siempre había visto con poca claridad todo lo referente a los principios, en la época en que se radicaron en Samara, acababa de casarse con Yelisarov y, aunque las dos familias vivían en la misma casa, naturalmente la joven pareja se separó de los demás. Los dos primeros años de la estancia de Vladímir en Samara escapan casi completamente de la memoria de su hermana mayor.

Se puede creer sin dificultad que los puntos de vista arcaicos de los "viejos" de Samara no podían satisfacer a un espíritu joven que se preocupaba por los problemas de fondo. Seguramente, Vladímir discutía con los viejos, desde los primeros años, no porque ya hubiera encontrado la verdad, sino porque la buscaba. Pero mucho más tarde, hacia fines del periodo de Samara, fue cuando esas discusiones se convirtieron en el conflicto de dos tendencias. Es de notar que la propia Yelisarova, buscando un ejemplo vivo de las discusiones de Samara, escoja como principal adversario a Vodovosov, quien estaba bajo vigilancia policíaca. Pero las discusiones con ese ecléctico irredento, que no formaba parte ni de los populistas ni de los marxistas, tuvieron lugar en el invierno de 1891 a 1892; en consecuencia, a fines del tercer año de la estancia en Samara.

Verdad es que uno de los militantes en Samara cuenta que durante un paseo en bote realizado por la juventud radical, en el verano o el otoño de 1890, Ulianov rebatió la teoría moral idealista, presentada por un tal Buchholz, y le opuso una concepción de clase. Este episodio nos hace pensar que el ritmo de desarrollo de Vladímir en realidad fue un poco más rápido de lo que indican los otros datos. Pero hay que hacer notar que el propio Buchholz, socialdemócrata alemán nacido en Rusia, refuta, en el punto que nos interesa, el episodio que acabamos de narrar. "En las reuniones en las que nos encontrábamos —escribe— V. I. Ulianov, hasta donde puedo recordar, no manifestaba ninguna actividad particular en ningún aspecto y, en todo caso, no exponía opiniones marxistas." El valor de este testimonio es absolutamente indiscutible. ¿Puede pensarse que Ulianov hubiera escondido su antorcha de haber estado ya encendida? Si no expresaba

opiniones marxistas, es porque aún no las había elaborado.

En octubre de 1889, ya instalado en Samara, Vladímir envía a "Su Excelencia, el señor ministro de Instrucción Pública" una nueva solicitud, escrita en un tono muy persuasivo. Durante los dos años que siguieron a la terminación de sus estudios en el liceo. él, Vladímir Ulianov, ha tenido "capacidad para convencerse de la enorme dificultad, si no imposibilidad de encontrar una ocupación para un hombre sin una instrucción especializada". Además, el suscrito tiene gran necesidad de un empleo que le conceda la posibilidad de "sostener con su trabajo a una familia compuesta por su madre, muy anciana, un hermano y una hermana aún no salidos de la infancia". Esta vez no pide que se le reciba en la universidad, sino solamente el derecho de pasar el examen final como externo. Delianov escribió con lápiz, sobre la solicitud: "Interrogar, respecto al solicitante, al encargado y al departamento de policía, si se trata de un hombre malo." Evidentemente el departamento de policía no podía tener una opinión más favorable sobre el solicitante que el ministro de Instrucción Pública. Y así "el hombre malo" recibió del "hombre gentil y bueno" una nueva negativa.

Parecía, pues, que la puerta de la ciencia oficial se había cerrado para siempre ante Vladímir. A fin de cuentas, es posible que eso no hubiera cambiado en gran cosa su destino ulterior. Pero, en esa época, la cuestión del diploma universitario era muy importante para el propio Vladímir y más aún para su madre. María Alejandrovna salió, en mayo de 1890, rumbo a San Petersburgo, a fin de dar los pasos necesarios para asegurar el porvenir de Vladímir, como tres años antes había hecho gestiones

tratando de salvar la vida de Alejandro. "Es un verdadero tormento —escribió la madre—, "contemplar a mi hijo y ver cómo sus mejores años se pierden sin producir frutos..." Para ablandar mejor el corazón del ministro, la madre trató de asustarlo, diciendo que la existencia sin objeto de su hijo "debía casi inevitablemente empujarlo a la idea del suicidio". Francamente, hay que decir que Vladímir no tenía absolutamente el aspecto de un candidato al suicidio. Pero en la guerra, y la madre libraba una verdadera batalla por su hijo, no se escatiman las estratagemas. Delianov no carecía de puntos sensibles; y aunque no autorizó "al hombre malo" a volver a la universidad, le permitió presentar los exámenes finales, de acuerdo con el programa de la facultad de derecho, en una de las universidades imperiales. La dirección de la policía de Samara informó oficialmente de esta gracia concedida a la viuda del alto consejero de estado, Ulianov. Vladímir había pedido permiso para presentar sus exámenes en San Petersburgo, y también esto se le concedió. Además de las gestiones de su madre, seguramente le ayudó la circunstancia de que en los dos años y medio que transcurrieron desde su expulsión de la Universidad de Kazán, no se había hecho notar por ningún otro sospechoso. Parecía que la familia salía ya del periodo de desgracia.

A partir de fines de agosto, los informes policiacos de Samara y de Kazán hablan del viaje de Vladímir Ulianov, que se trasladó a San Petersburgo, pasando por Kazán, a fin de informarse sobre los programas de exámenes. Vladímir estuvo seis días en Kazán. ¿Cuántos de sus antiguos amigos encontró allí? El informe del jefe de la policía de Kazán no da ningún dato a este respecto. Vladímir se quedó casi dos meses en San Petersburgo; los

datos están garantizados por los informes del comisario de Samara. Aunque casi no sabemos nada más, seguramente Vladímir no perdía el tiempo. Su principal preocupación consistía en prepararse para los exámenes. No quería presentarse a las pruebas confiando en su suerte y, de fracasar, tener que recomenzar. Había que poner perfectamente en claro todos los elementos del problema que debía resolver: la extensión de cada materia, los textos, las exigencias de los profesores. Es evidente que una gran parte del tiempo que pasó en San Petersburgo la dedicó al trabajo en la biblioteca pública. Había que copiar síntesis, y redactar resúmenes a fin de no tener que comprar libros muy caros. Por medio de su hermana Olga, que estudiaba en San Petersburgo, conoció Vladímir a su futuro adversario, Vodovosov, compañero de Alejandro en la universidad, que había vuelto de la deportación para presentar sus exámenes y, gracias a él, pudo entrar en el local, en donde cerca de cuatrocientos estudiantes presentaban sus pruebas. Vladímir se mezcló con esta multitud y, según cuenta Vodovosov, "permaneció ahí varias horas con el oído atento, observando". Este reconocimiento del campo de batalla donde próximamente tendría que luchar caracteriza muy bien al joven Lenin. No le gustaba dejar al azar nada de aquello que, hasta cierto punto, podía ser previsto y preparado con anticipación.

Pero además, Vladímir tenía que ocuparse en San Petersburgo de un asunto de no escasa importancia. Precisamente durante este viaje pudo conseguir, gracias a algunos amigos, en casa de un joven profesor del instituto tecnológico llamado Jawein, el libro de Engels titulado El *Sr. Eugen Dühring trastorna la Ciencia.* Si el feliz poseedor de este libro

prohibido no se decidió a dejarlo partir para una provincia lejana, hay que pensar que Vladímir tuvo que estudiar con notable aplicación la revista científico-filosófica durante su corta estancia en la capital. No obstante, no hubiera sido imposible que, después de una conversación con el terco joven, el profesor, también joven, haya capitulado y que el *Anti-Dühring* haya abandonado el Neva para trasladarse al Volga. En todo caso, en el otoño de 1890 fue cuando Vladímir tuvo por primera vez este libro entre sus manos. Radek, quien narra el hecho basándose en lo dicho por el propio Lenin, agrega: "Tardó mucho tiempo aún en conseguir las obras de Plejanov publicadas en el extranjero". Si las palabras "mucho tiempo" se refieren por lo menos a algunos meses, resulta que Vladímir no llegó a conocer las obras del Grupo de la Emancipación del Trabajo, antes de principios de 1891. Recordemos estas fechas. Aunque los testimonios de Radek, en general, no son exactos, en el caso presente han sido corroborados, independientemente del carácter convincente que tiene la narración, por la evolución general de Vladímir, según se presenta a través de otros elementos.

A principios de noviembre, el comisario de Samara informó al jefe de la policía del regreso de Vladímir Ulianov. Esta vez tampoco encontró "nada sospechoso". No obstante, a su regreso de San Petersburgo, el candidato al crimen llevaba, si no en la cabeza, por lo menos en su maleta, la carga explosiva del materialismo dialéctico. Pero no había motivo alguno para temer explosiones inmediatas. Por el momento, ni el marxismo ni la revolución estaban en primer plano. Había que arrancarle el diploma a la universidad imperial, y prepararse para una gigantesca labor.

El temor de Ilia Nicolaievitch de que Vladímir no desarrollara entusiasmo por el trabajo, carecía de fundamento. Una de las personas sujetas a vigilancia, la "jacobina" Yassneva, que llegó a Samara en la primavera de 1891, dice en sus recuerdos: "Nunca he encontrado en nadie tanta perseverancia ni tanta obstinación como en Vladímir Ilitch, desde esa remota época." Vladímir no salía más que para tomar el té y para cenar, hablaba muy poco. Era raro que alguna persona de la casa entrara en su habitación. Por su género de vida en esos tiempos, recordaba a Alejandro. Su gabinete de trabajo en el campo se encontraba en el jardín, en el fondo de una avenida de tilos. Cada día, a la misma hora de la mañana se dirigía hacia allá con su provisión de libros jurídicos y hasta las tres no regresaba a casa. "Íbamos a llamarlo para comer —cuenta una antigua sirviente— y lo encontrábamos con un libro." El sendero múltiples veces hollado que se encontraba cerca de su banca, probaba que no perdía el tiempo, ya que recorriéndolo repetía lo que había aprendido de memoria o leído. Después de la cena, como recreación, leía en alemán la obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra* o alguna otra obra marxista. Esto también le servía para mejorar su alemán, que deseaba aprender no por el idioma mismo, sino por el marxismo y por lo tanto, con mayor ahínco. Después de la caminata, del baño y del té de la noche, seguía la última parte de la jornada de trabajo, a la luz de la lámpara, en la terraza. Vladímir trabajaba con tanta aplicación que a nadie, ni a los jóvenes ni a los viejos, se les ocurría la idea de interrumpirlo durante sus horas de ocupación. Claro que no se hubiera abstenido, en ese caso, como en sus años de liceo, de decirle a cualquier importuno "Hazme el favor de

marcharte". En cambio, durante las horas de reposo, en las comidas, en el estanque, estaba alegre, parlanchín, risueño, con una alegría contagiosa. Cada fibra de su cerebro y de su cuerpo se desquitaba de las largas horas consagradas al derecho romano o al derecho canónico. Ese joven ponía tanto entusiasmo y pasión en sus diversiones como en su trabajo.

¿Cuánto tiempo necesitó para prepararse? Dieciocho meses, responde Yelisarova. Ahora bien, ella misma nos dice que Vladímir "no se puso a preparar sus cursos" hasta que obtuvo autorización para presentar sus exámenes como externo. Además, es difícil admitir que se hubiera puesto a estudiar el derecho policiaco, el derecho canónico y ni siquiera el derecho romano simplemente por gusto o por casualidad. En este caso, la preparación no tardó un año y medio. Desde que logró la "amnistía" ministerial hasta que inició sus exámenes, no pasaron más que once o doce meses, y cuando terminó de examinarse había transcurrido año y medio. La propia Yelisarova, en otro artículo, dice que solamente tardó un año. ¡Los estudiantes de la universidad dedicaban a ese mismo trabajo cuatro años!

Tuvo que presentar sus exámenes en dos periodos, en la primavera —abril y mayo— y en el otoño —septiembre y noviembre—. Vladímir llegó a San Petersburgo en marzo, ocho días antes de las pruebas, provisto de una disertación sobre el derecho penal. Es muy probable que haya querido tener esa semana de anticipación para conocer los trabajos presentados por los estudiantes. Al trazar los planes de su propio trabajo, Ulianov era taylorista antes de Taylor. La comisión de examen, presidida por Serguévitch, en esa época profesor muy que-

rido de historia del derecho ruso, estaba formada por la flor y nata del profesorado de la facultad de derecho. El recién llegado, a quien los examinadores veían por primera vez, fue interrogado con cierta prevención. Pero pronto la desconfianza dejó lugar a la aprobación, pues el externo Ulianov demostró estar admirablemente preparado.

La exposición de los temas de examen fue como una irónica introducción a las actividades futuras del abogado de los oprimidos y acusador de los opresores. En historia del derecho ruso, Vladímir Ulianov trató el tema de los "no libres", de los siervos de todas categorías; en derecho civil, se le interrogó sobre las instituciones de castas y él ofreció datos sobre la historia de las instituciones de la nobleza y sobre la organización de las administraciones autónomas de la clase campesina. Al concederle la calificación más alta en estas materias, la universidad imperial certificó que, antes de lanzarse a liquidar las condiciones "no libres", la esclavitud y la barbarie de las castas, Vladímir Ulianov se había preparado concienzudamente para su futura profesión.

Durante los exámenes de primavera, en el tema de economía política, habló de los salarios y de sus formas; en lo relacionado con el conocimiento y la historia de la filosofía del derecho, habló de las opiniones de Platón sobre las leyes. Desgraciadamente no se sabe si Ulianov expuso a sus examinadores la teoría del valor-trabajo y la concepción materialista del derecho, en contraposición a todos los aspectos del platonismo de los explotadores. En todo caso, si sus respuestas no concordaban totalmente con la ciencia oficial, las expresaba en la forma más prudente posible. La comisión consideró al examinado "muy satisfactorio", lo que cons-

tituía la calificación más alta. No obstante, la mayor parte de las pruebas se había reservado para el otoño.

Ese año, el primer domingo de mayo, un pequeño destacamento de obreros de San Petersburgo, formado por cerca de setenta hombres, celebró por primera vez la fiesta proletaria con una reunión clandestina fuera de la ciudad, y con discursos que rápidamente se imprimieron en la máquina copiadora y se publicaron después en el extranjero. La propaganda socialdemócrata, en cuyo centro se hallaba el joven estudiante de tecnología Brusnev, había logrado ya resultados notables. Aunque Vladímir se encontraba en San Petersburgo, el primero de mayo al parecer no supo nada de ese acontecimiento memorable. No tenía contactos revolucionarios, ni es probable que los haya buscado. En los dos años siguientes, tuvo que buscar a los marxistas de San Petersburgo, a cuya cabeza se encontró inmediatamente.

Durante la presentación de sus exámenes de primavera, la familia sufrió una nueva desgracia. Esta vez la víctima fue Olga, que había crecido y se había formado con Vladímir, y que lo acompañaba al piano, cuando le daba por cantar, *Los ojitos encantadores*. Desde el otoño del año anterior, Olga seguía, con gran éxito, cursos superiores femeninos en San Petersburgo. Hay varios recuerdos que nos presentan a esta joven con los rasgos más seductores. Después de terminar, a los quince años y medio sus estudios en el liceo, con medalla de oro, como sus hermanos, se dedicó a la música, además de que aprendió el inglés y el sueco y leía mucho. Una compañera de Olga en los cursos superiores, Z. Nevsorova, que después se casó con el ingeniero Krichchanowski, el electrificador de Rusia, escribe en sus

memorias: "Olga Ulianova no se asemejaba en nada al tipo de estudiante de esa época; era como un pequeño grillo negro, modesta y tímida a primera vista, pero muy inteligente y bien dotada; poseía una especie de fuerza dulce, concentrada en su voluntad, y era muy perseverante para lograr el objetivo deseado. Además, era seria y profunda, aunque sólo tenía diecinueve años, y como camarada resultaba maravillosa." "Tanto en ella como en Alejandro", escribe Yelisarova, "el sentimiento predominante era el del deber." Olga quería a Alejandro más que a sus otros hermanos y hermanas. Con Vladímir, a pesar de la cercanía de edades y de condiciones de desarrollo, no tenía ninguna intimidad moral. Pero lo escuchaba muy atentamente y apreciaba mucho sus opiniones.

En la primavera, durante la estancia de Vladímir en San Petersburgo, Olga fue atacada de fiebre tifoidea. Entre dos exámenes, Vladímir tuvo que llevar a su hermana al hospital. Envió un telegrama a su madre, que llegó a San Petersburgo en cuanto pudo, solamente para ver morir a su hija. Olga falleció el 8 de mayo, el mismo día en que, cuatro años antes, había sido ahorcado Alejandro. Y, así como en Simbirsk tuvo Vladímir que presentar los exámenes de fin de curso en el liceo, inmediatamente después de la ejecución de su hermano mayor, esta vez tuvo que pasar los exámenes universitarios mientras su hermana menor agonizaba, víctima de una enfermedad mortal. Parece ser que, acabando de pasar el entierro, Vladímir fue a visitar a un ex condiscípulo de Alejandro, llamado Sergio Oldenburg, el futuro académico orientalista que, a diferencia de todos los demás, recuerda a su visitante como un hombre sombrío y taciturno, sin la menor sonrisa. Durante los primeros días, que fue-

ron los más amargos, Vladímir permaneció con su madre en San Petersburgo, y después emprendieron el triste regreso a Samara. Otra vez admiraron todos el valor de la madre, su constancia, sus cuidados infatigables para los hijos que le quedaban.

Durante más de tres meses, en el verano, Vladímir aplanó su caminito situado al fondo de la avenida de tilos. En septiembre, volvió a la capital, armado de pies a cabeza. En derecho penal, respondió muy bien sobre la defensa en los procesos criminales y el robo de documentos. En derecho romano, fue interrogado sobre los actos prohibidos y la influencia de la época en la formación y el relajamiento del derecho, temas que no carecían de interés para un hombre que habría de dedicarse posteriormente a actos prohibidos de gran envergadura y a liquidar derechos de bastante importancia. Ulianov respondió con todo éxito sobre "la ciencia de la policía" destinada a "asegurar al pueblo condiciones de bienestar moral y material". El candidato mostró conocimientos no menos envidiables en el tema de la organización de la iglesia ortodoxa y de la historia de su legislación. En derecho internacional, fue interrogado sobre la neutralidad y sobre los bloqueos. Estos conocimientos le fueron muy útiles veintiocho años después cuando Clemenceau y Lloyd George contestaron con el bloqueo a la tentativa de los soviets de desligarse de la guerra, problema que puede quedar abierto a la discusión. Para recibir el diploma de primer grado era necesario haber obtenido en más de la mitad de las materias la calificación más alta (muy satisfactorio); y Vladímir había logrado esta calificación en las trece materias presentadas. Podía felicitarse y reírse para sí mismo, con su breve risita "muy a la rusa".

Un mes antes de que terminara los exámenes, en octubre de 1891, fue rechazada por tercera vez la petición presentada por Vladímir Ulianov para obtener un pasaporte a fin de salir al extranjero. ¿Qué objeto podía tener este viaje? Vladímir buscaba y estudiaba todas las obras esenciales de la literatura marxista. No hay duda de que muchas eran imposibles de conseguir en Rusia, particularmente las publicadas por la prensa socialdemócrata. No podía dejar de seducirlo la idea de trabajar en libertad, después de haber pasado sus exámenes, en las bibliotecas de Berlín. Y de ahí no era difícil ir a Zurich y a Ginebra, conocer a los miembros del Grupo de Emancipación del Trabajo, estudiar todas sus publicaciones y esclarecer los puntos sujetos a controversia. Estos motivos son más que suficientes. Pero el departamento de policía no estaba de acuerdo. Después de que Vladímir habló enérgicamente contra el derecho de las autoridades superiores, no esperó en la capital la decisión de la comisión de exámenes; no tenía motivos para dudar del resultado. En efecto, el 15 de noviembre, el día mismo en que el jefe de la policía de Samara avisó secretamente del regreso de Vladímir Ulianov a la ciudad, ya que lo tenía bajo una discreta vigilancia, la comisión de exámenes de la Universidad imperial de San Petersburgo concedía a la misma persona el diploma de primer grado. En un año o año y medio, en un rincón perdido de la provincia de Samara, sin ninguna ayuda de profesores o de estudiantes más adelantados, Vladímir no sólo había realizado la tarea en la cual los demás empleaban cuatro años, sino que la había realizado mejor que todos, pues ocupó el primer lugar entre ciento treinta y cuatro estudiantes y externos de esa generación. Ante este

resultado, comenta la hermana, "fueron muchos los que se quedaron estupefactos". ¡No es de sorprender! En esa magnífica actuación lo que más seduce es el elemento de acrobacia intelectual. Había estado "muy bien equilibrado". ¡No se podría pedir más!

XIII. EL AÑO DEL HAMBRE. ¿EL ABOGADO ULIANOV?

EL VERANO de 1891 fue muy caluroso y de gran sequía; el sol quemó el trigo y los pastos en veinte provincias que tenían una población de treinta millones de almas. Cuando Vladímir volvió a Samara, después de sus exámenes de otoño, esta provincia, más castigada que las demás, era presa de los tormentos del hambre. Es cierto que toda la historia de la Rusia campesina está llena de cosechas perdidas periódicamente y de inmensas epidemias. Pero el hambre de 1891-1892 fue excepcional, no sólo por la gran extensión que abarcó, sino también por la influencia que ejerció sobre la evolución política de la sociedad. Más tarde, mirando hacia el pasado, los reaccionarios evocaban con emoción la solidez inquebrantable del régimen de Alejandro III, que con su fuerte mano quebraba una herradura de hierro, y achacaban los trastornos posteriores al débil gobierno de Nicolás II. En realidad, los últimos tres años del gobierno del "inolvidable padre" marcaron ya los comienzos de una nueva época que preparó directamente la revolución de 1903.

El peligro venía precisamente del mismo sitio que constituía el origen de la fuerza de la aldea. Las condiciones de vida de la gran masa campesina, en los treinta años transcurridos después de la abolición de la servidumbre, habían empeorado notablemente. En la provincia de Samara, rica en tierras, más del 40 % de los campesinos poseían terrenos improductivos. La tierra agotada y mal trabajada

quedaba expuesta a la acción de todos los elementos hostiles. El acelerado desarrollo de la industria, junto con el restablecimiento de un régimen de semiservidumbre en los campos, produjo, al lado de un rápido aumento de la explotación por parte de los kulaks, un terrible empobrecimiento de las masas campesinas. Se construían fábricas y vías férreas, se establecía el equilibrio en el presupuesto oficial, y en las bóvedas del Banco del Estado se acumulaba el oro; el poder aparente parecía inquebrantable cuando, repentinamente, en mitad de estos éxitos, el mujik se derrumbó lanzando aullidos agonizantes, atormentado por el hambre.

El gobierno, tomado por sorpresa, trató primero de negar la existencia del hambre, hablando sólo de una insuficiencia en la cosecha, después perdió la cabeza y, por primera vez desde 1881, aflojó un poco las riendas. La siniestra reputación de inquebrantable solidez que había formado la aureola del gobierno de Alejandro III, comenzó a disiparse. La desgracia sacó de su letargo a la opinión pública. Un soplo fresco pasó por todo el país; una parte de las clases poseedoras y grandes círculos de la intelectualidad fueron arrastrados por el mismo impulso: ir a socorrer a las aldeas, dar pan a los hambrientos, medicinas a los tifosos. Los *zemstsvos* y la prensa liberal dieron la voz de alarma. En todas partes se hacían colectas. León Tolstoi instaló refectorios. Centenas de intelectuales se volvieron de nuevo hacia el pueblo, aunque esta vez con propósitos más modestos que los de los años 70. Pero las autoridades sospecharon, no sin razón, que bajo la tendencia filantrópica se escondía un movimiento subversivo: la ayuda pacífica a los damnificados era la forma más sencilla de actuación

para las fuerzas de oposición que se habían acumulado durante el nuevo régimen.

Sin embargo, los revolucionarios no podían seguir ese camino. Para ellos, el problema no sólo consistía en atenuar las consecuencias de una calamidad social, sino en eliminar las causas. Diez o quince años antes, la intelectualidad populista consideraba la situación exactamente de esa manera, contrariamente a los liberales y los filántropos. Pero el espíritu revolucionario había desaparecido entre los populistas, quienes, despertando de su sueño prolongado, se sentían ahora felices de unirse a los liberales y dedicarse, junto con ellos, "al servicio del pueblo". Mucho antes de que, bajo la influencia de esta catástrofe, se iniciara en las filas de la intelectualidad una lucha enconada sobre las perspectivas ulteriores de desarrollo del país, un número reducido de marxistas ya habían manifestado su oposición con los grandes círculos de la sociedad cultivada, sobre este candente problema: ¿qué debía hacerse inmediatamente? Más de treinta años después, Vodovosov, a quien ya conocemos, decía a la prensa de la emigración: "La diferencia más grave y profunda que tuvimos con Vladímir Ulianov fue sobre la actitud que se debía adoptar durante el hambre de 1891-92." En tanto que la sociedad de Samara respondía de una manera unánime a las peticiones de ayuda "solamente Vladímir Ulianov, con su familia, y un pequeño círculo que le hacía eco, tomó otra posición". Ulianov, según nos dicen, se alegraba del hambre porque la consideraba un factor de progreso: "Al destruir la economía campesina, el hambre crea un proletariado y contribuye a la industrialización del país." Vodovosov no reproduce precisamente las opiniones de Ulianov, sino su reflejo deformado

en la conciencia de los liberales y populistas. En sí misma, resulta demasiado absurda la idea de que la ruina y la lenta extinción de los campesinos fuera capaz de contribuir a la industrialización del país. Los campesinos arruinados se transformaban en indigentes y no en proletarios; el hambre alimentaba tendencias parasitarias en la economía, no tendencias de progreso. Pero aun a través de su carácter tendencioso, la narración de Vodovosov expresa bastante bien la atmósfera caldeada de las viejas disputas.

Las acusaciones lanzadas en esa época contra los marxistas, a saber, que consideraban el desastre popular a través de las lentes de su doctrina, reflejan solamente el bajo nivel teórico de los debates. En el fondo, todas las fuerzas y todos los grupos tomaron posiciones políticas; el gobierno, para mantener su prestigio negaba o trataba de restar importancia al hambre, los liberales la denunciaban, pero al mismo tiempo se esforzaban por demostrar que, gracias a su "trabajo positivo", serían excelentes colaboradores para el zar si éste les concediera únicamente unas migajas de poder; los populistas, que se precipitaron hacia los refectorios públicos y hacia los improvisados hospitales para tifosos, esperaban encontrar una vía pacífica y legal para conquistar las simpatías del pueblo. Los marxistas, desde luego, no se pronunciaron en contra de los auxilios que se daban al pueblo hambriento, sino contra las ilusiones que se hacían quienes pensaban que con la cuchara de la filantropía se podía agotar el mar de la necesidad. Si un revolucionario iba a ocupar, en los comités legales y en los refectorios, un sitio que, por derecho, pertenecía a un miembro de los *zemstsvos* o a un funcionario, ¿quién iba a ocupar el sitio del

revolucionario en la acción clandestina? Las circulares y ordenanzas ministeriales que se publicaron más tarde, demuestran claramente que el gobierno gastaba sumas cada vez más fuertes para socorrer a los hambrientos, únicamente por el temor que sentía ante la agitación revolucionaria; de suerte que, aun desde el punto de vista de los auxilios inmediatos la política revolucionaria resultaba mucho más eficiente que una filantropía neutra.

En la emigración, el marxista Axelrod no era el único que enseñaba entonces que: "para un socialista... la lucha efectiva contra el hambre no es posible más que sobre el terreno de la lucha contra la autocracia"; también el viejo moralista de la revolución, Lavrov, proclamó en la prensa: "Sí, la única buena obra para nosotros, es una obra revolucionaria, y no una obra filantrópica". No obstante, en una provincia hambrienta, en un ambiente de entusiasmo general por los refectorios, resultaba mucho más difícil manifestar la intransigencia revolucionaria, que en la emigración, la cual durante esos años se encontraba aislada de Rusia. Ulianov, por primera vez y actuando por sí mismo, tuvo que tomar posición ante un problema político candente. No se adhirió al comité local de auxilio. Y más aún: "En las asambleas y en las reuniones... realizaba una propaganda sistemática y resuelta contra el comité". Pero hay que agregar: no contra su actividad práctica, sino contra sus ilusiones. Vodovosov fue quien le dio la réplica. Ulianov tenía a su lado "una minoría muy pequeña, pero esta minoría permanecía firme en sus posiciones". Vodovosov no pudo conquistar ni uno solo de sus miembros, y hasta hubo casos en que Ulianov logró atraer a su lado a algunos adversarios; claro que fueron pocos, pero los hubo.

Precisamente en este periodo fue cuando las divergencias con los populistas debieron adquirir el carácter de una lucha entre dos tendencias divergentes. No es casualidad que la figura de Vodovosov surja en la memoria de Yelisarova cuando, sin citar fecha, habla de controversias en Samara; éstas comenzaron precisamente a fines de 1891. Así fue como la catástrofe del hambre se convirtió en una etapa importante en el desarrollo político de Vladímir. No hay duda de que, para entonces, ya había conocido los trabajos de Plejanov; a fines de ese año o a principios del siguiente, como lo atestigua Vodovosov, habla ya con gran respeto de la publicación *Nuestras diferencias*. Si aun le quedaran dudas respecto al desarrollo económico de Rusia y de la vía revolucionaria adecuada, a la luz de la catástrofe sin duda se disiparon definitivamente. En otros términos, el marxista teórico Vladímir Ulianov se convirtió entonces, definitivamente, en un revolucionario socialdemócrata.

Según dice Vodovosov, con respecto al problema de la ayuda a los hambrientos, toda la familia se puso del lado de Vladímir. No obstante, la hermana menor nos dice que Ana, en 1892, cuando el hambre trajo como consecuencia el cólera, "se esforzaba mucho por ayudar a los enfermos, proporcionándoles medicamentos y consejos". Desde luego, Vladímir no la recriminó por eso. La narración de Yasneva no concuerda en todo con lo dicho por Vodovosov. "De todos los que residían en Samara, bajo la vigilancia de la policía —escribe la hermana— solamente Vladímir Ilitch y yo no participamos en los trabajos de los refectorios." Esta frase indica que aún no existía ningún círculo que compartiera las ideas de Vladímir. Y no es difícil creerlo, pues aún no había iniciado la propaganda

socialdemócrata, y no podía iniciarla antes de separarse de los representantes de sus antiguas ideas y de sus elementos tambaleantes. "Nuestras discusiones, pacíficas al principio —dice Vodovosov— comenzaron gradualmente a tomar un carácter muy violento."

La verificación política de la diferencia de opiniones no tardó en presentarse. Los liberales no lograron congraciarse con el gobierno ni obtener su confianza; por el contrario, pronto el gobierno y, sin duda con cierta razón, acusó al *zemstsvo* de Samara de haber comprado cereales de mala calidad para los hambrientos. Los populistas no pudieron acercarse al pueblo; los campesinos no tenían confianza en los de la ciudad. Nunca habían visto que la gente instruida les llevara otra cosa que males. Si se alimentaba a los hambrientos era porque el zar lo había ordenado, y probablemente esos señores no dejaban de quedarse con algo. Después del hambre se declaró la epidemia de cólera, y como murieron muchos enfermos, en las barracas, en donde con abnegación los cuidaban médicos y estudiantes, los campesinos pensaron que esos señores envenenaban al pueblo para aumentar sus haciendas. Se produjo toda una serie de levantamientos ocasionados por el cólera, en los que se asesinó a médicos, estudiantes y enfermeras. Entonces las autoridades "tomaron bajo su protección a los intelectuales", defendiéndolos con la fuerza armada. De esta manera, el año del hambre puso de manifiesto el resultado de la labor cultural en el campo. En la provincia de Simbirsk, que Ilia Nicolaievitch Ulianov había educado infatigablemente durante dieciséis años, los motines provocados por el cólera fueron particularmente extensos. En muchas aldeas se castigó con azotes

a una de cada diez personas, y muchos murieron bajo los golpes. El campesino ruso no comenzó a escuchar a los socialistas hasta que llegó a él su hermano de la ciudad: el obrero que poseía un pedazo de tierra en la aldea, y le explicó de qué lado se encontraba la justicia. Pero para eso, hacía falta primero conquistar para el socialismo al obrero de la ciudad.

En este año del hambre y del cólera, otro conflicto relativo a una cuestión de principio contribuyó a la separación de los grupos políticos. Vodovosov propuso que se enviara un mensaje de simpatía a un cierto Kossitch, gobernador de una de las provincias del Volga, destituido por "liberalismo". Vladimir se alzó violentamente contra el sentimentalismo pequeñoburgués, dispuesto siempre a derramar una lágrima ante el menor reflejo de "humanidad" de un representante de las clases dominantes. Este episodio demuestra nuevamente lo absurdo que resulta tratar de establecer una línea de continuidad política hereditaria entre el director de las escuelas primarias, Ilia Nicolaievitch, quien, a diferencia de Kossitch, nunca fue cesado por "liberalismo", y su hijo, absolutamente intransigente, a quien no podía enternecer ni el más humano de los gobernadores. Vodovosov, evidentemente, fue vencido y no se envió el mensaje.

Vodovosov, como lo cuenta él mismo, empezó a designar a su joven antagonista con el nombre de Marat, aunque desde luego, a sus espaldas. El sobrenombre no sería desacertado si no hubiera sido inventado *a posteriori*. Los amigos de ayer y adversarios de ahora consideraban a Vladímir, según dice la hermana mayor, "como un joven muy capaz, pero demasiado presuntuoso". Aquel que apenas ayer parecía no ser más que el "hermano de

Alejandro Ulianov" era ya "él mismo", y mostraba sus garras. Vladímir no solamente no adaptaba su posición a las ideas políticas de sus adversarios sino que, por el contrario, la mantenía hasta el extremo, en una forma intransigente, cortante y aun mordaz. Esto le proporcionaba un doble placer, a causa de su confianza en sí mismo y de la indignación que demostraban los rostros de sus opositores. "La profunda certidumbre de tener razón se revelaba en todos sus discursos", dice el mismo Vodovosov. Y por esto resultaba doblemente insoportable. "Todo ese público solidario —dice Yelisarova— se mostraba disgustado por el gran aplomo manifestado en las discusiones por ese joven, aunque con frecuencia le cedía el paso." Lo que menos se le perdonaba era el tono de desprecio con el que hablaba de las más altas autoridades del populismo. Pero eso no era más que el principio; el duro final aún no había llegado...

"Es difícil decir de qué lado quedaba la victoria", dice modestamente Vodovosov al resumir sus discusiones con Ulianov. En realidad, no hubo necesidad de esperar la Revolución de Octubre para descifrar ese enigma. Cuando volvió el hambre, siete años más tarde, había ya infinitamente menos ilusiones políticas; la intelectualidad, que ya había encontrado otro camino, no se dirigió esta vez hacia la aldea. Una revista liberal muy moderada, *Ruskaia Cysl* (El Pensamiento Ruso) escribió que cuantos volvían de las regiones azotadas por el hambre se mostraban muy descontentos de su propio trabajo, en el que no veían "más que un miserable paliativo" cuando había necesidad de "medidas generales". No hacía falta más que un poco de experiencia política, y aun los tímidos constitucionalistas se vieron obligados a expresar, en el

lenguaje liberal, fragmentos de sus ideas que, unos años antes, hubieran parecido tremendas blasfemias.

Pero Vladímir, obligado a pensar a su propia manera, se preocupaba de lo que han dado en llamar el mañana. Después de haber obtenido el diploma, debía aprobarlo. Entró en un bufete y se dispuso a seguir la profesión de abogado: "Pues Vladímir Ilitch —según dice Yelisarova—, no tenía más recursos que la pensión de nuestra madre y la granja de Alakaieva, desmembrada poco a poco." Eligió como patrón al abogado con quien, cuando aún vivía en Kazán, había jugado al ajedrez por correspondencia. Khardin no era una persona superficial y su importancia no se reducía a su profesión de abogado ni a las partidas de ajedrez (aunque Tchigorin, campeón de ajedrez en Rusia en esa época, habla de él con respeto) sino que se le consideraba una figura pública en su provincia. A los veintiocho años había sido presidente del *zemstvo* en la cabecera del distrito, pero fue removido a las veinticuatro horas "por orden de Su Majestad", por sospechoso. ¡Eran pocos aquellos a quienes se les otorgaba ese honor! Según N. Saomilov, que ha hecho una vívida descripción de sus primeras relaciones con Vladímir, Khardin, aun ya en su madurez, había conservado sus simpatías por los radicales y mostraba hacia la ideología marxista sentimientos hostiles. Vladímir, según dice Yelisarova, consideraba a Khardin como un hombre muy inteligente. Cuando aún vivía en Kazán, Vladímir pudo apreciar en su juego de ajedrez "una potencia del diablo", y participaba regularmente en las competencias semanales en la casa de su patrón.

Pero la inscripción en el bufete no careció de dificultades. El tribunal judicial de Samara nece-

sitaba un certificado que atestiguara la lealtad política de Ulianov; la Universidad de San Petersburgo, que le había concedido el diploma, no podía otorgar el certificado exigido, al no haber estudiado Ulianov en ella. A fin de cuentas el tribunal, a instancias del propio Vladímir, se dirigió directamente al departamento de la policía que, muy magnánimo, hizo saber "que no tenía inconveniente". Después de cinco meses de gestiones, recibió Vladímir la licencia necesaria para ejercer su profesión, en julio de 1892.

En calidad de defensor sólo intervino, en total, en diez asuntos penales, de los que siete fueron por designación de oficio y tres a petición de los acusados. Eran sólo causas insignificantes, de gente sin importancia, causas desesperadas, que perdió. Tuvo que defender a campesinos, obreros agrícolas, pequeños burgueses necesitados, con frecuencia por pequeños robos, cometidos por una necesidad extrema. Se trataba de unos mujiks que se habían unido para quitarle trescientos rublos a un rico del pueblo; de hombres que, habiendo tratado de robar un poco de trigo en una granja, habían sido sorprendidos *in fraganti*; de un campesino, reducido a la miseria extrema, que había cometido cuatro robos menores, de otro acusado que estaba en el mismo caso y de algunos obreros agrícolas que habían robado, con "fractura", cosas que valían alrededor de ciento sesenta rublos. Todos estos asuntos eran tan sencillos que los debates, en cada caso, no duraron más de una hora y media o dos horas. El escribiente no se tomó siquiera el trabajo de redactar un largo proceso verbal, sino que se conformó con la fórmula estereotipada; después de la requisitoria del sustituto, tomó la palabra el defensor Ulianov. Solamente dos chicos de trece

años, que participaron en el robo junto con los adultos, fueron declarados libres, en consideración a su edad y no por los argumentos de la defensa; todos los demás acusados quedaron convictos y fueron condenados. Ulianov también se encargó del caso de un pequeño burgués de Samara, llamado Gussev, que había golpeado a su mujer con un látigo. Después de una corta investigación en la que también declaró la víctima, el defensor Ulianov se negó a pedir la reducción de la pena del acusado. En este asunto, y en todos los de este tipo, durante toda su vida se sintió un procurador implacable.

En tres ocasiones, también bastante insignificantes, Ulianov actuó a petición de los acusados. Un grupo de campesinos y de pequeños burgueses fueron acusados de haber robado rieles y una rueda de hierro a un comerciante de Samara. Todos fueron declarados culpables. Un joven campesino fue acusado de haber desobedecido a su padre, y de haberlo insultado. A petición de la defensa, el asunto quedó en suspenso y nunca hubo apelación; el hijo envió a su padre por escrito la promesa de obedecerlo sin replicar, y las partes se reconciliaron después. Su último caso fue la defensa de un jefe de estación acusado de negligencia, que había causado un choque de vagones de mercancías vacíos. Tampoco aquí la defensa resulta eficaz, y el acusado fue declarado culpable. Ésos fueron los casos del pasante de abogado Ulianov. Causas humildes y desesperadas desde el principio, como eran humildes y sin esperanzas las vidas de las clases de donde provenían los acusados. El joven defensor —¿cómo se podría dudar de esto?— examinaba con ojos penetrantes cada causa y cada acusado. Pero no se les podía ayudar individual-

mente, eso sólo podría lograrse en conjunto. Y para ello hacía falta otra tribuna, distinta del tribunal de circuito de Samara.

Ulianov no ganó más que una sola causa judicial —verdaderamente se trataba del dedo del destino—, en que tomó la palabra no como defensor, sino como acusador. Durante el verano de 1892 Vladímir y Yelisarova fueron a Syzrán, situada en la orilla izquierda del Volga, para ir después a la aldea de Bestuyevka, donde el hermano de Yelisarova poseía un negocio. El comerciante Arefiev, que se había adjudicado los derechos para pasar el río, consideraba a éste como su feudo. Siempre que un barquero tomaba pasajeros, el pequeño vapor de Arefiev lo alcanzaba, y por la fuerza le hacía regresar. En esa ocasión sucedió lo mismo. Las amenazas de apelar a la justicia contra esa arbitrariedad no sirvieron de nada, y hubo que ceder ante la fuerza. Vladímir tomó nota de los nombres de las personas implicadas en el incidente y de los testigos. El asunto fue discutido en casa del jefe del *zemstsvo,* cerca de Syzrán, a más de cien verstas (una versta: 1,067 m) de Samara. A petición de Arefiev, el jefe del *zemstsvo,* aplazó la audiencia. Lo mismo sucedió una segunda vez. El comerciante había decidido aburrir a su acusador. La tercera fecha fijada para los debates cayó en invierno. Vladímir tuvo que pasar una noche de insomnio en el tren, soportar esperas fatigantes en las estaciones y en la cámara del *zemstsvo.* María Alejandrovna quiso disuadir a su hijo, pero Vladímir permaneció inflexible; una vez iniciado el juicio, había que llevarlo hasta el final. La tercera vez, el jefe del *zemstsvo* ya no pudo eludir la acusación y, presionado por el joven jurista, se vio obligado a condenar al famoso comerciante a un mes de prisión.

¡Es fácil imaginar la música que había en el corazón del vencedor a su retorno a Samara!

La experiencia en el tribunal, como antes la experiencia en la agricultura, no había sido un éxito. No porque Vladímir careciera de las cualidades que se requieren en estas actividades. Poseía tenacidad, instinto práctico, atención para los menores detalles, capacidad para clasificar a los individuos y, finalmente, amor a la naturaleza; podría haber sido un propietario de primer orden. Su aptitud para desenvolverse en una situación complicada, para encontrar los hilos principales, para apreciar los puntos fuertes y débiles del adversario, para movilizar los mejores argumentos en la defensa de una tesis, ya se había manifestado desde sus primeros años. Chardin no dudaba de que su ayudante podría llegar a ser un notable "jurisconsulto". Pero precisamente durante el año de 1892, cuando Vladímir inició la carrera de abogado, sus preocupaciones de teórico y de revolucionario, excitadas por la catástrofe del hambre y por la renovación política del país, cada vez eran más agudas y exigentes.

A decir verdad, aunque el joven abogado era muy escrupuloso en su trabajo, la preparación de los pequeños asuntos judiciales casi no lo distraía de su estudio del marxismo. Pero, evidentemente, su carrera de abogado no podría reducirse, en el futuro, a asuntos como el del robo de una rueda por un banda "criminal" compuesta por tres pequeños burgueses y dos campesinos. Se hallaba escrito en el libro del destino que Vladímir Ulianov no serviría a dos dioses a la vez. Tenía que elegir, y lo hizo sin dificultad. Iniciada apenas en marzo, la corta serie de sus actividades judiciales terminó en diciembre. Es cierto que aún recogió en el tri-

bunal un certificado para 1893 en que se le concedía el derecho de ejercer; pero ese documento solamente le sirvió como pretexto legal para una actividad dirigida contra las leyes fundamentales del imperio ruso.

XIV. EL JOVEN LENIN

LAS MUCHAS afrentas infligidas a los adversarios y, más tarde a categorías sociales enteras, han sido causa de que tanto escritores como publicistas y artistas, representen a Lenin, desde su juventud, como a un monstruo de cabellos rojizos, lleno de crueldad, vanidad y espíritu vindicativo. Eugenio Chirikov, que fue expulsado de la Universidad de Kazán al mismo tiempo que Ulianov, atribuye al joven Vladímir, en una novela escrita después de la revolución de octubre, entre los emigrados blancos, "un morboso amor propio y una gran susceptibilidad". Vodovosov cuenta a este respecto: "Las respuestas y los gestos groseros de Vladímir, sus comentarios brutales, etc.... —en los que abundaba— desagradaban vivamente a María Alejandrovna. Con frecuencia exclamaba: '¡Ah, Volodia, Volodia, cómo puedes decir eso!'" En realidad Vladímir tenía una conciencia demasiado clara de su valer para caer en un amor propio morboso. No tenía motivos para mostrarse suspicaz, por la muy buena razón de que no había nadie que pudiera hacerle sombra. Pero queda fuera de duda que la rudeza implacable de Vladímir no respetaba el amor propio de los demás. "Algunos adversarios —dice Yasneva —lo consideraban con animosidad desde la primera vez", y con tal violencia que esa animosidad no se extinguió en el curso de su vida.

Entre los que fueron heridos para siempre hay que contar al difunto Vodovosov. Al llegar a Samara, Vladímir lo recibió cariñosamente y lo ayudó a instalarse, pero muy pronto descubrió en él al aficio-

nado estéril al que no podía ni conquistar como partidario, ni tomar en serio como adversario. Las discusiones a propósito de la ayuda a los hambrientos y del mensaje al gobernador, dejaron sus huellas: el resentimiento de Vodovosov contra el joven Ulianov nos ha valido varias páginas de recuerdos, en que el autor, en beneficio de sus lectores, dice más de lo que quisiera decir:

"Todo el rostro en su conjunto —escribe Vodovosov respecto al aspecto exterior de Vladímir—, chocaba por una mezcla de inteligencia y de grosería; hasta se podría decir, por algo así como bestialidad. Se sorprendía uno ante la frente inteligente, pero huidiza; la nariz era carnosa... Algo de obstinación y de crueldad se combinaba en sus rasgos con una indudable inteligencia". En su novela-folletón, Chirikov hace exclamar a la juventud de Simbirsk, con respecto a Vladímir Ulianov: "Tiene siempre las manos húmedas, y ayer mató con una escopeta a un gatito... después lo tomó por la cola y lo arrojó al otro lado de la cerca..." Otro escritor ruso, también bastante conocido, Kuprin, descubrió, aunque mucho después, que Lenin tenía los verdes ojos de un simio. También, aun el aspecto exterior, con ser el elemento menos discutible en el hombre, ha sido sometido a una transformación tendenciosa por la memoria y la imaginación.

Una fotografía de 1890 nos presenta un rostro fresco de joven, cuya calma permite adivinar cierta reserva. La frente terca y vigorosa aún no está acentuada por la calvicie. Los ojillos tienen una mirada viva, bajo sus párpados asiáticos. Los pómulos también recuerdan ligeramente al Asia. Los labios firmes, bajo la nariz grande, y el mentón sólido se ven cubiertos por un ligero vello que aún no ha conocido ni tijeras ni navaja. Indudablemen-

te, este rostro no es hermoso. Pero en estos rasgos simples, no finos, brilla demasiado poderosamente la elevada disciplina del espíritu para que se pueda admitir siquiera la idea de bestialidad. Las manos de Vladímir eran secas, de forma plebeya, con dedos cortos, pero eran cálidas y viriles. En cuanto á los gatitos, como a todos los débiles y sin defensa, los amaba con el afecto indulgente del hombre fuerte. ¡Los señores escritores lo han calumniado!

"En la fisonomía moral de Vladímir Ilitch —continúa Vodovòsov— saltaba a los ojos una especie de amoralidad. Creo que era una característica orgánica particular de su naturaleza." Resulta que la amoralidad consistía en admitir todo medio que sirviera para lograr el objeto perseguido. Cierto que Ulianov no admiraba la moral de los popes o de Kant, que se decía llamada a reglamentar nuestra vida desde lo alto de estrelladas cimas. Los fines que perseguía eran tan grandes, traspasaban de tal manera la individualidad, que él les subordinó abiertamente su criterio moral. Consideraba con indiferencia irónica, si no con repugnancia, a los cobardes y a los hipócritas que disimulaban la insignificancia de sus miras o la vileza de sus métodos, bajo nombres rimbombantes, supuestamente absolutos, pero en realidad flexibles.

"No me son conocidos hechos concretos que prueben la amoralidad de Lenin", se corrige inopinadamente Vodovosov. Pero, después de buscar en su memoria, recuerda que su conciencia delicada "se horrorizaba de que Lenin fomentara las murmuraciones". Escuchemos atentamente al acusador. Un día, en un pequeño grupo, Vodovosov dijo que Ulianov no vacilaba en recurrir a argumentos notoriamente falsos, "siempre que conduzcan... al

éxito entre un público que no comprende bien". El propio Vodovosov, aparentemente, "no concedía mucha importancia a sus propias afirmaciones" y algún tiempo después visitó a los Ulianov como si nada hubiera pasado. Pero Vladímir, a quien uno de sus amigos le había hablado de ese juicio ofensivo, pidió una explicación al visitante. Vodovosov, en respuesta, se esforzó por "atenuar sus expresiones" y la entrevista dio por resultado una aparente reconciliación. Pero hacia la primavera de 1892 las relaciones se hicieron tan tensas que las visitas cesaron casi completamente.

A pesar de su apariencia superficial, el episodio es bastante notable. El moralista acusa al amoral, a sus espaldas, de utilizar conscientemente argumentos falsos. Y después de eso, "sin dar importancia" a su propia acusación, va a visitar amigablemente a la persona calumniada. El amoral, acostumbrado a dar importancia a sus palabras, pide abiertamente explicaciones. Acosado, el moralista vacila, retrocede, y niega sus propias palabras. Siguiendo la narración del propio Vodovosov, no se puede dejar de pensar que el moralista se parece mucho a un detractor cobarde, en tanto que la conducta del amoral expresa precisamente lo contrario, una completa falta de propensión a fomentar "los chismes". Debemos añadir aún que, en lo que respecta a la acusación de emplear argumentos notoriamente mentirosos, Vodovosov se contradice a sí mismo, cuando, en otra ocasión, escribe respecto a Ulianov: "En todas sus palabras se traslucía una fe profunda en la verdad de lo que decía". Hay que tener presente todo este episodio, que nos servirá de clave en muchos conflictos en que los charlatanes acusaron al revolucionario de ser indiferente a los problemas de la moral.

No existe ninguna carta escrita por Vladímir, ni documento alguno referente a él, correspondiente al periodo de Samara. Los juicios de sus amigos, como los de sus adversarios, tienen todos un carácter retrospectivo y están inevitablemente matizados por las poderosas influencias del periodo soviético. Pero por analogía, a menudo por oposición, nos permiten reconstruir en parte la figura de Lenin durante los albores de su trabajo revolucionario.

Antes que nada, conviene hacer notar que Vladímir Ulianov no se asemejaba en nada al tipo clásico del nihilista ruso, tal como se encontraba no sólo en las novelas reaccionarias sino, a veces, también en la vida real: una maraña de cabellos despeinados, ropas descuidadas y un bastón nudoso. "Sobre su frente comenzaba ya a escasear el cabello", recuerda Semenov. Ni en el traje ni en sus maneras tenía nada que llamara la atención, nada de provocativo. Serguievsky, que pertenecía poco más o menos a la misma generación marxista, hace una descripción de Vladímir que no carece de interés, y que corresponde a los finales del periodo de Samara. "...Un hombre modesto, vestido cuidadosamente y, como se dice, de manera conveniente, pero sin pretensión, que no llamaba para nada la atención entre personas comunes. Esta apariencia, destinada a protegerlo, me gustó... No noté esa maliciosa expresión del rostro que más tarde, en el exilio, me llamó la atención... Era un joven prudente, que miraba en torno suyo con circunspección, observador, tranquilo, reprimido, de acuerdo con el temperamento que se me había manifestado en sus cartas..."

Semenov nos ofrece, de paso, una breve descripción de las costumbres de la juventud radical en Samara. Cuando iba a casa de Skliarenko, Ulianov

se acostaba en la cama del anfitrión, "después de haber puesto un periódico bajo sus pies" y escuchaba las conversaciones que se desarrollaban en torno al samovar. A veces, alguna opinión le obligaba a alzar la voz. "Tonterías..." se le oía decir desde la cama, y en seguida emprendía la destrucción sistemática de los argumentos del oponente. Esta manera poco recomendable de sentarse o acostarse en la cama de otros era común en todos los círculos de la juventud, y se explica antes bien por la sencillez de las costumbres que por la falta de sillas. Si en algo se distinguía Vladímir de los demás era en ponerse un periódico bajo los pies. La agudeza de sus réplicas expresaba una resistencia intransigente, y era un medio de obligar al adversario a mostrar su verdadero rostro.

En las conversaciones en torno al samovar o en las barcas sobre el Volga, Ulianov, después de haber estudiado el *Anti-Dühring*, enciclopedia polémica del marxismo, barría infatigablemente con los valores metafísicos de los jóvenes cerebros. ¿La Justicia? Un mito para disimular el derecho del más fuerte. ¿Las normas absolutas? La moral no es más que le servidora de los derechos materiales. ¿El poder del estado? Un comité ejecutivo de los explotadores. ¿La revolución? Hay que tomarse el trabajo de agregar: burguesa. Con estos aforismos y otros semejantes, con los que hacía trizas la más bella porcelana del idealismo fue con lo que se ganó su precoz reputación de amoral. Su auditorio, formado de acuerdo con las normas escolares, se quedaba estupefacto y trataba de protestar. Esto era precisamente lo que deseaba el joven atleta. "¿Sofismas? ¿Paradojas?" Los golpes, aunque amistosos, llovían a izquierda y derecha. Tomados de improviso, los antagonistas se callaban, y a veces

boquiabiertos, iban inmediatamente a buscar los libros citados por Ulianov; hasta que, un buen día, declaró francamente que era marxista.

En los debates con los militantes de la *Narodnaia Volia* y con los jacobinos, Vladímir, corifeo del clan marxista, que iba en aumento, empleaba el método socrático. —Bueno, tomáis el poder, ¿Y después?, preguntaba al adversario. —Se harán decretos. —¿Y sobre qué se van a apoyar? —Sobre el pueblo. —Pero, ¿qué es el pueblo? Y así proseguía el análisis de los antagonistas. Hacia fines del periodo de Samara circulaba entre la juventud un manuscrito de Ulianov titulado: *Discusión entre un socialdemócrata y un populista,* que, suponemos, presentaba un resumen, en forma de diálogo, de las controversias de Samara. Desgraciadamente, esta obra se ha perdido.

Vladímir discutía con pasión, como todo lo que hacía, pero nunca de manera desordenada ni al azar. No se lanzaba de cabeza al tumulto, no interrumpía, no trataba de gritar más fuerte que los demás; aun cuando lo ahogara la indignación, dejaba que se explicara su adversario, captando con vivacidad los puntos débiles y lanzándose después al ataque con maravillosa fogosidad. No obstante, ni aun en los golpes más violentos asestados por el joven polemista había nada personal. Se batía contra las ideas, o bien expresaba una manera más consciente de tratarlas, sin tocar al hombre para nada. Los adversarios tenían que callarse. Así como no interrumpía a los demás, tampoco permitía que lo interrumpieran, como en el juego de ajedrez nunca retiraba sus piezas y no permitía que lo hicieran los otros.

Resulta extraña la afirmación de María Ulianova, según la cual la timidez de Vladímir era una carac-

terística de familia. La falta de visión psicológica que se manifiesta en numerosos testimonios de la hermana menor obliga a tomarlos con prudencia, sobre todo porque resulta natural, en el caso presente, el deseo de encontrar en Lenin el mayor número posible de características de familia. Es cierto que la fotografía de 1890, que ya conocemos, parece indicar efectivamente una lucha entre la timidez y una seguridad que aún no se desarrolla. Podría decirse que el joven se siente intimidado ante el fotógrafo, o que le hace una concesión contra su voluntad, así como, treinta años después, Lenin se sentirá incómodo al dictar a una secretaria sus cartas y artículos. Si esto es "timidez", en todo caso no contiene ni sentimiento de debilidad ni exceso de sensibilidad, sino que sirve para disimular la fuerza. Su objeto es proteger su mundo interior de contactos demasiado inmediatos y de familiaridades indiscretas. Entre los diversos miembros de una familia, una característica especial no sólo puede presentar grandes variantes, sino también transformarse en lo contrario. La timidez de Alejandro, observada por todos los que le rodeaban, concuerda perfectamente con todo el conjunto de su naturaleza reprimida y ensimismada. Alejandro se sentía claramente incómodo de su superioridad, cuando se daba cuenta de ella. Pero era precisamente esta característica la que lo alejaba de su hermano menor, quien, sin vacilar, manifestaba su preponderancia sobre los demás. Hasta se podría decir que la naturaleza agresiva de Vladímir, en razón de su completa subordinación a la idea y de la falta absoluta de vanidad personal, lo libraba, en cierta forma, de los frenos impuestos por la timidez. En todo caso, si algunas veces, sobre todo en sus años juveniles, un sentimiento res-

trictivo se apoderaba de él, no era por sí mismo, sino por los demás, por la banalidad de sus intereses, la vulgaridad de sus bromas o, sencillamente, por su tontería. Samoilov nos ha mostrado a Vladímir en un círculo nuevo para él: "Habló poco, pero no por la timidez que podría haber sentido en un medio desconocido." Por el contrario, su presencia obligaba a los demás a mantenerse en guardia; las personas inclinadas a la desenvoltura se mostraban prudentes, si no es que cortadas.

La hermana mayor nos cuenta cómo los compañeros se contenían en presencia de Alejandro, "cómo se avergonzaban de decir delante de él tonterías y cómo se volvían siempre hacia él, en busca de su opinión". Cualquiera que haya sido el contraste entre los hermanos por su naturaleza, Vladímir, en este aspecto, actuaba sobre los demás "como Sacha", obligándolos a elevarse por encima de sí mismos. Semenov escribe: "Vladímir Ilitch, desde su juventud, se alejó de toda bohemia... y en su presencia, todos los que éramos del círculo de Skliarenko nos reprimíamos... Ante él era imposible cualquier conversación frívola o cualquier chiste grosero." ¡Qué inapreciable testimonio! Es posible que Vladímir se valiera de algunas expresiones plebeyas en una disputa, o al juzgar a alguno de sus enemigos, pero no se permitía nunca una alusión vil, un chiste trivial, una anécdota pornográfica, tan habituales entre la juventud masculina. No porque se impusiera a este respecto reglas de ascetismo, sino porque este "amoral" no tenía necesidad del látigo trascendental; tampoco se debía a que, por naturaleza, fuera indiferente a los demás aspectos de la vida, aparte de la política. No, nada de lo humano le era extraño. Cierto que no poseemos ninguna narración respecto a la actitud del

joven Ulianov hacia las mujeres. Probablemente haya hecho algunas veces la corte a alguna joven, y que haya quedado prendado de ella, ya que no por casualidad se ponía a cantar *Los ojitos encantadores,* ocultando su emoción con una máscara de ironía. Pero, aunque no se conozcan los detalles, puede decirse con seguridad que Vladímir, desde su juventud, guardó siempre una actitud pura hacia la mujer. Y no se puede atribuir a frialdad de temperamento esta característica casi espartana de su personalidad moral. Por el contrario, el fondo de su naturaleza era apasionado. Pero se completaba con... la castidad, ya que nos es difícil encontrar otra palabra. La combinación orgánica de estos dos elementos, temperamento apasionado y castidad, excluye por sí misma toda idea de cinismo. Para ser superior a los demás, Vladímir no tenía ninguna necesidad de las cadenas de la moral; le bastaba con sentir una repulsión orgánica hacia la bajeza y la trivialidad.

El mismo Vodovosov certifica que, en el círculo marxista de Samara, Vladímir era "una autoridad indiscutible, y era casi tan idolatrado como en su familia", aunque muchos fueran de más edad que él. "Su autoridad en el círculo era indiscutible", confirma Semenov. Lalayanz escribe que Ulianov, a quien encontró un año después de su disputa con Vodovosov, lo conquistó inmediatamente. "En este hombre de veintitrés años se combinan de la manera más sorprendente la sencillez, la delicadeza, la alegría de vivir y la pasión, por una parte, con la solidez y la profundidad de conocimientos, además de una lógica implacable en la argumentación... por la otra." Inmediatamente después de su primer encuentro, se felicita Lalayanz de haber elegido a Samara como sitio de residencia vigilada.

Es privilegio de los elegidos el causar juicios tan contradictorios. Ulianov, aun desde sus años juveniles, no se quejaba de la parcialidad de los demás, ya que los sentimientos que inspiraba a los otros claramente eran el reflejo de su propia parcialidad. El individuo no era para él un objetivo en sí mismo, sino un instrumento. "En su actitud hacia la gente —comenta Semenov— se manifestaban claramente vivas diferencias. Con los camaradas a quienes consideraba sus partidarios, discutía con dulzura y bromeaba con buen humor... Pero cuando se daba cuenta de que un contradictor era representante de otra tendencia... era inexorable en la polémica. Atacaba al adversario sobre los puntos más sensibles y no se media en sus expresiones." Para comprender a Lenin tiene una gran importancia esta observación de uno de los compañeros de sus años juveniles.

Era "parcial", puesto que su actitud utilitaria hacia los demás provenía de las fuentes más profundas de su naturaleza, dirigida por entero hacia la reconstrucción del mundo exterior. Si en esto había cálculo —y seguramente lo había, además de que con el tiempo fue cada vez más previsor y sutil— dicho cálculo era inseparable de un verdadero sentimiento. Lenin "se enamoraba" fácilmente de la gente, cuando descubría en ella utilidad y valor. Pero no había cualidad personal que pudiera ablandarlo cuando se trataba de un adversario. Su actitud respecto a las mismas personas se modificaba bruscamente según que, en el momento dado, fueran de su bando o del opuesto. Ni en sus periodos "amorosos" ni en los de hostilidad que les seguían, había huellas de impresionismo, de capricho o de ambición. Para él, el código de la justicia estaba formado por las reglas de la lucha. A esto

se deben las frecuentes contradicciones que se encuentran aun en sus expresiones impresas sobre diferentes individuos, y a esto se debe también el que Lenin, a pesar de estas asombrosas contradicciones, haya permanecido siempre fiel a sí mismo.

Los señores individualistas declaran que la personalidad es un objetivo en sí misma, lo cual permite que cada quien, en la vida práctica, se conduzca, en sus relaciones con los demás, de acuerdo con sus propios gustos o según el estado de su ánimo. La gran tarea histórica a cuyo servicio se dedicó nuestro "amoral" ennobleció su actitud con respecto a los demás; en la práctica, empleaba para juzgarlos la misma medida que empleaba para sí mismo. La parcialidad impuesta por los intereses de la causa se convertía, a fin de cuentas, en una imparcialidad superior, y esta rara cualidad —verdadero don de jefe— prestó a Lenin, desde sus años juveniles, una autoridad sin igual.

Semenov, tres años mayor que Vladímir, comentó una vez, en una conversación general en que se trataba de él mismo y de sus amigos, que no se desenvolvían bien en el marxismo porque no conocían bien ni la historia ni la economía burguesas. Vladímir replicó, breve y severamente: "Si eso anda mal, todo andará mal en *general*, es necesario estudiar." En la esfera de los grandes problemas, este joven sencillo y alegre hablaba como dueño del poder. Y los demás callaban y se sumían ansiosamente en silenciosas reflexiones.

El mismo Semenov cuenta con qué seguridad y firmeza Vladímir rechazaba los argumentos mal presentados por su cuñado Yelisarova, que había intentado sostenerlo en una discusión con Vodovosov. No, no tenía nada de tímido. Además, hay que recordar que Yelisarova, quien adoraba a Vla-

dímir, al igual que Vodovosov, que ya no lo quería, eran, por lo menos, seis años mayores que él. Cuando se trataba de ideas sobre la revolución, Vladímir no conocía ni amistad ni parentesco, y menos aún el respeto debido a la edad.

A los veintidós años, dice Vodovosov, Ulianov "daba la impresión de ser un hombre maduro y completamente formado, desde el punto de vista político". "Vladímir Ilitch —escribe a su vez Semenov— era un hombre de opiniones firmes y completamente formadas que, en las reuniones de los círculos, se comportaba con seguridad y absoluta independencia." El estudiante P. P. Maslov, futuro economista del partido menchevique, se enteró por sus visitantes, en una aldea de la provincia de Ufa, donde vivía bajo vigilancia, de que había en Samara un cierto Vladímir Ulianov "que también se interesaba por los problemas económicos y que, además, era un hombre de los más distinguidos por su talento y su instrucción". Cuando leyó un manuscrito que le envió Ulianov —el marxismo ruso en esos tiempos, aún no tenía acceso a la prensa impresa— Maslov quedó asombrado, ante todo "por la agudeza y la claridad de las fórmulas" presentadas por el autor, "que revelaban un hombre de opiniones totalmente formadas".

Ya durante el periodo de Samara, la expresión "el viejo" que después sería el sobrenombre de Lenin, comenzó, paradójicamente, a ligarse con la imagen del joven Vladímir. Y sin embargo, no sólo en esa época, sino hasta el fin de su vida, no tuvo en sí nada de senil, con excepción, quizás, de la calvicie. Lo que asombraba en aquel joven era la madurez del pensamiento, el equilibrio de sus fuerzas espirituales y la seguridad de sus opiniones. "Es claro —escribe Vodovosov— que yo no pude prever

el papel que estaba destinado a representar, pero desde entonces yo estaba convencido, y lo decía francamente, de que el papel de Ulianov sería grande."

Durante esos años, la doctrina herética había podido conquistar partidarios en los círculos de la juventud de Samara y había obtenido, en el medio radical, algo así como un reconocimiento oficial. Aunque el populismo seguía siendo la corriente dominante, tuvo que apartarse un poco. La propaganda socialdemócrata, en el medio universitario, estaba principalmente en manos de Skliarenko, joven inteligente, pero poco dedicado. En marzo de 1893 llegó a Samara un estudiante de Kazán, expulsado y sometido a vigilancia policiaca: era Lalayanz, antiguo compañero de lucha de Fedoseyev, quien rápidamente se ligó en estrecha amistad con Ulianov y Skliarenko. Estos tres jóvenes formaron, aunque sólo durante algunos meses, el estado mayor del marxismo en Samara. Vladímir se apartaba de la labor de propaganda. Lalayanz dice claramente: "En Samara, por lo menos cuando yo estuve allí, él no participaba en ningún círculo ni realizaba ningún estudio." En cambio, la dirección general le pertenecía sin duda alguna. El terceto se reunía con frecuencia, algunas veces en la casa de Skliarenko, otras en alguna de las cervecerías de Samara, por las que Skliarenko manifestaba una predilección excesiva. Ulianov informaba a sus amigos de sus trabajos, y a su vez se enteraba por ellos de los últimos acontecimientos de los círculos de Samara. Frecuentemente se suscitaban discusiones teóricas, y Ulianov siempre era el que decía la última palabra. Durante el verano, Skliarenko fue la visita a Alakayevka, en donde fue muy bien recibido por todos, porque era muy sociable y jo-

vial, y de allí se llevó una provisión de ideas nuevas que difundió entre los seminaristas y estudiantes de medicina. Tanto Skliarenko como Lalayanz fueron después bolcheviques notables.

Hacia esa época había logrado conquistar Vladímir completamente a Preobrajensky, antiguo organizador de una comuna agrícola, con quien recorría con frecuencia, entre acalorados debates, el kilómetro y medio que separaba a las dos granjas. Más tarde, Preobrajensky participó en la organización socialdemócrata de Samara y, muchos años después, bajo el régimen soviético, administró esa hacienda de Gorki donde el jefe de la Rusia soviética fue a reposar, enfermó y murió. Las relaciones de su juventud ocuparon, en general, un sitio importante en la vida de Lenin.

Vladímir sacó de la provincia del Volga todo lo que se podía sacar. Hacia fines del invierno de 1892-93, según dice Yelisarova, "se aburría a veces profundamente y aspiraba a vivir en un sitio de más movimiento"... Pero como no tenía sentido salir de Alakayevka en verano, la partida se aplazó hasta el otoño. El hermano menor terminó entonces sus estudios en el liceo y se disponía a partir para la universidad de Moscú. María Alejandrovna tenía la intención de seguir a Dimitri a Moscú, como seis años antes había seguido a Vladímir a Kazán. Había llegado el momento de desprenderse de la familia. San Petersburgo, la más europea de las ciudades rusas, atraía a Vladímir mucho más que el Moscú de entonces, que era "una gran aldea". Además, viviendo separado de los suyos había menos peligro de que la sombra de su labor revolucionaria se proyectara sobre su hermano y sus hermanas.

Los últimos meses transcurridos en Samara y en

Alakayevka fueron dedicados a los preparativos de la salida. Vladímir hacía resúmenes de libros y artículos, reunía las conclusiones más importantes y bosquejaba estudios polémicos. Probaba, afilaba y limpiaba las armas de las que pronto había de servirse. El movimiento crítico que se desarrollaba en los cerebros de la intelectualidad, como el movimiento más profundo que agitaba los sectores industriales, exigía una doctrina, un programa, un instructor. La rueda de la historia rusa comenzaba a girar más rápidamente. Ya era tiempo de despedirse de Samara, de Alakayevka, de la avenida de los tilos. Vladímir Ulianov deja su refugio perdido en un rincón de la provincia para encontrarse, llegado apenas al campo de batalla de la capital, dominando en forma absoluta a su generación.

Así, entre la ejecución de su hermano y su instalación en San Petersburgo, en esos seis años, a la vez cortos y largos de trabajo incesante, se formó el futuro Lenin. Todavía le faltaban por recorrer grandes etapas, tanto exteriores como interiores; en el curso de su evolución se pueden distinguir varias épocas claramente delimitadas. Pero todas las características esenciales de su carácter, de su concepción del mundo y de su forma de actuar ya se habían fijado en el intervalo que se encuentra entre sus diecisiete y sus veintitrés años.

XV. LAS ETAPAS DEL DESARROLLO

RECONSTRUIREMOS las etapas más importantes de la biografía del joven Lenin, sobre el fondo de las etapas del desarrollo general del país. Un rincón perdido sobre las márgenes del Volga. La generación de los esclavistas y de los esclavos de ayer, viva aún. La ofensiva de la *Narodnaia Volia*. El estancamiento político de los años 80. Vladímir crece en una familia patriarcal y unida de un funcionario público, se instruye y desenvuelve su inteligencia sin preocupaciones ni trastornos. Hasta que termina sus estudios del liceo no se le despierta el sentido crítico, después de la muerte de su padre, y se dirige principalmente contra las autoridades escolares y contra la Iglesia. El inesperado fin de su hermano mayor le abre los ojos a los problemas de la política. Su participación en una manifestación de estudiantes es su primera réplica a la ejecución de Alejandro. La tentación de vengar a su hermano con los mismos métodos empleados por él debió ser en esos tiempos particularmente aguda. Pero se encontraba entonces en el periodo más sombrío de la reacción, en 1888, cuando resultaba imposible pensar siquiera en el terrorismo. Esta reacción no sólo salva físicamente a Vladímir, sino que lo empuja hacia el camino del estudio teórico y profundo.

Siguen los años de su aprendizaje revolucionario: en Kazán emprende la lectura de *El Capital*. Pero la asimilación de la teoría del valor-trabajo no significa para él la ruptura con la tradición de la *Narodnaia Volia*; también Alejandro había sido

partidario de Marx. Primero en Kazán y después en Samara, Vladímir entra en contacto con revolucionarios de la generación anterior, principalmente los de la *Narodnaia Volia,* como alumno aplicado, dispuesto desde luego a la crítica y a las verificaciones, pero no como adversario. Si a pesar de su mentalidad revolucionaria, suficientemente revelada, tanto a través de la elección de sus relaciones, como por la dirección de sus intereses intelectuales, no se adhirió, en esa época, a ningún grupo político, eso demuestra sin error posible, que aún no tenía ningún credo político definido, ni siquiera propio de un joven, sino que aún buscaba su camino. De todos modos, sus investigaciones partían de la tradición de la *Narodnaia Volia,* que dejó una huella notable en su evolución ulterior. Ya convertido en marxista militante, Vladímir continuó, durante varios años, conservando una actitud de simpatía hacia el terrorismo individual, lo cual lo distinguía claramente de los demás socialdemócratas, y constituyó la característica indudable del periodo en que las ideas marxistas se mezclaban aún en su conciencia con sus simpatías por la *Narodnaia Volia.*

De la primavera de 1890 al otoño de 1891, Vladímir se encuentra casi totalmente absorbido en la preparación de sus exámenes. El arduo estudio de las ciencias jurídicas actuó en cierta forma como cuña externa en el proceso de elaboración de su concepto del mundo. Desde luego, nunca hubo una interrupción completa. En sus horas de recreo, Vladímir leía a los clásicos del marxismo, se reunía con sus amigos, cambiaba opiniones. Y aun en la escolástica jurídica, a través del método de los contrastes, probaba y afirmaba sus opiniones materialistas. Pero este trabajo crítico sólo se realizaba

marginalmente. Los problemas y las dudas que permanecían sin respuesta quedaban pendientes para tratarlos en momentos de mayor libertad. Vladímir no se apresuraba a afirmarse. He aquí una confirmación indirecta, pero interesante: a principios de 1891, los dos "jacobinos" de Samara aún no habían perdido la esperanza de atraer a Ulianov a sus filas, lo cual significa que aún no veían en él una figura política definida.

A fines de 1891 Vladímir obtiene su diploma y debe tomar una decisión. No podía dejar de seducirlo la tribuna judicial. Según dice su hermana, entonces pensaba seriamente en dedicarse a la profesión de abogado "que podría procurarle más tarde, medios de existencia". No obstante, la corriente política del país y también la marcha de su propia evolución lo ponían ante otras tareas que lo reclamaban por entero. Sus vacilaciones no duraron mucho. La profesión de abogado dejó el sitio a la política, y sólo fue un disfraz temporal para esa actividad. El febril estudio jurídico a que se dedicó durante año y medio dejó muy atrás la primera etapa del aprendizaje revolucionario e independizó su pensamiento, con respecto al pasado reciente, dominado por la figura de Alejandro; así surgieron las condiciones necesarias para liquidar el periodo de transición. En el invierno del año del hambre llegó el momento de hacer un balance definitivo. El gradual progreso de su desarrollo espiritual no excluye los saltos bruscos, que se producían en las capas interiores de su conciencia.

La formación de la personalidad revolucionaria de Vladímir refleja, en parte, el viraje de las simpatías teóricas de la intelectualidad provincial de izquierda y, en parte, un notable adelanto sobre los demás. Desde 1891 comenzó a interesar la teo-

ría marxista a los círculos de la juventud de Samara, es decir, precisamente durante el catastrófico periodo del hambre. Había entonces muchos que buscaban afanosamente el primer tomo de *El Capital,* pero, según dice Semenov, la mayoría "se rompía los dientes" en el primer capítulo. Había conversaciones sobre los secretos de la dialéctica. En el jardín de la ciudad, a orillas del Volga, sobre un banco al que se llamaba "el banco marxista", se discutía con pasión sobre a tríada hegeliana.

La generación mayor de la intelectualidad de Samara entró en efervescencia. Sus dos grupos, el moderado y el radical, que habían vivido pacíficamente, uno al lado del otro, en el círculo de las ideas conocidas y que habían pagado su tributo de estimación a Marx al que, por otra parte, no conocían, consideraron a los primeros socialdemócratas rusos como productos de un nefasto equívoco. Los más sinceros en su indignación eran los antiguos deportados, que llevaran a la región del Volga las opiniones tradicionales que habían conservado intactas bajo el clima riguroso de Siberia.

La fisura política se transformó fácilmente en brecha infranqueable. Vladímir no economizaba sus sarcasmos por los lloriqueos populistas: parecía que los marxistas "no amaban al mujik y se alegraban de la ruina de la aldea", etc. Pronto aprendió a despreciar el procedimiento que consistía en reemplazar el análisis de la realidad por lecciones de moral y salmodias sentimentales. Las lágrimas literarias, que no ayudaban en nada al mujik, quemaban los ojos de la intelectualidad y le impedían ver la ruta que se abría ante ella. Los conflictos cada vez más profundos entre los populistas y los militantes de la cultura dividieron poco a poco a la intelectualidad radical de Samara en

dos campos beligerantes, y dieron un tono violento a las relaciones personales. No es de extrañar que los últimos dieciocho meses, durante los cuales Vladímir salió de la sombra, hayan dado el tono a los recuerdos de sus contemporáneos sobre la totalidad del periodo de Samara. El joven Lenin, tal como era al llegar en mayo de 1889 a Alakayevka, en calidad de futuro propietario rural, y tal como partió de Samara en el otoño de 1893, siempre ha sido representado como el mismo revolucionario marxista, excluyendo de su vida el elemento esencial, que era el movimiento.

P. Lepechinsky, acercándose esta vez a la realidad, escribe sobre la preparación de Lenin en Samara: " Hay razones para pensar que, desde 1891 ya se había formado, a grandes rasgos, su concepción marxista del mundo". "En los problemas de economía política y de historia —confirma Vodovosov— asombran la solidez y la diversidad de sus conocimientos, sobre todo teniendo en cuenta su edad. Leía de corrido el alemán, el francés y el inglés, conocía muy bien *El Capital* y la abundante bibliografía marxista (alemana)... Se declaró marxista convencido." Este bagaje intelectual probablemente hubiera bastado para una docena de individuos, pero el joven, severo consigo mismo, se juzgaba insuficientemente preparado para el trabajo revolucionario y no sin razón, pues en la cadena que liga la doctrina con la acción, le faltaban algunos eslabones importantes. Además, los hechos hablan por sí mismos: si Vladímir se hubiera sentido completamente preparado desde 1891, no habría podido quedarse dos años más en Samara.

Cierto que la hermana mayor afirma que Vladímir estaba retenido en la familia por el cariño hacia su madre que, después de la muerte de Olga,

había recuperado a sus hijos por su valor unido a su ternura. Pero esta explicación, sin duda, no es suficiente. Olga murió en mayo de 1891; y Vladímir no se separó de su familia hasta agosto de 1893, más de dos años después. Por consideración a su madre podría haber aplazado su tarea revolucionaria algunas semanas o meses, mientras la nueva herida hubiera estado aún muy fresca, pero no durante años. En sus relaciones con los demás, sin exceptuar a su madre, no conocía el sentimentalismo pasivo. Su vida en Samara no servía prácticamente de nada a su familia. Si Vladímir tuvo suficiente constancia para permanecer tanto tiempo alejado del gran campo de batalla, fue sólo porque aún no había terminado su periodo de aprendizaje.

Además de las obras fundamentales de Marx y Engels y de las publicaciones de la socialdemocracia alemana, llegaron a su mesa, cada vez con mayor frecuencia, las publicaciones estadísticas rusas. Inició sus trabajos personales para iluminar la realidad rusa. Entre sus temas de estudio, el materialismo histórico y la teoría del valor-trabajo son tratados como instrumentos de orientación política. Estudia a Rusia como futuro campo de lucha y observa cómo están repartidas en el país las principales fuerzas combatientes.

Para determinar la etapa más importante en la evolución de Vladímir Ulianov tenemos un testimonio absolutamente inestimable, ante el cual los biógrafos oficiales casi siempre cierran los ojos, porque contradice la leyenda. En una hoja de interrogatorio, del partido, correspondiente a 1921, el propio Lenin marca como principio de su actividad revolucionaria "1892-1893, Samara, círculos ilegales de la socialdemocracia". De esta fecha, que nos da testimonio indiscutible, se derivan dos conclu-

siones: Vladímir no participó en el trabajo político de los círculos de la *Narodnaia Volia,* pues de otra manera lo hubiera mencionado en el interrogatorio; no se convirtió definitivamente en socialdemócrata hasta 1892, ya que de lo contrario hubiera iniciado antes la propaganda por su partido. Las discusiones y las dudas quedan así definitivamente solucionadas. Por imparcialidad, debemos indicar que un investigador soviético, colocado por sus funciones a la cabeza de la historiografía de mausoleo —hablamos de Adoratsky, director del Instituto Marx-Engels-Lenin—, llega, sobre el punto que discutimos, a una conclusión muy semejante a la nuestra. "Durante los últimos años de Samara, 1892-1893 —escribe con toda la circunspección indispensable—, Lenin era ya marxista, aunque aún subsistían en él algunos vestigios del espíritu de la *Narodnaia Volia* (una opinión particular sobre el terrorismo)". Ya podemos decir definitivamente adiós a la divertida leyenda según la cual Vladímir "después de frotarse la frente" condenó el terrorismo en mayo de 1887, el día en que se le informó de la ejecución de Alejandro.

Las etapas de la formación ideológica del joven Lenin, indicadas anteriormente, se ven confirmadas, de manera quizás inesperada, pero muy elocuente, en su biografía de jugador de ajedrez. Durante el invierno de 1889 a 1890, Vladímir, según cuenta el hermano menor, "se dedicó más que nunca al ajedrez". Como estudiante expulsado que no era recibido en ninguna universidad, como revolucionario en potencia, sin programa ni dirección aún, buscaba en el ajedrez una salida para la inquietud interior que le producía el desarrollo de sus fuerzas. El periodo siguiente, que duró año y medio, lo ocupó en la preparación de sus exáme-

nes, y el ajedrez pasó a segundo término. Pero volvió a ocupar un sitio importante cuando, después de recibir su diploma, Vladímir vacilaba al elegir su carrera; se ocupaba poco de los asuntos judiciales pero, en cambio, había encontrado, en la persona de su patrón, un compañero de juego de primera clase. Pasó todavía un año y medio dedicado a su preparación y, al fin, el joven marxista se sintió armado para la lucha. Sin temor se puede admitir el testimonio de Dimitri sobre este punto, ya que él mismo era un aficionado apasionado y seguía con atenta mirada la afición de su hermano mayor por este juego.

En Kazán, cuando Vladímir aún buscaba un auditorio, trató de hacer partícipe a su hermana mayor de las ideas que había sacado de la lectura de Marx. La tentativa no dio resultado y Ana pronto perdió las huellas de los estudios científicos de su hermano. No sabemos cuándo consiguió el primer tomo de *El Capital.* En todo caso, no fue durante su corta estancia en Kazán. Posteriormente asombró a todos con su capacidad para leer rápidamente, captando al vuelo lo esencial. Pero había desarrollado esta habilidad sabiendo, cuando era necesario, leer muy lentamente. En cada nuevo terreno comenzaba por familiarizarse con las bases sólidas y así proseguía, como un concienzudo constructor. Conservó hasta el final de su vida la capacidad de releer varias veces un libro o un capítulo indispensable e importante. No apreciaba realmente más que los libros que merecen que se les vuelva a leer.

Desgraciadamente no hay nadie que nos diga cómo siguió Lenin la escuela de Marx. No se han conservado más que algunas impresiones superficiales y muy incompletas. "Pasaba días enteros

—dice Yasneva— estudiando a Marx, redactando resúmenes, copiando extractos, tomando notas. Entonces era muy difícil arrancarlo de su trabajo". No han llegado hasta nosotros sus resúmenes de *El capital*. Basándonos únicamente en sus cuadernos de estudio de los años siguientes, podemos reconstruir en parte la labor de este joven atleta sobre Marx. Ya desde que estudiaba en el liceo, Vladímir comenzaba siempre sus composiciones después de haber elaborado el plan de las mismas, que completaba con argumentos y citas. En este proceso de creación se manifestaba una cualidad que Ferdinand Lassalle ha denominado, con razón, la fuerza psíquica del pensamiento. En el estudio, cuando no se trata de una memorización mecánica, hay también un acto creador, pero de tipo inverso. Hacer el resumen de la obra de otro significa poner al descubierto el esqueleto lógico, despojándolo de pruebas, de ilustraciones y de digresiones. Vladímir avanzaba por este difícil camino con tensión apasionada y alegre, resumiendo cada capítulo leído, a veces en una sola página, meditando y verificando la estructura lógica, las transiciones dialécticas y los términos. Al tomar posesión del resultado, asimilaba el método. Analizaba las etapas del sistema de otro como si lo edificara de nuevo. Todo se encerraba sólidamente en aquella cabeza maravillosamente dotada, bajo la potente cúpula del cráneo. Ya nunca se apartó en su vida de la terminología político-económica rusa, asimilada o elaborada por él durante el periodo de Samara. Y esto, no solamente por obstinación, aunque la terquedad intelectual fuera una de sus características esenciales, sino porque, desde los primeros años, había realizado una elección perfectamente calculada, meditando cada término en todos sus valores y gra-

bándolo en su conciencia sobre todo un ciclo de conceptos. Los tomos primero y segundo de *El capital* fueron los manuales fundamentales de Vladímir en Alakayevka y en Samara; el tercer tomo aún no había aparecido; el viejo Engels apenas estaba poniendo en orden los escritos de Marx. Vladímir había estudiado tan bien *El capital* que sabía descubrir en él nuevas ideas cada vez que recorría el libro de nuevo. Desde el periodo de Samara aprendió, según una expresión que se le ocurrió más tarde, a "celebrar consejo" con Marx.

Ante los libros del maestro no cabían ni la impertinencia ni la ironía de este espíritu insaciable que era capaz de llegar al más elevado patetismo de gratitud. Para Vladímir llegó a ser no solamente una necesidad, sino una delicia seguir el desarrollo del pensamiento de Marx, sentir la presión irresistible, descubrir, bajo las frases o los comentarios incidentales, rutas derivadas de nuevas deducciones, convencerse cada vez más de la exactitud y de la profundidad de un sarcasmo e inclinarse con reconocimiento ante un genio inflexible para consigo mismo. Marx nunca tuvo lector mejor, ni más atento y más acorde con su pensamiento; tampoco discípulo más perspicaz ni más agradecido.

"Para él, el marxismo no era una convicción, sino una religión —escribe Vodovosov—. Se sentía en él... ese grado de convicción que... es incompatible con el conocimiento realmente científico". Para el filisteo no hay más sociología científica que aquella que le deja intacto el derecho de dudar. A decir verdad, Ulianov, según dice Vodovosov, "se interesaba mucho por las objeciones que se oponían al marxismo, las estudiaba y reflexionaba sobre ellas", pero todo eso, "no con el fin de buscar la verdad", sino solamente para descubrir en dichas objecio-

nes algún error "de cuya existencia estaba persuadido por anticipado". Hay algo de cierto en este comentario: Ulianov había tomado posesión del marxismo como de una deducción que procedía de una evolución anterior del pensamiento humano; después de haber alcanzado el grado superior, no quería descender al inferior; defendía con energía indomable lo que había meditado y verificado cotidianamente; y consideraba con desconfianza preconcebida las tentativas de los contrarios ignorantes y de los eruditos mediocres para remplazar el marxismo por alguna otra teoría más cómoda.

En el terreno de la tecnología o de la medicina, la rutina, el diletantismo y los sortilegios son despreciados, con mucha razón. Pero en el terreno de la sociología se presentan a cada momento como manifestaciones de la libertad de espíritu científico. Aquel para quien la teoría no constituye más que una diversión del espíritu, pasa fácilmente de una revelación a otra o, lo que es aún más frecuente, se satisface con un poco de cada revelación. Pero aquél para quien la teoría es un medio para dirigir la acción, es infinitamente más exigente, más severo y más equilibrado. Un escéptico de salón puede hacer burla impunemente de la medicina, pero el cirujano no puede vivir en una atmósfera de incertidumbre científica. Cuanto más necesidad tiene el revolucionario de apoyar su acción sobre la teoría, más intransigente es para defenderla. Vladímir Ulianov despreciaba el diletantismo y odiaba a los charlatanes. En el marxismo apreciaba, ante todo, la autoridad disciplinada del método.

En 1893 aparecieron los últimos libros de V. Vorontsov (V. V.) y de N. Danielson (Nikolai- on). Los dos economistas populistas demostraron, con una firmeza digna de envidia, la imposibilidad del

desarrollo burgués en Rusia, precisamente en la época en que el capitalismo ruso se disponía a tomar un vuelo particularmente vigoroso. Es poco probable que los populistas marchitos de entonces hayan leído las tardías revelaciones de sus teóricos con tanta atención como el joven marxista de Samara. Ulianov tenía necesidad de conocer a los adversarios no solamente para entregarse a refutaciones literarias. Buscaba ante todo una certidumbre íntima en que apoyarse para la lucha. Es cierto que estudiaba la realidad con un espíritu de polémica, dirigiendo entonces todas sus deducciones contra el populismo que se había sobrevivido a sí mismo, pero la polémica pura nunca fue tan extraña para nadie como para este futuro autor de veintisiete tomos de escritos de polémica. Necesitaba conocer la vida tal como es.

Cuanto más de cerca abordaba los problemas de la revolución rusa y cuanto más se instruía en los escritos de Plejanov, más estimación adquiría por el trabajo crítico realizado por este último. Los recientes falsificadores de la historia del bolchevismo hablan de una "generación espontánea del marxismo en el terreno ruso, que estaba privado de la influencia directa del grupo de la emigración y de Plejanov" (Presniakov), y habría que agregar: también del propio Marx, el emigrado por excelencia; y consideran a Lenin como el fundador de ese marxismo doméstico, verdaderamente ruso, del cual habían de proceder posteriormente la teoría y la práctica del "socialismo en un solo país".

La doctrina de la generación espontánea del marxismo, como "reflejo" directo del desarrollo capitalista de Rusia, no es más que una detestable caricatura del marxismo. Los procesos económicos no se reflejan en una conciencia "pura" que con-

serva toda su ignorancia natural, sino en la conciencia histórica, enriquecida con todas las conquistas del pasado humano. La lucha de clases en la sociedad capitalista sólo pudo conducir al marxismo, a mediados del siglo XIX, porque encontró ya preparado un método dialéctico, como compendio y coronamiento de la filosofía clásica alemana, de la economía política inglesa de Adam Smith y de David Ricardo y de las doctrinas revolucionarias y socialistas francesas, edificadas después de la gran revolución. Así pues, el carácter revolucionario del marxismo se afirma en sus mismas fuentes. El desarrollo del poder de los kulaks sobre el Volga y de la metalurgia en los Urales eran totalmente insuficientes para permitir la elaboración independiente que condujera al mismo resultado científico. No por casualidad el Grupo de la Emancipación del Trabajo nació en el extranjero; el marxismo ruso no vio la luz como producto automático del capitalismo ruso, al mismo tiempo que el azúcar de remolacha y el algodón (para cuya fabricación, por otra parte, fue necesario importar maquinaria) sino como una compleja combinación de toda la experiencia de la lucha revolucionaria rusa con la teoría del socialismo científico, nacida en Occidente. Sobre las bases colocadas por Plejanov, se levantó la generación marxista de los años 90.

Para apreciar la aportación histórica de Lenin no es necesario presentar las cosas como si, desde sus primeros años, hubiera tenido que desmontar una tierra virgen, con su propio arado. "Casi no existían obras teóricas de conjunto —escribe Yelisarova, como Kamenev y otros—; tenía que estudiar las obras de primera mano y levantar sobre ellas sus deducciones." Nada podría ofender más la conciencia científica de Lenin que decir que no ha-

bía tomado en cuenta los trabajos de sus antecesores y sus maestros. Es falso que a principios de los años 90 careciera el marxismo ruso de obras de conjunto. Las publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo constituían una enciclopedia sucinta de la nueva tendencia. Después de seis años de una lucha brillante y heroica contra los prejuicios de la intelectualidad rusa, Plejanov proclamó en 1889, en el Congreso internacional socialista, celebrado en París, que: "El movimiento revolucionario de Rusia no puede triunfar más que como movimiento revolucionario obrero. No hay ni puede haber para nosotros otra alternativa." Estas palabras contenían la síntesis más importante de todas las ideas generales de la época precedente, y fundándose sobre estas ideas generales de un "emigrado", se preparó Vladímir Ulianov a orillas del Volga.

Vodovosov dice en sus recuerdos: "Lenin hablaba con profunda simpatía de Plejanov, principalmente tratándose de la publicación *Nuestras diferencias*". La simpatía debe haberse manifestado vivamente, para que Vodovosov haya podido conservar el recuerdo durante más de treinta años. La fuerza principal de *Nuestras diferencias* reside en el hecho de que los temas de política revolucionaria son tratados en estrecha relación con la concepción materialista de la historia y con el análisis de la política económica rusa. De esta manera, los primeros ataques de Ulianov contra los populistas en Samara van ligados íntimamente a su calurosa aceptación del trabajo del fundador de la socialdemocracia rusa. Después de la obligación que sentía hacia Marx y Engels, Vladímir se sentía agradecido ante todo a Plejanov.

A fines de 1922, Lenin escribió incidentalmente

respecto a los principios de los años 90: "El marxismo, como tendencia, comenzaba a desarrollarse, saliendo al paso de la tendencia socialdemócrata proclamada mucho antes en Europa occidental por el Grupo de la Emancipación del Trabajo". En estas líneas que resumen la historia del desarrollo de toda una generación, se encuentra contenida una parte de la autobiografía del propio Lenin: habiendo comenzado por adoptar la tendencia marxista, como doctrina económica e histórica, se convirtió en socialdemócrata bajo la influencia de las ideas del Grupo de la Emancipación del Trabajo que adelantaba en mucho al desarrollo de la intelectualidad rusa. Sólo los pobres de espíritu pueden pensar que exaltan a Lenin, atribuyéndole a su padre, el consejero de estado Ulianov, opiniones revolucionarias de las que nunca fue partidario, y, al mismo tiempo, disminuyendo el papel revolucionario del emigrado Plejanov, a quien el propio Lenin consideraba como su padre espiritual.

En Kazán, en Samara, en Alakayevka, Vladímir se sentía, ante todo, discípulo. Pero, así como los grandes pintores desde su juventud manifiestan la independencia de su pincel, aun cuando copien los cuadros de los viejos maestros, Vladímir Ulianov aportaba a su aprendizaje una facultad de investigación y de iniciativa tan brillante, que es difícil distinguir lo que asimilaba de los demás de lo que elaboraba por sí mismo. Durante el último año de su preparación en Samara, esta línea de demarcación se borra totalmente: el discípulo se vuelve investigador.

Naturalmente la controversia con los populistas conduce a plantear el problema de la evaluación de los procesos concretos: ¿continúa el capitalismo desarrollándose en Rusia, sí o no? Los diagramas

representan las chimeneas de las fábricas, y los obreros de la industria adquieren una significación tendenciosa, así como las tablas que registran la segregación de la clase campesina. Para determinar la dinámica del proceso hacía falta comparar las cifras presentes con las de la víspera. Así, la estadística económica se convirtió en la ciencia de las ciencias. Las columnas de cifras contenían la clave de los misteriosos destinos de Rusia, de su intelectualidad y de su revolución. El recuento de caballos realizado periódicamente por la administración militar había de responder a esta pregunta: ¿quién es más fuerte, Marx o la comunidad campesina rusa?

El contenido estadístico de los primeros trabajos de Plejanov no podía ser muy abundante; la estadística de los *zemstsvos*, de un valor único para el estudio de la economía de la aldea, no se desarrolló más que en el curso de los años 80; además, las publicaciones que se hacían no eran accesibles para un emigrado casi completamente aislado de Rusia durante esa época. No obstante, Plejanov indicó sin equivocarse la dirección general que debería seguir la elaboración científica de los datos estadísticos. Los primeros estadísticos de la nueva escuela siguieron esas direcciones. El profesor norteamericano de origen ruso, M. A. Gurvitch, publicó en 1886 y en 1892 dos ensayos sobre la aldea rusa, que Vladímir Ulianov apreció mucho y le sirvieron en su instrucción. Nunca perdía ocasión de mencionar agradecido los trabajos de sus predecesores.

Durante el último año y medio que pasó en Samara, los anuarios estadísticos ocupaban el sitio de honor en el escritorio de Vladímir. Su gran obra sobre el desarrollo del capitalismo ruso no apareció hasta 1899. Pero fue precedida por un buen

número de estudios preparatorios de orden teórico y estadístico, cuya elaboración ya había sido iniciada en Samara. Según el registro de la biblioteca de Samara correspondiente al año de 1893, que se ha conservado por casualidad, puede verse que Vladímir no descuidó ninguna publicación relacionada con este tema, ya se tratara de estadísticas oficiales o de ensayos económicos de los populistas. Redactaba resúmenes de la mayor parte de los libros y artículos, y comentaba los más importantes entre sus camaradas y allegados.

La primera obra de Vladímir Ulianov que nos ha llegado fue escrita durante los últimos meses de su estancia en Samara; resume un libro de un tal Postnikov, que acababa de aparecer; el autor era un ex funcionario del gobierno, dedicado a la economía campesina en el sur de Rusia. El tema central de este artículo era la ilustración estadística de la segregación de la clase campesina y de la proletarización de sus capas más débiles —procesos particularmente avanzados en el sur del país—, y demuestra que el joven autor sabía manejar brillantemente los datos estadísticos y tenía gran capacidad para descubrir, tras los detalles, la imagen del conjunto. La revista de circulación legal a la que fue enviado este artículo, escrito en un tono prudente y seco, lo rechazó, probablemente a causa de su tendencia marxista, a pesar de que el autor se abstuvo de entablar una polémica abierta con los populistas. Una copia del artículo, entregada al estudiante Mickiewicz, le fue confiscada durante un registro y se conservó en los archivos de la gendarmería, donde fue descubierta en 1923 y al fin impresa, treinta años después de que se escribió. Con este artículo se inician actualmente las *Obras Completas* de Lenin.

¿Se prepara entonces a convertirse en escritor, renunciando a trabajar como abogado? Es dudoso que haya pensado que la profesión de escritor podía servir como finalidad de su vida. Es cierto que era un "doctrinario" convencido, es decir, que desde sus primeros años comprendió que, así como es imposible observar sin telescopio los cuerpos celestes o sin microscopio las bacterias, también era necesario mirar la vida social a través de la lente de la doctrina. Pero, en un orden diferente, sabía considerar a la doctrina a través de los fragmentos de la realidad. Sabía observar, interrogar, escuchar, espiar a la vida y a los hombres. Y realizaba este complicado trabajo con la misma naturalidad con que respiraba. Es posible que, sin tener aun conciencia de ello, se preparaba para ser no un teórico ni un escritor, sino un jefe.

Desde Kazán comenzó a asistir a la escuela de los revolucionarios de la generación precedente, colocados bajo vigilancia policiaca ya que habían regresado del destierro. Entre ellos, había muchos espíritus simples, que se habían detenido en su desarrollo y razonaban superficialmente. Pero habían visto, oído, vivido, lo que la nueva generación no conocía, y esto los hacía representativos de su clase. La jacobina Yasneva, nueve años mayor que Vladímir, escribió: "Me admiraban la atención y la seriedad con las que Vladímir Ilitch escuchaba los recuerdos ingenuos, pero a veces interesantes, de V. I. Witten, vieja militante de la *Narodnaia Volia,* mujer de Livanov". Otros, que no pasaban de la superficie, sólo se fijaban en los datos curiosos, pero Vladímir, separando lo inútil, recogía lo principal. Era como si, en cierta forma, sostuviera dos conversaciones; una abiertamente, que no dependía solamente de él, sino también del interlocutor, y

en la cual necesariamente había mucho de superfluo y otra, en secreto, mucho más importante, dirigida solamente por él. Las pupilas de sus ojos oblicuos brillaban y reflejaban, ya una, ya la otra de estas conversaciones. Casi lo contrario de Yasneva cuenta Semenov: "Vladímir Ilitch se contaba entre las relaciones de los Livanov, pero no frecuentaba sus reuniones y escuchaba con gran atención lo que le contábamos de las charlatanerías de los viejos". Esta aparente contradicción se explica por el hecho de que Semenov se refiere a un periodo posterior más o menos de un año. Vladímir frecuentó a los viejos mientras pudo aprender algo de ellos. No estaba en su carácter discutir sin objeto repitiendo siempre los mismos argumentos e irritándose. Cuando sintió que el capítulo de las informaciones personales había terminado, lo cerró con energía. Se necesitaba ser muy dueño de sí mismo para poder actuar de esta manera; y Vladímir no carecía de esta cualidad. Pero, aunque ya no frecuentaba a los Livanov, no dejaba de interesarse por lo que sucedía en el campo contrario; la guerra exige informaciones, y Vladímir hacía ya la guerra a los populistas. Escuchaba con gran atención las narraciones, mejor aún los informes de aquellos de sus partidarios que disponían de más tiempo. El joven de veintidós años descubre ya en esta actitud, por lo que se refiere a las relaciones personales, los rasgos de sutileza en las maniobras que encontraremos después en toda su vida política. No es menos importante, para tener idea de la fisonomía espiritual del joven Lenin, hacer notar la amplitud de su campo de observación. Los intelectuales radicales, en su gran mayoría, vivían en círculos, fuera de los cuales el mundo les era extraño. Vladímir no conocía estas fronteras.

Sus intereses se distinguían por su extrema diversidad, pero conservaba, al mismo tiempo, la facultad de la más profunda concentración. Estudiaba la realidad dondequiera que la encontrara. Así, su atención pasó de los populistas al pueblo. La provincia de Samara era totalmente campesina. Los Ulianov pasaron cinco veranos en Alakayevka. Pero Vladímir no se dedicó a hacer propaganda entre los campesinos y esto no porque la vigilancia que se ejercía sobre él lo tuviera paralizado en un rincón de la estepa, sino porque se entregó a contemplar la aldea con una gran atención, verificando los cálculos de la teoría, sobre la materia viva.

Sus relaciones personales con los mujiks, después de su breve explotación agrícola, es cierto que fueron insuficientes y esporádicas; pero él sabía dirigir la atención de sus amigos hacia los puntos más importantes y utilizar las observaciones de los demás. Uno de sus íntimos, Skliarenko, era escribiente del juez de paz Samoilov quien, hasta que se establecieron los jefes de los *zemstvos*, estaba constantemente ocupado en los procesos de los mujiks. Yelisarova provenía de campesinos de Samara y conservaba relaciones con la gente de su aldea. Interrogar a Skliarenko o hacer hablar al propio juez, ir con su cuñado a Bestuyevka, aldea natal de este último, para conversar durante horas con el kulak astuto y suficiente que era su hermano mayor, constituían para Vladímir un inagotable manual de economía política y de psicología social. Vladímir atrapaba al vuelo las palabras, sabía empujar insidiosamente al interlocutor para que siguiera hablando, escuchaba con inteligencia, fijaba en él sus ojos brillantes, y a veces reía a carcajadas, a la manera de su padre, echando el cuerpo hacia atrás. El kulak se sentía halagado por hablar

de sus asuntos con una persona instruida, joven abogado, hijo de Su Excelencia, aunque había que admitir que no siempre se sabía exactamente de qué reía aquel alegre conversador, mientras tomaba su taza de té caliente.

Evidentemente Vladímir había heredado de su padre habilidad para conversar fácilmente con personas de todas las categorías sociales y de diversos niveles. Sin aburrirse, sin molestarse, con frecuencia sin un deseo preconcebido, gracias a una curiosidad insaciable y a una intuición casi infalible, sabía sacar de cada interlocutor lo que necesitaba. Por eso podía escuchar alegremente cuando otros se aburrían, y ninguno de quienes lo rodeaban adivinaba que, detrás de esa charla fastidiosa, se escondía un enorme trabajo subconsciente. Recogía y escogía las impresiones; los archivos de su memoria se llenaban de un inestimable material formado por hechos insignificantes, pero que servían para la verificación de las grandes generalizaciones. Así iban desapareciendo las barreras entre el libro y la vida, y Vladímir, ya desde entonces, comenzó a servirse del marxismo, como el carpintero se sirve de la sierra y del hacha.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

En el año de 1855, cuando el zar Alejandro II sucedió en el trono a su antecesor, Nicolás I, un joven graduado de la Universidad de Kazán, Ilia Nicolaievitch Ulianov, llegó a ocupar su primer puesto, como profesor del liceo del Instituto Noble de Pensa. Dos años después, este "intelectual de origen plebeyo" (Trotski) se casó con María Alejandrovna Blank, mujer de origen alemán, hija de un médico de Kokuschkino; enseñó después en el gimnasio de Nishegorod y, en 1869, fue nombrado inspector de las escuelas primarias de la provincia de Simbirsk. Al mudarse a esa ciudad, su esposa le había dado ya dos hijos: Ana y Alejandro. Después nacieron Olga, Nicolás, Dimitri y María. El 10 de abril de 1870, (22 de abril en el estilo nuevo), pocos meses después de la llegada de la joven familia a "ese baluarte de la reacción", nació Vladímir, el futuro Lenin. "Verdaderamente", dice Trotski, "para odiar la barbarie feudal, había que haber nacido en Simbirsk".

En esa época, una ola de anarquismo inundaba Rusia; los atentados y asesinatos políticos estaban a la orden. Alejandro II, quien primero intentó un gobierno liberal y abolió, por lo menos en el papel, ese anacronismo ruso que era la servidumbre, sufrió varios atentados. Pero, en vez de reconocer los signos de la época y aceptar una constitución, siguió una política de represión; muchos empleados públicos perdieron sus puestos, la maquinaria policiaca trabajaba a todo vapor, se dictaban y cumplían sentencias de muerte.

Ilia N. Ulianov permaneció siempre leal al zar y fue un cristiano ortodoxo, que se mantuvo alejado de las tendencias revolucionarias. Reformó el sistema de enseñanza en Simbirsk, fue distinguido varias veces por sus méritos, y en 1874 se le nombró director de las escuelas primarias de la provincia. Posteriormente recibió el título de consejero de estado y con él, el de nobleza

hereditaria. La familia llevaba una vida ordenada y cultivada, se tocaba el piano, se cantaba, se leía a los clásicos. De las injusticias sociales que afligían al pueblo se salía un poco la casa de Ulianov. Los hijos practicaban los deportes; Alejandro experimentaba en química y Vladímir era un excelente jugador de ajedrez.

San Petersburgo está muy lejos de Simbirsk. Las noticias de los golpes terroristas llegaban con mucho retraso. Los fallidos atentados de Vera I. Zassulitch y de Mirski contra altos funcionarios de la capital no conmovieron al pueblo de un lugar tan apartado. Pero cuando, en marzo de 1881, el propio zar cayó víctima de una bomba, la detonación se oyó en todo el mundo.

Su sucesor Alejandro III trató, naturalmente, de acabar con el anarquismo; todas las publicaciones "enemigas del estado" quedaron prohibidas; la censura vigilaba atenta todos los movimientos sospechosos de carácter literario. La policía secreta Ocrana, que nació entonces, atrapó a muchos rusos dentro y fuera del país. Pero las revoluciones sofocadas son las que se realizan con mayor seguridad. Sólo hay que esperar a que madure la época.

Cuando Alejandro Ulianov (Sacha), en el año de 1883, entró en la universidad de San Petersburgo, evitaba conscientemente todos los círculos estudiantiles, aun los más inofensivos. Quería llegar a ser sabio y nada más. Tres años y medio después, al poco tiempo de la muerte de su padre, cambió de actitud; se unió a la organización terrorista *Narodnaia Volia.* El grupo fue sorprendido cuando preparaba un atentado contra el zar, y se le sometió a juicio. Sacha, a los 21 años en 1887 terminó en el patíbulo.

Vladímir no sabía nada de la actividad política de su hermano. Pero "había quedado un sitio vacante" y Lenin entró a ocupar el puesto del difunto. Su vida fue, en el sentido más profundo, la de un representante, no tanto por lo que se refiere a su hermano, sino representante de la causa por la que aquél había dado su vida, de la revolución contra el "reino de las tinieblas", como llamaba Dobroliubov al gobierno de los zares, y para lo-

grar la existencia de una Rusia que ya no fuera bárbara, sino socialdemócrata (Fischer-Marek). Pero aún no se había llegado a eso. El hecho de que el terror por sí solo no sirve para nada, fue reconocido por Vladímir a más tardar en el otoño de 1887, cuando fue expulsado de la Universidad de Kazán y desterrado a Kokuschkino, por haber participado en una manifestación estudiantil, cuando acababa de ingresar en la facultad para iniciar sus estudios de abogado.

Allí fue donde se puso la semilla de la gran revolución que había de sacudir al mundo; el estudiante expulsado y desterrado sería quien había de difundir y aplicar la obra de Karl Marx. Para comprender esta obra en toda su profundidad aprendió el alemán. Cuando, tres años más tarde, pudo presentar su examen de abogado, como externo de la Universidad de San Petersburgo, era ya un teórico marxista bien formado. Inmediatamente después de terminar sus estudios, se inscribió en la lista de abogados de Samara.

Debido a la terrible pérdida de las cosechas, se produjo en 1891 un periodo de hambre. Creció la inquietud en el país: el arco estaba tan tenso que poco faltaba para que reventara. El acervo del pensamiento de Marx y Engels había llegado ya a los intelectuales rusos. Desde 1872 había una traducción rusa de *El Capital*, hecha por Bakunin y Danielson. Pero aún dominaban las agrupaciones terroristas. No había más que una organización de marxistas rusos que pudiera considerarse como factor político, la fundada por Plejanov, Axelrod y Zasulith, llamada Grupo de Liberación del Trabajo; se trataba, en realidad, de una organización de emigrados, con sede en Suiza. En esa época aún no existía el movimiento que había de llevar al país hacia el futuro desarrollo. Sólo en 1898 se fundó, en Minsk, el partido socialdemócrata de Rusia (en esos tiempos, Lenin se encontraba desterrado en Siberia); y en 1901 salió, de entre los antiguos populistas, el partido de los socialrevolucionarios.

Durante todo un año, Vladímir Ilitch Ulianov ejerce la abogacía; y en agosto de 1893 se va a San Petersbur-

go, entra en contacto con los grupos de obreros, hace labor de adoctrinamiento, e inicia sus actividades de publicista; el noble Ulianov, originario de Simbirsk, se convierte en el revolucionario y reformador mundial Lenin. Su primera gran publicación del siglo XX se llama *¿Qué son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas?* Una de las jóvenes marxistas de San Petersburgo es Nadieshda Constantinova Krupskaia. Lenin la conoció durante sus labores de agitación, y con ella compartió el resto de su vida.

En el verano de 1895 viaja Lenin por Suiza, Francia y Alemania; estudia sobre el terreno las relaciones económicas del capitalismo occidental y entra en relación personal con el Grupo de Liberación del Trabajo y con su fundador, Plejanov. En el otoño regresa a San Petersburgo, y funda La Liga de lucha para la liberación de la clase obrera, además de que difunde, a través del periódico del partido, *Rabotchiye Dyelo,* y en varios volantes, las ideas marxistas. Pero la Ocrana ya hacía tiempo que le había tendido sus redes, y al fin lo atrapa. En la primavera de 1897 es condenado a tres años de destierro en la aldea siberiana de Shuchenskoye. La Krupskaia, que había sido desterrada a Ufa por haber organizado una huelga, obtiene permiso para seguirlo, y en 1898 se casan.

El joven Lenin tuvo oportunidad de dedicar nueve años a crear los fundamentos de la revolución: seis años para la elaboración de la teoría, en Kokuschkino y en Samara, y tres años en el destierro siberiano para la preparación práctica. En Shuchenskoye leyó toda la literatura relacionada con el tema, envió a la redacción de los periódicos del partido artículos políticos, participó en una reunión de marxistas desterrados y comenzó la composición de su obra fundamental: *El desarrollo del capitalismo en Rusia.*

Poco después de su liberación, se fue Lenin al Occidente, emigrado por voluntad propia. En diciembre apareció en Munich el primer número del órgano del movimiento obrero socialdemócrata ruso, el *Iskra* (Chispa). Entre los colaboradores de este periódico se encontra-

ban, junto a Lenin, Plejanov, Zassulitch, Axelrod y Potresov. "Este periódico —escribió Lenin— será una parte del poderoso fuelle que convierta la chispa de la lucha de clases y de la rebelión popular en un incendio general." Los encargados de difundir el *Iskra* en Rusia fueron los fundadores de "un ejército permanente de luchadores veteranos".

Vivió después en Inglaterra, en Francia y en Suiza. La necesidad de un nuevo programa para el partido se agudizó. Los conceptos de Plejanov parecieron a Lenin demasiado teoréticos y, por lo tanto, alejados de la realidad. Ya en Siberia —1898— había escrito sus pensamientos fundamentales. En *Nuestro programa* dice: La tarea esencial consiste en organizar la lucha de clases, y en dirigirla. El objetivo final será la conquista del poder por el proletariado y la organización de la sociedad socialista. La teoría marxista no debe considerarse como algo ya terminado sino que debe ser, especialmente a través de los socialistas rusos, desarrollada y completada.

En Bruselas se inició en 1903 la II reunión del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, pero por orden de las autoridades belgas tuvo que suspenderse. Volvieron a reunirse en Londres y allí continuaron las conversaciones. Entonces se manifestó claramente por primera vez la intención de Lenin de convertirse en el dirigente absoluto. Ante todo, se trataba de lograr la aceptación para el programa Plejanov-Lenin, que fue aprobado por la mayoría. Pero durante el curso posterior de las discusiones se manifestaron las diferencias entre dos grupos de tendencia ideológica diferente. Se dividieron las opiniones; el grupo de Lenin logró la mayoría. Pero la reunión del partido terminó con una división; la mayoría fue de los bolcheviques y la minoría de los mencheviques. El *Iskra* que, en forma clandestina se había difundido ya por toda Rusia, fue dirigido por los mencheviques.

La división entre los dos grupos fue fundamental: los bolcheviques querían destruir el régimen zarista y establecer una dictadura revolucionaria democrática, prime-

ro en Rusia y después en todo el mundo (la revolución mundial), en tanto que los mencheviques consideraban la función del proletariado como una oposición de extrema izquierda en una "revolución burguesa", dirigida por la burguesía.

Las ideas de los bolcheviques ya habían sido expuestas por Lenin en el artículo "¿Qué hacer?", considerado en la historia del marxismo como la obra más importante, frente a la interpretación fatalista del socialismo científico (Fischer-Marek), con una sola frase: "Dadnos una organización de revolucionarios y levantaremos a Rusia como con un anzuelo." Después se volvió enérgicamente contra los llamados economistas que "no veían nada en el objetivo final, sino exclusivamente apreciaban el movimiento".

La guerra ruso-japonesa, que estalló en 1904, produjo una nueva crisis en el país, que se manifestó en 1905 con la matanza de los pacíficos manifestantes por los militares, y dio origen a la primera revolución rusa. Huelgas en masa y manifestaciones, leyes marciales y actos de terrorismo, ataques con bombas y fusilamientos constituyeron el fondo sangriento de esta revuelta surgida espontáneamente. El motín que se produjo en junio en el crucero *Potemkin*, constituye un símbolo de la crueldad con que actuaron ambas partes. Rápidamente se reunió en San Petersburgo el primer Soviet, bajo la presidencia del menchevique Trotski. Pero ya era demasiado tarde. Cuando llegó Lenin, en noviembre, a la capital, no dejó de hablar en las reuniones obreras y ante el primer soviet de San Petersburgo. No obstante, un mes después tuvo que esconderse de nuevo. Se fue a Finlandia, habló en mayo de 1906 en la IV reunión del partido y, al cabo de una corta estancia en San Petersburgo, volvió al Occidente. Aún no había llegado el momento adecuado...

El peregrino recorrió toda Europa. Vivió en Berlín, se encontró con Gorki en Capri, participó en el congreso del partido celebrado en Copenhague y finalmente se quedó durante tres años en París, hasta 1911.

A pesar de que Lenin vivía en el exilio, era una perso-

nalidad de importancia reconocida en el movimiento socialista de Rusia; fue dirigente del grupo socialista, representante de los socialdemócratas rusos en la Internacional Socialista y organizó en Longjumeau, cerca de París, una escuela del partido. Además, escribía mucho; en su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905), expresa nuevamente las discrepancias entre mencheviques y bolcheviques y sus diferencias de opinión sobre la interpretación del concepto de revolución. En *Contra el boicot* (1907) se declara en contra del boicot a la Duma declarado por los revolucionarios de 1905, y sus consecuencias: "El boicot ya no puede tener actualmente (1907) el contenido que tuvo al principio de la revolución rusa. Ya no es necesario prevenir al pueblo en contra de las ilusiones constitucionalistas, ni tampoco hay que luchar para impedir que la revolución sea embotellada en un callejón monárquico constitucionalista". Como filosofía obligada del leninismo mencionan los comunistas repetidas veces la obra escrita en 1908 referente a la contraposición con los grupos positivistas machtistas (por Ernst Mach) titulada *Materialismo y empiriocriticismo.*

En el año de 1912 se constituyó firmemente el partido bolchevique, pero aún no se llamaba comunista. Lenin vivía entonces en Cracovia, porque desde allí podía dirigir mejor el nuevo órgano del partido, *Pravda* (La Verdad). De todos modos, esa publicación fue prohibida en julio de 1913. Y en cuanto estalló la primera guerra mundial, las autoridades austriacas aprehendieron a Lenin, sólo lo dejaron libre gracias a la intervención del dirigente socialista Victor Adler. Rápidamente se fue, con la Krupskaia, a la neutral Suiza, donde pasó la mayor parte del tiempo en las bibliotecas, sacando extractos de libros y estadísticas, realizando una intensa actividad literaria. En esa época escribió: *Sobre el signo de los Estados Unidos de Europa* (1915); *La guerra y la socialdemocracia rusa,* (1915). *El programa militar de la revolución proletaria* (1916), y *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* (1916).

Por los periódicos suizos del 14 y 15 de marzo de 1917

se enteró Lenin de que había estallado la revolución en Rusia. "Se ha iniciado la primera revolución engendrada por la guerra mundial imperialista", escribe en sus *Cartas del extranjero* y termina con las palabras "¡Viva la revolución rusa, viva la revolución internacional de los obreros que ha comenzado!" Consideraba que los sucesos de su país constituían el prólogo de la próxima revolución mundial. No por sus cualidades especiales, sino por las condiciones reinantes es por lo que el proletariado ruso ha llegado a ser, quizás por corto tiempo, la vanguardia del proletariado revolucionario de todo el mundo".

La revolución en San Petersburgo (que desde el comienzo de la guerra cambió su nombre por Petrogrado) comenzó con huelgas de hambre y de salarios. Obreros y soldados se habían solidarizado. "En enero de 1917, más de un millón de desertores se movían detrás del ejército", escribió después Alejandro Kerenski en el *New York Times*. El zar, cediendo a la presión de abajo, disolvió la Duma y abdicó. El poder pasó a manos de un comité provisional de gobierno.

El momento oportuno había llegado: era la hora de actuar. Lenin trató por todos los medios de pasar a través de las fronteras cerradas; el problema se resolvió inesperadamente. Como Alemania no había logrado firmar una paz por separado ni con el zar ni con el gobierno provisional, Ludendorff consideró que sería buena medida introducir en su país a los "revolucionarios" que vivían exiliados en Suiza. Seguramente, crearían agitación, y esto resultaría favorable para Alemania.

Cuando Lenin llegó a Petrogrado, el 3 de abril de 1917 (15 de abril en el estilo nuevo) por la estación de Finlandia, fue entusiastamente recibido por los bolcheviques y los mencheviques. Ahora que se trataba de organizar la revolución, habían desaparecido todas las diferencias entre ellos. Pero Lenin permaneció firme en su punto de vista. En su artículo *Tesis de abril*, dice: "En vez de una democracia social, cuyos dirigentes oficiales han traicionado al socialismo en todo el mundo, ya que se han entregado a la burguesía... debemos llamarnos

partido comunista." E inmediatamente proclamó el cambio de la revolución burguesa a la revolución proletaria. Además, exigió un inmediato tratado de paz y la entrega del poder a los soviets de obreros y soldados.

Lenin buscó al pueblo; hablaba ante grandes masas humanas y ante pequeños grupos, discutía, polemizaba, conferenciaba y agitaba entre obreros, soldados y campesinos; en las fábricas, en salones, al aire libre. El 8 de julio, el ministro de justicia del gobierno provisional, Alejandro Kerenski, fue nombrado jefe del gobierno. Todos los partidos de izquierda, con excepción de los bolcheviques, participaron en el gobierno. Lenin predicó la rebelión; pero el intento que realizó en julio fue aplastado por los militares, la prensa bolchevique quedó prohibida y Lenin cayó nuevamente en la clandestinidad... "la lucha para lograr el poder para los soviets en el momento oportuno ha terminado. El camino pacífico hacia el desarrollo queda cerrado. Se inicia una ruta dolorosa y amarga", escribió. El poder había caído en manos de los contrarrevolucionarios, y los nuevos amos debían ser dominados por las masas revolucionarias.

Después de la derrota de la llamada revuelta de Kornilov, se entendieron los mencheviques y los socialrevolucionarios del grupo bolchevique. Lenin salió de su escondite y regresó a Petrogrado. Tres días después, el 10 de octubre (22 de octubre según el nuevo estilo), se fundó un comité revolucionario encabezado por Trotski, que se había pasado a los bolcheviques. Y el 24 de octubre se inició la gran revolución que derrotó en Kerenski y llevó al poder a Lenin. El nuevo gobierno se llamó Consejo de Comisarios del Pueblo, y estuvo presidido por Lenin.

En noviembre se celebraron en Rusia elecciones generales para seleccionar a los constituyentes (asamblea para redactar la constitución). Los socialrevolucionarios triunfaron en ellas; los bolcheviques de Lenin sufrieron una terrible derrota, pues sólo lograron el 24.7 por ciento de los votos. Pocos días después de la elección, el Consejo de Comisarios del Pueblo

prohibió todos los partidos, con excepción de los bolcheviques y de los socialrevolucionarios de izquierda; pero después de la primera sesión de los constituyentes, también este último partido quedó prohibido.

Lenin tenía en las manos el poder sobre Rusia, pero era una Rusia en estado de disolución, un país agotado por la guerra y el hambre, por el zarismo y la revolución. Inmediatamente se inició una ofensiva de paz. Después de la prolongación de la tregua se iniciaron las negociaciones, en Brest Litovsk. La táctica de Trotski consistía en dar largas al asunto, "ni proseguir la guerra ni firmar la paz", ya que actuaba con la finalidad de conservar el prestigio de los bolcheviques ante el movimiento obrero mundial. Pero cuando terminó el plazo y los alemanes amenazaron con marchar hacia Petrogrado, se decidieron los rusos a firmar el tratado de paz. Durante estos días críticos la capital del país se transfirió a Moscú.

En marzo de 1918 se declararon los bolcheviques como partido comunista ruso, pero pusieron entre comillas una B, inicial de la palabra bolchevique. Este partido tenía en sus manos todo el poder del país, pero le faltaba consolidarlo. En julio fue liquidada en Ekaterimburgo la familia imperial, símbolo vivo de la reacción. Para entonces, todo el país se encontraba bajo la guerra civil; Ucrania se había declarado independiente, Finlandia y los países del Báltico se habían separado, tanto en el sur como en el norte existían regimientos de guardias blancos; en Murmansk, en Arcángel y en el Cáucaso había regimientos británicos de intervención, y en el lejano oriente amenazaban los japoneses.

Inmediatamente después de llegar al poder, inició Trotski la formación del Ejército Rojo. En 1919 contaba ya con cinco millones de hombres. La guerra civil duró tres años, costó millones de víctimas y lanzó al país hacia un verdadero infierno, pero al final los comunistas salieron vencedores "...continuamente lo interrumpían llamadas telefónicas; brillaban pequeñas lámparas... Tranquilo, sereno, sin alzar la voz, Vladí-

mir Ilitch daba miles de instrucciones, escuchaba informes, guardaba los escritos más importantes, enviaba telegramas, cables, embajadores y cartas por medio de correos en motocicleta, todo con la mayor tranquilidad y sencillez, como si no se tratara de un trabajo". Así nos habla uno de sus colaboradores. Diariamente hablaba, frecuentemente más de una vez, en las reuniones del partido, conversaba con los obreros, participaba en las conferencias y reuniones; escribía innumerables artículos para *Pravda* y trabajaba en sus folletos y libros; su jornada diaria era de 18 horas. Las obras principales que publicó en esta época son: *Las siguientes tareas del Poder soviético* (1918), *Carta a los trabajadores americanos* (1919); *La gran iniciativa* (1919); *Economía y política en la época de la dictadura del proletariado* (1919) y *El radicalismo, enfermedad infantil del comunismo* (1920).

El 30 de agosto de 1918, después de una conferencia que pronunció en las afueras de Moscú, fue tiroteado, a la salida, por la socialrevolucionaria Fania Kaplan, y dos balas le dejaron seriamente herido. Por consejo de sus médicos tuvo que descansar hasta el fin de septiembre en Gorki. Pero, desde allí, seguía dirigiendo al estado.

La guerra civil se acercaba a su fin. El ejército rojo había derrotado a las tropas enemigas; había vencido a Koltschak y a Yudenitch; Wrangel había salido de Crimea. Pero el primero de marzo de 1921 volvió a encenderse la guerra, con la rebelión de Cronstadt, en cuyo centro se encontraban los marineros del barco *Petropavlovsk*. Las tropas acantonadas en la ciudad se les unieron. Exigían nuevas elecciones, libertad de reunión, de palabra y de prensa, así como talleres libres, en una palabra "soviets, sin bolcheviques". Pocos días después llegó Trotski con el ejército rojo a Cronstatd, y Tuchatchevski puso fin, con un baño de sangre, a la revuelta y a la guerra civil.

En esos días proclamó Lenin en Moscú, durante la X reunión del Partido Comunista de Rusia, la nueva política económica, que cerraba la etapa puramente

revolucionaria y debía consolidar económicamente al estado: "El estado proletario debe ser un 'empresario' cuidadoso, que abarque todos los aspectos y esté bien enterado; un laborioso comerciante al por mayor, pues de otra manera no podrá levantar a un país compuesto por pequeños agricultores; no hay otra manera de llegar actualmente al comunismo, al lado del occidente capitalista (aún capitalista por ahora)."

En febrero de 1922, Lenin sucumbió por primera vez al peso de su trabajo; nuevamente se fue a Gorki. En diciembre sufrió un segundo ataque, que le dejó paralizado el lado derecho. Diariamente dictaba a su secretaria su *Testamento* político, en el cual prevenía al país contra Stalin y su brutalidad. En sus últimos años escribió Lenin cinco grandes artículos. El último, *Preferimos menos pero mejor* fue terminado el 2 de marzo de 1923. Una semana después sufrió un tercer ataque que le hizo perder el habla y lo dejó semiinconsciente. El 21 de enero de 1924, en Gorki, murió Lenin.

Después del atentado de la Kaplan, dijo Trotski: "Todo aquel que como yo haya podido observar de cerca en este periodo el trabajo del pensamiento de Vladímir Ilitch, no ha podido dejar de entusiasmarse, lo repito, entusiasmarse, ante el don de su inteligencia profunda que sabía dejar a un lado todo lo superficial y circunstancial para captar y reconocer las líneas principales y los métodos de acción..."

TABLA CRONOLÓGICA

1667	Rebelión de Esteban (Stienka) Rasin.
1671	Rasin es ejecutado en Moscú.
1725 – 1727	Catalina I, zarina de Rusia.
1762 – 1796	Catalina II, la Grande, zarina de Rusia.
1773	Rebelión de los cosacos bajo Emiliano Pougatchef.
1801 – 1825	Alejandro I, zar de Rusia.
1812	Nace Iván Alejandrovich Gontcharov (Poeta de Oblomov).
1814	Nace Miguel Alejandrovich Bakunin (revolucionario ruso y "Padre del Anarquismo").
1825	Rebelión de los "Decembristas".
1825 – 1855	Nicolás I, zar de Rusia.
1838	Nace Ernst Mach ("Positivismo vienés").
1838	Ilia Nicolaievich Ulianov, padre de Lenin, ingresa en la Escuela superior de Astrakán.
1844	Nace Nicolás F. Danielson.
1847	Nace Sergio Netschaiev (anarquista).
1850	Ilia Ulianov queda inscrito en la Universidad de Kazán; nace Pavel Axelrod.
1853 – 1856	Guerra de Crimea. Paz de París.
1855	Ilia Ulianov es nombrado profesor de enseñanza superior en Pensa.
1855 – 1881	Alejandro II, zar de Rusia.
1857	Nace Gregorio V. Plejanov.
1860	Inquietud campesina; fundación de la organización "La joven Rusia".
1861	Abolición de la servidumbre.
1863	Ilia N. Ulianov y María Alejandrovna Blank se casan en Pensa. Él es maestro de instrucción superior en Nijhni-Novgorod.
1864	Catastrófico incendio en Simbirsk. Nace Ana, hermana de Lenin.
1864 – 1873	Primera Internacional.
1866	Atentado de Karakosov contra Alejandro II. Nace Alejandro (Sacha), hermano de Lenin.
1869	Ilia Ulianov es nombrado inspector de escuelas públicas en la provincia de Simbirsk; nace Nadia Constantinova Krupskaia; asesinato del estudiante Ivanov por los anarquistas.

1870 10 de abril (estilo nuevo: 22 de abril) nace Vladímir Ilich Ulianov, el futuro Lenin, en Simbirsk.
1871 Nace Olga, hermana de Lenin.
1872 Es traducido al ruso *El Capital* de Carlos Marx, por Bakunin y Danielson.
1873 Nace Nicolás, hermano de Lenin.
1874 "Cosa del 50", "Cosa del 193"; nace Dimitri, hermano de Lenin; Ilia Ulianov es nombrado director de las escuelas públicas en el gobierno de Simbirsk.
1875 Nace Inés Elizabeth Armand, amiga de Lenin ("camarada Inés"); se funda la primera unión de obreros en el sur de Rusia.
1876 Muere Miguel Bakunin.
1878 Vera I. Zassulich dispara en Trepov contra el gobernador de San Petersburgo; nace María, hermana de Lenin; fallido atentado de Mirski contra el jefe de la gendarmería, Drentlen; fallido atentado de Soloviov contra el zar Alejandro II.
1878 – 1879 Huelgas en San Petersburgo.
1879 De *Semlia i Volia* salen *Narodnaia Volia* y *Tchorny Perediel;* nacen Stalin (José Visarionovich Dchugachvili y Trotski (Lev Davidovitch Bronstein).
1881 Alejandro II es asesinado por los anarquistas.
1881 – 1894 Alejandro III, zar de Rusia.
1882 Fundación del Banco Campesino; muere Sergio Netschaiev. Nace Alejandro Kerenski.
1883 Alejandro Ulianov, inscrito en la Universidad de San Petersburgo; nacen Gregorio Zinoviev, y Lev Kamenev; fundación de la primera organización de emigrantes rusos llamada Liberación del Trabajo, por Plejanov, Axelrod y Zassulitch; primera ley sobre los trabajadores fabriles.
1884 Se prohiben las organizaciones de estudiantes.
1885 Fundación del banco de la nobleza; nace Radek.
1886 Muere Ilia Ulianov.
1887 Alejandro Ulianov, por su participación en los preparativos para un atentado contra Alejandro III, es ejecutado en San Petersburgo.
Otoño: Vladímir Ulianov (Lenin) es expulsado de la Universidad de Kazán y después desterrado a la hacienda de su abuela materna en Kokuschkino.
1888 Regreso de la familia Ulianov de Kokuschkino a

Kazán; solicitud de Vladímir para reanudar sus estudios (rechazada).

1889 Estancia de Vladímir Ulianov en Samara (en invierno) y en Alakayevka (verano); es descubierto el círculo de anarquistas de Fedoseyev; Segunda Internacional.

1890 Lenin recibe autorización para terminar sus estudios.

1891 Catástrofe causada por el hambre en Rusia; Olga, hermana de Lenin muere de tifo; muere Iván Goncharov.

1892 Lenin ejerce como abogado en Samara.

1893 Lenin se muda a San Petersburgo, primeros trabajos marxistas; contacto con los grupos de obreros. Conoce a Nadia Constantinova Krupskaia.

1894 Aparece la obra de Lenin titulada "Qué son los Amigos del Pueblo y Cómo luchan contra los Socialdemócratas".

1894 – 1917 Nicolás II, zar de Rusia.

1895 Primer viaje al extranjero de Lenin que va a Ginebra, París y Berlín. Contacto con los grupos de Plejanov Liberación del Trabajo. Otoño: Lenin funda en San Petersburgo la "Liga de lucha para la Liberación de la Clase Trabajadora. Aprehensión de Lenin.

1896 Aprehensión de la Krupskaia.

1897 Lenin es desterrado a Shuchenskoie (Siberia). Trabaja en la obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia.*

1898 Día de la fundación del partido de los trabajadores socialdemócratas de Rusia en Minsk; julio: Lenin y la Krupskaia se casan en Shuchenskoie.

1899 Reunión de los socialdemócratas rusos desterrados bajo la dirección de Lenin en Yermakovskoie.

1900 Febrero: termina el destierro de Lenin; rebelión de los Boxers en China; julio: viaje a Suiza. Diciembre: aparece en Munich el primer número de *Iskra.*

1901 La Krupskaia sigue a Lenin al exilio; se funda el partido de los socialrevolucionarios.

1902 Aparece en Stuttgart la obra de Lenin *¿Qué hacer?*

1903 II reunión del partido socialdemócrata de Rusia,

primero en Bruselas y después en Londres; división del partido en bolcheviques y mencheviques; Lenin sale de la redacción del *Iskra.*

1904 Lenin publica la obra *Un Paso adelante, dos pasos atrás,* en Ginebra; estalla la guerra ruso-japonesa.

1905 Primera revolución rusa; motín en el crucero *Potemkin;* III reunión del partido socialdemócrata ruso (sin los mencheviques); Lenin escribe *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática;* el tratado de paz de Portsmouth pone fin a la guerra ruso-japonesa; conferencia del partido en Tammerfors.

1906 Conferencia del partido en San Petersburgo; IV reunión del partido socialdemócrata de los trabajadores de Rusia en Estocolmo ("Día de la Unión del Partido").

1907 V reunión del partido en Londres; Lenin representante de los socialdemócratas rusos en la Internacional Socialista.

1908 Lenin en Ginebra; aparece su obra *Materialismo y empiriocriticismo.* Lenin con Gorki en Capri.

1909 Reunión del Comité Central en París; Lenin se va a París.

1910 Congreso de la Internacional Socialista en Copenhague; Lenin encuentra por primera vez a Inés Armand.

1911 Lenin organiza la escuela del partido en Longjumeau, cerca de París.

1912 Los bolcheviques se organizan en Praga como partido independiente; Lenin se va a Cracovia y dirige el nuevo periódico del partido, *Pravda* (La Verdad).

1914 Comienza la primera guerra mundial; Lenin se va a la neutral Suiza (Berna); publica numerosos trabajos sobre la guerra y sobre la internacional.

1915 *Sobre la solución de los Estados Unidos de Europa;* conferencia de Zimmerwald contra la guerra.

1916 *El programa militar de la revolución proletaria;* muere la madre de Lenin.

1917 (Fechas en el estilo antiguo).
23 de febrero (2) Huelga general en Petrogrado.
26.2 (febrero). Disolución de la Duma por el zar.

27.2 (febrero). Comité de gobierno provisional.
2.3 (marzo). El zar Nicolás II abdica.
3.4 (abril). Lenin regresa a Rusia.
4.4 (abril). *Tesis de abril* de Lenin.
24.4 (abril). Conferencia general rusa del partido en Petrogrado.
4.7 (julio). Intento de levantamiento de los bolcheviques en Petrogrado. Lenin huye.
8.7 (julio). Kerenski, jefe del gobierno.
24.8 (agosto). Estalla la revuelta de Kornilov.
7.10 (octubre). Lenin regresa a Petrogrado.
10.10 (octubre). Se funda el comité revolucionario bajo la dirección de Trotski.
24.10 (octubre). Comienza la Revolución de Octubre.
25.10 (octubre). Caída y huida de Kerenski.
26.10 (octubre). Formación del nuevo gobierno como Consejo de Comisarios del Pueblo. Preside Lenin.
2.11 (noviembre). Derecho de autodeterminación para todos los pueblos de Rusia.
12.11 (noviembre). Elecciones generales. Victoria de los socialrrevolucionarios.
1918 (Fechas al estilo nuevo).
6.1 (enero). Disolución de la Constituyente por el Consejo de Comisarios del Pueblo.
3.3 (marzo). Se firma la paz de Brest-Litovsk.
8.3 (marzo). Los bolcheviques se denominan a sí mismos Partido Comunista.
10.3 (marzo). El gobierno soviético se cambia a Moscú.
15.3 (marzo). Gobierno sólo de los bolqueviques.
6.7 (julio). El embajador alemán en Rusia, conde Mirbach, es asesinado por los socialrevolucionarios.
16.7 (julio). La familia del zar es asesinada en Ekaterimburgo.
30.8 (agosto). Atentado de la revolucionaria socialista Fania Kaplan contra Lenin, quien queda seriamente herido.
1918 – 1921 Guerra civil rusa.
1919 Congreso para fundar la Tercera Internacional en Moscú (Komintern).
1920 Muere Inés Armand: Lenin se encuentra con H. G. Wells y con Bertrand Russell.

1921 Marzo; huelgas en Petrogrado; rebelión de los marineros en Cronstadt; X reunión del partido comunista de Rusia (bolcheviques); implantación de la nueva política económica; folleto *Sobre el impuesto natural.*

1922 Proceso contra los socialrrevolucionarios; nueva constitución; Rusia como Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas, URSS; Lenin sufre dos ataques cerebrales; estancia en Gorki. *Noticias de un publicista; Sobre la ascensión de altas montañas.*

1923 Lenin dicta su *Testamento* político; escritos: *Sobre la esencia de la camaradería; Sobre nuestra revolución; Preferimos menos pero mejor*; tercer ataque; octubre; corta visita a Moscú.

1924 21 de enero. Muere Lenin.

1939 Muere la Krupskaia.

ÍNDICE DE NOMBRES

Adoratsky, 297
Alejandro I, 153
Alejandro II, Zar, 51, 60, 65, 71, 73, 87, 96, 97, 125, 226
Alejandro III, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 96, 101, 103, 165, 213, 226, 260, 261
Andreievski, 155
Andreiushkin, 103
Arafiev, 272
Axelrod, 220, 224, 244, 264

Bakunin, Miguel, 27, 54, 116, 161, 218
Bárbara (mártir), 20
Bebel, 230
Belinsky (crítico), 121
Bismarck, 223
Blank (abuelo de Lenin), 185
Blank, María Alejandrovna, 34, 41, 42, 43, 46, 114
Bockle, 88
Bogoliubov, 59
Brusnev, 214, 230, 255
Buchholz, 247
Burns, John, 232

Catalina II, 15, 17
Cederbaum, Julio (Martov), 126, 164
Clemenceau, G., 257

Chardin, 202, 203
Chéjov, Anton, 91, 215
Chelgunov, 183, 228, 236
Cheliabov, 107, 111
Chernichevski, 51, 96, 98, 161
Chevirev, 101, 108
Chirikov, 75, 167, 275, 276
Chtchedrine, 74
Chelgunov (publicista), 229

Danielson, N, 218, 301
Degaiev (provocador), 82
Delarov, 165
Delianov, Conde, 154, 188, 248, 249
Den, general, 31
Deutch, 220
Dobroliubov (crítico), 98, 100
Dostoievsky, 170, 171
Drenteln (jefe de la gendarmería), 60
Durnovo (jefe de la policía), 86

Engels, 82, 201, 232, 252, 296, 300, 304

Fedoseyev, 196, 197, 198, 199, 200, 209, 211, 230, 288
Figner, V. N., 82

Gatchina, 83
Gontcharov, 22, 27, 29, 169
Gorki, Máximo, 198, 289

Govorukhin (estudiante), 77
Gresser (prefecto), 87, 98
Grigoriev, 199, 230
Grigorovitch, 215
Grinevitski, 65
Guesde, 232
Guillermo II, rey, 86
Gurvitch, M. A., 306
Gussev, 271

Haksthausen (barón), 219
Hegel, 147
Herzen, A. N., 27, 69, 70, 219

Iakubovitch, 89
Ivanovka, 8

Kachkadamova (institutriz), 120, 144
Kalachńikov (maestro), 44, 68, 119, 120
Kalturin, 220
Kamenev, L., 173, 200, 201, 303
Kamishin, 17
Kant, 277
Kantcher, 105
Karakozov, Dimitri, 51, 52, 60, 61, 96, 100, 162
Karamsin (historiador), 20
Karpei (campesino), 69
Katkov (publicista), 88
Kaveline, 85, 86
Kerenski, 72, 130, 148, 149, 150, 152, 164
Kerenski, Jr., 167
Khalturine (obrero), 65
Khrakov, 103
Khardin, 269, 273
Kibaltchich, 173
Kibaltchitch (político y orador), 64, 65, 107
Korf, barón, 161
Kossitch, 267
Kovalsky, 239
Krasin, Hermann, 231
Krasin, Leónidas, 154, 231, 232
Kravtchinsky, 59, 60
Krichyanowski (ingeniero), 132, 133, 140, 255
Kriyanowski, 242
Krupskaia, 127, 133, 168, 179, 180, 181, 183, 205
Kundera, Milan, 7
Kuprin, 276

Lafargue, 232
Lalayanz, 180, 198, 241, 242, 284, 288, 289
Lassalle, 229, 299
Lavrov, Pedro, 54, 55, 264
Lawsdorf (ministro de asuntos extranjeros), 86
Lepechinski, 133, 295
Levitane, 91
Livanov, 239, 240, 308, 309
Lobatchevski, 153, 154
Lopatin, G. A., 82
Loris-Melikov (conde), 71
Ludvik (héroe de la novela *La broma*, de Milan Kundera), 7
Lukachevitch, 105, 106
Lunatcharsky, 160, 170

Lloyd George, 257

Magnitski (inspector), 153
Mandelstamm, 194, 195
Marx, Carlos, 12, 82, 109, 173, 174, 176-178, 182, 191, 192, 194, 195, 197, 217-219, 230-232, 292, 294, 296, 298-300, 302, 304, 306
Maslov, P. P., 287
Melikov, Loris, 138
Mendel, 114
Mendeleiev, 76
Mezenzef (jefe de la gendarmería), 59, 60
Mickievicz, 215, 233, 231, 232, 307
Mijailovski, 238
Milán de Servia, rey, 86
Mill, John Stuart, 88
Minayev, 23, 24
Moslennikov, 208
Moisenko, 228
Muratof (maestro), 74
Mychkin, Hipólito, 48, 49, 50, 55. 96, 216

Nadson (poeta), 71, 90, 215
Nasariev (proletario), 38
Nazarev, 139
Nekrassov (poeta), 69, 74, 126, 163, 239
Netchaief (profesor), 52, 53, 59
Nevzorova, 232, 255
Nicolás I, 20, 34, 39, 70, 73, 153
Nicolás del Látigo (Zar), 213
Nicolás II, 86, 260
Nishegorod, 34-36, 42, 43
Novgorod, Nijni, 128

Ogarov, 161
Olbers, 44
Oldenburg, Sergio, 256
Osipanof, 104

Palas Atenea, 11
Pedro I, 86
Pelviaiev (poeta), 71
Pensa, 34
Perovskaia, 107
Petrunkevitch, I. I., 67
Pilsudski, Bronislav, 105
Pilsudski, Josef, 105
Pirogov, 161
Plejanov, 12, 110, 198, 200, 201, 214, 217, 220-224, 231-233, 243, 244, 251, 265, 302, 303, 305, 306
Pobiedonovtsef, 81, 82, 87, 88
Postnikov, 307
Pougatchef, Emiliano, 17, 23, 24, 51, 54, 235
Preobrajensky, 207, 208, 298
Presniakov, 302
Puchkin, 20

Radek, 194, 201, 251
Rasín, Esteban, 16, 17, 24, 31, 50-51, 54, 235
Ricardo, David, 303
Romanov, Alejandro, 106, 187
Ryleiev (decembrista), 39
Ryssakov, 65

Saburov (ministro), 71, 137, 138
Saltykov Tchechedrine, 87
Samailov, 240
Samailov (hijo), 240

Samara, 17
Semoilov, 283, 310
Saomilov, 269
Saratov, 17
Schelgunov (publicista), 37
Semenov, 245, 246, 279, 283, 285, 286, 287, 294, 309
Serguievsky, 279
Serguévitch, 253
Shdanov, senador, 31
Sibiriakov, 204, 207, 208
Skliarenko, 245, 246, 279, 283, 284, 288, 289, 310
Skvortzov, P., 198
Smith, Adam, 303
Soloiev, Vladímir, 93
Soloviev, Alejandro, 60
Spencer, 88
Stalin, José, 7, 8, 9, 11, 12
Steklov, 173
Sueneralov, 102
Sverbevev, 203
Syzrane, 143

Taylor, 253
Tchetvergova, 192, 193, 194
Tchigorin, 269
Tijomirov, León, 215
Tolstoi, 137, 170, 171, 172, 228, 261
Tolstoi, Nicolás, 172
Trepov (prefecto de policía), 59
Trubetskoi, Paolo, 87
Turgeniev, Ivan S., 27, 28, 29, 169, 170, 172, 179, 186, 191, 195
Turgueniev, N. I., 23, 26

Uchinsky, 161
Ulianov: Alejandro (hermano de Lenin), 11, 35, 44, 52, 67-80, 82, 94, 97-99, 101, 102, 105, 106, 108-111, 113, 115, 117-119, 122, 124, 125, 127-131, 135, 137, 139, 141, 143-147, 152, 154, 157, 159, 165, 167-177, 179-186, 188-193, 195, 197, 198, 202, 214, 223, 239, 242-246, 249, 252, 256, 268, 282, 283, 291, 293, 297; Ana (hermana de Lenin), 35, 44, 69, 75, 79, 121, 134, 137, 139, 140, 143, 145, 146, 174, 176, 178, 179, 183, 186, 187, 192, 195, 203, 204, 208, 210, 265, 298; Dimitri (hermano de Lenin), 78, 79, 183, 187, 202, 208, 209, 210, 298; Ilia Nicolaievitch, 32, 37-40, 42, 44, 48, 52, 75, 76, 77-79, 114, 118, 121, 123, 127, 137-140, 145, 149, 153, 154, 159-166, 169, 171, 189, 249, 252, 266; María (madre de Lenin), 248, 272, 275, 289; María Alejandrovna (hermana de Lenin), 78, 139, 141, 144-146, 152, 160, 169, 175, 172, 183, 185, 189, 192, 203, 204, 207, 210, 239, 281; Nicolás, 33; Olga (hermana de Lenin), 113, 115, 121, 123, 168, 211, 255, 256, 295, 296; Volodia, 11, 168, 175, 176, 179, 275
Uspenski, Gleb, 90, 211, 229

Vanovsky (ministro de la guerra), 86

Verechnikov (colega de Lenin), 34
Victoria, reina, 86
Vichievski, 72
Vodovosof, 167, 169, 247, 262, 263, 265, 266, 267, 268, 275, 276, 277, 278, 284, 287, 295, 300, 304
Vorontsov, V., 301

Witte, 188
Witten, V. I., 308
Wrangel, barón, 30, 31

Yasneva, 299, 308, 309
Yeliabov, 64, 66, 161
Yelisarova, A., 120, 121, 124, 133-135, 137, 140, 149, 151, 163, 164, 167, 168, 171, 175, 178, 190, 192, 193, 195, 197, 204, 208, 211, 240, 241, 247, 253, 256, 265, 268, 269, 272, 286, 289, 303, 304, 310
Yelisavetgrado, 8

Zassulitch, V. I., 59, 60, 220
Zarizyn, 17
Zeus, 11

Libro liberado

ÍNDICE GENERAL

Prólogo del traductor alemán 7

I. La ciudad natal 15

II. La familia 32

III. La vía revolucionaria de la intelectualidad 48

IV. El hermano mayor 68

V. Los años ochenta 81

VI. El 1º de marzo de 1887 95

VII. Infancia y años escolares 113

VIII. Los golpes del destino caen sobre la familia 137

IX. El padre y los hijos 159

X. La preparación 185

XI. A la sombra de la reacción 213

XII. El periodo de Samara 235

XIII. El año del hambre. ¿El abogado Ulianov? 260

XIV. El joven Lenin 275

XV. Las etapas del desarrollo 291

Bosquejo biográfico 312

Índice de nombres 330

335

Este libro se terminó de imprimir el día 30 de septiembre de 1974 en los Talleres de Impresora y Litográfica Azteca, S. A., Privada de Zaragoza 18 - B, México 3, D. F. - Se tiraron 10 000 ejemplares.